



AMÉRIQUE

1A

VIDA

MILITAR

VOYAGES

VOYAGES

VOYAGES

2

PQ4683

.A3

V58

1884

B. G.



1020027117



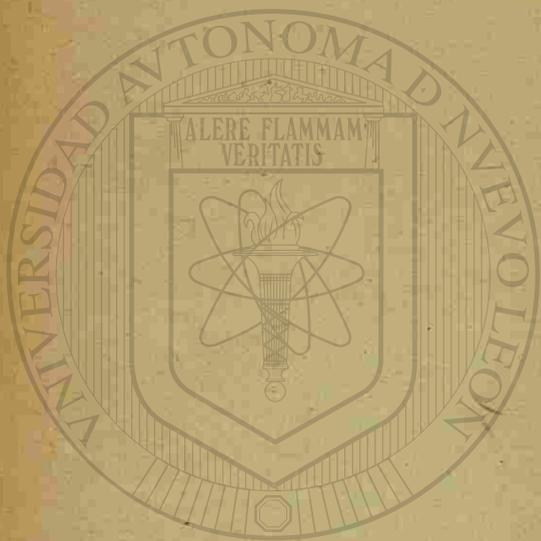
UANL

---

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





BOCETOS

DE

LA VIDA MILITAR

POR

EDMUNDO DE AMICIS

OFICIAL DEL EJÉRCITO ITALIANO.

(2.<sup>a</sup> SÉRIE.)

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



OBRAS DE H. GINER DE LOS RIOS

EN LAS PRINCIPALES LIBRERÍAS.

*El Colegio de Bolonia*, (en colaboración), obra ilustrada, ptas. 6,50.  
*Filosofía y Arte*, con un prólogo de D. Nicolás Salmeron, 3,50.  
*Elementos de Filosofía moral*, para la 2.<sup>a</sup> enseñanza.—(Agotada.)  
*Biología y Ética*, (2.<sup>a</sup> edición), para la 2.<sup>a</sup> enseñanza, 3.  
*Programa de Filosofía moral*.—(Agotada.)  
*Programa de Psicología, Lógica y Ética*, 1.  
*Programa de Biología y Antropología*, 1.  
*Proyecto para el ingreso en el Profesorado libre, etc.*—(Agotada.)  
*Teoría del Arte e Historia de las Bellas Artes en la antigüedad*, con un Programa de Arte y su historia, 1,50.  
*Fragmentos, retrazos y traducciones*, por H. G.—(Agotada.)  
*La Enseñanza obligatoria*, trad. de Tiberghien (2.<sup>a</sup> edición), 2,50.  
*Moral elemental para las escuelas*, id. de id., 2,50.  
*Krause y Spencer*, id. de id., con una biografía del autor, 2.  
*Mendelssohn*, id., con una *Historia abreviada de la música*, 1.  
*Paris en América*, por Laboulaye, id. (2.<sup>a</sup> ed.), Gaspar, 1,25.  
*Discordia entre la Iglesia y la Italia*, traducción del italiano, 2,50.  
*Pío IX y su sucesor*, por Bonghi, trad. del italiano, 3.  
*Leon XIII y la Italia*, por el mismo, id. id., 3.  
*Poesías de Ríos Rosas*, publicadas por H. G.—(Agotada.)  
*Anuario de la Institución libre de enseñanza*.—(Agotada.)  
 Amicis.—1870 y 1871, *Recuerdos*; un vol., 3.  
 Amicis.—*Constantinopla*; 2 tomos, 5.  
 Amicis.—*Holanda*; (en colab.), un vol., 4.  
 Amicis.—*La vida militar*; 2 tomos, 6.  
 Amicis.—*Novelas*; un vol., 3.

*Milton*, drama en un acto, original y en verso, 1.  
*Historia de un crimen*, drama en tres actos y en prosa, 2.  
*A tiempo*, comedia en un acto y en verso (en colaboración), 1.  
*El último sacrificio*, drama en un acto y en verso (id.), 1.  
*Los parientes del difunto*, sainete lírico, original y en verso (id.), 1.  
*En busca de protección*, juguete original y en verso (id.), 1.  
*Fiera domada*, diálogo en un acto y en verso (id.), 1.

EN PREPARACION.

*Estudios.—Etiambres.—Crítica.*  
*Lógica*, para la 2.<sup>a</sup> enseñanza.  
*Obras completas de Ríos Rosas.*  
*Ampliación de Psicología y Nociones de Ontología y Cosmología.*  
 Amicis.—*Poesías*; un vol., 3.  
 Amicis.—*Páginas sueltas*; un vol., 3.

OBRAS DE AMICIS

LA  
 VIDA MILITAR

BOCETOS

(2.<sup>a</sup> SÉRIE)

TRADUCCION DEL ITALIANO

POR

H. GINER DE LOS RIOS



®

DIRECCION GENERAL DE BIBLIOTECAS

85988

MADRID

IMPRENTA DE FORTANET

CALLE DE LA LIBERTAD, 29

31057

850

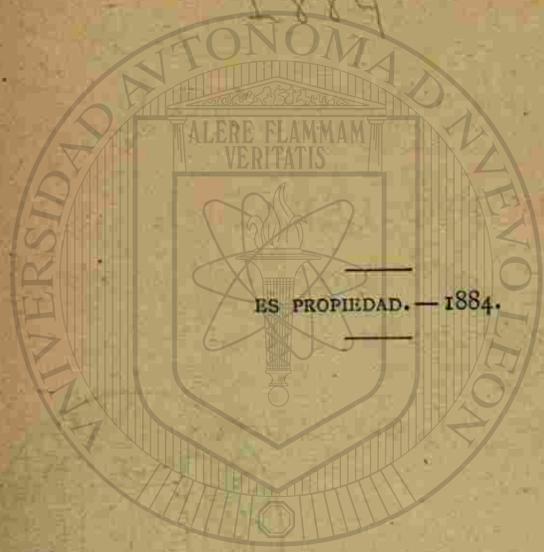
PQ 4683

A

A3

V 58

1884



AL

# EJÉRCITO ESPAÑOL

*Dedica esta traduccion*

H. GINER DE LOS RIOS.

UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
 "ALFONSO REYES"  
 FONDO RICARDO COVARRUBIAS

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



5.018

DEDICATORIA DEL AUTOR.

Á MI MADRE  
TERESA BUSSETI DE AMICIS

DEDICO ESTE LIBRO,  
SINTIENDO NO PODER UNIR SU CARO NOMBRE  
Á UNA OBRA GENEROSA COMO SU CORAZON,  
SUBLIME COMO SUS VIRTUDES,  
SANTA COMO SU VIDA.



ADVERTENCIAS

DE LA I.ª SERIE DE «BOCETOS DE LA VIDA MILITAR.»

Hace tiempo que hablando de uno de estos bocetos dos lectores que fácilmente se conmovían, significaron sin quererlo, el doble objeto que me propuse al escribir este libro.

Un hombre del pueblo, dijo:—«Al acabar de leerlo, habría dado un apretón de manos al primer soldado que me hubiese encontrado en mi camino.»

Un soldado, dijo:—«Son capítulos que consuelan, y que hacen que se tenga para todo y para todos, buena voluntad.»

Que quiera y estime al soldado el pueblo, y que él cumpla su misión con buena voluntad: hé ahí mi deseo. Si consigo con esta

obra ambas cosas, me daré por recompensado de mi trabajo.

EDMUNDO DE AMICIS.

He creído conveniente sacrificar muchas veces el brillantísimo estilo del autor, con objeto de hacer más claro é inteligible para toda clase de lectores el asunto de los diversos capítulos de la presente obra.

Al traducir, he procurado, sin embargo, no desvirtuar en lo más mínimo el pensamiento de Amicis.

En ocasiones he cambiado denominaciones, cosas, personas y lugares, con el fin antedicho.

Si mi traducción despierta en los lectores los sentimientos de que el autor habla en la advertencia precedente, me consideraré también harto compensado de mi trabajo.

HERMENEGILDO GINER.



## EL CENTINELA.



ERA una de las últimas noches de Enero: nevaba. Las calles de la ciudad, las plazas, las ventanas, puertas y balcones, los árboles de los jardines, todo estaba blanco, envuelto, sobrecargado de nieve. Los copos caían lentos, pesados sobre el nevado suelo, y no bien se imprimía una huella, cuando desaparecía todo rastro. Los reverberos, en las esquinas de las calles, mandaban alrededor una luz velada y triste: en las encrucijadas, en todo lo que la vista abarcaba delante ó atrás, á derecha ó izquierda, no se veía á nadie. Por todas partes silencio profundo: parecía que se sentía por decirlo así, caer la nieve.

Era una de esas noches, en las que, quien se encuentra fuera de casa, apresúrase á volver;

obra ambas cosas, me daré por recompensado de mi trabajo.

EDMUNDO DE AMICIS.

He creído conveniente sacrificar muchas veces el brillantísimo estilo del autor, con objeto de hacer más claro é inteligible para toda clase de lectores el asunto de los diversos capítulos de la presente obra.

Al traducir, he procurado, sin embargo, no desvirtuar en lo más mínimo el pensamiento de Amicis.

En ocasiones he cambiado denominaciones, cosas, personas y lugares, con el fin antedicho.

Si mi traducción despierta en los lectores los sentimientos de que el autor habla en la advertencia precedente, me consideraré también harto compensado de mi trabajo.

HERMENEGILDO GINER.



## EL CENTINELA.



ERA una de las últimas noches de Enero: nevaba. Las calles de la ciudad, las plazas, las ventanas, puertas y balcones, los árboles de los jardines, todo estaba blanco, envuelto, sobrecargado de nieve. Los copos caían lentos, pesados sobre el nevado suelo, y no bien se imprimía una huella, cuando desaparecía todo rastro. Los reverberos, en las esquinas de las calles, mandaban alrededor una luz velada y triste: en las encrucijadas, en todo lo que la vista abarcaba delante ó atrás, á derecha ó izquierda, no se veía á nadie. Por todas partes silencio profundo: parecía que se sentía por decirlo así, caer la nieve.

Era una de esas noches, en las que, quien se encuentra fuera de casa, apresúrase á volver;

rozando las paredes va con paso rápido, mudo como fantasma furtivo; los ojos en tierra para saltar los baches, el sombrero encasquetado hasta las orejas y sobre la nariz, el cuello hundido en la espalda, el del gaban levantado sobre la nuca, una mano metida en la manga de la otra, todo encorvado, todo achicado; penetra con la cabeza baja por el porton de la casa, sube la escalera pisando fuerte y soltando de sus piés el barro nevado, introduce con furia la llave en la cerradura, entra, se desabrocha el gaban, arroja el sombrero— ¡y en qué estado!— coloca la primer silla que encuentra delante de la chimenea y se deja caer, cae sobre ella, un pié aquí y otro allá, inclina la cara sobre el fuego y allí está enamorándolo, chupando lentamente un cigarro, y geroglificando la ceniza con las tenazas mientras murmura de vez en cuando:— ¡Qué tiempo!

Una de esas noches en que, hasta el marido atacado del desvío y del tedio, acerca un poco más de lo habitual su silla á la de su mujer; y el célibe imagina los goces íntimos y tranquilos de la familia; y renunciando á la barahunda de las habituales costumbres, se mete entre sábanas, se vuelve y revuelve para fabricarse un hoyo caliente, saca la mano, tanto cuanto es necesario para sostener la novela y leídas dos ó tres páginas se duerme tranquilamente, aguzando el placer del

calor y del reposo la imágen de los pobres helados de frio, sin lecho ni casa.

Una de esas noches en que la vida de una ciudad se reconcentra toda alrededor de los hogares domésticos, donde el habitual coloquio entre la familia y los amigos íntimos, se prolonga más del tiempo ordinario, hasta que los muchachos, muertos de sueño, tiran, con disimulo del jubon de su madre, para recordarles la camita que espera, y se marchan á dormir, prediciendo en el pensamiento la gran batalla con balas de nieve que librarán al siguiente día.

Una de esas noches en que los deseos más vivos, son tres, como vulgarmente se dice: un rostro amado, un libro ameno y un buen vaso de vino.

Todos, hasta los más pobres, encuentran en tales noches, la caridad de un techo, un poco de lumbre y un haz de paja; todos hallan defensa contra la nieve, al ménos, hasta los primeros albores del día, siquiera por las horas en que caen los copos tan compactos que parece pretende enterrar la casa; todos reposan, todos duermen, todos—excepto el centinela—para el cual no hay techo, ni fuego, ni reposo, sino únicamente una solitaria garita de madera, un pesado capote de burdo paño y la consigna del cabo.

Mirad allá abajo, en el fondo de aquella plaza enteramente blanca por la nieve y dividida de parte

á parte por cuatro largas hileras de faroles: allá abajo, junto á la gran puerta de aquel palacio de príncipes, alto, oscuro, de forma colosal y antigua, con las rasgadas ventanas iluminadas por completo. Mirad aquí, en esta garita, un hombre oculto, rígido, inmóvil como estatua de mármol: miradlo. Hace una hora que está ahí, sin movimiento, sin palabra, con la diestra aterida sobre el frío cañon del fusil y los piés en la nieve, con los ojos abiertos y fijos, como si contase los gruesos copos que descienden y tapizan todo. De vez en cuando sus ojos se entornan, su cabeza se inclina insensiblemente sobre el pecho; pero de pronto una voz interior le avisa, y hiérge vigorosamente la cerviz y abre y dilata los ojos y los revuelve alrededor más rápidos y vigilantes, como para compensar á su conciencia de aquel instante de inercia y de languidez. Miradlo: todos, áun los más pobrecillos, tienen un poco de casa, un poco de fuego, un poco de lecho, todos: él no.

Tales pensamientos daban vueltas en mi cabeza, una noche, á fines de Enero, estando de guardia con una veintena de soldados, destacados en aquella plaza y en aquel palacio. Y al tiempo que pensaba junto á la puerta, medía á pasos lentos el breve trecho de plaza, libre de nieve, volviendo de vez en cuando los ojos hácia arriba, á las ventanas iluminadas por las cuales llegaba hasta mi oído confusa armonía de flautas y vio-

lines y sordo y pesado rumor de pasos movidos con cadencia sobre vasto pavés. Despues miraba en el amplio vestíbulo los brillantes candelabros de cristal, las alfombras y los jarrones de flores, esparcidos sobre el marmóreo pavimento, y las paredes cubiertas de tapices y guirnaldas; y por delante, entre la puerta y yo, contemplaba un vaiven de carrozas de gala, un vocear de cocheros y un subir y bajar continuo de hombres y de señoras y un correr con presteza á las portezuelas y un abrir reverente y un alargar respetuoso de manos y un arrastrar de colas de vestido, y un descubrirse de cabezas perfumadas, y una de inflexiones de espinazos, y un juntarse, separarse y cruzarse de servidores con libreas pomposas y originales, que causaba maravilla.

Ahora avanza una carroza blasonada; se detiene; el lacayo se precipita á tierra; todos la cercan; diez manos se precipitan en concurrencia sobre la manecilla de la portezuela; una más afortunada la coge; la portezuela se abre; la muchedumbre se separa en dos alas á derecha é izquierda; los cuellos se alargan, las miradas se tienden; asoma una cabeza, un piecicillo, una manita cubierta con guante blanco; otra mano aparece en medio de la multitud y oprime tímidamente la punta de aquellos dedos;— ¡abajo el piecicillo!— ¡poco á poco!— ¡con tiento!— ¡todavía un poco!— ¡un poco todavía y el pié está

en tierra!— ¡Oh, bellissimo!— ¡Ay si tocara un copo de nieve!— Pero ha quedado dentro la cola del vestido. ¡Oh desventura! ¿Si se habrá enganchado en algun clavo? ¡Quién sabe!— Pronto, corred, entre dos, entre tres, entre cuatro:— ¿Dónde se ha enganchado?— Aquí,— no,— allá.— ¡Despacio!— ¡Con cuidado!— ¡Delicadamente!— Busca, busca.— ¡Ah, esto es!— La cola está libre, arrastra por el suelo y la dama de pié. ¡Portentosa figura! Apartaos, atrás, ¡contempladla! Un indiscreto capuchon no permite ver más que algunos rasgos de aquel rostro encantador. ¡Es una cara de ángel! Una celosa tímica, oculta á las ávidas miradas, el esbelto talle y la blanca espalda; mas deja adivinar bajo sus pliegues las formas: son divinas! La bella figura camina blandamente— se vuelve— posa el pié sobre la escalera— todavía se ve el borde del vestido.— Ya desapareció. ¡Qué lástima! Pero los ojos de la imaginacion la siguen en medio de la muchedumbre embriagada de aquella sala rumorosa; entre las demás hermosas cabezas ornadas de pedrería y de camelias, los ojos del alma distinguen sus trenzas y sus flores y la persiguen en el rápido torbellino de la danza y en medio de aquella batalla de miradas ardientes que se provocan, se buscan y se huyen, amablemente astutas ó se encuentran, amablemente audaces, y entre el encanto del mutuo abandono y la volup-

tuosidad de la estancia secreta, ora languidecen, brillan, ruegan, rehusan, prometen, castigan, conceden ó arrebatan y trasportan al cielo.

— ¡Y él está allá!— pensaba yo.— ¡Pobre soldado! Él está allí expuesto al frio, á la nieve, solo, mudo, abandonado, sin animacion, sin esperanza. Allá arriba se canta, se baila, se rie, se loquea, se goza la vida en su frenesí más ardiente y máspreciado, y él en esta soledad, en esta oscuridad, en este silencio, se ve obligado á sufrir ese movimiento que hierva sobre su cabeza, y á compararlo con su triste abandono y con la profunda melancolía de su pobre corazon. Es preciso que sufra la imágen de aquella danza, de aquellos hermosos rostros, de aquellas bellas mujeres, de aquellas miradas, de aquellas sonrisas, él que está solo, léjos de los suyos, que no tiene un rostro de mujer que le sonría, ni una mano amiga que estrechar. Pero por fuerza— para mayor dolor— tendrá siempre fijas en la memoria, unas trenzas negras y dos ojos modestos, que en otro tiempo hacían estremecer su alma de dulzura! ¡Ah! ¡En medio de estas cabezas engalanadas y cubiertas de flores, él sueña, él ve aquellas trenzas queridas sin joyas y sin camelias!

— Cabo de guardia.

— ¡Presente!

— ¿Quién es el soldado que está de centinela?

— Fulano de Tal.

—Retírese.—El corazón me lo decía: es un recluta. ¡Pobre recluta! Pocos días hace que está en el regimiento y todavía le aturde esta nueva existencia. Su cabeza y su corazón continúan viviendo en su casa, con la madre, y en medio de las costumbres tranquilas de la vida de aldea. El pensamiento del regreso no ha pasado aún por su cabeza, ó si pasa ¡es el pensamiento de una felicidad tan lejana!...

En el regimiento carece todavía de amigos, no ha hallado quien lo anime; sufre aún los apodosos con que le motejan los soldados viejos, y los primeros rigores, que son los más dolorosos, de la severa ordenanza. Ni una voz amiga, ni una palabra cariñosa, ni una sonrisa, nada: siempre vozarrones ásperos, amenazas, caras foscas. Después que consuma ahí otra hora, vendrá aquí entumecido, lleno de frío, cayéndose de sueño, y encontrará solo un duro entarimado en que reposar; dormirá un sueño interrumpido y penoso, y será despertado por una brusca sacudida de piernas ó por un puñado de nieve arrojado al rostro. Ni un poco de descanso, ni un poco de fuego para secarse el barro, ni una gota de vino; siquiera un poco de tabaco... tal vez... Nada, nada. Sufre en este momento, lo juraría. Esta música y esta fiesta le hacen daño. Quiero cerciorarme. Quiero ir á verlo...—Pero no.—¿Por qué no?—Sí, sí, quiero ir á verlo; y voy, seguro que voy...

¿Por qué no debo ir? ¡Oh, voy á ver! ¡Quiero ir!

Y me moví. Pasé por delante de la garita; miré al fondo: estaba oscuro; no podía verle la cara. Volví atrás, me detuve un momento y pensé:

—Cuando un afecto vivísimo nos agita, sea alegría, sea dolor, el timbre de la primera palabra que se pronuncia tras largo silencio y de improviso, es imposible que no se resienta de aquel afecto y lo revele. Probemos.—Me acerqué á la garita y me detuve ante ella. El centinela advirtió mi presencia, terció el arma y avanzó hasta la puerta. Yo no le veía la cara, ni él veía la mía. Le pregunté con acento afectadamente distraído:

—¿Hace frío?

Dudó un momento y contestó:—¡No señor!

Era bastante. En aquella voz, había yo advertido, un levísimo temblor; en aquella voz había un timbre de llanto. No cabía duda: yo no había pensado mal. Había adivinado su corazón.

—¿No hace frío, ni siquiera un poco?

—¡Eh! No,—sí,—no mucho,—pero...— como...

¡Pobrecillo! ¡Y helaba! ¡Temía cometer un acto de indisciplina aquel buen muchacho, diciéndome que helaba! ¡Como si la nieve la hubiese hecho caer él, ó la hubiese hecho bajar yo

hasta sus mismos piés, que los debía tener, sabe Dios cómo! ¡Cuánto me gustó aquella respuesta del pobre chico! Y no se me venga á hablar de la separacion entre oficiales y soldados en aquel momento: el corazon no gasta galones como el ros: ¡bueno fuera! ¿Cómo resistirse? ¿Cómo estar duro... á ménos de ser de piedra? Pero no queriendo revelar mi intencion de haber ido á hacer de piadoso consolador, y ménos aún dejarlo ántes de haber rehecho un poco su ánimo con cuatro palabras amistosas, volví de pronto y le dije:

—¿Cuánto tiempo te toca aún permanecer aquí?

—No lo sé siquiera, señor teniente... El reloj vecino no se oye... á causa de la música.

—¡Ya!—Estoy seguro... estar aquí... de pié... á estas horas, con este tiempo, no tiene nada de placentero; lo sé. Pero, Dios es bueno, y nuestro oficio, tiene de todo: es preciso tomarlo como es. ¡Oh, amigo mio! esto no es nada. Si hubiera guerra, entónces si que verías cosas malas. Esa es harina de otro costal: te convenceré con pruebas. Cuando se está en la avanzada, por ejemplo, en un bosque oscuro, soportando una de aquellas lloviznas finas, finas, que calan la ropa y la piel y nos traen el humor negro, y se está solo, aislado y no se ve un palmo más allá de las narices, y no obstante, es preciso estar allí, firme,

derecho como un huso, con el ojo vigilante, con el oído alerta, porque se tiene el enemigo enfrente y de un momento á otro puede echarse encima; y tras de toda una noche que se está así, se vuelve al campamento y no se encuentra con que matar el hambre, y no hay sitio para dormir, ó es preciso acostarse en el barro, ó sobre las duras piedras, ó sobre la mojada hierba... ¡Oh, entonces sí, que es dura la vida! ¡Ahora no es nada!.. Y no obstante de ser esta vida todo fatigas, todo peligros, el soldado valiente la hace de buena gana y no se lamenta nunca; cuando puede dormir, bien; cuando no puede, paciencia; cuando tiene pan, ¡viva el pan!; cuando no le hay, se ayuna y sea en buen hora, y no se cría por esto mala sangre.

—¿Y sabes por qué? Porque se vive entre amigos, entre bravos camaradas que saben cumplir el propio deber; porque el soldado tiene por deber la defensa del país donde ha nacido y donde ha crecido, donde reside la familia, la casa, los amigos y... la novia: todo lo que tenemos de más querido y de más sagrado en este mundo. ¿Comprendes? Y la conciencia de cumplir el propio deber, basta al bravo militar. ¡Oh, sí, basta! Mira si no á esos soldados que han sacado fuera del río—allá abajo, en la parte donde están los baños de verano—á los pobres desgraciados que iban á ahogarse. Y bien; esos soldados que se han expuesto al riesgo de morir

para salvar la vida de gentes que ni siquiera conocían ¿qué han obtenido por premio? Nada; y sin embargo, mucho; la gratitud de los salvados y la conciencia de su bella acción y esto es suficiente para un hombre de bien. ¿Y los soldados que persiguen á los ladrones? Cada día muere uno. ¿Quién sabe que ha muerto? ¿Quién recuerda su nombre, fuera de las gentes de su casa? Sin embargo, el soldado está de buena gana en aquella montaña, en aquel bosque, en aquella cima llevando la maldita vida que lleva. ¿Y por qué? Por que saben cumplir su obligación. ¿Y los guardias civiles, pobres soldados también, que recorren por parejas el campo, de noche, en medio de los malhechores apostados en sus madrigueras que disparan las escopetas á traición? ¿No hacen también una vida dura los guardias civiles? ¡Sin embargo, mira cómo cumplen de todo corazón su deber, como el centinela: lo mismo! De noche, en esta noche misma ¿quién ve al centinela arrebujado en su capote, hundido en el fondo de su garita, inmóvil, silencioso? ¿Quién lo ve? ¿Quién le oye? ¿Quién piensa en él? ¿Quién se cuida de esto? Y sin embargo, el centinela debe estar firme en su puesto, de buena gana, sin melancolía, sin que revoloteen caprichos por su cabeza, y pensando: — Todos duermen, yo solo velo; pero velo por el sueño de todos. Si no hubiese centinelas, nadie dormiría de miedo. Mi pequeña garita, defiende

los más soberbios palacios. Por todas partes se canta y se baila y se arma grande estrépito; y se hace sin recelos y sin sospechas porque yo callo y vigilo y tiendo mi vista por todos; mi burdo capote, protege los vestidos de seda y de terciopelo de las señoras que van al baile; esta sombra, protege aquella luz, mi silencio, aquel ruido. El sentimiento de esta gran verdad en que no suele pensarse, en que muchos no han pensado jamás, pero que se debía tener siempre viva en la cabeza y en el corazón, el sentimiento de esta verdad, debe confortar al soldado y hacerle comprender que en este sentimiento reside el mejor premio á sus sacrificios y á su virtud. ¿Estás convencido de ello?

— ¡Oh, sí, mi teniente!

Su voz era trémula; venía del corazón y había encontrado un obstáculo en su garganta. Me acerqué y proseguí:

— Y después de que por espacio de cinco años, durante cinco largos años se ha hecho todos los días, todas las horas, todos los minutos, el sacrificio de la propia voluntad, de los propios deseos, de los afectos, de las costumbres, de los pensamientos, de todo en suma; el sacrificio de todo en aras de la propia obligación, de la propia bandera, de esos bellos colores que nosotros debemos querer más que á nosotros mismos, más que á nuestra vida, más que á todas las cosas del mundo;

cuando despues de cinco años pasados así, el país te dice: ahora basta, has cumplido tu deber, restítuyeme ese fusil con que me has defendido el honor y la vida y marcha á tu casa, que tu madre te espera y tu hermana te reclama, y hay otra mujer que, en las tardes, asomada á la ventana, mira tristemente el extremo lejano de la calle por donde debes volver. ¡Oh, entónces!—créelo buen muchacho—el poder tornar á los brazos de la anciana madre, con la conciencia de haber sido valiente soldado, el poder volver, allá, bajo aquel pobre techo, con la frente alta y el callo del fusil en la mano, créelo, es una felicidad que no tiene igual sobre la tierra!.. ¿Lo crees?

—... ¡Señor teniente!...

—Y ya de regreso en casa, por la noche, cuando brilla espléndida la luna, se vuelve á bailar en la era, como antes, y estos son los bailes que más nos gustan. ¿No es verdad?

No respondía.

—Digo bien, ¿sí ó nó?

—¡Oh! ¡Sí, sí!—prorumpió aquel pobre soldado, con una voz, de la que me sería imposible pintar el acento, pero que resuena todavía en el alma como si la estuviera oyendo ahora:—¡Oh! ¡sí que dice bien, bien, señor teniente! Seguro... segur...

¿Sabeis por qué se interrumpió? Porque enternecido, agitado como estaba, movido única-

mente del afecto ¿qué sé yo? de la gratitud, por mis fraternales palabras, el buen muchacho, olvidó por un instante que yo era oficial, que él era pobre recluta y había extendido un brazo ante mí; pero repuesto, lo había retirado súbitamente, no tan á tiempo, que con la mano extendida no me rozara ligeramente la manga del capoton.

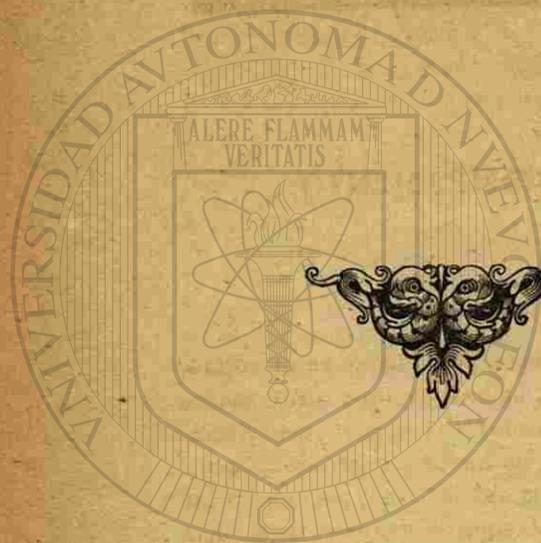
—¡Qué!—murmuré yo.

Avergonzado, confuso y balbuceando tímidamente no sé qué palabras de excusa, se retiró al fondo de la garita. Me pareció notar que respiraba afanoso. Por fuerza sollozaba.

Me alejé de allí con el corazón estremecido de ternura. ¡Me sentía tan satisfecho de mí mismo! Miré las ventanas iluminadas; volví á oír la música en la que hacía rato no había fijado la atención y me interné con la mente en aquel salon... ¡Oh, era todo imágenes pálidas y mortecinas!

¡Pobre alegría ésta—pensé—comparada con la mía!





## EL CAMPAMENTO.

**U**N hermoso prado llano, vasto, rectangular, limitado en los cuatro costados por hondo foso y apretado seto y sembrado de hierba y salpicado de margaritas. Al lado de allá del foso, por uno de los costados, espeso bosque de moreras, de encinas y agrestes arbustos, descollando por encima de aquella oscura mancha verdosa, una pequeña colina de lento declive, baja, verde, salpicada de árboles y casitas blancas. A la mitad de la pendiente un grupo de casas más altas y de aspecto más urbano y un campanario esbelto y ligero. Alrededor, algunas quintas azules y sonrosadas, macizos de flores, largas filas de pinos, grupos de sauces, y senderos enarenados que serpentean y se cortan; y aquí y allá pequeñas estatuas blancas

y reducidos estanques medio ocultos entre los árboles y el césped. Delante de aquel prado, á lo largo del lado opuesto al bosque, corre ancho y empinado camino, que, dando vuelta á la espesura, asciende por la colina hasta el pueblo. En aquel prado ha puesto sus tiendas un regimiento.

Coloquémonos sobre aquel camino y miremos al campo. Comenzando á veinte pasos del foso hasta el opuesto límite del prado, ocho largos órdenes de tiendas, paralelos entre sí, y divididos por el espacio de una decena de pasos; por cada fila un centenar de tiendas; tres soldados por tienda; trescientos soldados por serie, dos mil cuatrocientos, ó poco ménos, entre todos: un regimiento.

Las lonas limpias, tirantes; las cuerdas fijas en el suelo sobre una línea recta; los intervalos iguales; todo en órden, todo en su punto: un campamento trazado con pincel. Delante de la puerta de cada tienda, detrás y alrededor, restos de frutas—las tomaron los soldados de los árboles de aquella campiña vecina y ¡el coronel ha montado en cólera!—y colgadas á las ramas, como arcos de triunfo, pendientes guirnaldas de amapolas y espigas cruzadas. Aquí y allá, al extremo de una caña clavada en el suelo, ondea algún giron de bandera hecho de una corbata encarnada, de un pedazo de camisa, y de un pa-

ñuelo azul que tira algo á verde (1). En el interior de las tiendas, una confusión de paja, de pan, de morrales, de andrajos, de cartucheras, de cañones de fusil y de bayonetas. Entre tienda y tienda, cuerdas tendidas de las cuales penden algunos medios calzones que debían bajar hasta el tobillo por la pierna imaginada por el gobierno; pero bajan solamente hasta la rodilla sobre la pierna del soldado como lo ha hecho su madre.

A la derecha de todas estas tiendas, en sentido paralelo al lado más corto del campamento, otra serie de tiendas diferentes, de forma cónica, y más altas, más capaces, más tiesas, construidas con más arte: las tiendas de los oficiales, desde la del coronel, que es la más próxima al camino, abajo, hasta la de los oficiales de la última compañía. Más á la derecha, en sentido paralelo á estas tiendas, á lo largo del foso divisorio, extensa fila de carros cargados de cajas, cajones, baules, fardos y cien objetos diversos.

Junto al último carro, en el extremo ángulo del prado, multitud de caballos y de mulas atados á los troncos de los árboles. A lo largo del lado opuesto—el izquierdo—inmenso conjunto de ollas negras, dispuestas en grupos á distancias iguales, y entre grupo y grupo, hornillos de piedras y ladrillos apilados, montones de ceniza

(1) Son los colores de la bandera italiana.

y restos de tizones y brasas, virutas y ramas dispersas. Al otro lado del foso, arbustos tendidos en tierra, desgajados y tronchados; setos destruidos, surcos pisados á trechos: todas las señales de un vasto saqueo. ¡Oh, el coronel qué encolerizado estaba!

Un puentecillo de madera, hecho exprofeso con dos troncos de árbol y algunas tablas, unía el campamento al camino. Junto al rústico puente, en la parte interior del campo á lo largo del parapeto del foso, diez ó doce tiendas aisladas: en ellas estaban aherrojados los prisioneros. Sobre el puente un centinela; otro delante de cada tienda; una coleccion de ellos alrededor del campo en todos los puntos de salida.

Tal es el campamento.

Declinaba el sol: era una bellísima tarde de Julio; el cielo admirablemente límpido, la campiña, todavía húmeda y fresca por menuda lluvia reciente, y aquel bosquecillo oscuro, aquella hermosa verde colina, aquel pueblo, aquel paisaje todavía dorado por un rayo de sol... ¡maravilloso lugar, maravillosa hora!

Para el regimiento era ocasion de reposo, de asueto y de fiesta. Todos estaban en movimiento. La mayor parte en mangas de camisa y con sus calzones de lienzo, daban vueltas en el campamento por todas partes, separados, por parejas ó en grupos. Algunos descansaban sentados ó echa-

dos en tierra, ó corrian en derredor, persiguiéndose unos á otros, como los escolares en el patio del colegio; estos jugaban á los tejos con piedras; aquellos se ejercitaban en la esgrima con palos en medio de un grupo de espectadores; otros, tendida una cuerdecilla entre dos tiendas, saltaban, entre dos alas de admiradores afanados; unos, sentados en la ribera del foso, alrededor de un pedazo de servilleta extendida sobre la hierba, devoraban cuatro cogollos de lechuga, entre amigos, comiendo lentamente y á bocados pequeños un poco de pan blanco (¡como que era del que comian los oficiales!); los de más allá estaban á horcajadas en las barras de los carros, fumando en santa paz; los de aquí, vestidos con ciertas blusas de tela manchada, á las que no quedaba de blancura sino el pasado, se entretenían alrededor de los hornos y de las marmitas, rompiendo sobre sus rodillas ramas que amontonaban, pajuelas y astillas para la cocina; y de todas partes se levantaba griterío y estruendo, mezcla de rugido y de canto, y murmullo continuo y confuso. ¡Cuántos hermosos cuadros! ¡Quién supiera pintarlos con fidelísimo pincel!

Allá, en el fondo del campamento, en medio del lado opuesto al camino, el cantinero ha colocado sus tres carretas á manera de tres lados de un trapecio, mirando al campo la abertura. Ha extendido improvisada tienda, dividida en dos partes;

entre los carros laterales ha puesto en pié dos ó tres tablas y dos ó tres banquillos mugrientos y cojos; colocó una puerta de armario sobre los dos toneles más altos convirtiéndola en mostrador; ha formado encima las botellas más panzudas y lo ha dejado todo á cargo de su mujer. Ha tendido entre dos rayos de rueda una cuerdecilla pringosa y grasienta y de ella ha colgado ciertas cosas largas, negruzcas, heladas, que querían dar á entender ser salchicha masticable y comestible sin peligro de muerte; ha puesto á la vista para excitar la glotonería de los soldados un par de cestitas con las mejores legumbres, un gran plato de pollo físico desplumado, un gran pedazo de carne cruda y una fila de frascos, botellas, vasos, cigarros pringados de aceite, y papel de cartas perfumado, no se con qué... Y despues:—¡Adelante muchachos! ¡Aquí se come hasta reventar! ¡Puedo asegurarlo!

Los bancos están todos llenos; la mesa cubierta de botellas y vasos; se juega y bromea, se canta, se grita, se silba, se alborota; los vasos, de vez en cuando, hacen un gran movimiento y chocan unos contra otros. El cantinero se vuelve:—¿Qué haceis por ahí abajo?—Aparece un oficial: silencio profundo. Se marcha: otra vez la baraunda. Entre tanto, en el pasillo abierto entre las mesas, se forma apiñado nudo de dos procesiones opuestas: de los que vienen con la bota en busca de vino, y de los que se van con la bota llena, gri-

tando:—¡Que mancho!—y denostando é impre-  
cando á los que no dejan el paso franco ó les hacen derramar una gota.

Alrededor de la cantinera, se ha formado un círculo de cabos jóvenes; el de la tercera compañía, entre otros, que es tan hermoso y tan desvergonzado. El marido lo sabe y no deja de lanzarle alguna mirada al descuido, miéntras da vueltas. Y la cantinera no deja de poner los ojos en blanco á sus predilectos. El marido quiere protestar; pero los negocios de la taberna van bien, y esto se debe en gran parte á las monadas de la bribona.—Cerremos los ojos—piensa él—miéntras vienen los cuartos.

Un soldado se acerca al mostrador.

—¿Qué quieres?

—Una copa de rom.

—Corriente: paga ántes.

—Bueno: cámbiame este billete.

—No puedo cambiar: no tengo cuartos.

—¿Y qué hago yo?

—¡Qué se yo! Arréglatelas.

Y el pobre soldado no se mueve, turbado, confuso, estrujando el billete entre sus manos y mirando con ojos de envidia los licores. Despues se aleja lentamente:—Nos pagan con papel ¡y decir que esto es moneda! como que se la embolsan toda les que van á caballo...

Cincuenta pasos más aquí, otro cuadro. Es un

capitan que ha reunido medio ciento de soldados de su compañía, cuantos le ha sido posible encontrar allí cerca, los ha dispuesto en círculo, y despues de decirles que al día siguiente se habrá de caminar mucho, y que el primero que á la mitad del camino se detenga lo atará corto, hace traer una botella de vino, y llamando á uno de los soldados más vivos:—Tú, le dice:—quita el tapon y reparte.—Todos se acercan tendiendo las botas, escudillas y vasos.—Un momento, por Dios: levantaos de ahí; echaos atrás, esperaos.—Todos se hacen hácia atrás. Y miéntras el soldado se apresura á destapar la botella, ayudándose con las uñas y la punta de la bayoneta, el capitan permanece sentado, con las manos sobre las rodillas observando la operacion; todos los demás permanecen retirados relamiéndose con la lengua y dando risotadas de placer y frotándose las manos de gusto y alzando los hombros; y se hacen unos á otros ciertas señas tácitas, ciertos visajes, ciertos mollines bufonescos, y se hurtan mutuamente con los codos, señalando con la cabeza ó con un cerrar de ojos burlesco aquel insólito espectáculo, y se pasan el dorso de la mano por la boca, como para prepararla á saborear entera la voluptuosidad del rico néctar, sin otro humor profano sobre los labios, y cambian entre sí furtivos pellizcos, y se rozan las espaldas...—El capitan se ha vuelto:—todos derechos,

firmes, graves, serios, para no demostrar que andan locos por dos gotas de vino.

El capitan hace señas para que se acerquen: los obedecen. El tapon ha saltado, y grueso chorro purpurino surge murmurando: diez vasos están preparados á recogerlo; despues de estos diez, otros, y luégo otros diez y así sucesivamente.—¿Chocamos? pregunta una voz.—¡Choquemos! responden otras veinte.—Los vasos se elevan por cima de las cabezas, se mueven y dan vueltas, el vino oscila y se vierte sobre ellas y sobre las manos, tiñendo blusas y camisas y chorreando por todas partes.—¿Pero qué importa?—¡Alegría, alegría, viva el capitan!—exclama á media voz uno de los más osados, medio convencido ya de haber hecho una tontería.—¡Viva! responden los demás en coro.—¡Callaos por Dios!—grita el oficial impetuosamente procurando ocultar bajo aquella fingida cólera toda su íntima complacencia.—¿Habeis perdido la razon? ¡Dispersaos!—La brigada se despariama en direcciones distintas. Pero otros soldados que habían olido ya la pequeña fiesta, acudieron. Era tarde. La botella estaba vacía, y la bolsa del capitan cerrada.

Los que acudían ahora, volvíanse alrededor mirando de reojo, haciéndose los desentendidos, y alzando los ojos á contemplar las nubes, ó dando con la punta del pié á las piedrecitas, ó bostezando á propósito. Todo en vano; el capitan

no los ve: se aleja. Hay que renunciar á toda esperanza. Aunque en rigor, tanto vale hacerse los contentos. Los que vinieron tarde, vuelven al sitio donde partieron, tarareando con esa voz áspera y destemplada que parece querer morir en mitad de la garganta cuando tenemos la cólera en el alma, y queremos, pero no podemos disimularla.

Ahora miremos á otro punto, allá abajo, en el ángulo extremo. Por aquel sitio del campo, corre pequeño canal como de tres á cuatro metros de ancho, ó ménos todavía, por cuyo fondo discurre cosa de un par de palmos de agua entre dos riberas húmedas y peligrosas por los desprendimientos. Sobre una de aquellas orillas, unos acostados, otros paseando, se encuentran los soldados de la compañía destacada en aquel sitio.

Sale inesperada de un grupo de oficiales sobre la orilla opuesta, una voz sonora:—¿Quién quiere ganarse una peseta? El que salte este foso, aquí la tiene.—Y del centro del grupo se levanta un brazo con la moneda en la mano. Todos se vuelven y corren hácia aquel lado.—Yo.—Yo.—Yo.—Tambien yo.—Y nosotros.—Nosotros tambien.—Un oficial:—Veamos. Alinearse ahí, —é hizo seña con la mano. El grupo le volvió la espalda, corrió confusamente á veinte pasos de la orilla, se detuvo, dió media vuelta, se alineó disponiéndose en semicírculo, los más valientes

en el centro, los más poltrones en las alas; tres ó cuatro de los de en medio se disputaban con los codos la precedencia del puesto, uno, finalmente les vence, echó el pié izquierdo adelante, inclinó hácia atrás el cuerpo, midió el terreno con la vista, se levantó sobre la punta de los piés para mirar al foso, pensó, dudó y se volvió al vecino, diciendo:—Salta tú primero.—Una rechifla general resonó por todas partes. El vecino dudó tambien, y otros dos ó tres fueron recusados.—Apartaos, apartaos; yo saltaré—exclamó un recien llegado á fuerza de empujones y puñetazos. Se le abre puesto, se coloca en primera fila, se retira de pronto, mueve el cuerpo adelante y hácia atrás, mira al foso, contempla fijamente el terreno:... ha partido. Devora el espacio interpuesto, llega al borde, salta y aparece sobre el otro lado, sosteniéndose sobre el pié derecho, con el izquierdo en vilo y los brazos al aire. La peseta es suya; se va corriendo á beber ávidamente un sorbo.

La concurrencia aumenta. Otro saltador se ha atrevido, y ha ganado otra peseta. Un tercero corre—¡oh, que fiasco!—llegado al borde, da el salto, ¡ay! abajo, largo y tendido y cubriéndole el agua. Un murmullo prolongado, burlesco, sale de todas las bocas y acaba por una risotada de corazón, acompañada de un ruidoso batir de palmas. El pobre ha salido agarrándose á la orilla, todo

pestilente, todo chorreando, con los cabellos esparcidos y cayéndole en mechones sobre orejas y cara, con los calzones pegados á las piernas, los brazos lacios... Pero los oficiales se sienten movidos á compasion.—¡Un vaso de vino á este pobre diablo!—exclama uno de ellos. Y el rostro del pobre diablo se serenó.

¿Y los grupos de cantadores? ¡Oh, cuántos! ¡Uno aquí, allá otro, otro un poco más abajo! Alrededor de las tiendas, bajo los árboles, en grupos de cinco, de diez, de veinte. Estos gorjean una romanza patética con caras foscas; aquellos, medio chispos, con cierto brillo en los ojos y cierta alegría en la cara, gritan una canción de bacanal, levantando con las dos manos el vaso á cada principio de estrofa, echando la cabeza atrás y trasegando el vinillo á grandes tragos; y despues un agitar de gorras en demostración de alegría, y un darse recíprocamente palmadas en la espalda y un gritar agudo y estridente:—¡Viva la rubiaaa!—con cierto guiño, con cierto picaresco arrugar la nariz, con cierta expresión de sátiros... Alrededor de los coros más armoniosos y acordes, fórmase un pequeño círculo de oyentes; y en el centro de aquellos coros, un director que lleva el compás con la mano, regaña al que desentona, toma su papel en serio y presenta un aire modesto, paseando los ojos sobre el auditorio que aumenta.

Pero allá se distingue el solitario, el melancólico, que se aleja de aquella fiesta, de aquel estrépito, y á quien la música y los gritos causan tristeza y despecho. Pasea por la parte más desierta del campo, ó está sentado sobre la orilla del foso, con los piés á flor de agua, moviendo con una varita de sauce la arena y las piedrecillas del fondo. O bien está tendido trasversalmente, ante la puerta de la tienda, con la pipa entre los dedos, un codo apoyado en tierra, el rostro en la palma de la mano y la mirada estática sobre las bellas nubecillas coloreadas por la llama vívida del sol poniente.

Recorre con la vista la alta cresta de aquellos montes, y piensa lo que habrá al otro lado: la llanura. ¿Y despues? Otras montañas. ¿Y tras estas montañas? Otra vez la llanura; y adelante, adelante, por montes, valles y llanuras desconocidas, pensando, pensando, hasta que le ocurre de improviso el recuerdo de la querida colina de su país, y contempla con mezcla de ternura y aflicción, aquel crepúsculo que no había contemplado hace tanto tiempo. Despues repentinamente, se estremece, se sacude, vuelve los ojos alrededor, parece que se acuerda en aquel instante por vez primera, dónde está y en medio de quiénes, y exhala un suspiro, sacudiendo la cabeza como para arrojar léjos de sí, aquel poco de melancolía que empieza á abrirse puesto en el

corazon; se pone de pié y se marcha corriendo á unirse con los otros y á participar de sus juegos; porque apenarse el ánimo por cosa que no tiene remedio, no trae cuenta.

Pero no todos aquellos solitarios cambian de pensamiento. Muchos de los soldados más jóvenes, alguno que otro de los más veteranos, se queda allí la tarde entera, meditando, reflexionando y arrancando uno á uno los brotes de la hierba cercana. Varios, sentados con las piernas cruzadas, á manera de turcos, se entretienen en afilar con un guijarro la bayoneta, ó remiendan el capote, ó se dedican á cualquier otra faena de este jaez, acompañando el trabajo con tararear lento, monótono, mezclando la mayor parte de las veces los pensamientos y las notas.

Otros se apoderan de la mochila, extienden sobre ella un pliego de papel de cartas, en uno de cuyos ángulos aparece pintado un soldadito en el acto de partir á la guerra, ó un gran corazon traspasado por enorme flecha; se tienden de bruces en tierra, sacan un pedazo de pluma enmohecida; remueven los resecaados algodones de un tintero de cuerno, y despues de haber mirado algunas veces la punta de la pluma, haciéndola destacar sobre la luz, y haberla probado, más veces todavía sobre la uña y haber pasado y repasado sobre el papel la palma de la mano y soplado, contrayendo y estirando el cuello á cada

paso, garabatean muchas retumbantes y rebuscadas palabras, trazando anchos renglones tortuosos, levantando de vez en cuando la cara, como pidiendo al cielo la inspiracion de tal palabra, de tal frase, que no recuerdan al pronto, pero que han leído de seguro, lo jurarían, la han leído en un libro impreso, pero no saben ni cuando, ni cuál es.

A semejanza del soldado, tambien hay oficiales que tienen mal humor y ánimo refractario á las alegrías estrepitosas, los cuales, ó están sentados á horcajadas sobre sus maletas delante de la tienda con un libro en la mano, ó vagan por los más apartados ángulos del campo, en medio de aquellos soldados de su propio humor negro.

—¿A quién escribes?—pregunta un oficial deteniéndose frente á un soldado que escribe.—

—¿Escribes á tu casa?

—Si señor, responde éste, colocando una rodilla en tierra para ponerse de pié.

—No, no; estás bien: continúa.—¿Cuánto tiempo hace que llegaste?

—Cuatro meses.

—Está bien. Buen ánimo.

Y se dirige á otra parte; deteniéndose delante de otro.

—Y tú, ¿á quién escribes, á tu padre?

El soldado hace una seña negativa sonriendo.

—A quién, pues, ¿á tu madre?

—Tampoco.

—¿A quién?...

El soldado sigue riendo, echa atrás la cabeza, y con una mano abierta, finge jugar con el pliego á fin de ocultar la primera palabra.

—¡Comprendido, bribon!

Y aquellos dos soldados quedan contentos: una simple frase bastó para restituirles el buen humor: despues, más tarde irán á participar de los juegos de sus compañeros. ¡Y cuesta tan poco una palabra afectuosa!

Mirad un poco sobre el camino; mirad quién se acerca.—¡Bah!—me direis—un furriel, que lleva una bolsa al cuello; ¿y qué hay con esto? Esperaos. Esperad que este hombre haya puesto el pié en el campamento, que alguno le haya descubierto, que corra la voz de su llegada y vereis qué confusion, qué desórden, qué clamoreo. Hé aquí que ya entra y se dirige á pasos furtivos y acelerados, mirando alrededor y con desconfianza hácia las tiendas; procura pasar inadvertido para esconderse un momento allá abajo, y poner en órden aquel conjunto de cartas; porque de otro modo será un rompe-cabezas distribuir las. Pero es inútil. Un soldado lo descubre, se vuelve á su compañero y da un grito de alegría.—¡El cartero!—¿El cartero?—Se interroga alrededor buscando con los ojos aquí y allá. ¿Dónde está? ¿Dónde está?—¡Por aquí ha ido!

¡No, por aquí!—¡Ah! ¡Hélo allí!—Todos se precipitan hácia él. En el interin, la noticia ha volado hasta los límites extremos del campamento; de todos los grupos de soldados se destacan en un instante, dos, tres, cuatro, emprenden la carrera y corre, corre, arriba, arriba, á ver quién llega ántes y recibe el primero la esperada carta... —¡Pero sí!...—El pobre cartero está ya rodeado, estrechado, cogido, sofocado por una muchedumbre inquieta é impaciente, que agita los brazos al aire y tiende las manos, y lo ensordecen con un tumulto de voces suplicantes, insistentes, y lo llevan en volandas de una parte á otra, á la ventura. Hasta que de aquella densa multitud de brazos levantados con las manos abiertas, se van separando poco á poco, dos, tres, cuatro manos que estrujan convulsivamente una carta arrugada, y se marchan bajo las tiendas á leerla en santa calma.

Y poco á poco el tumulto se apacigua y la muchedumbre se reduce á un grupo. Algun testarudo, no convencido, se queda todavía insistiendo con voz de lamento:—Pero para mí, ¿no hay absolutamente nada para mí? Es imposible. ¡Oh, Dios mío! Mire mejor: hágame ese obsequio.

—¡Pero si digo que no tienes nada! ¡Oh, en nombre del cielo, dejadme respirar una vez!

Los escasos rezagados se alejan lentamente,

con la barba en el pecho y los brazos caídos, y el cartero ¡pobrecillo! respirá, exhala un profundo suspiro, y limpiándose el sudor de la frente con la mano, exclama:—¡Alabado sea Dios: se han concluido!

A lo largo del borde del camino, se ve por la parte del campo, extenso cordón de curiosos, aldeanos la mayor parte, mujeres, hombres, muchachos, que han venido del pueblecillo á contemplar aquel espectáculo tan nuevo y tan original. Los chicos se han dejado caer por la ribera del foso; los padres y las madres de pié sobre el camino; las muchachas ya crecidas, un paso más atrás. Y unos y otros señálanse con el dedo los variados episodios de aquel gran cuadro, extrañándose del griterío de los cantadores, compadeciéndose de los prisioneros, prorumpiendo en acentos de maravilla al ver aquellos saltos, compadeciéndose con:—¡Pobrecillo! ¡Si se habrá hecho daño!—del que cae, haciendo comentarios acerca de la estructura de las tiendas y las divisiones del campamento, explicándose unos á otros la diferencia de los grados, disputando sobre los galones de las gorras, levantando las voces y montando en cólera.

Observad: á todos los puntos del camino donde hay dos ó tres ó un grupo de aldeanitas jóvenes y bien parecidas, corresponde en el campamento, asimismo sobre la márgen, aunque opuesta del

foso, un insólito acudir de soldados, los cuales, como es costumbre en todos los hombres cuando saben que son mirados por una mujer, danse en los gestos, en las maneras, en las palabras, y hasta en las cosas más pequeñas y en los movimientos más leves, un estudio, una rebuscada desenvoltura, un no sé qué de brioso y desenfado, algo desacostumbrado, en suma.

Y aquellas aldeanas rie que rie, cubriéndose el rostro con el brazo, ó escondiéndolo una tras la espalda de otra; y sepáranse dando alegres carcajadas y riendo á mandíbula batiente para volver á reunirse, á murmurar misteriosas palabras al oído, y algunas veces á hacerse caricias entre sí, por el maldito gusto ¡ved las astutas, las coquetuelas! de hacer que los otros, al mirarlas, tomen envidia de aquellas caricias y se muerdan los dedos de rabia.

En un punto del camino, aparece una bandada de señoritas, venidas ex-profeso del pueblo, con vestiditos cortos, sutiles, blancos, color de rosa, azules, ligerísimos, ondulantes al menor soplo de brisa, hasta el extremo de obligar, de vez en cuando, á que una manecita impertinente se ponga encima, y á estarse allí quieta breve rato para tenerle á raya. Y allí junto, en el campamento, hay un círculo de oficiales que envían saetas con las miradas á flor de tierra.—¡Oh! Venga un soplo de viento.—Hélo aquí. Empieza, crece,

pasa, embiste una falda blanca, la avezada mano no llega á tiempo para detenerla... ¡Oh, qué pié tan bonito! Y aquellos oficiales saben que son observados y no desperdician la ocasion. En efecto, mirad á uno cualquiera, el primero, el más cercano al foso no tendría la faja de Estado Mayor con aquella estudiada elegancia, y no hubiera hecho el lazo de manera que quedasen desiguales las dos borlas; el otro no echaría al aire las nubes de humo levantando tan orgullosamente la cabeza, y no tendría las piernas y los brazos en actitud casi napoleónica; este otro no llevaría con tanta frecuencia la mano á la cabeza, para asegurarse de que la raya de aquel poco pelo que el coronel concede, todavía no se ha deshecho.

En tanto, baja por el camino y se detiene delante de la entrada del campo, una familia del pueblo: un papá viejo, robusto, fornido, gordo, una de esas figuras, en fin, con dos velas de barco por encima de la corbata, dos bucles de pelo gris sobre las sienes, y un par de patas de elefante dentro de dos zapatos de tela sucia y un cayado nudoso debajo del brazo. La verdadera estampa de un secretario de ayuntamiento, que vive en paz con todo el mundo, y archicontento de sí propio y del marcado genio matemático que empieza á demostrar el niño en la escuela;—una buena cara de mamá, bajo un sombrero de forma

de casco romano;—y tres niños vestidos de la mejor tela, peinados, cepillados, limpios y lustrosos, y todavía llenas las cabecitas de una leccioncilla de cumplimientos, recitada ante la mamá en el acto de salir por la puerta de casa.

Son antiguos amigos del coronel.

¡Ved qué afortunado accidente ha sido, venir á levantar allí un campamento, allí mismo, á dos pasos de su casa! El padre con continente placentero y con tentativa de voz suave:—Señor soldado—pregunta al centinela mientras lleva una mano á la ancha ala del sombrero,—¿se podría ver al señor... caballero... coronel... que manda el regimiento?—El centinela le hace ademán de que se puede pasar, y le indica con la mano la tienda del coronel. Un gastador barbudo corre á anunciarle la visita. La familia adelanta con paso lento, respetuosa, circunspecta. El coronel sale, mira, se detiene, arruga los párpados como para distinguir mejor, mira un instante al cielo como para reanudar las esparcidas reminiscencias de aquellas caras, los recuerda, vuelve á mirarlos, los reconoce, y dándose una palmada en la frente y lanzando un ¡oh! prolongado de sorpresa y de satisfaccion, se adelanta con los brazos extendidos y las manos abiertas... Y aquí, figuraos, las acogidas é inclinaciones de cabeza, y preguntas y respuestas afanosas, y pasar de mano bajo la barba á los niños, que están desco-

nocidos y son muy hermosos, y despues:—¡Eh, señora!—exclama el coronel para arbitrarse un discurso cualquiera.—El efectivo de las compañías es mucho: ciento cincuenta plazas cada una, nada ménos: es un gusto. Y que bello campamento. ¿Eh? ¿Lo quieren ustedes ver? ¿Quieren darse una vuelta?—La familia acepta agradecida; el coronel despues de un momento de reflexion, se coloca á la izquierda de la señora, el marido á la derecha, los chicos delante: la comitiva se pone en movimiento. Todos le abren plaza. Los oficiales saludán. Un murmullo ligero les precede; otro ligero murmullo les sigue. El coronel, aquel rudo y buen soldadote que es, obligado al ingrato oficio de *caballero sirviente*, dice á la señora:—Estas, ¿ve usted? estas son las marmitas de la tercera compañía; estas otras de la cuarta; las de más allá de la quinta. Se me dirá que están deterioradas... Es verdad. ¿Pero qué quiere V? Por qué... Y le explica el por qué del mal estado de las ollas. Y la señora, en medio de aquellas dos alas de soldados, no acierta á disimular un poco de embarazo, un poco de ruborcillo; pero el papá que sabe llevar al lado á un coronel, se siente más grande de lo que es, el pobre hombre, y dirige alrededor sobre los soldados una mirada extensa, benigna, risueña, y repite de vez en cuando con acento de complacencia y de admiracion:

—¡Oh, qué bella juventud!—Uno de los muchachos se acerca á su mamá, y señalando con el dedo al coronel, le pregunta:—Mamá, ¿quién es este soldado?—Calla—le responde ella en voz baja—es el que manda á todos los soldados que están aquí.—Y si quisiera—prosigue el niño—¿podría hacer cortar la cabeza á todos?

¡La música! ¡La música! se grita de repente por todos los lados del campamento. Efectivamente, los músicos han salido uno á uno de las tiendas, se han reunido y se han puesto en movimiento hácia la mitad del campo, han formado círculo y esperan la señal del músico mayor, teniendo entre las manos los instrumentos en actitud de llevarlos á la boca. En ménos tiempo del que se emplea en decirlo, se ha agrupado á su alrededor inmensa multitud, medio regimiento: se ha levantado ensordecedor estrépito, agudos gritos de alegría, aplausos, cantos y silbidos; los bailarines más fogosos hienden la compacta muchedumbre á fuerza de puñetazos y pisotones, se buscan, se llaman á grandes voces, se lanzan unos contra otros, y apoyando las manos en los pechos, dando de costado sobre los demás y pisoteándoles procuran abrir círculo. Las parejas se preparan; el danzante coge con la diestra la camisa del que hace de danzarina (¡ojalá lo fuese!), cruzan los dedos de la mano izquierda con los de la derecha, adelantan el pié iz-

quierdo, doblan la rodilla, y volviéndose al músico mayor, exclaman: —¿Qué? ¿empezamos, sí ó nó?— Las parejas se impacientan, patean, aprietan los puños, se contornean bufando y dando grandes gritos. El músico mayor hace seña con la mano, los instrumentos se acercan á las bocas, las lenguas se dilatan lamiendo el labio superior y el inferior: —otra señal,— y la música empieza.

Las parejas se ponen en movimiento, van, vuelven, se separan, se encuentran, chocan, se inclinan á izquierda y derecha, adelante, hácia atrás, espalda contra espalda, costado con costado, avanzando, á la ciega, á la loca, donde se va, se va, donde se cae, se cae, hay que abrirse lugar por todas partes, si no, se hace á empujones, á patadas, y excitan, comprimen, vacilan, gritan y estallan las risotadas; en un instante la hierba del suelo ha desaparecido bajo los pesados piés, el terreno está yermo, las parejas se han cambiado, confundido, separado ó agrupado en exceso; otros han caído de bruces en tierra y los bailarines pasan por encima ó tropiezan y se precipitan sobre ellos; otros fueron relegados á la muchedumbre espectadora; pero en medio de aquella confusión, el flemático continúa bailando imperturbable con aquel su característico balancear de caderas, con aquellas contorsiones de cabeza y de espalda y aquel cruzamiento de pier-

nas y aquel doblar repentino de rodillas como si fuera á caer y de improviso se levantara como movido por resorte; y el vigoroso prosigue adelante impasible, rígido, grave y tomando la cosa en serio, se açalora, y continúa con interés y hasta hace gala de su robusta gracia; y los nerviosos, dos á dos, uno enfrente de otro con el cuello inclinado, los brazos abiertos y la cara afectando ciertas muecas ridículas, enardecidos, encorvados, siguen restregando la tierra rápidamente, rápidamente...

¿Qué pasa? ¿Qué sucede?

En el campamento se ha hecho un silencio repentino, profundo, todas las miradas se han vuelto á un lado; el que yacía en tierra se ha levantado; quien estaba en el límite extremo del campamento, ha corrido hácia el centro; en la barraca del cantinero, los asiduos parroquianos se han puesto en pié sobre las mesas y los bancos; otros se han encaramado sobre los carros; todos han salido de las tiendas.

¿Qué pasa? ¿Qué sucede?

Mirad hácia el camino. Envuelto en una nube de polvo avanza al galope un jinete. Está cerca de la entrada; penetra: se dirige hácia la tienda del coronel; se detiene. Aparece el coronel: el jinete saluda, le entrega un pliego, vuelve la grupa y emprende la carrera.

Todos están con los ojos vueltos hácia aquel

lado, atónitos, mudos: se diría que se ha suspendido la respiración; el campo presenta la imagen de aquellas grandes plazas llenas de gente alrededor de elevado castillo de fuegos artificiales, cuando el inesperado cohete de bengala ilumina inmensidad de caras con ojos saltones y bocas abiertas.

El coronel cierra el pliego, se vuelve hacia el corneta de órdenes y hace una seña...

Todavía, antes de que suene el toque, prolongado, universal, altísimo grito, como estallido fragoroso de trueno, se eleva al cielo por todos los lados del campamento; toda aquella multitud esparcida, se disuelve en varias direcciones con vertiginosa rapidez; las mesas y los bancos del cantinero, en un instante, quedan desiertas; el pobre hombre se lleva las manos á la cabeza; pronto, abajo la tienda, fuera las cajas, arreglar los platos, coles, salchichas, botellas, panes, pollos, cigarros, todo á granel, no importa; pero pronto, el tiempo apremia, es inminente otro toque de corneta.

Los oficiales dan vueltas por el campo, corriendo, llamando en alta voz para que se reúnan y formen pronto. Ligero, mano á la maleta; mete dentro la ropa; las botas sobre las camisas, los peines en el capote; no importa con tal de terminar pronto. La maleta no puede cerrarse; colocando la rodilla sobre la tapa...—ea,— fuerza,—

todavía un poco,—ya está cerrada. ¡Pronto, á arrollar el sobre-todo! Ahora la levita, la espada, la bolsa... ¡Pronto! Si está en orden, méenos mal.

Y los soldados alrededor de las tiendas deshaciendo con las uñas los nudos de las cuerdas, arrollando las cubiertas de las mismas, llenando las botas, corriendo, pasando los corchetes con aquellos malditos dedos que no encuentran los ojales, tentando, echados por la paja en busca de la cadencia, las insignias, la bayoneta, con el rostro encendido, con la frente chorreando sudor, la respiración afanosa, la fiebre encima de puro miedo al segundo toque de corneta, con la voz del sargento á la espalda que amenaza con el calabozo al que tarde, delante la imagen del capitán que patea, grita y se enfurece diciendo:

—¡Pronto, pronto, pronto!...

Otro toque de trompeta.

—¡A las filas!—gritan cien voces á un tiempo, de todos lados.

Todos corren tal y como se encuentran, con el ros hacia atrás, el capote desabrochado, el cinturón en la mano, la bota colgando á la espalda.

—¡A su puesto! ¡Pronto! ¡En orden! ¡Alineación derecha!

La compañía se alinea tumultuariamente; se rompe y se ensancha á cada nueva llegada de soldados; despues se estrecha, hace algunos mo-

vimientos adelante y atrás, ondula de un extremo al otro, perturba el orden de repente, se restablece con rápida reaccion...

Otro toque de corneta. El regimiento se pone en marcha. La primera compañía está ya fuera del campamento, la segunda, la tercera... El campo queda vacío.

Tal es la vida del campamento: dura quizás é incómoda; pero siempre bella, siempre querida.

¡Quién habrá que la haya hecho, y no la ame y no la recuerde con deleite y no la desee con entusiasmo!



## EL MUTILADO.

**P**OR las tardes, á cierta hora, el aspecto de la campiña infunde en el ánimo vaga melancolía, algo semejante á aquella angustia del corazón de que son presa los muchachos, cuando, escapados de casa para corretear por el campo, de sendero en sendero, de ribazo en ribazo, van adelante: adelante, adelante, hasta que se espantan de repente de encontrarse solos; miran á su alrededor, y ven lugar oscuro y siniestro; miran adelante: han perdido la huella del camino; alzan los ojos al cielo: el sol ha desaparecido. Su madre ¡pobre mujer! espera.— ¡Oh, Dios mio! ¡qué es lo que hecho! — exclaman y permanecen allí como petrificados, con el llanto en la garganta y el corazón en sobresalto.

vimientos adelante y atrás, ondula de un extremo al otro, perturba el orden de repente, se restablece con rápida reaccion...

Otro toque de corneta. El regimiento se pone en marcha. La primera compañía está ya fuera del campamento, la segunda, la tercera... El campo queda vacío.

Tal es la vida del campamento: dura quizás é incómoda; pero siempre bella, siempre querida.

¡Quién habrá que la haya hecho, y no la ame y no la recuerde con deleite y no la desee con entusiasmo!



## EL MUTILADO.

**P**OR las tardes, á cierta hora, el aspecto de la campiña infunde en el ánimo vaga melancolía, algo semejante á aquella angustia del corazón de que son presa los muchachos, cuando, escapados de casa para corretear por el campo, de sendero en sendero, de ribazo en ribazo, van adelante: adelante, adelante, hasta que se espantan de repente de encontrarse solos; miran á su alrededor, y ven lugar oscuro y siniestro; miran adelante: han perdido la huella del camino; alzan los ojos al cielo: el sol ha desaparecido. Su madre ¡pobre mujer! espera.—¡Oh, Dios mio! ¡qué es lo que hecho! —exclaman y permanecen allí como petrificados, con el llanto en la garganta y el corazón en sobresalto.

De este género es la melancolía que penetra lentamente en el alma, en medio de la campiña, cuando el sol ha huido hace poco tiempo, los objetos van tomando todos el mismo color y sobre las crestas de las montañas no aparece sino sutil franja de cielo oro pálido, desvanecida la cual empiezan á brillar las estrellas.

Es una hora triste. Y hasta aumentan su tristeza, el monótono cantar de las ranas y el lejano ladrido del perro, que turba de vez en cuando el profundo y solemne silencio de la naturaleza.

Quien á tales horas camine por la senda solitaria que conduce á la ciudad, de la cual se encuentra aún bastante alejado, y no distinga á su alrededor alma viviente, ni escuche otro rumor que el de sus pasos, aquel ladrar de perros comienza á producirle enfado, y empieza á parecerle triste y... No es precisamente que tenga miedo... Pero ¿qué se yo? No parece otra cosa, vamos.

Cuando se pasa ante la puerta de huertos y jardines, se camina sobre la punta de los piés, para no despertar allá dentro el ahuecado eco; la respiración se contiene, los oídos se aguzan. Y ya casi al otro lado, ya casi en seguro, hé aquí que resuena á su espalda el maldito ladrido, que le turba por completo. Y marcha adelante sin volver la vista, pero cree siempre ver ante sus ojos al rabioso animal con el hocico en la ren-

dija de la puerta olfateando y los ojos inyectados... ¡Ah! ¡Si pudiera destriparlo!...

Y sigue su camino; pero por el centro, sin parar mientes en la espesa polvaréda, con tal de no pasar muy cerca de las vallas: no se ve á la otra parte de éstas, y podría haber alguno esperando... no sería la primera vez que ha sucedido.

Si se oye detrás rumor de pasos, ó voces de dos caminantes que conversan, no se vuelve nunca los ojos á mirar quiénes sean, como si no se tuviera sospecha ó temor, que sería parecer memo; mas se echa adelante con los oídos alerta y, fingiendo observar el campo por un lado de la vía, se explora el camino con el rabillo del ojo.

Y si tendiendo la vista al frente se ve aparecer á lo léjos y acercarse hácia uno lentamente, dos hombres á caballo, embozados en anchas capas negras y cubiertas las cabezas con sombreros tricornios, el corazón cobra alientos, se aprieta el paso, y ya cerca de aquella pareja de inesperados amigos, uno les cede gustoso toda la ancha carretera, retirándose sobre una de las cunetas, miránoles con expresión de amoroso obsequio y acogiendo con profundo sentimiento de complacencia la inquisitiva mirada que recibe.

Cuando llega por fin, á aquella bendita puerta de la ciudad y distingue el primer reverbero de la primera calle:—¡Loado sea Dios!— exclama

sacudiendo con el pañuelo el polvo de los zapatos. — ¡Ya he llegado!

A aquella hora, quien pasó ante la puerta de un cementerio no se detuvo, aun no perturbando su imaginación el fantástico miedo del vulgo y los muchachos; siguió andando sin arrojar siquiera una mirada á la verja, volviendo la cabeza al lado opuesto. Al pasar por delante de las solitarias capillas del campo, los muchachos, se atemorizan del rumor de sus propios pasos que penetrando por las abiertas ventanas, repercuten bajo la oscura bóveda...

A aquella hora, en fin, en que todavía se ve en el occidente un resto de luz y las familias de los aldeanos están sobre los terrados, apoyados en la barandilla, contemplando silenciosamente el melancólico espectáculo del cerrar la noche sobre la campiña; los chicos se señalan uno á otro con el dedo las lucecillas que aparecen en las casuchas campestres, ó preguntan al padre el nombre de las estrellas; las muchachas, sentadas á otra parte, con un brazo sobre el respaldo de la silla y la cabeza reclinada en el brazo, fijan sus ojos sin mirar sobre los montes lejanos, y piensan. Pero no piensan en aquellas montañas; en aquellos momentos su inteligencia se aparta enojada de aquella soledad y de aquel silencio severo; en aquellos instantes, por más que se encuentran en el seno de la familia, se sienten

solas, abandonadas. Conocen que les falta algun gran bien, advierten que en su corazón existe un gran vacío, que no viven la vida entera. Y su fantasía corre irresistiblemente á la ciudad, se interna en el amable tumulto de los bailes, busca y encuentra objetos queridos, ya mucho tiempo olvidados, y goza dando vida nueva á las imágenes, haciéndolas comparecer ante sí, á su mismo lado, para que con ellas participen de aquella suave melancolía. Y cuentan el tiempo que deberán permanecer todavía en la ciudad, recorren con la imaginación aquel tiempo y gozan anticipadamente la alegría del regreso y de la primer visita á aquellas figuras vagas, despertando después de aquel gentil y triste fantasear como de pesado sueño.

¡Oh, esa hora de la tarde en el campo, es una hora triste! Aunque os encontráseis al lado de la mujer amada, en el colmo de vuestra felicidad, no os pasarían por la mente sino tristes imágenes, no sonarían en vuestros labios más que tristes palabras.

Precisamente á esa hora, la tarde de uno de los primeros días de Mayo de 1876, en una senda desierta que corre á través de la pendiente de

suave colina, junto á uno de esos nichos campes-  
tres en que está pintada la imagen de la Virgen  
sobre el fondo, hallábanse hablando dulcemente  
una jovencilla y un soldado.

Aquella, sentada sobre gruesa piedra ado-  
sada á un ángulo del nicho, con los codos apoya-  
dos sobre las rodillas y la barba entre las pal-  
mas de las manos; éste, de pié junto á ella, con  
un hombro arrimado al muro y los brazos cru-  
zados sobre el pecho. Tenía la gorra echada  
atrás; el capote al hombro, y á los piés el morral  
y sobre éste un lío.

Había en la actitud de la jovencuela, no se qué  
de abandono y de fatiga, y sus miradas estaban  
clavadas, inmóviles en el suelo. Un farolillo col-  
gado ante la imagen de María, arrojaba velada  
claridad sobre el rostro medio oculto entre las  
manos, y señalaba alrededor de sus ojos la amo-  
ratada huella de largo llanto.

El soldado, sin cinturón y sin armas, tenía el  
aspecto de un soldado de reserva. Lo era en  
efecto, y pertenecía á una de las clases que habían  
sido llamadas á las armas el día 28 de Abril, y al  
séptimo despues de la publicación de la Real ór-  
den, debía presentarse al comandante general del  
distrito. Aquel soldado se había de encontrar al  
día siguiente en la ciudad vecina, la cual distaba  
unas dos leguas ó poco ménos, de aquel sitio.

A juzgar por su aspecto y el de la jovencilla y

por las largas pausas que seguían á las escasas y  
tristes palabras, parece que hacía mucho tiempo  
estaban allí. Por la senda, ni cerca ni léjos se  
distinguía alma viviente y reinaba profundo si-  
lencio. Solamente de vez en cuando se oía con-  
fuso rumor de voces lejanas procedente de una  
casa enclavada al pié de la pendiente, en la cual  
aparecía y desaparecía por intervalos alguna lu-  
cecilla: eran aldeanos de regreso de la labor que,  
guardando los aperos y metiendo los bueyes en  
el establo, conversaban de una á otra parte de  
la era.

De repente el soldado se separó de la pared y  
tomando las dos manos de la jovencita, que se  
puso de pié en seguida, le dijo con ese acento de  
tímida conformidad que suele darse á las pala-  
bras cuando se anuncia algun dolor á una persona  
querida:

—Es tarde, Luisa. Es hora de que me vaya.  
Mañana temprano necesito encontrarme en la  
ciudad y el camino es largo.

Calló, y miró á la cara de la pobrecilla. Ésta,  
sin pronunciar palabra, se le acercó, le puso las  
manos sobre los hombros, dejó caer la cabeza y  
sollozó:

—¡Valor Luisa, ten valor! ¡Cuatro tiros y se  
vuelve!

—¡Se vuelve!—dice ella levantando la cabeza  
y dejándola caer otra vez.—¡Quién sabe!—sollozó

después con voz de llanto sofocado entre las manos.

Hubo un instante de silencio, tras el cual replicó el soldado:

—¡Conque... hasta la vista, Luisa!

Puso sus manos sobre las sienes de la muchacha, levantó su cabeza, la besó en la frente, se inclinó, tomó la mochila, echóla á la espalda pasando el brazo por encima de la cabeza, se inclinó de nuevo para recoger el lío y, estrechando la mano de la jóven hizo ademán de partir.

Ésta, que en tanto se había cubierto la cara con el delantal y estaba inmóvil, en aquel instante como aturdida por el dolor, se destapó repentinamente y cogiendo con las dos manos las del soldado:

—¡Escríbeme!—le dice con voz firme y resuelta, queriendo de este modo retardar algunos momentos la partida,—¡escríbeme todos los días!

—Tanto como todos los días no, querida—responde el soldado con voz suave.

—¿Y por qué no?—pregunta solícitamente con acento de reproche.

—¿Y cuándo se marcha todo el día?

—¡Ya!...—repuso á media voz la muchacha moviendo la cabeza,—pero al menos,—replicó después reanimándose de pronto—al menos, todos los días que tengais una batalla ¿me escribirás que estás bueno?

Él, que en otra cualquiera ocasion hubiera sonreído de la cándida ingenuidad de aquella pregunta, en aquellos momentos sintió que invadía su alma una compasión, una ternura, una opresión tan fuerte y repentina que se sintió acobardado, y comprendió que era necesario marcharse, sin más palabras, sin más dilaciones, al instante. La abrazó, la besó y echó á correr.

—¡Oh, escucha!...—gritó con voz desesperadamente suplicante la pobrecilla, corriendo detrás algunos pasos con los brazos extendidos—¡todavía una palabra!

Él no se volvió; ella se detuvo, se cubrió la cara con las manos, permaneció un momento inmóvil en medio de la senda, tornó luego atrás y se dejó caer de rodillas ante el nicho, llorando á lágrima viva y sollozando en alta voz como un pequeñuelo.

El soldado continuaba caminando de prisa sin volver el rostro. Junto al sitio en que la senda se bifurcaba, se detuvo; después de un instante de duda terrible se volvió, miró al nicho, la vió... Ella en aquel punto levantó la cabeza, dirigió hácia él la vista, pareció distinguirle, se puso en pié... había desaparecido. Tomó por aquel ramal de la senda que descendiendo rápidamente al valle conduce á la ciudad.

Reunióse á su regimiento á principios de Mayo, y de entónces en adelante escribió casi todos los días una carta á su casa, y recibió tambien otra, casi diariamente, bien de su madre, bien de su padre, ó bien de su novia; todas estaban escritas, sin embargo, de puño y letra de esta última, pues ninguno de su familia se hallaba en el caso de poderlo hacer siquiera para que se le comprendiese: únicamente el viejo sabía un poco de cuentas para su uso particular.

Estuvo en la batalla del 24 de Junio. Despues de aquella jornada transcurrieron dos semanas sin que los suyos recibieran siquiera una línea de él. Figuraos la ansiedad, el desasosiego, la falta de calma de aquella pobre gente.

Pero un bello día, cuando Dios quiso, llegó una carta. Fué una verdadera fiesta. La abrieron con las manos trémulas... ¡Ah! No estaba escrita de su puño; palidecieron. Pero una vez leída, rehiciéronse un poco del primer espanto, porque les hablaba de una leve herida recibida en una mano el día de la batalla, una herida levisima, de la que, á los pocos días desaparecería hasta

la señal. Añadia que ya hubiera abandonado el lecho, si no fuera por la fiebre que se le presentara, como consecuencia de la poca sangre perdida; que no estuvieran pesarosos, porque la cosa no era ni para pensar en ella; solamente que le impedía escribir la carta de su puño y letra la mano herida, porque era la derecha, de la que todavía le dolian los dedos, pero poco, muy poco, casi nada.

La familia se fué tranquilizando paulatinamente. Una semana despues de aquel día recibieron la primera carta de letra suya; supieron por ella que se habia incorporado á su regimiento, y de aquella pequeña desgracia no hacia mencion sino para decir, que la insignificante herida podia todavía esperarse que hubiese sido peor, y que debia agradecerse al cielo de que la cosa hubiera terminado así.

¡Pobre gente! Si la cosa hubiese ido de la manera que les decia, hubieran dado, y aun debian dar gracias á Dios; pero no sabian la verdad. El pobre soldado habia sido herido por una bala de fusil en la pierna, cerca de la rodilla, encontrándose á unos cien pasos del enemigo. La bala le habia roto los dos huesos, la tibia y el peroneo; trasportado al hospital le habia sido amputado el muslo cuatro dedos por encima de la rodilla.

Despues de una cuarentena de días, le dieron una pierna de madera, un par de muletas, su li-

cencia, y, llevándole á la puerta del hospital:—  
Marcha,—le dijeron—vuelve á tu casa, pobre jó-  
ven, que ya representaste tu papel.

Antes de partir en direccion á su casa, escribió  
á su madre para advertirla de la marcha, y del  
dia y la hora en que debia llegar á casa; es-  
crito lo cual, se resolvió, hizo un esfuerzo, mas  
no le bastó el valor para hacerle olvidar su horri-  
ble desventura. Diez y diez veces arrojó sobre la  
carta la primera palabra, borrándola inmediata-  
mente, casi sorprendido de que hubiera salido de  
su pluma.

Todavía no habia siquiera terminado la carta,  
cuando acudieron en tropel á su imaginacion  
todas las consecuencias posibles, cierta ansiedad  
inevitable y tremendamente dolorosa de aquel  
engaño suyo demasiado piadoso: dolióse amar-  
gamente de haber callado siempre su desventura;  
se maravilló de no haber pensado jamás cuánto  
más triste y más desconsolador iba á ser para su  
familia su silencio, que haberle revelado valero-  
samente la verdad; y engolfándose—como jamás  
habia hecho—en las imágenes de lo que acon-  
tecería en su casa, á su primera aparicion en  
semejante estado, y presintiéndolo el corazon é  
imaginando la desesperacion de sus padres ante  
aquella vista tan inesperada y terrible, y pensa-  
do en su novia y en sus amigos, se mesó los cabe-  
llos en actitud de desolacion desesperada y lloró.

Pero ya era inútil.

Llegó á la ciudad vecina la tarde anterior al  
dia en que, segun la carta, debia llegar entre los  
suyos. Durmió en una posada. Al dia siguiente,  
temprano, ayudado por el huésped, subió al  
carro de un molinero que pasaba por el camino  
de la colina natal; acomodó la pierna de palo  
á un lado, sentóse sobre dos sacos de harina; el  
molinero arreó al caballo y el vehículo partió.

Recorriendo el camino durante algunas millas  
por el fondo del valle, el carro no comenzó á  
subir por la colina, sino algunas horas despues  
de haber salido.

En aquel tiempo, nuestro pobrecillo que no  
habia podido cerrar los ojos en toda la noche,  
oprimido como estaba por una rápida turba de  
pensamientos, de imágenes y de presentimientos  
dolorosos, en aquel tiempo habia caido en una  
especie de sopor, favorecido por la monotonía del  
camino y la lentitud de la marcha, no interrumpido  
más que de vez en cuando por las sacudidas  
de las desigualdades del terreno.

Pero cuando de repente sintióse herir los ojos  
una luz más viva y azotar su rostro un viento  
más fuerte, comprendiendo que el carro habia  
salido de en medio de los árboles y empezaba á  
subir, se despertó sobresaltado, entrevió aquella  
colina, aquel camino, aquellas casas, y cerró los  
ojos al instante, volviendo atrás la cabeza, como

presa de súbito espanto y se dejó caer de boca sobre los sacos con el rostro entre las manos.

El corazón le latía con fuerza; su sangre circulaba violentamente; su cerebro estaba aturdido como por un gran golpe sobre el cráneo. Y permaneció mucho tiempo en aquella postura.

Volvió en sí poco á poco, levantando primero la cabeza, apoyando las manos sobre los sacos para sentarse; incorporóse luego dando siempre la espalda á la colina y volvió por fin la cabeza hácia aquella parte sin levantar la vista. Un instante despues, comenzó á mirar el caballo, despues á fijar los ojos un poco más allá, sobre el camino, á derecha, á izquierda, hácia adelante... ¡Ah! ¡He allí aquella bendita casa!

Y el corazón le dió un salto repentino, como si hubiese llegado allí sin saberlo y aquella casa hubiera aparecido ante sus ojos por arte de encantamento.

Encontrábase todavía muy alejada, no aparecía aún distintamente, semejaba apénas la imagen blancuzca de extensa mancha medio oculta entre los árboles; pero á él le parecía que estaba cercana, muy cercana; le parecía que de allí á pocos instantes habría ya llegado y que sus padres, parientes y amigos, correrían á rodear el carro y lo verían descender ¡y cómo, cómo bajar, Dios mio! Él se lo imaginaba; creía ver á todas aquellas personas queridas, que á aquellas horas

debían, de fijo, estar en corros sobre el camino, delante de la puerta ó esparcidos por las eras esperándolo.

Sonaba que herían sus oídos de vez en cuando voces de fiesta, y entre aquellas voces distinguía una más querida y suave, y el corazón se le oprimía y hubiera querido que aquella casa estuviera todavía alejada, tanto, que no se la distinguiera aún. Y por el contrario se le aparecía allí, allí delante, y parecía acercarse á él, mucho más rapidamente de lo que él se acercaba á la casa, y volvía la cabeza y cerraba los ojos para no ver.

Pero ¡ay! era un tormento peor, porque levantando por un instante los párpados y tendiendo la vista, imaginaba haber hecho en aquel corto espacio de tiempo, mucho camino, un camino cien veces mayor del que en realidad recorriera. Entónces pensó dar la espalda al caballo, y arrastrando poco á poco la pierna coja, se volvió. Pero no pudo el pobre permanecer así mucho, porque á cada instante se sentía irresistiblemente obligado á torcer adelante la cabeza, con gran incomodidad de todo el cuerpo.

Tomó de nuevo la primera posición; ¡y fijando los ojos á derecha é izquierda del camino, descubrió á pocos pasos una gran encina, con el tronco hendido por la mitad y las ramas lozanas y frondosas, bajo la cual había una tabla soste-

nida por dos piedras á modo de banco. Clavó la mirada en el rústico asiento, llevó una mano á la frente como para ayudarse á sí mismo á evocar un recuerdo; se humedecieron sus ojos, sus mejillas se encendieron, cruzó las manos, y, siempre con la vista fija en aquel punto, movía lentamente la cabeza, como dando su asentimiento á todos los recuerdos que en tropel acudían á su mente, llamados los unos por los otros. ¡Sí, sí, aquel era, aquel era el mismo sitio donde una tarde había venido con ella, no obstante las amonestaciones de su madre:—¡No os alejeis mucho!—¡Y ella no quería venir, porque era inconveniente alejarse tanto de casa, y más á aquella hora, avanzada la tarde, sola con él! ¡Pero, Dios mio, él le rogó tanto y tanto, y el cielo estaba tan puro, y el aire tan dulce y tan perfumada la campiña toda, que la obligaron á ceder, y fué!... Y se había sentado allí, sobre aquel banquillo, y cambiaron muy pocas palabras... pero rápidas, ardientes, trémulas; y él había buscado la mano de ella, que, temerosa del pensamiento de encontrarse sola con el que amaba, cerraba el puño y lo cerraba con graciosa violencia, y él tuvo necesidad de ir extendiendo los dedos uno á uno, y mientras procuraba levantar el segundo, tornaba el primero á su puesto, hasta que la adormecida manecita se abrió y fué suya...

Recordando rápidamente aquella tarde queri-

da, el pobre mutilado, por una alucinación en la que hace caer frecuentemente la fantasía ante la vista de un sitio al que estamos ligados por caros recuerdos, el pobre mutilado revivió en aquella tarde: olvidó el tiempo que trascurriera entre aquella tarde y aquel día, olvidó todo cuanto acaeciera durante aquel tiempo, la guerra, la herida, la pierna cortada; el pensamiento de aquella muchacha se arraigó en su imaginación aislado, destacado de tantos otros pensamientos dolorosos; el pensamiento de una felicidad sobrehumana le invadió el alma, se la embriagó, se la oprimió; movido por irresistible impulso del corazón, hizo un esfuerzo para ponerse de pie sin ayuda de los brazos, y lo hizo tan violento, que los nervios extremos de la pierna cortada al apoyarse contra la madera, chocaron de pronto haciéndole sufrir tremendo dolor que arrancó á sus labios un grito, y, arrebatándolo con fuerza de brazos de la querida ilusión y arrojándolo en el sentimiento de la triste realidad, le hizo caer de bruces sobre los sacos del carro, con las manos en la frente murmurando con lastimero acento entre sollozos y desolado:

—¡Oh, en este estado ya no me querrá! ¡Ya no me querrá!

El carretero que caminaba á pie delante del carro, se volvió y preguntóle:

—¿Se siente malo, militar?

El soldado repuso secamente que no; y no añadió palabra. El pobre permaneció inmóvil de aquella manera durante buen trecho del camino y fué mejor para él, porque si hubiese dirigido la vista por la campiña, á cada paso le habrían asaltado nuevos recuerdos, y con ellos nuevos dolores.

En tanto, en su casa, se habian reunido los deudos, parientes y amigos, los cuales, avisados el dia anterior de la tan querida é inesperada llegada, acudieron alegremente á la casa paterna, para hacerle un poco de fiesta y un poco de honor.

A los primeros albores del dia, los ancianos padres se habian levantado y vestido con aquella ligera presteza de los muchachos que se preparan para un paseo por el campo. Acto seguido comenzaron á dar vueltas por la casa con pasos ligeros, abriendo puertas y ventanas, dando fuertes golpes á la cabecera de los que dormían, diciendo:

—¡Vamos! ¡Fuera de la cama, muchachos!

Los dormilones, despertados así de repente, abrían los ojos y la boca, lanzaban alrededor mi-

radas soñolientas y ponían esa cara malhumorada y colérica del que se ve turbado en el descanso. Pero apénas sacudido el sueño y adivinado con el pensamiento la causa de aquel desacostumbrado movimiento, se animaban con grande alegría, mezclando su voz á la de los parientes, se lanzaban del lecho, vestíanse de prisa y corrían por la casa y por las eras y por el camino y por la huerta á terminar con inusitada presteza las faenas, sonriéndose unos á otros á cada encuentro ó haciéndose señas de léjos ó incitándose á menudo para concluir más pronto.

Poco despues acudía ansiosa la jovencilla, la prometida, que vivía cerca de la casa; llegaba corriendo acompañada de dos amigas, vestida de fiesta, con un ramito de flores entre el cabello, y la cara sonrosada: encuentra de pronto á la madre, sonrie, enrojece, se arroja en sus brazos, y despues, separándose de pronto, y ocultándose dos ó tres veces con el brazo, de los que quieren mirarle á la cara para decirle requiebros, se encaminó corriendo hácia aquella casa, que era como suya; y todos á un tiempo empezaron á sacudir muebles y adornos, á barrer en los rincones más escondidos, á separar las camas de las paredes, á mullir los colchones, á quitar la cojera de las mesas, á extender en los alféizares de las ventanas sábanas y cubre-camas, á sacar de los armarios ciertos candeleros de latón

reservados para las grandes solemnidades, y sobre los estantes, en los antepechos de las ventanas, alrededor de los cuadros, sobre las puertas, dispusieron y arreglaron vasos y macetas de flores campestres.

Tanto, que al aparecer el primer rayo del sol, aquella casa estaba limpia, aseada, olorosa como un jardín; la era lisa y pulida como tablero de mármol; ni una hoja, ni una paja hubiera encontrado quien la buscara.

—¡Y no podía hacerse ménos, vamos, para recibir como se debe á un soldado que vuelve de la guerra, y vuelve herido!

Así decía la pobre vieja á las otras mujeres cuando hubieron acabado de trabajar, pasando de habitacion en habitacion é indicando su complacencia por el buen orden y la limpieza de todas las cosas.

—¡Seguro!—respondían las otras.

Y salieron á la era. La madre se detuvo, llamó por su nombre á la muchacha, que acudió correteando, la tomó por una mano, la condujo á su habitacion, y, colocándola dulcemente delante de un espejo pequeño:

—Mira—le dice—¡te has arrugado el vestido!

—¡Dios mío!—exclamó la jovenzuela haciendo un gesto de contrariedad.—¿Cómo ha sido esto?

—Arrimándote á todas partes—responde la

vieja.—Y tú corre por aquí, corre por allá, como una loquilla que tiene la cabeza á componer. ¡Siéntate!

La jovencilla obedece; la madre se coloca á su espalda, le deshace las trenzas, le alisa el cabello, y despues los recoge todos con una mano para tenerlos bien tirantes y poderle señalar con la otra la raya; la obliga suavemente á inclinar la cabeza hácia adelante, bajando la mano poco á poco; le toma la barbilla entre el pulgar y el índice y con otro dedo le hacía cosquillas en la garganta, por lo cual se retorció sobre la silla la chica con aquella risa convulsa de los muchachos contentos.

Le hizo de nuevo las trenzas, afianzó las horquillas, pasó dos ó tres veces sobre el cabello la mano abierta y plana, para que quedara bien liso y reluciente, y despues, poniéndola una mano en el hombro y mirándola fijamente á la cara, le dió un beso y se alejó, diciendo:

—¡Vamos!

La muchacha se levantó y la siguió, teniendo la cabeza vuelta hácia el espejo, hasta que pasó á la vecina habitacion. Allí, dejando salir á su madre, levantó ligeramente un pié del suelo, y apoyándose en el talon del otro, hizo una pirueta dando una vuelta completa sobre sí misma y se puso de cuclillas repentinamente, volviendo atrás la cabeza para contemplar con infantil curiosidad

la faldita henchida por el viento, que parecía un vestido con miriñaque. Luego se levantó de repente y echó á correr hácia la era.

Todos los demás, parte esparcidos por la era, parte sobre un trozo del camino delante de la casa, estaban en continuo movimiento, yendo de aquélla á éste y de éste á aquélla, como si sus piés se negaran á permanecer un instante tranquilos.

Y en aquel movimiento continuo, nunca se daba el caso de que dos personas, al encontrarse y mirarse, no cambiaran una rápida palabra ó una sonrisa, expresando la mirada de cada una, la alegría comun á todos: y de esta suerte se refrescaba, por decirlo así, el sentimiento.

El hermano de la novia, al pasar por su lado, ó le daba un fuerte pellizco en el brazo por el pícaro gusto de arrancarle un grito, ó sorprendiéndola por la espalda la sujetaba por ambos codos, y los acercaba uno á otro como pretendiendo que se tocasen; y aquel:—¡Quita allá, impertinente!— que se llevaba en castigo, acompañado de la amenaza de un bofeton, que nunca llegaba, le daba un gusto insensato.

Las amigas la llevaban á veces aparte y se agrupaban á su alrededor, para murmurar á sus oídos no sé qué palabras, á las cuales solía seguir estrepitosa carcajada, y ún romperse repentino del grupo y una dispersion general.

De vez en cuando, el anciano padre, deteniéndose delante de la novia, y poniendo la cara seria, le decia:

—¡No viene!

—¿Cómo? ¿Por qué? ¿Quién se lo ha dicho?— preguntaba ella afanosa y con la faz demudada.

—Nadie. Pero... ¡me lo figuro!—respondia sonriendo el viejo.

—¡Ah!...—exclamaba exhalando un suspiro y serenándose de pronto.—¡Es, es de broma! ¡Ya lo presumía yo! Y ¿por qué no había de venir?

Y despues, volviéndose á la madre, que estaba fuera del porton del patio y tendía la vista á lo largo del camino:

—Madre—le dice—¿viene alguien?

—No veo más que un carro léjos.

La muchacha tornó de nuevo á jugar con el viejo sin abrigar presentimiento alguno.

Entre tanto, el carro se hallaba á poco más de trescientos pasos de la casa, y en el corazon del soldado se había operado extraña trasformacion. Parecía que no tuviese el vivo y verdadero sentimiento de su estado, que no supiese adónde se dirigía y le hubiese faltado la memoria de los si-

tios por donde pasaba, mientras dirigía su mirada estúpida sobre su casa (de la cual empezaban á dibujarse distintamente las ventanas y los balcones de madera), ó la movía lenta y sin vida sobre el campo, sobre los caseríos ó sobre las huertas vecinas.

Se acercaba á su casa como á un sitio desconocido. La sensibilidad de su corazón había en cierto modo desaparecido. Tal es nuestra naturaleza: sufrimos con fría impassibilidad y con una especie de muerto abandono, los excesos de aquel dolor que parecía insoportable en un principio.

Sin embargo, aquel pobre infeliz, como si hubiese perdido por completo el sentimiento de la desolacion que iba á arrojar sobre su familia, bien prestando toda su atención con la boca abierta é inmóviles los ojos al monótono ruido del carro; bien dando un golpe con la mano abierta sobre un saco, se quedaba atónito contemplando la blanca polvareda que se levantaba; bien abrochaba y desabrochaba inconscientemente la correa que unía aquellas dos ramas que salen del receptáculo de madera en el que se introduce la pierna cortada (dos ramas que sujetan y mantienen firme la rodilla en su sitio); bien tomando una muleta por la contera, se daba ligeros golpes con el mango en el pié... Mas al cabo de poco tiempo sintió leve dolor en la extremidad de aquel mísero muslo, aunque se lo habían en-

vuelto cuidadosamente con ciertos trapos, de los cuales le llenaron el morral á su salida del hospital al pobre; sin embargo, casi sin darse cuenta de ello, desabrochó una última vez la correa, alargó el brazo, tomó aquel mal aventurado arreo, lo levantó y se lo puso al lado. Libre la pierna, el dolor calmó.

Y el carro seguía, seguía, y él, sin que le ocupara otro pensamiento, pasaba y repasaba la mano sobre el muslo, como para adormecer aquel resto de dolor que todavía se dejaba sentir, cuando levantando los ojos, cambió de color su rostro, juntó las manos, exhaló un grito y permaneció inmóvil como una estatua. Había visto el nicho de aquella tarde; había vuelto en sí; todos los recuerdos, hacía algun tiempo adormecidos, se despertaron en aquel momento tumultuosamente, y su corazón, atacado de improviso por un tropel de violentos afectos, dióle terrible sacudida en su pecho. Miró lentamente la capilla con el rostro pálido, dilatados los ojos y los labios trémulos; después tendió los brazos en actitud suplicante, y gritó:

—¡Oh Luisa! ¡Oh Luisa mia!—y cayó de bruces sobre el carro.

En aquel instante, un agudo grito hirió sus oídos y heló su sangre. Levantó la cabeza, miró, entrevió, cogió la pierna de madera, colocó dentro el muslo, buscó con los dedos convulsos el

cinturón, tentó, tentó, no acertaba á abrocharlo, ¡Dios mío! no acertaba. Y en tanto, toda aquella gente se acercaba, con los brazos abiertos, con los labios preparados para un grito de alegría que no podían echar fuera; y entre tanto el pobrecillo no hacía más que estropearse con ambas manos el muslo, como un insensato... ¡Ah! hélos ahí: ya están cerca. Fué la madre la primera; le tendió los brazos con una divina sonrisa en los labios, bajó los ojos, entrevió, lanzó un grito de lo más profundo del alma, tremendamente desesperado, se arrojó gimiendo á su cuello y lloró.

Todos los demás se cubrieron la cara con las manos.

Un instante despues estaba en tierra; el cinturón se le había abrochado sin que él lo advirtiera. —¿Dejarlo ir así?— pensaron todos á un tiempo. —¡Verlo caminar de este modo?— ¡Oh no! es preciso llevarlo.

—¿Llevarlo? No, no: se lleva á los moribundos, y no...—No, llevarlo, no.

Este pensamiento cruzó también como un relámpago por la mente de todos. En aquel instante, el pobre mutilado se había colocado la pierna de madera debajo del brazo, y por abreviar á aquellas personas queridas tan doloroso espectáculo, se dirigió á largos saltos hacia su casa. ¡Lo miraron todos, excepto la madre y la muchacha! Estas habían ocultado la cara, la una en el seno de la otra.

Entró en casa el primero; de pronto le rodearon todos, tomaron de sus manos el aparato ortopédico y le hicieron sentar junto á la mesa; él dejó caer sus brazos cruzados y sobre ellos reclinó la frente. Pero una mano rápida y trémula se apoyó en su frente; el levantó la cabeza, vió delante un seno palpitando violentamente, conoció de quién era sin levantar los ojos, y escondió sus lágrimas en aquel seno. Alrededor reinaba profundo silencio: no se atrevían á llorar siquiera.

De repente se escuchó un sollozo. El cojo se separó rápidamente del seno de su madre, lanzó una mirada, y —¿Eres tú?— gritó con los ojos anegados en llanto y abriendo los brazos. La jovencilla se arrojó á ellos con una fuerza que tenía algo del delirio. La madre, asaltada por súbita idea, se volvió á los otros, les hizo una ligera seña, y todos desaparecieron al instante seguidos por ella.

La muchacha revolvió sus ojos por la estancia, y no viendo á nadie, colocó una silla frente á la de su pobre soldado, sentóse, cogióle una mano con la izquierda, colocó la derecha sobre su hombro, y con el rostro bañado por las lágrimas y el pecho anhelante, comenzó á hablar, de una manera baja, precipitada, entrecortada, afanosa, arrojando de vez en cuando una mirada por ver si llegaba á alguien.

—Oye, Carlos, y créeme: créeme, porque te

hablo con el corazón: yo te quiero tanto como antes, yo me casaré contigo con tanto gusto así... como eres ahora, como si fueses todavía lo mismo que antes eras; quiero morir, mira, morir en este momento, si no te digo francamente lo que siento. Y si fueses tú (óyeme Cárlos y no llores de ese modo), si fueses tú quien no me quisieras á mí, bien, yo vendría á rogarte con las manos juntas que me hicieras tuya; y si tú me dijeras que no, yo me pondría enferma. ¡Pero por Dios, no te desesperes así! Y si tú no hubieses vuelto de la guerra, si yo...—(y se mordió los labios)—si el Señor me hubiese enviado esta gran desgracia de perderte, ¿crees tú que yo hubiera tomado otro en tu lugar? Aunque se hubiera presentado el rey, mira. Y ahora, sábelo: si antes te quería con todo mi corazón, ahora...—(y al decir esto se cubría la cara con el delantal y exhaló un profundo sollozo...) ahora me pondré delante de ti arrodillada.

Y resbalándose de la silla, cayó de rodillas delante de él, que, fuera de sí de alegría, con entrecortados sollozos, con voz inarticulada y más que con la boca, con la expresión animada de la cara que retrataba fielmente su pensamiento y con un agitar convulso de las manos, le quería decir una palabra; mas no le permitía el llanto pronunciarla entera, y se esforzaba, se esforzaba, hasta que por fin brotó tres veces, sonora, entusiasta:

—¡Oh, gracias! ¡gracias! ¡gracias!

Y la tomó por un brazo é hizo un movimiento para levantarla.

—No, no—repuso ella con resuelto acento en el cual se sentía la vehemencia toda de su afecto virgen—¡déjame estar así! ¡quiero estar así!

Y se secó los ojos y prosiguió excitada:

—Estaremos siempre así. Yo no iré á trabajar al campo; estaré todo el día á tu lado, no te dejaré jamás un momento solo; trabajaré en casa, sentada junto á ti, así como ahora... ¿Pero qué tienes? ¿Por qué lloras de ese modo? Dímelo á mí, que te quiero tanto ¿qué tienes?

—Pero...—le respondió el pobrecillo con voz tímida y trémula—¿y yo?...

Y no pudo continuar.

—¿Y tú?... Y bien ¿qué quieres decir con eso? Dímelo todo, Cárlos.

—Y yo, yo ¿cómo haré yo para trabajar?—Y reclinó la cabeza entre las manos, moviéndola en actitud desesperada.

—Pero Cárlos ¿por qué me hablas de ese modo? ¿No estoy yo aquí para ti? ¿No estamos juntos? Yo sirvo para coser en blanco y no es por alabarme... Y la señora, aquella señora ¿sabes? la del pueblo vecino, me ha ofrecido ya trabajo en otras ocasiones y yo siempre he rehusado; pero ahora... y tanto mejor cuando ella sepa que has vuelto así... Yo me traeré la labor á casa ¿te pa-

rece bien? Y trabajaré junto á ti y tú me contarás todo lo que has visto y los países y los campos por donde has pasado, y si te acordabas siempre de mí, y qué hacías durante todo el día, y si tenías muchos compañeros amigos, y de qué cosas hablábais entre vosotros...

Y por este tenor seguía la pobre chica, y se iba poco á poco exaltando, siempre de rodillas delante de él, teniendo una mano sobre su hombro y jugueteando con el índice y el pulgar de la otra, con los botones del capote hasta dejarlos con el número del regimiento vuelto al revés. Sus mejillas se habían teñido de un vivo color de rosa, sus ojos se animaron pronto con una luz suave, y las palabras salían de sus labios tan espontáneas, tan ardientes y vivas é impregnadas de tanta dulzura, y había en sus gestos, en sus miradas, en sus sonrisas, en toda su persona, y sobre todo en aquella humilde actitud, tanta ingenuidad, tanta gracia, que el buen soldado la miraba y la admiraba extático; y cuando ella hubo acabado de hablar y fijó sus ojos en los suyos como para pedirle una palabra de consuelo, él pronunció una que venía á llenar todos los más caros deseos de la jóven:

—¡Oh, Luisa!—le dijo—¡Tú me haces olvidar mi desgracia!

—¡Y no te la dejaré recordar jamás!—gritó con trasporte aquel ángel. Y se abrazaron y lloraron.

La madre había tenido una excelente idea.

En aquel momento percibieron procedente del corral, rumor acelerado de muchos pasos y murmullo confuso de muchas voces. La jovencilla se puso en pié, se separó algun trecho de su soldado; ambos volvieron los ojos á la puerta por la cual penetraba el ruido.

—¿Dónde está? ¿Dónde está?—gritó una voz fuera.

Y casi al mismo tiempo apareció un jóven pálido, acalorado, sin voz; miró á su alrededor y no bien hubo distinguido al soldado, se arrojó á sus brazos. Eran íntimos amigos de muchos años.

El recién llegado, era sin embargo de ménos edad y pertenecía á la segunda categoría de la clase de 1845, que había sido llamada en aquellos momentos á las armas. Y aquella misma tarde el bueno del mozo, obtenida licencia, no sin lágrimas de su familia, caminaba hácia la ciudad, cuando, al pasar ante la casa del amigo, cuyo regreso ignoraba, fué llamado por la familia, é informado de la desventura que pesaba sobre Cárlos, corrió á arrojarse en sus brazos.

Toda la familia acudió presurosa detrás, y la madre, apenas hubo puesto el pié en la habitacion y echado una mirada indagadora sobre los rostros de los prometidos, todavía con las huellas del llanto pero iluminados por una alegría profunda,

lo comprendió todo, y sintió que se le había quitado del corazón un peso enorme; y, mientras su hijo tenía la cabeza entre los brazos de su amigo, había transmitido aquel consuelo, más con la mirada que con las palabras, á los circunstantes.

Por último, el mutilado se desprende de aquel largo abrazo, hace seña al amigo para que se siente á su lado, y pasando dos ó tres veces la mano por los ojos, dió á comprender que quería decir algo. Todos lo rodearon: más cerca de él su madre y la muchacha.

—Ten ánimo;—empezó volviéndose al amigo, que parecía abatido y triste—ten ánimo, camarada. No te dejes asaltar por la melancolía. Bien sé yo que el verme en este estado, ahora que vas á partir y has dejado á tu familia hace un momento, y que debes marchar al servicio, y correr á la guerra... te da sentimiento el verme así... ¡Buenos gajes, dirás, tiene el oficio! Pero ¡Dios mío! ¿A qué conduce desesperarse? ¿Es preciso ir al servicio, quiérase ó no se quiera? Sí; pues entonces, tanto vale tomarlo con calma y partir de buena gana: esto lo comprenderás tú mismo. Y despues; despues... te digo francamente que si era mi destino que me tocara una desgracia como ésta, entre haberla recibido aquí cayendo bajo un carro, ó rodando por una escalera, y haberla recibido allá... prefiero esto. Es natural.

No es que quiera decirte que me encuentre contento con mi actual estado; pero á fin de cuentas, ya ves, en este mundo se ha de estar poco, y teniendo al lado á la gente á la que se quiere bien, que es lo más interesante, lo demás ¿qué importa? Yo he vuelto así como ves; y bien ¿qué hay con esto? ¿Acaso mi madre y mi padre, y alguna otra persona, me querrán por esto menos que ántes?

Y dirigió los ojos hácia ellos. Sus viejos padres, juntando las manos, exclamaron á una:

—¡Oh, Carlos!

Alguna otra persona, no hizo más que lanzarle una larga mirada de inexplicable ternura.

—¡Más que ántes,—prosiguió con la cara más animada—más que ántes! Todos, despues de tener esta desgracia, me querrán más que ántes, todos. Si tú te hubieras encontrado en el hospital conmigo, hubieras presenciado cosas increíbles, amigo mío. Despues de una veintena de dias que yo estaba allí, pasó á aquella ciudad mi regimiento; todos los oficiales de mi compañía y áun de las otras, vinieron á verme ¿comprendes? Y se pusieron alrededor de mi cama y allí estuvieron más de media hora, y el capitán me miraba y lloraba, y también otro oficial, jovencillo, sin barba, que estaba junto á él. Y he visto con mis propios ojos caer las lágrimas por su cara. Y otro oficial—yo tenía un poco de fiebre—me

puso la mano en la frente, y uno que estaba á su lado, le dijo:—¡Quítala! Eso le incomoda.—Y me recomendaron al doctor y á los enfermeros y me dijeron que hiciese escribir á mi familia, pero sin decir lo que me había pasado, que esto les haría naturalmente sufrir mucho. Y todos, desde el primero al último, ántes de marcharse me estrecharon la mano, y el más jóven, el que mandaba la segunda escuadra, á la que yo pertenecía, aguardó á un momento en que los demás no miraran y me besó en la frente, y cuando estuvo en la puerta, se volvió todavía, para hacerme un saludo con la mano. ¿Has comprendido?... Y un día vino un general, viejo, muy viejo, con el pecho todo cubierto de cruces y muchos oficiales detrás, y se acercó á mi cama con la leopoldina en la mano, y todos los demás estaban tambien descubiertos, y él, el general, me preguntó cómo estaba, y donde había recibido la herida y cómo; y cuando se lo hube referido todo (me parece estarle viendo todavía), levantó los ojos al cielo, entreabrió los labios con un suspiro y me dijo:—¡Valor, muchacho! Y despues me estrechó la mano, ¿comprendes? ¡él, un general! Tenía la mano seca, muy seca ¡era tan viejo! Y yo le hubiera besado aquella mano, si no hubiera tenido miedo de faltarle al respeto: me parecía otro padre mio. ¡Ah! ¡Es preciso haberse encontrado en aquel momento, para saber lo que se siente! ¡Se olvidan

todas las desgracias; se olvidan por completo! Y despues y ántes... ¡ya verás, camarada! Una cosa es hablar de léjos y otra cosa encontrarse allí, allí mismo, en medio de todas aquellas bayonetas, los jefes delante, á caballo con la espada desenvainada, y las banderas, las músicas y toda aquella gritería... El corazon se anima, la cabeza te da vueltas, y la bala te ha herido ya, cuando tú gritas todavía:—¡Adelante!...

En aquel punto se oyó en el camino, una alegre armonía de cantos y de sonos de tamboril y de zampoña.

—Son mis compañeros que se marchan—dijo el recluta poniéndose de pié con súbita alegría.

El rostro del cojo se animó, púsose en pié sostenido por su madre y su prometida, se hizo conducir hasta el dintel de la puerta, vió á los quintos que partían, y les gritó:

—¡Buen viaje, muchachos, buen viaje!

Los caminantes se volvieron hácia él, advirtieron la pierna cortada, conocieronle y respondieron todos á una voz:

—¡Viva el bravo soldado!

Y nuestro pobrecillo les daba las gracias, agitando las manos y moviendo la cabeza, porque el exceso de ternura le impedía que saliera la voz.

—¡Viva el bravo soldado!—repetían aquellos alejándose.

El mutilado les hizo una última seña con la

mano y con la cabeza, y, despues, pasando un brazo alrededor del cuello de la jovencilla, que estaba á su izquierda, se volvió á su madre que estaba al otro lado, y, con voz interrumpida por los sollozos, exclamó:

—¡Oh, madre! ¿Lo querrás creer? ¡Estoy contento!

Y le dejo caer la cabeza en el seno.

Los ojos de todos los circunstantes se llenaron de lágrimas.

El rumor de la música se extinguía, poco á poco, alejandose lentamente camino abajo.



## EL EJÉRCITO ITALIANO

DURANTE EL CÓLERA DE 1867.



ADA vez que pienso en todo lo que el ejército ha hecho y padecido por el país durante el cólera de 1867, experimento el mismo sentimiento de admiración y gratitud, que se despertaba en mí en aquellos días á la noticia de todo nuevo acto de caridad y de valor cívico: y me acomete la duda de si la mayor parte de aquellos actos han sido ya olvidados, si muchos no se supieron jamás, ó si todos ó cuasi todos se anotaron demasiado vagamente para ser dignamente estimados y alabados.

Por fuerza el recuerdo de todas aquellas bellas acciones individuales, el pueblo lo ha confundido ya en un solo concepto—el ejército se ha portado bien—como despues de una batalla ga-

mano y con la cabeza, y, despues, pasando un brazo alrededor del cuello de la jovencilla, que estaba á su izquierda, se volvió á su madre que estaba al otro lado, y, con voz interrumpida por los sollozos, exclamó:

—¡Oh, madre! ¿Lo querrás creer? ¡Estoy contento!

Y le dejo caer la cabeza en el seno.

Los ojos de todos los circunstantes se llenaron de lágrimas.

El rumor de la música se extinguía, poco á poco, alejandose lentamente camino abajo.



## EL EJÉRCITO ITALIANO

DURANTE EL CÓLERA DE 1867.



ADA vez que pienso en todo lo que el ejército ha hecho y padecido por el país durante el cólera de 1867, experimento el mismo sentimiento de admiración y gratitud, que se despertaba en mí en aquellos días á la noticia de todo nuevo acto de caridad y de valor cívico: y me acomete la duda de si la mayor parte de aquellos actos han sido ya olvidados, si muchos no se supieron jamás, ó si todos ó cuasi todos se anotaron demasiado vagamente para ser dignamente estimados y alabados.

Por fuerza el recuerdo de todas aquellas bellas acciones individuales, el pueblo lo ha confundido ya en un solo concepto—el ejército se ha portado bien—como despues de una batalla ga-

nada, expresa y exalta en el nombre de un general, la gloria y el hecho admirable de cien mil soldados.

Más me confirmo en este temor, citando considero que el país, el cual no es más que un simple espectador en la guerra y puede y suele notar muchas cosas, habiendo sido á la vez en este acontecimiento del cólera, actor y víctima á un tiempo del terrible drama, es natural que observara poco á tantos y fugitivos hechos parciales, los cuales, aunque altamente generosa los ensalzara la fama, eran siempre leves é insensibles los efectos respecto á la magnitud del mal que pesaba sobre él en gran parte.

No hay ahora quien no comprenda cómo el sentimiento de admiración y de gratitud que se deriva de la noticia vaga de la obra que realizó el ejército en favor del país en aquella ocasión, debe ser bastante ménos profundo y duradero, y el ejemplo bastante ménos eficaz que lo sería si conociera la manera como aquella obra fué individualmente prestada, los sacrificios que costó, los peligros que la acompañaron, teniendo esculpida la imágen en la mente, ó pudiendo aplicar la admiración á hechos determinados y ligando la gratitud á los nombres.

Algunos de estos hechos y de estos nombres voy á consignar con ánimo de renovar los recuerdos de quien los haya olvidado ó no los haya sa-

bido jamás. Y me mueve á esta obra no tanto el pensamiento de la dulce y noble complacencia que experimento como ciudadano y como soldado, escribiendo una página tan gloriosa para el ejército italiano, cuanto el sentimiento, que es en mí vivísimo, de cumplir un deber de justicia, sacando á luz muchas virtudes, muchos sacrificios olvidados ú oscuros; y además de esto, el convencimiento de que no es cosa inútil presentar un espléndido ejemplo de cómo se ha de conducir el hombre y el ciudadano frente á las desventuras nacionales.

\* \* \*

A fines del año 1866, no se temía en Italia, ya que el cólera había invadido aquel año muchas provincias, que se presentara en el año siguiente. Volvió, sin embargo, como todos saben, y más terrible y más obstinado que nunca; entre todas las provincias italianas, la que sufrió mayores daños fué Sicilia, de la cual escribiré casi exclusivamente á fin de que resulte lo escrito más ordenado y breve.

En los meses de Enero y Febrero del 67, el cólera hacía algunas víctimas en los alrededores de Girgenti y especialmente en Puerto-Empedo-

cle; desde donde en el mes de Marzo se esparció por toda la provincia, y de ésta en Abril por la de Caltanissetta y creció despues ligera y crudamente en entrambas durante Mayo, favorecido por el calor estival que se dejó sentir con un mes de anticipacion por razon de la excesiva sequía. No decreció un punto en Junio, excepcion hecha de la sola ciudad de Caltanissetta en la cual decrecía rápidamente; así es, que en los primeros días de aquel mismo mes invadió la provincia de Trapani, la de Catania, la de Siracusa, y al comenzar Julio, Palermo, y á principios de Agosto, Messina.

Entre tanto se había propagado por casi todas las demás provincias de Italia y particularmente por las del Mediodía, y más que en otra alguna, en la de Reggio donde hizo su último y más espantoso estrago al terminar el año.

Desde los primeros indicios que se observaron en las provincias de Girgenti y de Caltanissetta, el general Medicis, que mandaba la division de Palermo, casi adivinando el curso terrible de la epidemia, puso en vigor todas las cautelas higiénicas prescritas por el Ministerio de la Guerra en 1865. Dividió los cuerpos en un número mayor de destacamentos para que ninguna ciudad ni ningun pueblo careciese de ellos; ordenó que por todos lados se dispusieran hospitales militares para los coléricos, enfermerías para los sos-

pechosos y casas de convalecencia en los sitios más apartados y saludables; instaló en cada guarnicion una comision de vigilancia sanitaria; prescribió limpieza rigurosa y cuidadosas y frecuentes desinfecciones en todos los cuarteles; suspendió todo movimiento de tropas de los lugares infestados á los inmaunes; impuso á cada cuerpo, á cada destacamento que se presentara sobre la marcha á cualquier invitacion de la autoridad civil para el servicio de cordones sanitarios y para auxiliar á la guardia nacional en la tutela de la seguridad pública; ordenó que se buscasen y se preparasen en los alrededores de las ciudades principales los lugares más á propósito para acampar las tropas en el caso de que ocurriera la necesidad; mejoró la manutencion del soldado con distribuciones diarias de vino y café; por último, exhortó á los oficiales á preparar el ánimo de los soldados para aquella vida de sacrificios, de peligros y de sufrimientos, que cada uno en el fondo de su corazon ya presentía y esperaba con ánimo resignado y fortificado por la experiencia del año antecedente.

Tales providencias tomaban tambien al mismo tiempo la mayor parte de los comandantes de division de las demás provincias italianas y por todos lados se preparaban hospitales, se desinfectaban cuarteles, y habia una tarea continua de médicos y oficiales, un continuo dar y reci-

bir órdenes, un insólito revoltijo de hombres y de cosas, como en los comienzos de una guerra. En una palabra, aquella viva agitacion de los ánimos que suele preceder á los grandes sucesos, y que cada cual se expresa tambien á sí mismo con la palabra:—¡Listos!

Pero por mucho que estuvieran dispuestos á hacer por el bien del país el ejército y los ciudadanos animosos y honrados, tres grandes fuerzas enemigas debían convertir en gran parte y por mucho tiempo en infructuosa la obra: la supersticion, el miedo, la miseria, asiduas compañeras de la mortandad en todos los países y en todos los tiempos.

En la mayoría de las poblaciones y particularmente en las pequeñas, los alcaldes y otros muchos funcionarios públicos, abandonaban su puesto á la primera aparicion del cólera, y de algunos países desertaban todos á un tiempo con las familias y bienes muebles. Los ricos, los acomodados, todos los que hubieran podido socorrer más eficazmente á la plebe, huían de la ciudad y se refugiaban en las quintas. En pocos días, todas las casas de campo estaban llenas de ciudadanos fugitivos, y no solo de ricos, sino de todos los que poseían lo bastante para poder vivir sin trabajar algunos días, y poder alquilar, aun á costa de grandísimos sacrificios, un caserío, una cabaña, una choza, cualquier agujero, con

tal que estuviese lejos de la ciudad y apartado cuanto fuera posible de cualquiera otra habitacion.

Abandonada á sí misma, y temerosa por el miedo de los demás y por la soledad en que se la dejaba, la jente pobre huía é iba errante á bandadas por la campiña arrastrando míseramente la vida con las languideces del hambre. El terror general se acrecentaba notablemente por el recuerdo de las grandes desventuras sufridas en el año anterior; se padecían como sucede siempre, males mayores; se pronosticaba ya el fin, antes del principio; en cada provincia se exageraban fabulosamente los estragos de las otras; en el campo se contaban horrores de la mortandad de las ciudades; en la ciudad sucedía otro tanto con respecto al campo.

A qué estado se encontraba reducida la poblacion que permanecía en el país, es fácil imaginarlo. Excepcion hecha de contadas ciudades, estando por todas partes abandonada y en desórden la administracion municipal, se descuidaban las medidas higiénicas. A menudo las poblaciones creyendo firmemente que aquellas medidas eran inútiles, rehusaban prestarles su cooperacion, sin la cual resultaban ineficaces, á pesar del buen deseo de la autoridad y del celo de los escasos ciudadanos que pensaban y obraban rectamente. Agréguese á esto que muchos pueblos habían quedado sin médico, sin farmacéutico, y

todos además, aun los más grandes, estaban desolados por la miseria que la carestía del año anterior había producido, y la cosecha escasa de aquel año y la enorme mortalidad acaecida en los ganados había acrecentado.

En quiebra gran número de comerciantes; suspendida la construcción del camino de hierro; interrumpidas muchas obras públicas provinciales y municipales; multitud de fábricas cerradas; los obreros sin trabajo; en clausura en un principio las tiendas de objetos de lujo; después, muchísimas de lo más necesario; las oficinas abandonadas; centenares de familias reducidas á no vivir más que de hierbas y de higos de la India; en todas partes el hambre, el decaimiento, la palidez de la muerte.

Para colmo de desventura, se propagaba cada día más y echaba raíces profundas en el pueblo la antigua superstición de que el cólera era efecto del veneno esparcido por orden del Gobierno, que el vulgo de la mayoría de los países meridionales, por costumbre contraída bajo la opresión del Gobierno caído, considera como un enemigo, continua y ocultamente ocupado en hacerle daño por la necesidad de su propia conservación. En Sicilia esta superstición estaba aumentada por el convencimiento de que el Gobierno quería vengarse de la rebelión de Setiembre, así es que una gran parte de las medidas sa-

nitarias, adoptadas por la autoridad gubernativa encontraban en la plebe tenaz oposición; toda providencia tenía el color de un atentado, en toda orden se sospechaba una mira criminal, en el menor indicio se hallaba motivo que confirmara el envenenamiento; en la cosa más pequeña se veía una prueba.

Los hospitales, las desinfecciones, las visitas de los empleados públicos, todo era objeto de desconfianza, de miedo, de odio.

Los pobres no se resolvían á dejarse transportar á los hospitales, sino en los momentos extremos cuando todo remedio resultaba ineficaz. Morían la mayor parte, y por esto mismo se creía más firmemente por el vulgo, que la medicina fuera veneno y los médicos asesinos. Preferían morir abandonados sin socorros ni auxilios. No creían en el contagio, así es que vivían confundidos sanos y enfermos, familias numerosas en angostos zaquizamís, focos terribles de pestilencia. Ocultaban los cadáveres para que no se les pusiera en aislamiento ó porque les repugnaba verlos enterrar en el cementerio y no en la iglesia como es costumbre en muchos pueblos, ó por la estúpida opinión de que á menudo los atacados del cólera lo parecen, pero no están muertos de veras, y resucitan después de algún tiempo. Se ponía todo el cuidado en eludir las pesquisas de la autoridad, en una palabra.

Frecuentemente se resistía con la fuerza á los agentes públicos que iban para sacar de las casas los cadáveres corrompidos; se arrojaban estos cadáveres en los pozos, se enterraban secretamente en el interior de las casas. En algunos pueblos, por descuido de la autoridad ó por falta de gente que se quisiera prestar al piadoso oficio, los cadáveres, como no tuvieran parientes, se dejaban muchos días abandonados en las viviendas ó eran arrojados y se dejaban descubiertos en el cementerio, ó se cubrían con una ligera capa de tierra; así es que alrededor estaba la atmósfera impregnada de miasmas morbosos y no se encontraba quien quisiera acercarse á aquel sitio y era preciso buscar otros terrenos para sepulturas.

Las preocupaciones vulgares eran secretamente fomentadas por los borbónicos y los clericales.

Eran sospechosos de envenenamiento todos los agentes de fuerza pública, los guardias civiles, los soldados, los recaudadores de impuestos, los empleados gubernativos; en cualquier sitio, todos los extranjeros indistintamente eran sospechosos. Se repartían y se fijaban por las calles proclamas sediciosas excitando á la venganza y á la matanza.

De vez en cuando las poblaciones armadas con hoces, picas y fusiles se reunían, recorrían tumultuosamente las calles del pueblo, buscando

con ánimo de matar á los envenenadores; amenazaban ó cercaban los cuarteles de los guardias civiles ó de los soldados; asaltaban las casas de los médicos y las saqueaban; penetraban en las farmacias y lo destruían todo; invadían la casa consistorial, arrojaban la bandera nacional é incendiaban el registro y los papeles; obligaban á la guardia nacional á hacer una batida por el campo con ellos en busca de los envenenadores; iban á buscarles en las casas; creían haberles encontrado; les obligaban con los puñales á la garganta á inventar y confesar los cómplices; los mataban cruelmente, despedazaban sus cadáveres y los arrojaban por las calles y plazas del pueblo. Familias enteras acusadas de envenenamiento, se veían repentinamente atacadas de noche por las turbas del populacho, y viejos, mujeres, niños caían agonizantes unos al pié de los otros sin darles tiempo para disculparse ó para suplicar; incendiaban las casas y se dispersaban sus cenizas. En Vía Grande, en Belpasso, en Gangi, en Minfis, en Monreal, en Rossano, en Morano, en Frassineto, en Pórcile, en el Potentino, en el Avellinés, en cien otros sitios, era un continuo reunirse y rebelarse y una horrenda carnicería.

Cada día encontraba el pueblo una piedra, un andrajo, un objeto cualquiera que creía empapado de veneno. Acudía en tropel al alcalde lle-

vando el objeto envenenado, hacía llegar médicos y farmacéuticos para que lo analizaran y quería que el resultado del análisis fuera como él pensaba que debía ser ó caía en las amenazas y las violencias.

En algunos pueblos, la demencia del vulgo iba unida á tal saña, que gran parte de los ciudadanos, por el continuo peligro de ser acusados como envenenadores, se habían visto obligados á fortificarse en sus casas con algunas provisiones de boca, viviendo casi escondidos y reclusos como prisioneros. Despertaba esto, más fuertes las sospechas, se asaltaban las casas y resultaba una lucha.

En los sitios y en los días en que, por benignidad del contagio, el vulgo no era tan brutalmente feroz, los acusados de envenenamiento, solo eran vituperados y perseguidos, y despues arrastrados, cubiertos de sangre ante la presencia del alcalde. A veces los funcionarios municipales, temerosos de la exasperacion de la muchedumbre, no osaban á distraerla de su deseo de venganza y á exortarla para que dejaran á aquellos infelices, y respondían como hicieron en el pueblo de San Nicolás, que:— «aquello que se hiciera les parecía lo más oportuno.»

Y todavía no se había pronunciado la respuesta, cuando aquellos desventurados caían á tierra, cubiertos de sangre, sin presentar ya trazas de for-

ma humana. Los municipios, excepcion hecha de los de las ciudades principales, amenazados como estaban y violentados cada día, habían perdido toda autoridad y eran impotentes para llevar á la práctica las medidas más rigurosamente necesarias para la salud pública, porque á menudo se veían obligados á prevenir ó complacer cualquier deseo ó antojo de la plebe á fin de evitar daños más deplorables.

En un principio, el pueblo imponía que no se dejase entrar en la ciudad alma viviente, y el municipio establecía un riguroso cordon alrededor del pueblo y todo comercio cesaba. Pero apenas empezaba á sentirse los perjuicios de esta interrupcion del comercio, el pueblo pedía que el cordon fuese inmediatamente roto; recrudecía la enfermedad y otra vez se debía restablecer el cordon. Y lo mismo sucedía con todas las demás medidas ya tomadas, ya destruidas segun que la mortalidad crecía ó decrecía, segun que la extrañada fantasía del vulgo, por las diversas manifestaciones de cualquier indicio supuesto las reputaba saludables ó inútiles.

En suma, todas las cosas iban confundidas; en todas parte un desolador espectáculo de miseria y de espanto, el campo recorrido por turbas de mendigos y cubierto de enfermos abandonados y de cadáveres; los pueblos medio desiertos; en la ciudad interrumpida toda frecuencia de pueblo,

desierto todo sitio de encuentro público, suspendido en todos lados el estrépito alegre de la vida obrera, las calles casi desiertas, las puertas y ventanas cerradas, el aire impregnado del olor nauseabundo de los desinfectantes esparcidos por las calles; por todas partes silencio profundo ó confuso revolverse de pobres ó de enfermos, ó lamentos de moribundo, ó gritos del pueblo sedicioso.

A tal extremo se encontraban reducidas las poblaciones de muchas provincias de Sicilia y bajo Napolitano y aun el cuadro que he trazado, no pinta sino muy pálidamente los terribles colores de la verdad.

Pero el sentimiento doloroso que se despierta en el corazón al recuerdo de aquellos funestos días, más que de la noticia de los inmensos daños que el cólera producía, procede de pensar que la mayor parte de estos daños eran debidos á la ignorancia casi salvaje del vulgo, y en general al apocamiento de ánimo de los ciudadanos de todas clases.

El efecto más desconsolador, aunque no inútil de esta desventura del cólera, ha sido haberse demostrado que, en la senda del progreso estamos más atrasados de lo que se piensa, y que el camino que nos queda por andar es más largo de lo que parece á primera vista y que es preciso proceder con más solicitud y resolución.

Sería, en verdad, muy difícil demostrar que en ocasiones semejantes de tiempos mucho menos civilizados que el nuestro, la demencia vulgar haya ido más léjos y haya dado de sí más deplorables pruebas; y que, en la generalidad del pueblo, hoy más que entonces ante las desventuras y los peligros comunes, la razón haya sido vencida por el instinto, la caridad por el egoísmo, el deber por el miedo.

Pero ¿qué hacía el ejército?

El desórden de la administración y la confusión y el miedo general, habían inspirado audacia á los malhechores y ladrones, y dado ocasion para que salieran de nuevo, y unos y otros recorrieran la ciudad y el campo cometiendo toda clase de robos y violencias.

La tropa, que no podía cesar en la faena de dar caza á estos, como su cooperacion era indispensable en otros lados, se encontraba cargada por mil obligaciones diversas, á cual más fatigosa y llena de peligros. La fuerza numérica de los cuerpos, que ya era escasa, para hacer frente á las necesidades de tiempos ordinarios, resultaba ahora insuficiente para atender al propio tiempo

al servicio de los hospitales, á los cordones sanitarios y á la seguridad pública.

Todos estos servicios eran no obstante hechos en todas partes, dividiendo la fuerza todo lo posible; de donde resultaba en todos lados que los soldados no dormían nunca dos noches seguidas en los cuarteles y nunca comían á las horas marcadas, sino así de escapada y cuanto y como podían segun el tiempo y las circunstancias.

Continuo movimiento, fatiga continua precisamente en aquellos dias en que hubiera sido necesario el reposo, la tranquilidad y toda suerte de precauciones. No se diga cuánto se resentía la salud del soldado, y cómo por virtud de aquel género de vida resultaba casi inútil el mayor cuidado que se ponía en la policía de los cuarteles, en la bondad de los víveres y en otras muchas caute- las impuestas por los superiores y observadas escrupulosamente bajo su vigilancia.

Pero este servicio era aún el ménos gravoso, si no siempre, ordinariamente, porque se pres- taba por cada soldado en intervalos constantes de tiempo, bien que brevísimos y establecidos con regularidad. El servicio más duro era el impuesto de vez en cuando por los inesperados tu- multos populares, á altas horas de la noche, algu- nas veces simultáneamente en varios puntos del extenso pueblo. Y un puñado de soldados debía salir contra una multitud armada que le superaba

en número cien veces y daba furiosos golpes á la puerta del cuartel, y arrojaba piedras á las ventanas y amenazaba con poner fuego á la casa, gritando: — « ¡ Muerte á los envenenadores! — ¡ Muerte á los asesinos del pueblo! » — y otras groseras formas de brutales vituperios.

Los gritos furibundos, resonaban de improviso en los silenciosos dormitorios, los soldados salta- ban aterrados del lecho, se vestían con rabia, acudían los oficiales, se echaba mano de las ar- mas, se bajaba precipitadamente la escalera y se arrojaban con ímpetu sobre la muchedumbre.

La muchedumbre se abría, se desparramaba y volvía á unirse, gritando, silbando y arrojando piedras, y los soldados cargaban de nuevo y otra vez la plebe se separaba y así trascurría una hora, toda la noche y muchas veces hasta la mañana siguiente.

Cuando los motines eran de poca gente, salían desarmados é intentaban aquietarlos con buenas palabras, con la persuasion: á veces esto bastaba para dispersarlos; otras eran agredidos, perse- guidos y entonces volvían de nuevo al cuartel, se armaban y salían otra vez. Los sediciosos se ha- cían fuertes en las casas, asomando los fusiles por las ventanas; era preciso echar abajo las puertas, penetrar en las viviendas y llegar á las manos á brazo partido. De día fatiga continua, las noches breves y turbadas: ansiedad y peligros siempre.

A todo esto, en la mayor parte de los pueblos, era preciso que los soldados fuesen á sacar los cadáveres de las casas, á trasportarlos al cementerio en los carros del regimiento, á abrir la sepultura y enterrarlos. A veces, el pueblo se les oponía resueltamente; era preciso penetrar en aquellas sucias habitaciones con bayoneta calada, apoderándose de los cadáveres á viva fuerza.

A menudo era forzoso ir á buscar estos cadáveres al campo y cuando los brazos de los soldados no bastaban para ello se obligaba á los campesinos á prestar su cooperacion, amenazándoles, compeliéndolos. Era menester prohibir á la gente huir de los pueblos, perseguirla, traerla á su propia casa, usando muchas veces de la fuerza, cogiendo por el brazo uno á uno á los individuos de una familia entera de mendigos, turbas de muchachos y de mujeres que rompían en llantos y gritos desesperados.

En todos los cuerpos, en todos los destacamentos se hacían colectas en metálico para las familias más indigentes; en algunos pueblos se distribuía todos los días una cantidad de pan; otras veces de carne y menestra; cuando no se podía dar otra cosa, se daban las sobras del rancho, se daba paja, ropas viejas, cualquier cosa. En muchos cuerpos se constituyeron comisiones permanentes de socorro; los oficiales daban todos

los días una vuelta por las casas de los pobres, á dejar auxilios, á dar consejos, á vigilar; los soldados suministraban á los hospitales los jergones de sus camas, se ofrecían espontáneamente para ir á asistir á los enfermos en los lazaretos y en las casas privadas y así iban y cumplían valerosamente su deber hasta el extremo de lo sublime.

En las ciudades que quedaban privadas de farmacéutico iban tambien á distribuir las medicinas en las boticas, bajo la direccion de médicos militares y las llevaban á las casas cuando el caso lo requería. En otros sitios, donde habían cerrado las tiendas de los alimentos de primera necesidad, hacíanlas abrir á la fuerza, despachando ellos mismos ó vigilando la venta. A menudo se veían obligados á tener abiertas las tiendas, parte despachando los géneros, parte vigilando el orden y la paz continuamente amenazada.

Frecuentísimamente, bien en las aldeas, bien en las ciudades debían amasar y cocer el pan, trabajo que no quería ser aceptado por nadie por la idea de que, sudando se contraía el cólera, y muchas veces se veían obligados á limpiar las calles y las casas de los pobres junto con los guardias civiles y los guardias de seguridad pública, porque no había quien quisiera exponerse, á operacion tan gravemente peligrosa. Cargos ménos humildes, pero más desusados y difíciles tocaban

muchas veces á los oficiales, que debían hacer de alcaldes en los pueblos abandonados por la autoridad, ó bien de médicos, y siempre de limosneros y de misioneros de la civilización en medio de poblaciones estúpidas, exasperadas por el miedo y por el sufrimiento, y asaltadas de pasiones feroces.

Lo mismo acontecía á los médicos militares á quienes sobre la curación de los soldados incumbía casi en todos lados la del pueblo, del cual era preciso que destruyera antes las preocupaciones y venciesen la repugnancia y los odios, razonando y suplicando. Otro tanto pasaba á los comandantes de los cuerpos, perseguidos por mil necesidades, rodeados de mil dificultades, abrumados por mil cuidados, siempre temiendo por su tropa dividida y esparcida aquí y allá, continuamente en fatiga y en peligro. Para todos un dolor inmenso: el de tener, cada día que decir *adiós* para siempre á tanto valiente soldado, á tantos buenos compañeros, á tantos amigos queridos.

### DIRECCIÓN GENERAL DE

Pero todos estos servicios, estos sacrificios, estas obras de caridad, que dibujadas al vuelo, como yo las dibujo, basta para despertar en el

pecho de todo buen ciudadano, un movimiento del corazón, de reconocimiento entusiasta, no pueden aún, como ya dije, estimarse y ser alabados cuanto merecen, mientras no se conozca íntimamente con qué buena voluntad y de qué modo fueron practicados.

Esto es lo que llevo ánimo de decir, y lo que importa que se conozca particularmente por todos los que en los actos generosos de los soldados no suelen ver y apreciar sino los efectos inmediatos y necesarios de la disciplina que ordena y castiga; pero nunca los afectos naturales y espontáneos del corazón, que aquella misma disciplina educa, ennoblece y fecunda.

Es verdad, en efecto, que en los casos del tiempo ordinario, cuando el soldado no comprende ó no ve ó ve demasiado léjos el fruto del óbolo que se le implora para ayuda de alguna pública desventura, ó cuando no comprende la necesidad absoluta de cualquier otro sacrificio y puede creer que hay quien lo puede ó debe hacer en su lugar; es verdad, que en tales casos, el deseo ó la invitación de los superiores encierra la mayor parte de las veces, si nó la forma, la intención al ménos y la eficacia de un mandato directo y absoluto, por lo cual, á los actos que le siguen no se puede atribuir el mérito de la espontaneidad; pero esto, por causas diversas no puede aplicarse con ocasión del cólera.

Porque entonces en la mayor parte de los casos, los soldados sabían, veían claramente que la salud de los pueblos en los cuales se encontraban, estaba confiada á sus manos; que, en ciertos momentos extremos, no eran otros sino ellos los que podían conjurar ciertas extremas desventuras. De todos sus actos, de sus sacrificios eran inmediatos y evidentes los efectos. Cada moneda, cada pedazo de pan que ellos enseñaran, allí estaba pronto una mano descarnada para recogerlo. La piedad permanecía viva por el espectáculo continuo de la desventura, y no había lugar á duda alguna ó á alguna desconfianza que el sentimiento de aquella piedad se entibiase ó hiciera titubear.

Ni se puede racionalmente suponer que el influjo de los superiores tuviese parte en la obra caritativa que no era hecha por obligacion del servicio ó por otra necesidad absoluta, porque las necesarias y obligatorias eran tan frecuentes y gravosas por sí, que ningun superior hubiera podido imponer otras, sin tener remordimientos de conciencia. Además, estando los cuerpos divididos en gran número de pequeñísimos destacamentos y estos mismos destacamentos operando por sí la mayor parte de las veces, subdividida la accion que podían ejercer los superiores sobre sus subordinados para obtener alguna cosa más allá de sus deberes, este influjo era muy exiguo,

y hubiera sido insuficiente para hacer cumplir el deber, si aquellas acciones obedeciesen á otra cosa que á la caridad espontánea.

Por otra parte, las mismas prescripciones de los superiores no llegaban jamás adonde la obra de los soldados llegaba; porque ciertos sacrificios son de tal naturaleza, que no pueden imponerse con ningun fin ni de ninguna manera; y el lector verá cuáles han sido y hasta dónde y cómo las hemos cumplido los oficiales y soldados de todos los cuerpos. Pero si todas estas razones no bastaran para convencer á los incrédulos, ó parecieran demasiado vivos ó fantásticos los colores del cuadro que pongo frente á la mirada del lector, recurro en confirmacion de lo escrito, al testimonio unánime de las poblaciones, y el—no para todos fidedigno, pero para mí segurísimo y sagrado—de tantos compañeros míos de armas y amigos, que vieron y narraron lo que han hecho sus soldados y cómo lo hicieron, con el corazon henchido de ternura, de gratitud y de orgullo. De la llama de sus ojos y del acento de su voz he obtenido el profundo convencimiento que mueve mi corazon y mi pluma.

Entremos pues, en el cuartel: estamos en medio de soldados.

Por lo regular, las compañías no se encontraban reunidas, sino por la tarde en los dormitorios á la hora de la retreta.

Esperando la señal del tambor para la visita, los soldados se contaban mutuamente lo que habían visto ó hecho durante el día, unos sentados sobre las camas, otros apoyados en las ventanas, el resto en grupos en medio de la cuadra.

No había aquel movimiento, aquellos cantos, aquellas risas, aquel ensordecedor estruendo de gritos alegres por los cuales, en tiempo ordinario, es tan bella la tarde en el cuartel. La mayor parte de los soldados estaban inmóviles y no se sentía más que un rumor interrumpido aquí y allá por algunas exclamaciones de maravilla, de ira ó de piedad, y de vez en cuando largos intervalos de silencio, en los cuales se hubiera dicho que todos dormían.

Los soldados que llegaban poco á poco, iban silenciosos á sus camas y dejando el cinturón y el kópis, entraban en los grupos, cada uno á referir la última novedad oída en el pueblo que era casi siempre el eco de una desgracia. Quien no lo

oyese, hubiera podido comprender qué cosas se pensaban y se decían en los grupos, mirando en todas las cámaras las pocas caras alumbradas por la linterna colocada sobre la puerta.

—¿No sabéis? En Grammichele han asesinado á un guardia civil; los soldados lo han encontrado muerto en un foso; dicen que tenía la cara deshecha y mutilada hasta no poderse reconocerle, y los brazos y las piernas medio comidas por los perros.

Preguntaba alguno por qué lo habían asesinado.

—¡Porque envenenaba á la gente!

Una amarga sonrisa asomaba á los labios del auditorio.

—¿Sabéis la noticia? En Belpaso han asesinado al delegado de seguridad pública.

—En Monreal han fusilado á unos cazadores.

—En Ardore han amenazado al capitán de la guardia nacional y al subteniente Gazzone.

—En tal otro pueblo han fijado á las paredes un pasquin en que se dice que es preciso degollar á los soldados y arrancarles cuanto tienen y destruir los cimientos de los cuarteles...

—¿Pero todo esto, por qué?

—Porque envenenamos á la gente ¿comprendéis?

Se oía un redoble de tambor; la compañía se formaba; se pasaba lista: faltaba la mitad de los soldados. El furriel leía los nombres, y á cada

uno que faltaba, el cabo de semana de pié á su lado, le iba diciendo en voz baja:

—Es enfermero en el lazareto.—Está de patrulla en el campo.—Hace la ronda por el pueblo.—Se halla de servicio en el cementerio.—Ha muerto.

Y á esta última palabra seguía en la fila un movimiento de sorpresa y un murmullo de compasion.

—¡Silencio!—gritaba el furriel:—atencion al servicio de mañana. Y leía los nombres de aquellos que estaban destinados á los diversos servicios para el siguiente día, que las más de las veces eran todos los presentes. Ninguno faltaba. Alguno al escuchar su nombre, entre los destinados al servicio de enfermeros en los hospitales, no podia disimular una impresion de repugnancia y de disgusto, y levantaba los ojos, moviendo la cabeza.

—¿Qué es eso?...—interrogaba bruscamente el sargento que lo había visto.

—¡Oh!... ¡nada!

—Pues... ¡firmes!

Y el pobre ya no se movía, y aquella era la más grave protesta que hacian de vez en cuando los más indóciles y los más osados.

La tarde de los días en que el cólera había hecho más estragos en el pueblo y entre la tropa, se veía á todos aquellos soldados, atentos á la

lista con inmovilidad de estatuas y sus caras tenían una expresion más atónita que triste, estando aquellas almas más bien que doloridas, aturdidas por el exceso de la desgracia.

—¿Y Fulano?—preguntaba el furriel.

—Ha sido atacado del cólera hace un momento; le han llevado al lazareto—respondía el cabo.

—¿Y tal otro?

El llamado respondía de en medio de las filas.

—¡Presente!—pero con voz forzada y opaca en que se sentía el efecto de la noticia dolorosa. Y seguía un silencio más profundo que de costumbre.

Aquellas tardes, los oficiales solian pronunciar algunas palabras de ánimo y de consuelo. Se ponian al frente del centro de las compañías, recorrian con larga mirada las caras de la primera fila y despues decían, lo que pensaban decir, terminando siempre con un:—¡tened valor! seguido de un ligero movimiento en las filas, que quería significar:—¡Gracias!—Una señal al furriel, una palabra al sargento de semana, y despues—¡buenas noches!—añadían casi sin advertirlo, como cediendo á un movimiento imperioso del corazon, y se marchaban.

Y los soldados los acompañaban con una mirada que valía mucho más que un *adios*. Cuántas veces saliendo de aquellos dormitorios los oficiales se dirian por lo bajo:—¡Mañana probablemente no estarán ya cabales mis pobres soldados!—Y cuán-

tas veces los soldados, viendo salir al oficial, pálido y descompuesto, y junto á él, al ordenanza, pintada en el rostro la expresion de una dolorosa sospecha, habrán dicho entre sí:—¡Tal vez no veremos más á nuestro oficial!

Cuando el oficial se marchaba, el furriel distribuía las cartas. ¡Oh, una carta de casa, en aquellos días y en aquel lugar!... Los afortunados que escuchaban sus nombres, no podían reprimir el ímpetu de su alegría; se impacientaban, movían los piés, tendían la mano.

—A mí.

—Dadme la mía.

—A mí todavía no me la habeis dado.

—Y á mí ¿no me la dais?

—¡Silencio y firmes en sus puestos! gritaba el furriel.

Y quedaban todos inmóviles y firmes como de mármol, con qué esfuerzo—ya podeis pensarlo—para poder dominar aquella fiebre. El furriel permanecía allí un rato, mirán道les con brutal fijeza, despues daba las cartas, la compañía se separaba en silencio y nadie se metía en la cama.

A altas horas de la noche, aquellos que no podían dormir, oían por la cámara silenciosa, rumor de pasos lentos y de sofocadas voces, y levantando la cabeza veían al oficial de patrulla y al sargento de semana, recorrer la larga fila de camas, deteniéndose delante de las que estaban

vacías, uno pidiendo y el otro rindiendo cuenta, parándose despues los dos un poco de tiempo inmóviles en el dintel de la puerta, como asaltados por comun pensamiento. ¡Bien fácil era adivinar aquel pensamiento!

—Si ocurre alguna cosa—decía en voz baja el oficial—que me vengán á avisar corriendo. Confiemos en que no será menester.

—¡Confiemos!—Y esta palabra era siempre acompañada de un suspiro que revelaba un sentimiento tan diverso, y las más de las veces por lo regular, tan fundado.

Una hora despues de esta expresion de confianza, los soldados eran despertados repentinamente por un murmullo de gritos agudos, y de lánguidos lamentos, y veían á sus compañeros ponerse en pié, reunirse alrededor de una cama, buscar precipitadamente al oficial de patrulla, al doctor, á los soldados de guardia; despues separarse todos y cuatro de aquellos soldados alejarse llevando una camilla, y tendida en la cual, un moribundo; despues un leve murmullo y finalmente, todos otra vez al lecho y silencio como antes. Por la mañana apenas se despertaban:

—Cabo de semana—preguntaban ansiosamente los soldados...—¿y bien?

—Muerto.

—¡Muerto!—y se miraban fijamente unos á otros.

En muchos cuerpos y en algunos más de una vez, se dió el caso de que fuesen al mismo tiempo atacados por el cólera, un oficial y su ordenanza. Y en todos estos casos, yo lo he oido referir cien veces, seguía esta escena. Por la tarde despues de hecha la visita, el furriel anunciaba á la compañía la desgracia que había acaecido.

—¿Quién quiere asistir al oficial?

—Yo.

—Yo.

—Yo tambien.

—Pero si lo he dicho yo, es inútil que tú lo digas tambien.

—¡Oh! Mira, yo soy muy dueño de decirlo.

—Pero he sido yo el primero.

—Pero si te digo...

—¿Quereis acabar ó no?—gritaba el furriel, todos callaban—lo asistirás tú, é indicaba al soldado que se había ofrecido primero. Y éste se sonreía triunfalmente, y los demás se resignaban á su pesar. Al día siguiente por la mañana ántes de asomar el alba, el generoso enfermero estaba al lado de la cama del oficial atacado, y allí pasaba larguísimos días, solo, mudo, inmóvil y velaba de noche á la luz de un farol, sentado sobre una silla en un rincon del cuarto. ¡Oh! quien hubiese estado allí presente, cuando el enfermo, empezando á reanimarse y mirando á su lado y no reconociendo á su ordenanza, preguntaba:

—¿Quién eres?—y despues de haber oido su nombre:—¿Quién te ha llamado?

Y el buen soldado respondía:

—Soy yo que he querido venir.

—¿Y por qué?

¡Oh! No puede expresarse lo que le contestaban entónces los ojos del soldado y lo que pasaba en su corazon, estrechando la descarnada mano, que buscaba la suya!... Algunas otras veces, volvía pocos días despues al cuartel, y apenas entrado iba á sentarse en la cama y á limpiar el fusil, que es trabajo que requiere tener baja la cabeza y pueden ocultarse los ojos.

Los oficiales iban asiduamente á visitar á los enfermos á los hospitales, é iban por lo general muchos reunidos, para poder acercarse al lecho de todos y que ninguno tuviese motivo para entristecerse ó desanimarse viendo visitados sus compañeros y no ellos. Aquellas visitas constituían una necesidad para los pobres enfermos. A la hora acostumbrada sentian subir por la escalera, y el ruido de aquellas espadas, el sonido de aquellas voces; corrian apresuradamente con la vista á esperarles á la puerta y cuando aparecían y se esparcían por la sala del hospital, todos los rostros se serenaban, y aún los ojos inmóviles de los más graves, reflejaban una ligera llama de esperanza y de consuelo. ¡Pobres jóvenes!

Había días en que el rumor de las espadas se

dejaba oír una hora más tarde, y durante aquella hora, todos los ojos y todos los oídos estaban atentos al más leve ruido al más pequeño movimiento: á cada momento creían oír aquellos pasos y aquellas voces é iban fantaseando qué impedimento podía haber surgido, qué desgracia acaecido, y en aquel estado de ansiedad el sentimiento del mal se hacía más vivo.

—¡No vienen! ¡Y no vendrán ya, y yo estoy tan malo que no podré durar hasta mañana, y moriré solo... ¡Oh! ¡Ahí están!—Este instante era de una dulzura que no puede expresarse con palabras.

Los enfermeros de los hospitales militares eran todos soldados, ya se sabe; pero en muchos pueblos, eran también enfermeros de los otros hospitales, y lo fueron durante todo el tiempo que no se encontrara en el pueblo quien quisiera prestar aquel servicio, aun con la promesa de pingües sueldos, porque el miedo á la muerte vencía toda avaricia, como vencía todo sentimiento de caridad. Para aquel oficio se ofrecían los soldados espontáneamente. Los oficiales de semana preguntaban:

—¿Quién quiere ir?

Media compañía adelantaba un paso y levantaba la mano. Cuando la pregunta era dirigida á un batallón entero en la plaza de armas, en presencia del pueblo, la contestación era un espectáculo solemne.

Un día, á la falda del monte Pelegrino junto á Palermo, seis ó siete compañías del regimiento de infantería núm. 53 estaban firmes y en orden de batalla después de haber terminado el ejercicio, cuando el coronel y un comandante los dos á caballo, vinieron á colocarse delante de la compañía del centro y el primero se puso en actitud de hablar.

Los oficiales ordenaron silencio. El coronel en alta voz manifestó el estado infelicísimo en que la ciudad se encontraba—eran los días en que el cólera hacía más estragos,—dijo que los hospitales necesitaban enfermeros, y que el deber de todo buen ciudadano es prestar su apoyo ante las públicas desventuras. Su arenga terminó así: —No os impongo un deber, os exhorto á un sacrificio: todos sois libres para responder si ó no según lo que el corazón os dicte. Pero antes de asentir, mida cada cual las fuerzas de su ánimo y piense que el oficio de enfermero es nobilísimo, pero grave y no sin peligros, y que es forzoso prestarlo con gran valor, con mucho cariño, ó rehusarlo resueltamente. Los que se decidan, que se pongan de rodillas.

En un momento, toda la línea de batalla se bajó como á un grito de mando, y por encima de las cabezas, aparecieron derechos y distintos los cuatrocientos fusiles.

El coronel se volvió hácia atrás y dijo vivamente.

— ¡Comandante!...

Este contestó con una mirada.

Pero donde más admirablemente se ejercía la caridad de los soldados, era en socorrer á los pobres.

— Cuando yo iba por el cuartel — me contó un oficial del 54 que había sido interinamente comandante en San Cataldo, — estaba todos los días acompañado por una turba de pobres; las mujeres atrás con los niños en brazos, delante y al lado los muchachos con las manos abiertas, gimiendo y suspirando. Otro puñado de mendigos, me aguardaba á la puerta, y todos despues me rodeaban, se me echaban encima, me cogian por los faldones, me ensordecian con sus gemidos y gritos suplicantes...

... Gran trabajo me costaba libertarme de ellos y las más de las veces no lo hubiera conseguido si los soldados de guardia no hubieran venido en mi ayuda, dispersando á la turba, á fuerza de empujones y de amenazas. Y en muchas ocasiones las amenazas de simple voz no bastaban; era preciso echar mano á la bayoneta y hacer como que se atacaba, y solamente entónces empezaban á quitárseme de encima; pero si yo me descuidaba en enfilear la puerta del cuartel, volvian de nuevo...

... Muchos de aquellos infelices estaban todo el día sentados en tierra ante la puerta; algunos

pasaban allí la noche; ni uno de ellos faltaba á la hora del rancho, cuando los soldados sacaban á la parte exterior, las marmitas con las sobras de la menestra. Entónces había una confusion, un desórden, que no podía aplacarse siquiera á viva fuerza. Hambrientos como estaban hasta no poderse tener de pié, cada cual queria ser el primero en obtener su cucharada de rancho; se arrojaban todos á un tiempo sobre las ollas y metian dentro las escudillas de diez en diez, regañando y empujándose unos á otros y gritando como locos, mujeres, viejos y muchachos en confusion. Todas las caras estaban secas, con cierta expresion, entre malvada é insensata, miserables, andrajosos, semi-desnudos, en un estado que inspiraba horror...

... En aquellos momentos los soldados les dejaban hacer, ni yo, por otra parte, podía pretender que les tuvieran á raya, á ménos de estar resuelto á estropear á cualquiera. Pero apénas terminada la confusion, eran llamados separadamente, uno á uno, los muchachos y las mujeres que por lo regular habian quedado con la boca abierta, teniendo delante á todos los demás que, en un instante se replegaban y volvian á pedir. Y esto era cosa de todos los días...

... No hablo de los soldados á cada momento detenidos en las calles por familias enteras de mendigos, rodeados, perseguidos, tanto que se ha-

bian acostumbrado á no salir del cuartel y á contentarse con pasear en el patio...

...Sin embargo preferían estar en aquel pueblo, donde los pobres no les dejaban en paz, que en aquellos otros donde les huían por miedo al veneno; porque en aquel mismo ser importunados y rogados, en aquel verse, en cierto modo, hechos esclavos de los pordioseros, encontraban una especie de complacencia, y era aquella íntima dulzura que nace de la piedad cuando se la puede ejercer con la beneficencia. Y la piedad la sentían aquellos buenos soldados y la beneficencia la ejercían con la mejor voluntad del mundo. No solamente hacían limosnas, cada uno por cuenta propia, cuando podían y se les ofrecía ocasión; sino que, cada vez que yo, constreñido por alguna suprema necesidad del pueblo, recurría á sus escuetas bolsas, despues de haber dado fondo á la mía, los encontré siempre á todos, sin exceptuar uno solo siquiera, generosamente dispuestos á darlo todo, hasta el último cigarro, hasta aquel poco de vino que bebían los domingos con los pocos cuartos escatimados durante la semana...

...No olvidaré jamás cómo fué hecha la última colecta para una familia del pueblo, en la cual habían muerto del cólera el padre y la madre; una familia toda de muchachas de las cuales la mayor tenía apenas doce años.

—Ved, si se puede recoger alguna cosa—dije al sargento.

El me respondió:

—Veremos á ver; pero ha de esperarse poco ó nada; ¡como tan frecuentemente tiene necesidad de ellos la gente del pueblo!

—Comprendo:—repuse—probad de cualquier modo: aunque sea poco, cualquier cosa, siempre será mejor que nada.

Y se marchó al dormitorio. Los soldados estaban sentados en el suelo, en círculo, como alrededor de una gran mesa y comían y charlaban, con toda la alegría que era posible en aquellos días y en aquel sitio. El sargento se acercó:

—¡Atencion un momento!

Todos callaron.

—Ayer por la mañana, en este pueblo, seis pequeñuelas, han quedado sin padre ni madre. ¿Quién quiere dar alguna cosa, para no dejarlas morir de hambre?

Los soldados se miraron como diciéndose:—¿Y qué es lo que nosotros podemos dar? ¿Las tapas de la libreta para hacerlas en cocido.

—Animo,—continuó el sargento—una respuesta cualquiera.

Un soldado se levantó, y mostrándole una moneda de cobre en la palma de la mano:

—¿La quiere?—preguntó é hizo un gesto como si se avergonzara de ofrecer tan poca cosa.

—Bueno es, y cualquier otra cosa—repuso el sargento tomando la moneda.—¿Quién da más?

—Si no se trata más que de cinco céntimos, también los doy yo,—contestó otro dándole.

—¿Bastan cinco céntimos?—preguntó otro.

—Bastan, sí.

—Hé aquí los míos.

—Y los míos también.

Y así, los soldados fueron entregando, uno después de otro, sus monedas y el sargento, á medida que las tomaba:—¡bravo!—decía á éste, —¡bien!—al otro—¡muy bien!—al de más allá.

—¡Oh, qué bravos muchachos!—exclamó después cuando tuvo, todos los cuartos en la mano—pero... todavía otra cosa.

—¿Qué es ello?—preguntaron los soldados.

—Pan.

—¿Pan? Pues si no es más que eso,—respondieron algunos—nos ha sobrado.

Y primero unos y después los otros cortaron cada uno una rebanada de su pan negro.

—¿Dónde lo ponemos?—preguntó uno.

Un cabo, tomó una baqueta de fusil y enfiló todas las rebanadas de pan que le dieron. Los soldados reían.

—Y ahora ¿quién lleva el dinero y el pan á las muchachas?—preguntó el sargento.

—El más hermoso—replicó una voz.

Todos rieron y dieron su aprobación.

—¡Sí, sí, el más hermoso, tú te lo ganas!

—¿Quién será esa belleza?

—Yo—exclamó un soldado napolitano, que tenía fama de ser el más feo de la compañía; y entre las risas de los compañeros, se adelantó, se puso en el bolsillo el dinero, tomó la baqueta con el pan y se puso al lado del sargento para salir. Todos los demás aplaudieron.—¡Oh! Por fin...—gritó el napolitano volviéndose de pronto á sus compañeros—¿quereis acabar? ¡Avergüenza reirse á la espalda de quien hace una obra de caridad! —Y salió, mientras en el dormitorio estallaba una sonora carcajada. El sargento me encontró al bajar la escalera y—¡Ah! señor teniente,—me dijo con voz baja y conmovida—¡si los hubiera V. visto!

Este relato, palabra más ó palabra menos, oí á un oficial del 54. Y lo que hicieron los soldados en aquel pueblo, lo hicieron los demás del 54 en la ciudad de Caltanissetta, para la cual este regimiento ha sido una verdadera providencia; lo ha hecho el 18 de infantería en Terrasini, en favor de las dos familias que asistieron al pobre subteniente Viale y al sargento Imberti; lo hicieron en Messina el 6.º batallón de cazadores y el 10 regimiento de infantería; lo hizo el 58 en Petralia Sottana; el batallón 38 de cazadores en Monreal; el 67 de infantería y el batallón 15 de cazadores en Longobucco; el 68 de infantería en

Reggio de Calabria; los lanceros de Foggia en Misilmeri; el 25 batallón de cazadores en Roca de Anfo; el 7 de infantería en Mántua y la guarnición del fuerte de Bard y los franco-tiradores de Aosta; y quien sabe cuantos otros cuerpos, habrán hecho otro tanto, sin que de ello se tenga noticia sólo porque ninguno de los bienhechores no ha querido escribir, ó hablar á cualquiera, para que el hecho pudiera ser consignado por los periódicos.

Por el contrario; había quien entonces pedía severamente al Gobierno que no se mantuviera en armas un tan *colosal* ejército, y se creía que se *descivilizaba el país con las bayonetas*, y se preguntaba si tantos *inútiles* cuarteles no sería mejor convertirlos en otros tantos hospitales, y si el dinero que se dilapidaba en tan crecidas pagas, no hubiera podido aplicarse en socorro de la miseria, y cosas por el estilo. Y estas cosas se decían, mientras el soldado dividía su pan con el pobre, combatía, sufría y moría por la salud del pueblo.

Algunas veces, los municipios á los cuales los soldados habían prestado grandes servicios, ofrecían en compensación alguna pequeña cantidad de dinero, de que podían disponer y estos municipios no fueron pocos.

Pero aquel dinero era siempre rehusado, y se pueden citar hechos y nombres, el municipio de Licata, hácia mediados de Agosto, ofreció cien

pesetas á la 9.<sup>a</sup> compañía del regimiento núm. 57. La tarde del 14, el capitán Pompeyo Praga, se dirigió al cuartel á hora de la retreta, para anunciar á sus soldados, el ofrecimiento del municipio. Estaban formados en el dormitorio y el furriel pasaba lista. El capitán le interrumpió, dió la noticia que tenía que dar y añadió:

—Furriel, mañana ántes del rancho, se repartirá la cantidad entre todos.

—Si, señor.

Siguió un momento de silencio.

—Señor...—murmuró una tímida voz en medio de las filas.

—¿Quién ha hablado?—preguntó el capitán. Nadie respondió—¿Quién ha hablado?—repitió.

—Yo—contestó un soldado.

—¿Y qué quieres decir?

—Quería decir, que... en cuanto á mí... (y volvía la mirada, buscando en los rostros de sus compañeros, una señal de asentimiento)... me parece que, perro chico más, sueldo ménos... será la misma cosa para... (y miraba de nuevo á los compañeros) para nosotros... y sería mejor, me parece...

—Adelante.

—Que en el pueblo hay pobres...

Los compañeros comprendieron su pensamiento y murmuraron.—Seguro.—Bien pensado.

—Mejor será eso.—A los pobres.—Claro.

El capitán dejó aquietar el murmullo y después:

—Oídme. Quiero que me digáis vuestro pensamiento con sinceridad. Yo no quisiera que, ninguno de vosotros, rehusase la oferta del municipio por complacerme, porque esto me daría un verdadero disgusto. Y no quiero tampoco, que los más impongan su deseo á los ménos. Este dinero, os lo habeis merecido, os habeis fatigado, habeis sufrido, habeis practicado el bien, y es muy justo que se os dé esta pequeña compensación. Aconsejaros que os priveis de él, sería una indiscreción y yo me guardaría muy bien de cometerla. Así os digo resueltamente que si lo aceptais haceis bien. Animo, sed francos; si hay alguno que necesite su parte de dinero, que me lo diga sin miedo y sin vergüenza como lo diría á un amigo; yo no apreciaré ménos á los que acepten, que á los que rehusen: quiero que quien necesite lo diga. Vamos ¿hay alguno?

La compañía conmovida por el afectuoso lenguaje del capitán, respondió á una sola voz:

—Ninguno.

—¿Ni uno siquiera?—y echó una mirada á todos.

—Ninguno—repitieron todos, y el acento de la voz y la expresión de los ojos afirmaban la espontaneidad de aquel acto.

—¡Bravo!—exclamó vivamente el capitán.—Mañana iré al municipio y diré á aquellos seño-

res que la 9.<sup>a</sup> compañía del regimiento 57 ofrece cien pesetas de limosna á los pobres de Licata.

Salió, y cuando estuvo en la calle oyó los cantos y los gritos de los soldados que, terminada la lista, habian roto las filas y se disponian á acostarse. Alzó los ojos hácia las iluminadas ventanas del cuartel y dijo fuerte, como si hablase con alguno.

—¡Qué buenos muchachos!

Y lo que han hecho en Licata lo hicieron en Aosta, en Scansano, en Génova, y en muchos otros puntos que no cito para no llenar de nombres esta página. Pero no puedo pasarte en silencio á tí ¡oh valiente Zamela! zapador de ingenieros, que habiendo sabido la desventura que pesaba sobre tu pobre Messina, enviaste treinta pesetas al alcalde, escribiéndole: «Me las han dado, porque he asistido á los coléricos de mi regimiento: no tengo más; pero esta cantidad exigua la doy de todo corazón para los pobres de mi país».

\*\*\*

Las obras de beneficencia son siempre estimables y dignas de lo, aunque el primer impulso que nos mueva á practicarlas, sea el deseo de la gratitud y del reconocimiento del beneficiado.

Pero cuando de estas obras, no se recoge siquiera el fruto de la gratitud y aquel que debe amar y bendecir, paga con odio nuestra caridad y en el ofrecimiento sospecha la emboscada y en el beneficio el delito; y á pesar de todo esto, se persiste en practicar el bien, amando, perdonando, sin otro impulso que la piedad, sin otro consuelo que la conciencia, entónces se tiene mejor derecho á la estimacion y á la alabanza que corresponde á la virtud vulgar. Quiero referirme á las obras generosas de los soldados, en aquellos pueblos donde se creia que esparcian el veneno por mandato del Gobierno, y el pueblo les odiaba y los maldecía. Y estos pueblos eran los más.

Al fin, cuando se hubo visto que tambien los soldados morian, que no todos los que eran conducidos á los hospitales resultaban envenenados, que aun los supersticiosos no cesaban jamás de encomiar la solicitud y el afecto con que habian sido asistidos y curados, la insensata supersticion desapareció.

Pero que los soldados envenenasen al pueblo, era en un principio creencia universal, convencimiento profundo, hecho sobre el cual á nadie era permitido abrigar la más leve duda.

No habia quien no hubiese hecho juramento de la mejor buena fe, caso de pedírselo. Todo el mundo tenía, tenazmente por firmes, aun no habiendo visto ninguna, que hubiese mil indi-

cios, mil pruebas irrefragables de aquella horrenda conjuracion. Y una de estas pruebas, una de las más eficaces, el vulgo la veía en aquella misma solicitud de los soldados, en aquel mismo deseo de meterse en todas partes é inmiscuirse en todo, sin ser llamados ni verse obligados, bajo apariencia de ejercitar una caridad, que no podía creerse sincera, en gente como era, pagada por el Gobierno, sosten del Gobierno y por lo tanto enemiga necesariamente del pueblo. Aquella caridad no podía ser más que una máscara; aquellas obras de beneficencia no podian ser más que pretexto, medio de una segunda intencion; no se podía explicar por qué el soldado instrumento de un gobierno enemigo, tendiese una mano piadosa al pobre y al enfermo, como no fuera para prepararle la muerte con la otra. En consecuencia de esta conviccion y de este miedo, es fácil imaginar cómo el vulgo se portaría con los soldados.

Una de las ciudades, en que más generalmente se dió crédito al envenenamiento fué Catania, donde estaba de guarnicion el 9 regimiento de infantería. Valga su ejemplo por todos los pueblos.

Los soldados en las horas libres jamás iban solos por la ciudad; siempre de tres en tres, de cuatro en cuatro, ó en grupos todavía mayores, para asegurarse contra las violencias, é imponerse

á quien tuviese ánimo de insultarles ó de hacerles algun daño á traicion. Iban casi siempre por las calles principales, y no muy alejados del cuartel; algunas veces, y sólo en casos de absoluta necesidad, por las calles apartadas; fuera de la ciudad nunca, porque era seguro que les hubieran provocado ó acometido. Por allí por donde iban pocos ó muchos, eran mal mirados por todos.

Si había en la calle un corro, los que les daban la espalda, se volvian de repente; todos se retiraban un paso, y se murmuraban alguna cosa al oído.—Hélos ahí—decía fuerte alguno. Y otro:—Estemos con cuidado. Los soldados pasaban y el grupo volvía á su primitivo estado.

Muchos, viéndoles de léjos venir hácia ellos, calle abajo, se deslizaban furtivamente. Otros, al encontrarlos volvian la vista y se detenian despues á mirarles cuando habian pasado, con una curiosidad mezclada de horror y de miedo. En los barrios de la gente pobre, al aparecer alguno cerraban las puertas y se asomaban á las ventanas; otros entornaban aquellas y miraban por la rendija; las mujeres llamaban á grandes voces á los niños que jugaban en medio de la calle, ó iban á cogerles por un brazo y á llevarles corriendo á casa; los chicos escapaban por aquí y por allá, volviéndose atrás haciendo muecas, y á medida que los soldados iban pasando, las puer-

tas y ventanas se abrian de nuevo, y la gente asomaba la cabeza con gran cuidado, asegurándose mutuamente con señas.

Era frecuente que los soldados oyeran sonar en el interior de las casas silbidos y palabras que no podian comprender, pero cuya intencion irónica ó burlesca iba encaminada directamente á ellos; y levantando los ojos á las ventanas veían aparecer poco á poco una cabeza que, apenas los divisaba retirábase; ó no veian más que una mano que salía fuera de la barandilla y se agitaba en aire de amenaza, ó que con los dedos extremos extendidos y los demás cerrados, les hacia los cuernos.

Otras veces paseando, sentian murmurar á su espalda un claro insulto, ó una maldicion, ó una palabra incomprensible que era á la vez ambas cosas; se volvian y veian una cabeza levantada en actitud de observar las nubecillas con aire distraido. Pedir cuenta del insulto era reunir gente y provocar un tumulto: callaban y echaban hácia adelante. A veces, en vez de una palabra, silbaba á sus oídos una piedra; volvian atrás y buscaban al autor, interrogando á los presentes; ninguno sabía nada; ninguno había visto; ninguno había oído.

Cuando iba á recoger los víveres el carro del regimiento, había necesidad de hacerle pasar por ciertas calles, y no por otras; se decía que den-

tro iban las materias deletéreas que envenenaban el aire; no querían dejarlo pasar, se le obstruía el camino. Para llevar el rancho á las compañías de guardia, era preciso que los soldados dieran extensa vuelta alrededor de ciertos barrios; ¡ay si pasaban por ellos! la simple vista de las marmitas despertaba las sospechas de la gente; en ménos de un instante se reunía la muchedumbre, se detenía á los soldados, se quería ver lo que llevaban, se obligaba á los portadores á probarlo en su presencia, y á dejar una parte para probarlo despues.

Un indicio, aunque leve, una asercion, aunque absurda, una palabra, un gesto cualquiera de uno de la muchedumbre, bastaba para transformar la sospecha en certeza y la certeza en furor. No había tiempo ni modo de consumir un delito porque el furor de la plebe siempre previsto, era disipado por un socorro preparado y solícito; pero no había siempre tiempo para impedir la violencia, ni por lo tanto, podían ir los soldados sin cautela, para evitarla ó para no provocarla jamás.

Cierto día, en excusada calle, vieron algunas mujeres del vulgo á un soldado con un lio debajo del brazo, entrar á pasos precipitados en la casa, donde poco ántes una muchacha había sido atacada del cólera. Comenzaron á fantasear entre ellas, sobre por qué aquel soldado había pasado aquel umbral.

—¿Habeis notado lo que llevaba bajo el brazo?

—¿Habeis observado cómo tenía la mirada torva, y cómo miraba receloso alrededor?

Todas habían visto en él, alguna cosa extraña y de mal agüero. Se dirigieron hácia aquella casa y se detuvieron delante del portal. Estaba cerrado; las sospechas se acentuaron. Llamaron: nadie acudía á abrir. No había, pues, duda: en aquella casa se estaba consumando un crimen.

Prorumpieron en gritos; golpearon furiosamente la puerta, arrojaron piedras á las ventanas; en ménos de un minuto la calle se llenó de gente armada de bastones, de hachas y de grandes cuchillos; la puerta fué abierta violentamente y la muchedumbre se precipitó en la casa. De pronto se abrió violentamente una de las ventanas del primer piso; un hombre en mangas de camisa, aparece en pié sobre el alfeizar de la ventana, lanza agudo grito, salta á la calle, cae, se levanta,— ¡es un soldado que envenena! grita aterrizada la gente que se le agrupa alrededor,— hiende las piedras, devora las calles, desaparece. Era el soldado mismo que había entrado poco ántes en la casa, para dar á la lavandera un lio de ropa blanca de su furriel.

Pocos días despues acaece algo semejante á un ordenanza, miéntras llevaba del restaurant la comida á su oficial, que estaba enfermo, en

casa. Con una mano sujetaba la botella de la botica, y con la otra las cuatro puntas de una servilleta con dos platos. Atravesaba una callejuela habitada por pobres. Todos le observaban atentamente; algunos le seguían á cierta distancia; cuatro ó cinco mujeres le detuvieron y le preguntaron que era lo que llevaba en aquellos platos. Tuvo la mala idea de contestar una impertinencia. En ménos de lo que se dice, los platos y la botella, fueron á parar bajo los piés de una muchedumbre de gente salida como por encanto de todos los cuchitriles de las casas del rededor. El pobre soldado, apénas tuvo tiempo para abrirse camino bayoneta en mano, y debió agradecer al cielo haber salido sin más que algun arañazo en la cara y una pedrada en la espalda.

Otra vez, pasando tres soldados ante cierto grupo de casas fuera de la ciudad, uno de ellos se detuvo á mirar á un muchacho que practicaba en el suelo un hoyo con las manos:—¡Hermoso!—le dijo; se inclinó y le hizo una caricia. Una mujer poco apartada de allí vió el acto, lanzóse á una de aquellas casas y gritó con toda la fuerza de sus pulmones:—¡Pronto! ¡Pronto! El soldado te ha matado el niño.—Un agudo grito se dejó sentir en el interior, apareció en el mismo instante en la puerta otra mujer, vió al soldado, se lanzó, arrojando espantoso aullido sobre el muchacho, lo estrechó entre sus brazos, volvió como un relám-

pago á su casa, cerró la puerta, se abalanzó á una ventana, anhelante, convulsa, con los ojos fuera de las órbitas y el rostro pálido y extraviado; fijó una mirada sobre los soldados, y despues, acompañando á la palabra un gesto vigoroso, exclamó con voz sofocada:—¡Maldito seas!—Y se retiró. Los soldados permanecían allí de pié, con la boca abierta como si fueran presa de una pesadilla. Pero la mujer que había dado el pimer grito, había corrido á llamar gente; entónces los tres pobres jóvenes, pensaron seriamente en ponerse á salvo puesto que no había tiempo que perder. No habían dado todavía cincuenta pasos, cuando percibieron delante de aquella casa, la avanzada armada de la turba.

Otra tarde, léjos de poblado, un grupo de aldeanos que iban en busca de envenenadores, distinguió un soldado. Apénas lo vió, le salió corriendo al encuentro. El soldado estrechado, volvió la espalda y se dió á la fuga. Fué cogido, aferrado por diez manos, introducido en una casa solitaria, con la espalda apretada á la pared y amenazado de muerte.

—¿Dónde tienes el veneno?—le preguntaron diez voces.

—Yo no tengo veneno...—repuso balbuceando el soldado, pálido como un cadáver.

—¿Dónde tienes el veneno?—insistieron los otros con voz amenazadora. Y uno tomó su ros,

lo examinó y lo arrojó al suelo; otro le arrancó del cuello el corbatín.

—¡Fuera ese veneno!—y uno que lo había cogido por el cuello, le golpeaba la cabeza contra el muro.

—No tengo nada...—respondía con voz suplicante el soldado.

—¡Ah! No tienes nada ¿eh? ¡Ahora veremos si no tienes nada!—gritaban aquellos feroces; y desabrochándole el capote y abriéndole la camisa, le iban tentando por todos lados.

—Quitadle el cinturón—dijo uno.—Le cogieron el cinturón y tiraron de una y otra parte para arrancárselo pronto; no lo conseguían con la premura que solicitaban, y rugían y blasfemaban.

—¡Oh!... Dejadmelo estar—imploraba el pobre soldado—¡dejadme estar el cinturón!—Se lo arrancaron y lo arrojaron al suelo, le sacaron el capote, lo arrastraron, y deslizándole la punta de los puñales sobre la piel, murmuraban á sus oídos toda suerte de vituperios y de maldiciones. El infeliz, á quien apenas restaban fuerzas para tenerse en pié, dejaba hacer sin resistencia, casi sin sentido, con la cabeza y los brazos caídos como persona moribunda, murmurando de vez en cuando con un hilo de voz:—¡Mi bayoneta!... ¡Yo no enveneno á nadie!... Dejadme estar... ¡Dadme mi ropa!... ¡Mi bayoneta!

Lo hubieran asesinado, de seguro; mas quiso

su fortuna que pasase cerca de allí una patrulla, la cual, acudiendo velozmente, dispersó á la turba, precisamente en el momento en que iba á verter la sangre de aquel desventurado.

Y esto que yo cuento, es cuanto aconteció menos doloroso en aquel orden de hechos, pero en Catania al fin, no se derramó sangre de soldados. ¡No puede decirse otro tanto de los demás pueblos!

¡Qué sentimientos debía experimentar en aquellos días, el corazón del soldado! ¡Cuáles serían sus pensamientos, sus raciocinios, al verse tan ferozmente execrado por aquellos mismos, á quienes sacrificaba el reposo, la salud, la existencia!

Pero el riesgo continuo de perder la vida, y tenerla que defender tan frecuentemente de un vulgo insensato, era sin duda pensamiento menos acerbo y cuidado menos grave que deber á cada instante proteger la vida de los otros ciudadanos, de las mismas violencias, y por la misma causa amenazada. Cada día debían correr á desarmar y tranquilizar á una muchedumbre ciega de furor y sedienta de sangre, y á arrebatarse de sus manos las víctimas, casi siempre ya maltratadas por los golpes y ensangrentadas, á veces semivivas, á veces ya destrozadas horriblemente. Era preciso, cuando no se podía hacer otra cosa, luchar para apoderarse de los cadáveres, á fin de que no fue-

sen mutilados y arrastrados por las calles ó entregados á las bestias ó á las llamas.

Era forzoso que se cazaran uno á uno de en medio de multitud de gente armada, que estrechándose ú ondulando los llevaba de aquí para allá, separándoles, cogiéndoles de forma que aún queriendo no pudieran hacer uso de las armas, y hasta que uno pudiese recibir una cuchillada sin que los otros lo advirtieran siquiera. Era preciso, sin embargo, fiarse de aquella turba insensata, persuadirla, suplicarle, rogarle, pues toda amenaza hubiera resultado vana, ya que no exasperando las iras, hubiese provocado una disputa y hecho derramar sangre de nuevo; lo cual por lo demás, no era raro que sucediese. De esta manera, nada ménos, fueron salvadas muchas vidas, evitado que se derramara mucha sangre, y se impidieron muchos actos de brutal ferocidad, especialmente en los pueblos en que no eran sospechosos de envenenamiento los soldados, ó en los días en que no lo eran tanto.

Valga un ejemplo por todos.

En Bocca de Falco, pequeño pueblo inmediato á Palermo, estalló el cólera. Corría en boca de todos, los nombres de aquellos sobre los cuales recaían las terribles sospechas, y se esperaba cualquier ocasion para inmolares. Entre estos, había un pobre comerciante en mercería al por menor, que cada dos ó tres días, atravesaba el

pueblo para ir á Palermo. Tenía el pelo largo, un vestir raro, mirada fiera, maneras ásperas y pocas palabras: esto servía ya de claro indicio para creerlo esparcidor de veneno. Un día en que el cólera había recrudecido más de lo ordinario en aquel pueblo, algunas turbas de mendigos armados de picos y garrotes, daban vueltas por el pueblo lanzando gritos de amenaza, fieramente resueltos á acabar con los envenenadores.

Una de aquellas turbas encontró al comerciante, lo rodeó, sin que él lo advirtiese, y le preguntaron:

—¿Á cuántos has despachado hoy?

El desventurado comprendió y creyó salvarse con una broma.

—Diez—respondió sin reirse.

Bastó. Uno de la turba le dió tremendo golpe en el fardo de hilos y cintas que llevaba al hombro y le arrojó por el suelo todo lo que llevaba, diciéndole:

—Esto por de pronto. Ahora, veamos con qué asesinas á la gente.

—¿Yo?—repuso para su desgracia no siendo dueño de refrenar un ímpetu de indignacion.— ¡Vosotros sois los que me asesinais!

—¡Ah! ¿Somos nosotros?—prorumpió la muchedumbre enfurecida.

Y en el mismo momento un puñetazo vigoroso en la barba, le llenó de sangre la boca; una mano

le apretaba la garganta, otra le agarraba por los cabellos; sobre toda su persona caía verdadero diluvio de puñetazos y pedradas, y era arrojado tan violentamente contra la pared, que de la nuca le bajaba un hilo de sangre.

— ¡Confiesa á los cómplices, asesino! — gritaban los primeros hincándole las uñas en las mejillas y en el cuello y apretando las rodillas y los bastones contra su vientre. — ¡Confiesa!

Y los que estaban fuera tendían sus brazos para cogerlo, se abalanzaban aquí y allá para abrirse hueco entre la turba, y llegar junto á él, á fin de inferirle, aunque sólo fuera una herida.

El infeliz arrojaba sangre por la boca y los oídos, sus ojos parecían quererle saltar de las órbitas, un ronquido mortal se escapaba de su pecho: horrorizaba.

— ¡Confiesa, confiesa!

De repente, del otro lado de la calle, se oyó agudísimo grito; era otro envenenador, que nueva turba de insensatos, había distinguido y perseguía; todos se volvieron hácia aquel lado; el comerciante en hilos, viéndose un instante libre, arrojó de un empujón á dos tres que estaban junto á él, se arrojó á una puerta y la cerró tras sí.

La muchedumbre, advirtiendo la huida, se arrojó sobre la puerta, golpeándola rabiosamente con piedras y con los pinchos. El comerciante se había refugiado en un cuartucho bajo; allí

dentro había una mujer que presenciara la escena poco ántes, desde la ventana; al aparecer el envenenador se dió por difunta; el coraje y la rabia de la desesperacion la invadieron; lanzóse sobre él, como negra furia, se le agarró al cuello, y empezó una lucha feroz de mordiscos y arañazos.

Caidos á tierra ámbos se revolcaban por el suelo como dos bestias, tenazmente abrazados, uno sobre otro, por turno, mezclando sus alientos y su sangre; la muchedumbre metía los brazos dentro del cuarto á traves de los hierros de la ventana; y tendía convulsivamente sus manos para apoderarse de la víctima, murmurando horribles palabras, y la puerta empezaba ya á crujir y á ceder...

— ¡Los soldados! ¡Los soldados! — gritaron en aquel punto muchas voces. Un instante despues, el pobre mercader, oyó acercarse por la calle confuso de rumor de pasos, vió brillar á la parte exterior de la ventana las bayonetas, sintió sonar una voz poderosa, dominando el tumulto, que decía: — ¡Pan para todos! — y poco despues los golpes á la puerta se apaciguaron y cesaron, los brazos de sus enemigos retiráronse de la reja, y á los gritos airados de la muchedumbre, sucedió sordo murmullo. La mujer había quedado en tierra sin fuerzas: el comerciante estaba salvado.

El comandante del destacamento, había sido

avisado á tiempo de lo que sucedía en el pueblo, reunió enérgico y en un instante sus soldados, hizo al punto tomar su pan á cada uno y había corrido á acallar el tumulto, con la doble arma de la amenaza y de la caridad. De los soldados, en aquel pueblo, no solamente no se sospechaba, sino que estaban bien mirados y áun amados por las limosnas y los socorros de todas clases que repartían siempre con largueza á todo el mundo; así es que, á su aparicion, la muchedumbre depuso su violencia y poco á poco se tranquilizó. Una parte de los soldados entró en la casa y se puso de guardia, los otros se quedaron mirando á aquellos pobres hambrientos que devoraban los pedazos de pan en silencio. ¡Oh, cuántos actos de esta índole se sucedieron y cuántas veces se repitieron en el mismo pueblo!

Pero la fatiga más dura y el oficio que naturalmente más repugnaba á los soldados era el de enterrar á los muertos; para el cual se requería que se armasen más que nunca de valor y fortaleza. Muchas veces, en el corazón de la noche, llegaba al cuartel un ugher del municipio á decir que, en tal punto, en tal casa del pueblo, se ha

bían descubierto cadáveres que nadie quería enterrar y que era preciso proveer con presteza ántes que la putrefaccion hiciera imposible la sepultura.

El fragoroso redoble del tambor, despertaba en un instante á todo el cuerpo, se reunía una compañía de soldados, se encendían las linternas, se sacaban los carros, se tomaban los picos y las palas, el oficial del piquete se ponía á la cabeza del convoy y andando.

Llegábase silenciosamente al sitio indicado: la calle estaba solitaria, las casas abandonadas y cerradas. Despues de larga fatiga la puerta destruida venía al suelo y un hálito de hedor insupportable hacía cejar á los soldados. ¡Valor! Uno delante con la linterna; los otros detrás á paso lento, con la mano sobre la boca volviendo temerosamente una mirada por la escuálida estancia. Extendidos en tierra sobre montones de paja ó de harapos, semidesnudos ó mal cubiertos en inmundo monton yacían los cadáveres, uno al lado de otro, ó uno sobre otro confusamente mezclados; las caras tumefactas, manchadas de negro, corriendo de su boca sanguinolenta baba; el vientre hinchado, salpicado de manchas vinosas y cruzado por verdes cintas, de los intestinos y de las venas; en contorsion los miembros por la parte que tocaba con el suelo; toda traza humana desfigurada ó perdida, y aquí y allá por los

órganos más corrompidos, la primera manifestación de los restos del asqueroso vientre.

Y era forzoso acercarse á aquellos horribles yacimientos, y tomar y escoger los unos de entre los otros, aquellos miembros; levantar, uno á uno, aquellos cuerpos, transportarlos á los carros, viéndoles á cada sacudida y á cada paso, descomponerse y transfigurarse más horriblemente, y dejar caer, aquí y allá, bien un fétido andrajo, bien cualquier otra más sucia traza de sí.

¡Oh! Aquello era cosa bien distinta que ver á los muertos sobre el campo, extendidos en un lago de sangre, heridos por la metralla, ó derribados y mutilados por las balas de cañón.

Entónces se escucha alrededor el grito de mil compañeros, se ven serpentear aquí y allá por colinas y campos, los batallones cuyas bayonetas relucen á los rayos del sol, se mira ondear al lado la bandera del regimiento, se siente á lo léjos el rumor de las baterías que corren, y la sangre bulle, el ánimo se exalta, y los cadáveres que se encuentran por el camino, no se cuentan ¿qué digo? no se miran, no se ven, no se piensa siquiera que deba haberlos, ó si los ojos se fijan, el corazón exclama:—¡Adios, hermano!—y nada más; despues se echa adelante y ya no se vuelve á pensar en ello.

Pero allí, en aquellos tabucos, de noche, en medio de aquel silencio, en aquella quietud, á la

luz de aquellas linternas, ¡cuán horrible debía ser la imágen de la muerte! ¡Cuántos de aquellos soldados, áun de los más fuertes, habrán tenido presente despues, y por muchos días, la imágen de aquellos cadáveres deformes, ó habrán creído sentir el contacto de aquellos miembros, helados y flojos ó rígidos, y el rumor de aquellas cabezas al chocar pesadamente en el fondo del carro!

A veces, alguno retrocedería horrorizado á la vista de los muertos, ó en el acto de cogerlos, le temblarían los brazos, y volviendo sus ojos:— ¡Amigo mío!—habrá dicho al vecino— ¡yo no puedo!—Pero sonaba siempre pronta la voz del oficial:— ¡Valor, muchacho! ¡Todo consiste en coger el primero! ¡Es preciso acostumbrarse á ello!—Y entónces el soldado extendería su mano tímidamente, sobre el cadáver, torciendo la cabeza y conteniendo el aliento.

El convoy se encaminaba hácia el cementerio. Cuando llegaban, los soldados dejaban las linternas en el suelo, y unos empezaban á abrir la fosa, miéntras otros, de pié junto al carro, esperaban una seña, para echar abajo los muertos.

El oficial estaba inmóvil á orilla del hoyo, inspeccionando el trabajo de los soldados. Todos callaban. No se sentía más que el clavarse del pico en el suelo, y el caer de la tierra arrojada por las palas. Y de vez en cuando una voz:— ¡Animo, muchachos!—Y despues se sacaban los

cadáveres de los carros; un soldado alumbraba, para que cada cual pudiera ver donde metía la mano, otro, de pié sobre el carro, ayudaba á los de abajo, á tomar cuerpo á cuerpo del monton y decía:—Tomad este.—Este otro.—Cuidado con este que está medio deshecho...—Diez pasos más allá no se hubiera percibido sino un leve murmullo, y de vez en cuando, una voz más fuerte:—¡Valor!—ó—¡Cuidado!—Y todo alrededor tinieblas y silencio.

—Pero, por qué—preguntó una vez un soldado, miéntras entraba en el cuartel—¿por qué los hemos de enterrar nosotros?

—¡Toma!—le contestó un cabo, con acento de profunda convicción—porque no los entierran los demás.—A razon de tanto peso, no había nada que objetar y los dos se callaron.

Mas todo lo dicho hasta el presente, no es sino tortas y pan y pintado, relativamente á lo que queda por decir. ¡Cuántos casos más funestos y más deplorables acaecieron, y cuán apartado estaría del fin de mi narracion, si quisiera dar cuenta, siquiera de la mitad de los que yo conozco, y no conozco sino pequeña parte!

En Sutura, pueblecillo de la provincia de Caltanissetta, había un peloton del regimiento 54 de infantería, mandado por el subteniente Eduardo Cangiano. La mañana del 22 de Junio, llegó al cuartel un campesino, ansioso, y se presentó al oficial.

—¡Oh, señor oficial!—exclamó con voz suplicante:—Venga por caridad y socórralos... Aquí cerca, en Campofranco, se ha declarado el cólera; la mitad de la gente ha huido; las calles están llenas de muertos; no tienen médicos, no tienen enterradores, no tienen siquiera que comer... ¡hay una desolacion... que el que no muera del cólera, morirá de seguro de hambre! ¡Oh vaya allí, vaya pronto allí!

Inmediatamente, el peloton en armas, un aviso al alcalde, un despacho al comandante militar de Caltanissetta, una advertencia al sargento que queda en el pueblo con algun soldado, y despues andando á paso ligero en direccion á Campofranco. Había que recorrer una milla de camino ó poco más, por un sendero que serpenteaba á través de los campos. Brillaba un sol ardentísimo. Los soldados, chorreándoles el sudor, desde que salieron del pueblo, caminaban uno al lado de otro, en larga fila, con un andar entre el paso y la carrera, y los oidos atentos á la relacion del campesino, el cual, con interrumpidas palabras explicaba á Cangiano el triste espectáculo que le ofrecería el pueblo.—¡Animo!—le contestaba éste, de vez en cuando,—con lamentos no se hace nada, ahora es tiempo de obrar. Y siempre apretando más el paso, y con los soldados, tanto que acabaron por correr resueltamente.

A ciertas distancias se empezaron á ver, de

léjos, hombres, mujeres y muchachos, corriendo desatinadamente por el campo, haciéndose señas unos á otros, señalando á los soldados; y detenerse, huir, correr adelante y atrás, reunirse y dispersarse, como gente perseguida y fuera de sí por el miedo.

A medida que el peloton se aproximaba al villorrio, los fugitivos escaparon, la agitacion y la gritería crecieron; familias enteras, corrían por la campiña llevando, ó arrastrando tras sí, sus ajuares; algunos que habían puesto la ropa en tierra para descansar, á la vista de los soldados, la recogían de prisa y se alejaban volviéndose atrás con miedo; unos caían y otros se levantaban; muchos de los más alejados, volviéndose hácia los soldados, lanzaban gritos agudos y levantaban los brazos en actitud de maldecir.

—¡ Ah, señor oficial! —dijo el campesino.— ¡ Esto no es nada todavía!

—No importa:—respondía Cangiano—estamos preparados á todo.

Apercibieron la primer casa del pueblo, á la embocadura de la primera calle. La gente que venía huyendo, á la aparicion de los soldados, apenas divisados, parte, volvieron la espalda y corrieron al pueblo lanzando espantosos gritos como si anunciaran un asalto de enemigos; parte, se desparramaron á derecha é izquierda por los campos. A la primera entrada de la calle, había

dos cadáveres extendidos en tierra ante la puerta de una casa deshabitada.

Apénas entrados, un rápido desaparecer de gentes en las casas, un cerrarse impetuoso de puertas y ventanas, gritos agudos de mujeres, llanto de niños, y en el fondo de la calle, un rápido reunirse y mezclarse rumoroso de pueblo; despues, una fuga general fué el recibimiento.

—¡ Pronto! —gritó Cañgiano.— Diez soldados que den vuelta al pueblo y vayan á detener aquella gente.— Diez soldados se separaron del peloton y tomaron corriendo una calle lateral. Los otros continuaron adelante. La gente atemorizada, continuaba encerrándose con furia en las casas.

—¡ No queremos hacer daño á nadie! —gritó Cangiano en alta voz.— ¡ Hemos venido á ayudaros, somos vuestros amigos; salid, buena gente, salid de casa!

Esta puerta ó aquella ventana comenzaron á abrirse; alguna persona, á espaldas de los soldados empezó á salir; en el interior de las casas se oían voces débiles de lamento; en la calle, delante de las puertas, yacían postrados muchos infelices, extenuados de hambre, ó presas del cólera, inmóviles y rígidos que parecían cadáveres; aquí y allá, muebles del hogar doméstico, abandonados en la huida, á las puertas ó en medio de las calles y á cada paso, paja esparcida ó montones de harapos. En cada callejuela late-

ral, que salía al campo, uno, dos ó más difuntos, cuál cubierto de paja, cuál de tierra, cuál de andrajos entre los que aparecían los miembros rígidos y negruzcos; otros echados, á través de las puertas, mitad dentro y mitad fuera de las casas.

—¡Mirad, señor oficial, mirad!—exclamaba lamentablemente el campesino.

—A todo proveeremos—contestaba Cangiano.

—¡Valor!

En aquel punto, la muchedumbre de fugitivos, que había sido rechazada hácia dentro por aquellos diez soldados, venía tumultuosamente hácia el oficial.

—¡Formaos!—gritó este volviéndose á los soldados, que se detuvieron y formaron á través de la calle. Cangiano esperó á la turba á pié firme. Esta se detuvo delante á unos diez pasos, cesó de gritar, se puso á mirar con ojos fieros á los soldados: Era toda pobre gente harapienta, caras pálidas y huesudas, ojos extraviados, fisonomías á las que el largo padecimiento había dado una expresión como de mortal abatimiento y al mismo tiempo de fiera salvaje.

—¡Queremos salir!—gritó una voz en medio de la muchedumbre. Y todas repitieron el grito y se movió la turba.

—¡Para qué queréis salir?—preguntó Cangiano con voz resuelta, mas atemperada de tal cual

dulzura.—Es preciso quedarse; es preciso ayudarse unos á otros; á la desgracia comun, es preciso acudir en comun; es mucho peor pensar cada uno solamente para sí, y nada para todos... ¡Nosotros hemos venido á socorreros!

—¡Queremos salir!—repitió amenazadoramente la muchedumbre; y empujando los de detrás, los de delante fueron arrojados á dos ó tres pasos.

—¡Atrás!—dijo con gran calma Cangiano, y despues en alta voz:—Escuchad mi consejo: las mujeres y los niños, métanse en casa; los hombres, quédense para ayudar á los soldados á enterrar los muertos.

—¡Nosotros no queremos morirnos!—repuso imperiosamente la multitud, y levantando un rumor confuso de gritos, se apretó y movióse otra vez para tomar carrera y arrojarse contra los soldados.

—¡Lo quereis?—dijo entónces el oficial.—¡Sea!—Y volviéndose atrás, gritó:—¡Preparen!—El peloton levantó y apuntó los fusiles en actitud de disparar, y la turba, arrojando un grito de espanto, desapareció por las calles laterales. Los otros diez soldados se reunieron á los primeros.

—Esto requiere firmeza y valor,—exclamó Cangiano; es preciso enterrar pronto á los muertos; la mitad de vosotros vaya al campo y me conduzca aquí, por la fuerza á cuantos hombres pueda; los otros vengan conmigo.—La mitad del

peloton, dirigióse á rápidos pasos fuera del pueblo. Los otros empezaron á correr aquí y allá, á entrár en las casas, á registrar por todas partes en busca de picos, de palas, de carretas, de bancos, de todo aquello que pudiera de cualquier modo servir para transportar los muertos fuera del pueblo. En pocos minutos encontraron algunas cosas servibles para el objeto, y unos empezaron á recoger los cadáveres, otros, llegando al vecino cementerio se pusieron á cavar las fosas con gran prisa, y otros por fin, se dedicaron á desembarazar las calles de lo más incómodo y de las cosas más fétidas.

En tanto Cangiano seguido de un soldado, iba en busca de una casa que pudiera fácilmente convertirse en hospital, deteniendo á cuanta gente del pueblo encontraba por la calle, aconsejándola, exhortándola, rogándola, y al paso metía prisa á los soldados, daba órdenes, consejos y repartía afectuosas palabras.

Encontró la casa, la hizo limpiar, hizo llevar las camas de las moradas abandonadas, fué él mismo con cuatro soldados á llamar á las puertas de todos los zaquizamís, á pedir que le dejaran llevarse á los enfermos, que él los haría asistir, curar, y sus familias recibirían socorros. Respondían que no; les ofrecía dinero; rogaba, amenazaba: todo era inútil. Entónces los soldados entraban á la fuerza en la casa; dos de ellos se apo-

deraban del enfermo, los otros dos, con las armas detenían afuera á los parientes y vecinos. A menudo, era preciso levantar del suelo á las mujeres que impedían el acceso con sus propios cuerpos; era preciso luchar.

Tras larga fatiga, buen número de enfermos estaban ya alojados en el nuevo hospital y dos ó tres soldados proveían á sus necesidades, esperando la llegada de socorros de Caltanissetta, cuando volvió al pueblo la otra mitad del peloton, trayendo á viva fuerza multitud de campesinos que había arrestado por la campiña. Corrió á su encuentro Cangiano, lo dividió en varios grupos y les hizo acompañar á diversos trabajos.

Los soldados, nuevamente reunidos, empezaron á trabajar tambien; en poco tiempo, los cadáveres que había por la calle fueron sepultados; las calles limpias y curiosas; se continuó yendo á domicilio á recoger los muertos, y, poco á poco, ora con la persuasion, ora con la fuerza, se consiguió reunir en el hospital, la mayor parte; por todos lados había un vaiven, un afanarse, un continuo atarearse de soldados. El pueblo que comenzaba á reunirse, empezaba á mirar de léjos entre sospechoso y maravillado; la gente, esparcida por el campo, se iba acercando poco á poco al pueblo para ver lo que sucedía.

Los primeros que llegaron, no viendo cadáveres por las calles, tomaban ánimo y se internaban

en el pueblo; muchos empezaron espontáneamente á limpiar la calle de cuanto le quedaba de inmundo; otros á entrar de nuevo en las casas; algunos á reunirse alrededor de Cangiano, mirándole atónitos, sin decir palabra, detenidos todavía por un resto de desconfianza, pero con el ánimo preparado á dar las gracias y á rogar.

Y Cangiano, aunque, no dejaba de correr de aquí allá para animar á los soldados, se volvía de vez en cuando á la gente que le seguía:

—Id á ayudar á aquellos pobres jóvenes que tanto tiempo trabajan por vosotros; id á llamar á la gente que ha huido por el campo; hagamos todos alguna cosa; pongamos un poco de orden en el pueblo; el alcalde volverá; también volverán los señores y os socorrerán; volverán los panaderos, vendrán los médicos; pronto llegarán socorros de Caltanissetta; valor ¡ea! trabajemos todos; todos los males tienen remedio y este también le tendrá. Hemos venido aquí para vuestro bien, persuadíos, buena gente. ¿Qué es lo que teméis de los soldados? ¿No somos todos del mismo país, no somos hermanos vuestros, y vuestros defensores?

A estas palabras seguía un murmullo de aprobación en la muchedumbre; alguno se separó y corrió en ayuda de los soldados; otros se dirigieron hácia la campiña; muchos se esparcieron por

las calles; los restantes rodearon al oficial con lamentos y súplicas.

—¡Estamos sin pan! ¡Tenemos hambre!

Lo sé, buena gente, lo sé; todavía un poco de paciencia y llegará el pan; haré todo lo que pueda por vosotros; mandaré á mis soldados á Sutera para traerlos de comer; os daremos todo lo que tenemos. Pero en tanto es preciso trabajar, es necesario llevarse á los muertos, curar á los enfermos, ayudarse entre todos.—Entonces la gente daba gracias, despues comenzaba de nuevo á rogar, á lamentarse y á pedir pan.

Pero despues llegó un soldado y habló al oído de Cangiano. ¡Una más dura prueba de caridad y de fortaleza quedaba por hacer! Cangiano advirtió prudentemente que debía hacerse alguna cosa oculta á la poblacion; ordenó á los presentes ir á esperar los socorros á la entrada del camino de Caltanissetta, llamó á quince soldados con fusiles, hizo marchar delante á veinte campesinos con los picos, y se marchó con ellos á un extremo del lugar. Allí había una pequeña iglesia abandonada. Se detuvieron delante de la puerta; la empujaron: estaba cerrada. La derribaron, y dieron un paso adelante, lanzando un grito de espanto. En medio de aquella iglesia, poco más ancha que una sala ordinaria, había un monton de veinte cadáveres putrefactos.

—¡Adelante!—gritó el oficial.—Los soldados

penetraron dentro de la iglesia; los campesinos se quedaron fuera.

—¡Adelante!—gritó otra vez Cangiano. No se movieron. Él dió un paso adelante; ellos se dieron á la fuga; los soldados se echaron sobre todos, y los pillaron en un momento y los aferraron.

—¡Traedme aquí á esos poltrones!—gritaba desde la puerta Cangiano. Los soldados, los condujeron con grande trabajo cogidos por los brazos, echándoles adelante á empujones y amenazándoles con las armas. Pero en el momento de entrar, éstos empezaron á resistir con mayor fuerza, apoyándose en los piés como caballos asustados, moviéndose y rugiendo desesperadamente, como si les quisiera llevar al suplicio.

—¡Calen bayonetas!—gritó desdeñosamente el oficial, cogiéndoles uno á uno y arrojándoles en medio de la iglesia; los soldados desnudaron las bayonetas y las levantaron en actitud de herir.

—¡Adelante, perezosos!

—¡Quereis hacernos morir!—gritaron los campesinos.

—¡Moriremos todos!—respondían valientemente los soldados.—Pero es forzoso entrar.

Y con un extremo esfuerzo los empujaron adentro y entraron los veinte. Allí comenzó un horrible trabajo. Los cadáveres se encontraban en estado de completa descomposicion; eran todos un monton sin forma, que no podía siquiera le-

vantarse de tierra. Fué preciso romper los bancos de la iglesia; colocar dos tablas debajo de cada muerto, y cogiéndolas por los extremos, levantar así el fétido peso, con los brazos extendidos y vuelta la cara á un lado, porque el aspecto de aquellos cuerpos era tal, que no podía resistirlo la mirada.

A cada sacudida que recibían, salía de las orejas y de la boca y se esparramaba por aquellas caras verdosa espuma, y las negras carnes de los brazos y de las piernas caídas, parecía que se querían hundir en los huesos y disolverse. Cangiano envió á cuatro soldados para recoger leña en las pocas casas abandonadas que había allí cerca. Pero no encontrando otra cosa, tomaron mesas, sillas, puertas, todo cuanto podía arder, y lo amontonaron todo en medio de un campo poco apartado de aquella iglesia. Los cadáveres fueron uno á uno llevados fuera y arrojados sobre aquel monton. Se aplicó fuego y todo ardió. En Campofranco ya no quedaba un cadáver. Entre sepultados y quemados, se habían quitado de en medio más de sesenta.

Quando hubo visto las primeras llamas, Cangiano tornó al centro del pueblo, donde volvió á tomar y prosiguió la santa obra de ántes, hasta que llegó de Caltanissetta un capitán de plaza, con buena provision de alimentos, de médicos y de dinero, y con aquél recorrió casa por casa,

todo Campofranco, ayudando á los pobres, socorriendo á los enfermos, serenando á los medrosos, infundiendo en todos los ánimos un poco de esperanza y de calma. En breve tiempo volvieron todos los fugitivos, se reorganizó el municipio, cada cual tomó su ocupacion y sus costumbres habituales, el pueblo cambió de aspecto, y Cangiano y sus soldados volvieron á Sutera, acompañados de las bendiciones de todos.

Todavía en Sutera hacía estragos el cólera, y aún allí hizo Cangiano verdaderos milagros de caridad y de valor. El 11 de Agosto, la junta municipal de la ciudad, lo aclamó unánimemente benemérito del pueblo y le expresó la gratitud de la clase media con una carta, llena de entusiasmo y de afecto. ¡Pueda siquiera esta pobre página hacer que en el corazón de muchos, como en el mío, sea amado y respetado su nombre!

Recordemos algun otro hecho y algun otro nombre.

El subteniente Livio Vivaldi, mandaba un destacamento del regimiento 54 en Palacio Adriano. Apareció allí el cólera. Desapareció el alcalde, huyeron los médicos, los farmacéuticos, los cu-

ras; no quedaron más que los pobres. Vivaldi hacía de todo y proveía á todo. De día visitaba á los enfermos, abría las sepulturas, hacía limpiar y desinfectar el pueblo; de noche perseguía á los malhechores que merodeaban por el campo. Entre otras ocasiones, la tarde del 10 de Julio, mientras estaba distribuyendo pan, en una casa de pobres, le anunciaron que á poca distancia del pueblo se había reunido una cuadrilla de malhechores. Corrió al cuartel, llevó consigo diez soldados, salieron al campo, sorprendió á la cuadrilla, la atacó, fué herido, continuó combatiendo, la puso en fuga, excepto al jefe, detuvo á los demás, volvió al pueblo y á la mañana siguiente empezó de nuevo su oficio de médico y de limosnero.

En Gangi, provincia de Términi, apareció el cólera hácia la mitad de Junio. La mitad de la poblacion huyó. Los que quedaban, ocultaban los muertos y se encerraron en las casas por miedo de ser envenenados. En la noche del 26 al 27, los más osados se armaron y empezaron á recorrer el pueblo disparando á ciegas sus fusiles, sobre las ventanas, sobre las puertas y sobre todos los que encontraban. Acudieron los cazadores desde Petralia Sottana, dieron caza durante toda la noche á los amotinados que se dispersaban y se reunían incesantemente, hasta que apaciguado el tumulto, entraron á la fuerza en las casas, saca-

ron trece cadáveres insepultos, y los enterraron por sus propias manos, amenazada su vida de continuo por la multitud rabiosa.

Habíase declarado el cólera en Menfi. El pueblo carecía de médicos, de medicinas, de dinero, de pan. Veinticuatro cadáveres yacían insepultos hacía cuarenta y ocho horas. Era inminente una rebelión. Fué advertido el general Medicis por despacho telegráfico. El destacamento de Sciacca, recibió inmediatamente orden de trasladarse á Menfi. Veinticuatro horas despues, el general recibía este telegrama :—«Llegado el destacamento.—Sepultados los muertos. Orden restablecido. Medicinas y víveres distribuidos. Provéese á la administración municipal.»

En Grammichele, habiendo ocurrido dos casos de cólera, el pueblo sospechó envenenamientos; se armó, atacó á los guardias civiles, mató á uno, á otro le hirió mortalmente; el tercero se vió obligado á encerrarse en el cuartel y allí le tuvieron asediado toda una noche, probando á derribar la puerta y precipitarse á asesinarlo. Acudieron de Caltagirone cuarenta soldados del 9.º regimiento de infantería, mandados por el subteniente Goi. A su primer aparición la banda armada se dispersó; pero envalentonados por el pequeño número de soldados, se reunieron, salieron á su encuentro, les insultaron, les amenazaron, gritando que querían registrar las mo-

chilas y apoderarse del veneno que había dentro. La turba era en número diez veces mayor que los soldados; hubiera acaecido un estrago; fué un destacamento á buscar socorros á Caltagirone; llegaron con gran prisa nuevos soldados y todos á una, despues de ruda fatiga, consiguieron rescatar quince guardias nacionales, con los cuales patrullaron toda la noche por el pueblo y el campo, á cada momento amenazados ó atacados... Finalmente consiguieron restablecer la calma.

Los sediciosos habían fijado en una casa del pueblo, una proclama, que empezaba así: «¡Valor! ¡Valor, compañeros! No desistais de vuestros propósitos; no seais cobardes. Vengadores del honor de la patria, ¿temereis acaso á un puñado de soldados? Vencedlos y ponedlos en fuga. ¡A tierra la vil y oprobiosa trama del Gobierno! Rechazad y rompéd los vasos de veneno que vuestros superiores, infames ejecutores del funebre decreto Real, acercan osadamente á vuestros labios.»

Palabras textuales.

En Longobucco, provincia de Rossano, murió de cólera hácia fin de Julio, un tal José Citini. La plebe le creyó muerto de veneno, asaltó armada la casa del alcalde, invadió la de Citini y la saqueó, robó la del farmacéutico Felicetti, y destruyó la farmacia, tocó á somaten la campana,

recorrieron furiosamente las calles la noche entera gritando que querían matar á todos los propietarios y á todos los empleados públicos. Por la mañana trataron de penetrar en el cuartel de los cazadores, y buscaron de nuevo al alcalde para asesinarlo. Y lo hubieran asesinado si no hubiese acudido á tiempo el mariscal de la guardia civil, el furriel Allisio y el sargento Cenderini de cazadores, los cuales se arrojaron valerosamente en medio de la muchedumbre, y consiguieron hacerla desistir del inicuo propósito, é impidieron el incendio de varias casas, y el asesinato de muchos ciudadanos. Y así consiguieron poner un poco de paz en el pueblo hasta la mañana del siguiente día, cuando llegó una compañía del batallón 45 de cazadores, mandada por el capitán Hipólito Viola, y dispersó á la muchedumbre que empezaba de nuevo á sublevarse.

Pero los más furibundos se encerraron precipitadamente en las casas, y fusilaron desde las ventanas á los cazadores, dos de los cuales fueron heridos, y en poco estuvo que no fuera muerto el veterinario citado. Entonces los soldados, enardecidos por aquella obstinada resistencia, derribaron las puertas de las casas, se arrojaron dentro, sorprendieron á los rebeldes con las armas en la mano... y ¡perdonaron sus vidas!... Y así terminó la sedición de Longobucco, en la cual hay que advertir la particularidad, de que las mayo-

res maldades fueron cometidas por las mujeres.

En Ardore, municipio de Geraci, había seis guardias civiles y 24 soldados del 68 regimiento de infantería, mandados por el subteniente Gazzone. En la mañana del 4 de Setiembre, el pueblo se armó y marchó fuera de la ciudad al grito de « ¡Muerte á los envenenadores! » Cuando se reunieron en número suficiente entraron nuevamente en el pueblo.

Gazzone, fiando en la simpatía que el pueblo le habia demostrado en más de una ocasion, salió benignamente al encuentro de la multitud, y probó á apaciguarla con buenas palabras. Le respondieron con dos balas en el pecho, que le derribaron en tierra cadáver. No diré lo que hicieron de su cadáver, por no amontonar horrores sobre horrores. Los soldados atacados separadamente, impotentes para resistir, apenas tuvieron tiempo para llegar al cuartel de los guardias civiles, en el cual, desde la mañana, se habian refugiado tres familias de apellido Lo Schiavo, á las cuales la poblacion, teniéndolas por envenenadores, habia incendiado la casa. Inmensa muchedumbre se apiñó delante del cuartel, y pidió con espantosos gritos que fueran entregados á sus manos los envenenadores. El cabeza de aquellas familias, el viejo Lo Schiavo, tuvo el valor de asomarse á una ventana, y desde allí con las manos juntas, llorando y sollozando hasta partir el co-

razon, suplicó á la turba de perdonar, al menos la vida de las mujeres y los niños.

Le contestaron que todos serían degollados. El pobre padre, asaltado de un ímpetu de desesperación, disparó un tiro de pistola á la calle. Fué la señal del asalto. La multitud lanzando un largo rugido de furor salvaje, se precipitó sobre la puerta, y empezó á arrojar una lluvia de balas y de piedras sobre las ventanas. Los soldados desde dentro se defendían á tiros. La lucha duró más de una hora. Finalmente, viendo que eran vanos sus esfuerzos, el pueblo prendió fuego al cuartel.

¡Escena horrible! Ya las llamas envolvían todo el edificio y socavados los muros, caían aquí y allá en el interior de las habitaciones, y el aire se enrarecía y los techos temblaban; por fuera silbidos y gritos feroces de alegría, por dentro lamentos desesperados de mujeres y niños; siete soldados y Lo Schiavo estaban por el suelo bañados en sangre.

En aquel extremo, el cabo Albani, decidió tentar el único camino de salvación que quedaba; reunió en estrecho grupo las tres familias, ordenó á sus escasos soldados tomar á hombros á los heridos, y primero uno y despues los otros detrás, abierta violentamente una puerta, y caladas las bayonetas, se precipitaron con la cabeza baja entre la muchedumbre.

Esta, impuesta por aquella increíble audacia, cedió el paso; pero apenas habian pasado, disparan los fusiles y hieren de muerte á muchos individuos de la familia desventurada; los otros se salvaron, parte en las casas, parte en los campos; los soldados no pudieron reunirse. Dos días despues llegaron á Ardore tres compañías de infantería de Gerace, de Monteleon y de Reggio, y restablecieron la calma. El capitán Onesti, del cuerpo de Estado Mayor, que se encargó por algun tiempo de la administración municipal, el mayor Gastaldini que mandaba las fuerzas militares de Ardore y sus alrededores, y Broglia, médico de batallón, se condujeron de tal modo, que, en verdad, yo no sé como podrán dignamente ser alabados.

No hablo de los soldados, que ahí como en todas partes, se sacrificaron en bien del país, con un celo infatigable y una piedad religiosa.

Y basten estos hechos, porque no está en mi ánimo escribir una historia.

\* \* \*

No importa que yo diga cómo se condujeron los comandantes de los cuerpos y de las divisiones por todo el tiempo que duró el cólera, porque

las poblaciones, los ayuntamientos y la imprenta, han hecho en muchas ocasiones el más extenso testimonio, y la loa más espléndida. Pero entre tantos nombres queridos al ejército y á los pueblos, hay uno que no puede pasarse en silencio, aun cuando todo lector le sobrentienda, y ya antes de ahora, con un movimiento espontáneo del corazón haya adivinado todo lo que quiero decir de él: el general Medicis.

Aquello que hizo al principio para impedir la propagación del cólera, y para preservar al menos á la tropa, se ha dicho. Es fácil imaginar lo que hizo despues. Dia y noche pensativo y atareado, á cada momento el anuncio de nuevas desventuras, una noticia de nuevos tumultos y consultas repentinas, órdenes, providencias, partidas improvisadas, y un dar y recibir continuo de despachos y de cartas de todos lados. Se trasladaba ahora á un pueblo, despues á otro para cerciorarse de que la autoridad militar llenaba su cometido y visitaba los cuarteles, las prisiones, los hospitales y las casas de convalecencia.

Fué notable, entre otras, la visita á Messina, donde perdió á un distinguido oficial de su estado mayor, el valiente y buen capitán Tito Tabacchi, y aquella otra en los dias en que más crudo era el cólera, á Terrasini, donde entró en las casas de los pobres á llevar socorros y consuelo, é hizo improvisar hospitales, y reunió enfermeros, y tan-

ta fe inspiró en los ánimos con obras y palabras y con la firme serenidad de su presencia, que dejó cambiado el pueblo.

Activo, dadivoso, caritativo siempre; pero en los hospitales, á la cabecera de los enfermos, de corazón divino. En los dos hospitales militares de Palermo, Sexta Casa y Santa Agueda, iba todas las semanas y los visitaba diligentemente en todas sus dependencias, preguntando por todo, examinándolo todo, aconsejando é infundiendo valor á los médicos, á los enfermeros y á los enfermos, con la solicitud de un padre. Fué memorable la visita del 15 de Agosto cuando más estragos causaba el cólera. Dirigióse al hospital con muchos oficiales de su estado mayor.

Era esperado por los médicos al pié de la escalera del primer piso. Al aparecer, los enfermeros se ordenaron en dos largas filas junto á las camas; algunos enfermos, la mayor parte gravísimos, volvieron la cabeza hácia la puerta.

El general se acercó á la primera cama, todos los demás en semicírculo á su alrededor, á su lado el médico director. El enfermo estaba grave, tenía el rostro cadavérico, los ojos hundidos é inyectados en sangre, los labios negros y la respiración afanosa é interrumpida por profundos hipos. No estaba en sí. Al acercarse toda aquella gente, levantó los ojos á la cara del general, y mantuvo la mirada fija y sin expresión. El doctor

se acercó á él y le preguntó, señalándole á Medicis:

—¿Conoces á este señor?

El enfermo miró al doctor sin hacer ninguna señal.

—¿Lo conoces?—repitió éste.

Entonces pareció comprender la pregunta.

—Es el general Medicis.

—¡Medicis!... ¡Medicis!...—murmuró confusamente el enfermo; lo miró, movió los labios como para sonreír ó decir una palabra, movió un poco la cabeza en señal afirmativa, despues le acometió un violento hipo, sus ojos volvieron á quedar inmóviles y sin expresion y no dió otra muestra de entendimiento.

El general miró ansiosamente al doctor.

—Todavía no—repuso éste.

Y pasaron adelante.

En una de las camas inmediatas, había un cabo, que murió al dia siguiente.

Conservaba el conocimiento; pero estaba profundamente abatido. Tenía la piel de la cara toda negruzca, esparcida de manchas lívidas y bañada por sudor viscoso.

Al ver al general, se puso á mirarlo, ora entornando, ora dilatando los ojos y exhalando afanoso lamento.

—¿Cómo te sientes?—le preguntó el general.

Movió lentamente la cabeza y levantó los ojos en actitud desconsolada.

—¡Valor, muchacho! Es preciso no perder el ánimo. Es fuerza pensar en curarse.

El enfermo, haciendo un gran esfuerzo, murmuró:

—A mí no me pesa... morir.

—¡Morir! ¿Qué dices? No debes desesperar, hijo mio; te curarás; el médico me ha dicho que curarás. ¿No es verdad, doctor, que curará?

El soldado dirigió una fugitiva mirada al médico é hizo un movimiento negativo; despues miró fijamente á Medicis, y dijo con voz débil:

—¡Gracias, general!

Este, movió la cabeza, estuvo pensando un momento y despues pasó á otra cama.

En ella había un soldado en vías de curacion, que no quería tomar cierta medicina.

—¿Por qué no la quieres tomar?—le preguntó el general.

—Hace daño—respondió tímidamente.

—No hace daño, hijo mio. ¿Quieres ver como la tomo yo?

Y tomando una botella que le dió el doctor, bebió un sorbo, y se la dió al soldado, que le estaba mirando con aire maravillado.

—¡Animo! Bebe.

El soldado bebió, hizo una fea mueca y se rió despues.

A otro que debía pasar al hospital de los convalecientes, le preguntó el general:

—¿Cómo te sientes ahora?

—¿Cómo me siento?—repuso el soldado.—¡Ah, mi general! Siento una gran hambre.

A medida que iba adelante por la sala, los enfermos que podían se incorporaban, ó se reclinaban un poco sobre el codo, tendiendo las orejas ó alargando el cuello para oír lo que decía y para mirarle la cara.

El último visitado estaba en un extremo. Tenía desfigurado el rostro hasta el punto de no reconocérsele, con aquella expresion de un grande espanto, propia de los coléricos y que vista una vez, se recuerda siempre. Deliraba, balbuceando palabras confusas; movía incesantemente los brazos como si buscase á alguien sobre la cubierta de la cama, ó levantaba las manos, como para coger alguna cosa que revolotease ante sus ojos. Era un jóven sargento, que durante aquellos tristes dias del cólera había dado bellísimas pruebas de valor, de constancia y de caridad.

—Le quedan muy pocas horas de vida—decía en voz baja el doctor.

El general le dirigió una larga mirada con cara dolorida y penosa.

De seguro pensaba que aquel bravo jóven moriría lejos de los suyos, sin consuelo y sin llanto; pensaba en su familia, en tantos otros muertos como él, en tantas otras familias como la suya, quedando privada de una cabeza tan querida...

De repente se rehizo, dió un suspiro y se alejó diciendo:

—Este entrega noblemente la vida.

Todos los demás le siguieron silenciosos.

\* \* \*

La última provincia en que se desarrolló ampliamente el cólera, hácia fines del 67, fué la de Reggio de Calabria. En Sicilia había cesado ya. En los primeros dias de Setiembre, habiendo producido un notable descenso de temperatura, las largas y frecuentes lluvias, el cólera había empezado á descender sensiblemente en las provincias de Palermo y de Messina, y rápidamente en las de Trapani, Girgenti, Siracusa, Catania y Caltanissetta. Recrudesció otra vez en estas dos últimas ciudades, hácia la mitad de Setiembre; pero por poquísimos dias. Despues de los cuales, la salud pública fué continuamente mejorando por todas partes en la isla; así es que en el mes de Octubre, el ejército no tenía que deplorar más que una veintena de muertos, y en Noviembre, siete; en Diciembre, ninguno, ó uno ó dos á lo sumo.

Desde el primer decrecimiento de la epidemia, las ciudades, los pueblos y el campo, cambiaron

de aspecto. Aquietado aquel primer terror que en el ánimo de mucha parte de campesinos, había destruido todo sentimiento de amor á la patria y de caridad, y los fugitivos, de los cuales el mayor número eran gente rica y holgada, comenzaron á volver á sus pueblos y á repartir entre la poblacion indigente aquellos socorros de dinero, de obras y de consejos que negaran al principio.

Y las poblaciones cobraron ánimo súbitamente y como despertándose de profundo y pesado letargo, volvieron poco á poco á las costumbres habituales de su vida, ya abandonadas del todo ó ejercitadas á intervalos con gran flaqueza y cierta especie de aturdimiento medroso, bajo aquella continua inminencia, ó ante aquel continuo espectáculo de la muerte.

Tornó la concurrencia á las calles y á las plazas, las tiendas y las oficinas se abrieron de nuevo, y comenzó á agitarse el comercio y se oyó de nuevo el alegre rumor del trabajo, donde ántes estaba la soledad y el silencio, ó sonaba el lamento de los moribundos ó de los mendigos. La administracion pública, sustituyó poco á poco á los empleados muertos, escapados ó expulsados; se recompuso, se reorganizó y sostenida por aquellos ciudadanos que la habían abandonado al principio, se empezó á dedicar á las necesidades del país una actividad regular, ilustrada y tranquila.

Los malhechores, que cobrando audacia de la confusion y del espanto general, y de la falta de la tropa, ocupada en gran parte en más graves deberes, no había encontrado diferencia alguna entre la ciudad y el campo, previendo que con la desaparicion del cólera las fuerzas militares habían de volverse todas y con más resuelto vigor contra ellos, se dispersaron espontáneamente y la condicion de la seguridad pública, sintió repentino mejoramiento. Y los soldados recibieron por fin un poco de respiro, y de noche pudieron gozar de un poco de sueño continuo y sin sobresaltos, y de dia comer con calma su negro pan, bañado por tan grandes y tan santos sudores.

Como el convaleciente, cuando vuelve de nuevo á las costumbres de la vida ordinaria, se deleita con cualquier cosa, se alegra al ver á todos y atiende con solicitud y alegría infantiles á aquellas mismas faenas que ántes tuviera en descuido, así los soldados, al salir de aquella vida de trabajos y de lucha, tomaron las ocupaciones del servicio ordinario, aún aquellas que parecían ántes más odiosas, como una agradable novedad, como una diversion. Sintieron de nuevo todos casi una frescura desconocida de afectos y de esperanzas, una viva alegría, una necesidad imperiosa de confiarse el corazon unos á otros, de comunicarse, de amarse. En los cuarteles resonaron

de nuevo los cantos, los gritos, aquel estrépito lleno de vida que hacía tanto tiempo cesara: todo cambió, revivió todo.

Pero para formarse justa idea de cómo debía estar el ánimo de los soldados en aquellos días, era preciso entrar en los hospitales de los convalecientes, donde el reposo y el silencio dejaban libre curso á los pensamientos y á los recuerdos.

Entremos un instante y allí daremos el último saludo á nuestros buenos y valientes soldados.

Hacia fines de Setiembre de aquel año, un soldado del 9.º regimiento de infantería me escribió una carta desde Catania, rogándome dijera en un periódico militar lo que habian hecho por él y por sus compañeros los oficiales de su regimiento. Había estado enfermo del cólera y estaba casi bueno, y me escribía desde un convento, donde su coronel había implantado un hospital para convalecientes, y él se encontraba allí hacía más de un mes.

«Y nos encontramos aquí—dice la carta—después de tantos riesgos y tantas desgracias, todavía vivos por milagro.»

Seguía una extensa descripción del convento, colocado sobre una pequeña colina y todo rodeado de bellos jardines, donde los convalecientes podían pasear, con un patio espacioso y cubierto de grandes y frondosos árboles, á la sombra de los cuales solían pasar gran parte de la jornada hablando ó leyendo ó jugando además con piedras. Me decía después que cada uno de ellos tenía para sí una celdita en el piso bajo, con ventana sobre los jardines, y que en la suya la yedra se había enredado á la reja y, entre hierro y hierro, entraban dentro las ramas de un árbol.

«Tenemos nuestra buena cama—me escribía,—nuestra mesita, nuestras dos sillas, y hemos cobrado á estos cuartitos tanto afecto como si fueran nuestra propia casa: en el mío lo tengo todo en orden, todo limpio, con gran escrúpulo, lo mismo que una mujer que no tenga la cabeza más que para la familia y la casa.»

Después me hablaba de la comida, que era exquisita, y se extendía en elogios y en demostraciones de agradecimiento á los directores del hospital. «Es preciso decirlo: se come bien. Figuras: carne por la mañana y por la tarde, y un buen cocido y un buen vinillo. Estamos contentísimos. En caso de que queráis estampar alguna cosa de lo que he escrito, hacedme el favor, estampad también los nombres de aquellos á quienes debemos todos estos cuidados. Son: el te-

niente coronel Croce y el capitán Mirto, los dos directores del hospital, y también el doctor Longhi, que por los soldados ha hecho todo aquello que un hombre puede hacer, y nosotros le queremos con toda nuestra alma.»

Describía luego los grupos de convalecientes, sentados á la sombra de los árboles en el patio, pálidos, delgados, con los ojos hundidos, que hablaban de los casos ocurridos, de los peligros pasados, de los males padecidos, y se confortaban con el pensamiento de las familias lejanas, á cuyo seno volverían pronto ó tarde, «y con qué corazón—añadía,—imaginadlo, después de tanto tiempo, de tantas vicisitudes, de una enfermedad de esta naturaleza.»

En aquella carta, escrita tan sencillamente y con tanta ingenuidad, yo sentí en cierto modo traspasar aquella paz, aquella calma suave que debía reinar en aquel silencioso recinto; la primera vez que la leí, me pareció ver aquellos pobres rostros flacos y sentir aquellas voces calenturientas y reposadas.

A cierta hora iban al convento los oficiales á visitar á los soldados de sus compañías. Era una fiesta. Se veía á aquellos buenos jóvenes ponerse en pie apresuradamente, llevar la mano á la gorra, y contestando al interrogar apresurado de los oficiales, significar la gratitud interior con una sonrisa en la que el afecto y el respeto se

atemperan y se avaloran uno á otro en la más querida y más graciosa de las maneras.....La carta de mi soldado terminaba en este punto, y yo termino con él; termino con la imagen viva delante de los ojos de aquella sonrisa de gratitud que me entenece y me exalta.

El cólera del 67 fué para el ejército, no ménos que para el pueblo, una gran desventura, pero no sin fruto.

El ejército adelantó en disciplina, y es fácil comprender cómo. Aun para aquellos soldados á quienes parecía la disciplina más dura, bien por su naturaleza indócil y obstinada, bien por estar en ayunas completamente de toda idea de patria y de nacionalidad ó ineptos para darse cuenta, no ya de la necesidad del rigor militar, sino ni aún de la del ejército; aun para estos soldados, en medio de las desventuras del cólera, la disciplina se despojó de aquello que tenía ántes de odioso y de insoportable y revistió nuevo aspecto.

Naturalmente; porque aún las inteligencias ménos aguzadas, comprendiendo cuánto había de noble y de generoso con tanto hacer y padecer

por la salud pública, entendían que si en vez de ser soldados unidos y sujetos á una disciplina, hubieran sido campesinos ú obreros libres y divididos, habrían probablemente, todos ó casi todos, rehuido toda fatiga y todo peligro, y procurado cada uno por sí á su propia salvacion.

Sentían, sin embargo, que una parte del mérito de su nobilísima obra no era suya, y la referían tácitamente á aquella disciplina, de cuya falta estaban en el caso de ver y experimentar todos los días las deplorables consecuencias en las otras clases de la poblacion. A medida que se daban cuenta del fin de todas aquellas leyes y de todas aquellas prácticas que solían tener ántes como irracionales rigores ó inútiles agravios; á medida que veían en cierto modo salir de sus propias manos los efectos y no podían menos de admirarles y de estar orgullosos, se iban formando justo concepto de la disciplina miltar y la reputaban como necesidad saludable.

Además, aquella familiaridad, aquella fraternidad que suele nacer y crecer tan rápidamente entre oficiales y soldados en las ocasiones de grande peligro y de grandes desventuras comunes, había hecho comprender á los más obtusos y á los de peor intencion que si en las ocasiones de la vida ordinaria había entre unos y otros una division rigurosa é inalterada, esto no proviene del espontáneo propósito de cada oficial, sino de

una convencion de una norma general, dictada por la necesidad de la disciplina, y por todos reconocida indispensable por intuicion ó por experiencia.

Esto comprendido, debía naturalmente desaparecer todo aquel hastío y aquel rencor, que suele surgir en el ánimo de los soldados díscolos, contra los oficiales austeros é inexorables; rencor que, por lo general, un falso amor propio produce y la desconfianza y el temor alimenta.

Ante aquel continuo espectáculo de la desventura, en medio de aquella unanimidad solemne de afectos y de voluntades, cada cual comprende claramente cuán mezquinos y poco generosos son aquellos odios y resentimientos personales, y se sienten desaparecer del corazon sin necesidad de combatirlos ni hacerse fuerza ni violencia.

Además, por largo espacio de tiempo, los oficios y las operaciones de la tropa habían sido de tal naturaleza, que las órdenes de los superiores venían á coincidir con los más sencillos preceptos de la religion, enseñados por las madres á los niños en la más tierna edad. Ciertos discursos, dirigidos por los oficiales á los soldados, se hubieran podido repetir, palabra por palabra, por un orador sagrado en el púlpito, y ciertas órdenes del dia de los coroneles eran simples retazos tomados del Evangelio.

No era, por lo tanto, posible que ni áun los

soldados más corrompidos y más incultos se rebelasen contra las órdenes de los superiores ó pusieran en duda la rectitud, ó discutiesen la oportunidad ó desconocieran el deber de la obediencia. Entonces, poco á poco, el sentimiento de la disciplina era, por decirlo así, sustituido por el de la religion, y esto, que se hubiera hecho á regañadientes por obligacion, se hacía de buena gana por impulso de la caridad.

Por otra parte, aquella solicitud afectuosa que en todas ocasiones los oficiales habían mostrado por sus soldados, visitándolos en los hospitales, socorriéndolos con su propio dinero, confortándoles, aconsejándolos, protegiéndolos, había hecho que en el corazon de éstos, los dos sentimientos de la gratitud y de la disciplina se compenstrasen de un modo que destruiría la idea de que pudiera en algun caso disminuirse ó contrariarse. Comprendida la disciplina por lo que es y por lo que debe ser, comprendido esto y los principios de que aranca, y en que se basa, y los fines á que tiende y los efectos que obtiene, cuando la inteligencia del más humilde soldado abraza todo entero este magnífico edificio del ejército, comprende la union admirable y la armonía de la fuerza por que es regido, siente que son los fundamentos y primeros afectos de la familia y las leyes primeras de la religion, y á medida que contempla su conjunto las ve iluminarse y levantarse en alto

hasta donde no llegan las declamaciones de los filósofos ni las rencillas del vulgo. Este efecto se hizo en el soldado, de este modo se reforzó la disciplina.

¿Y el pueblo?

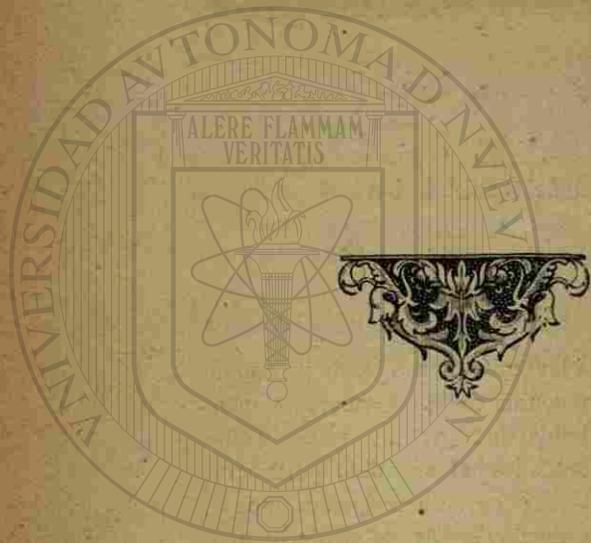
La más espléndida prueba del efecto producido sobre el pueblo por la extraordinaria conducta del ejército la ha dado el pueblo siciliano hácia fines del 1867, y la ha repetido hace poco tiempo, la prueba más preciada que pudiese dar al ejército y á Italia, es el admirable resultado de la quinta. ¡Oh! ¡Aquel pueblo, lleno de fiereza, de ardimiento y de fuego, no puede menos de dar valientes soldados!

¿Y qué premio tuvo el soldado?

Grande. Por la tarde, despues de la visita de retreta, el furriel les leía la orden del día del coronel, en la cual se le decía:

—¡Has cumplido tu deber!





UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



## EL RECLUTA.



HACIA las cinco de la tarde de un domingo y con un tiempo hermoso, el cuartel había quedado casi vacío. Todos los soldados habían salido á distraerse por la ciudad, y los pocos que quedaban, unos en los dormitorios concluyéndose de vestir, y otros abajo en el patio, estaban para salir, gritando de cuando en cuando á los de arriba—acaba pronto—y respondiendo estos á su vez—un instante no más;—¡quizá forcejeaban por apretarse el cinturón hasta lograr un talle esbelto!

También los quintos, que habían llegado al regimiento hacía dos días, unos habían salido, otros salían en aquel momento, de seis en seis, de ocho en ocho y aún de diez en diez juntos, serios, tiesos como un palo, con las gorras torcidas,

los capotes mal abrochados, las manos abiertas, estiradas y metidas en un par de guantes blancos que parecían manoplas de esgrima. Los soldados de guardia, sentados en un banco á la puerta del cuartel, les motejaban segun iban pasando á pesar de los regaños que de cuando en cuando dejaba oír el sargento.—Dejad en paz á los pobres muchachos.—El oficial de guardia, tendido en la cama del cuarto del piso principal, ojeaba un periódico.

En el ángulo más apartado del patio se veía un recluta, solo, sentado en los escalones de una puerta, con los codos apoyados en las rodillas y la barba entre las manos, que seguía uno por uno con la vista á todos sus compañeros que salían, y cuando nadie pasaba, tenía su mirada clavada en tierra. Parecía uno de aquellos buenos muchachos que se separan con profundo dolor de su familia y del pueblo en que nacieron, y que vienen sin embargo á cumplir su suerte con el alma llena de resignacion, de serenidad y de buenos deseos —ó porque las leyes hablan claro, y en la lista pegada á la puerta del ayuntamiento estaba su nombre y apellido escrito todo él, y sus mayores fueron á verlo, y sus compañeros van tambien, y despues de todo porque es su Rey quien les llama, y no hay más que decir, ni ocurre tener que buscar otro motivo.—La expresion de su cara, sin embargo, revelaba algo más que la tris-

teza y el asombro, propios de los quintos en los primeros dias: leíase en ella verdadera melancolía. Quizá se había arrepentido de no salir con los demás. Los domingos, haciendo buen tiempo, no deja de sentirse tristeza al quedarse en casa.

Poco á poco el cuartel fué quedando desierto y en perfecto silencio.

Un cabo, que en traje de faena atravesaba el patio presuroso, ve al quinto, se detiene y le pregunta bruscamente.

—¿Qué haces ahí, con las manos de ese modo?

—...¿Yo? responde el quinto.

—...¿Yo? repite el cabo, cambiando con afectacion la voz y poniéndole cara de estúpido.— ¡Esto es gracioso! ¿A quién hablo? ¿á la luna? Sí, precisamente, tú. Y ponte en pié cuando hables con tus superiores.

El quinto se puso de pié.

—¿Quién eres tú? ¿De qué compañía?

—...¿Compañía?

—¿Compañía?—pregunta á su vez el cabo entorno de burla.—¿Sabes que eres un gran calabaza, tú?

Se le acerca, lo coge por los faldones del capote, y dándole un gran tiron que le hace tambalearse:

—¡Mira!—lo grita—mira cómo te has ensuciado el capote por estar ahí sentado como si fueras un...

El quinto se pone á limpiar su capote con la mano.

—¡Mira cómo te has puesto las botas!—y le da con el pié un golpe en la punta de los suyos.

Saca su pañuelo para limpiarse las botas, y al inclinarse,

—Arréglate este corbatin, que se te sube hasta las orejas—y, cogiéndole por el cuello le da un tirón que á poco más lo echa por tierra.

El quinto echa mano á su corbatin.

—Esta gorra, bien podías ponértela un poco mejor.

Y echa mano á la gorra.

—Y súbete esos pantalones, si no quieres que se te destrocen en una semana, y pon derechos los botones del capote, y quitate esos pendientes que son una ridiculez, y basta de estar así con la barba sobre el pecho, que pareces un fraile, y no mirar más á la gente con cara de tonto...

El pobre muchacho llevaba sus manos temblorosas tan pronto á la corbata como á los pantalones, á los botones y á la gorra, y no acertaba á hacer nada, y cuanto más de prisa se afanaba, tanto peor sabía lo que hacerse.

A tal punto, pasa cerca de ellos la cantinera, jóven y guapetona, y se detiene, ¡cruel! á mirarle. ¡Aparecer ridículo á los ojos de una guapa muchacha! ¡Ah, es la vergüenza que más atormenta! El pobre quinto llegó, en efecto, á perder la

cabeza, todavía quiso arreglar con sus dedos el corbatin y los botones, y luego sintió que se le caían los brazos, que la barba se le doblaba sobre el pecho, y con la vista sobre la punta de los pies, se estuvo inmóvil como una estatua: estaba aniquilado.

La cantinera sonrió y se fué. El cabo, mirándole y moviendo la cabeza con aire de tristeza y de desprecio á la vez,—le repetía una y otra vez:—¡Ah, marmota, marmota!

Y luego, levantando de repente la voz:—¡Es preciso despertarse, amigo mío, y pronto, porque si no, te despertaremos nosotros, te lo aseguro, y lo verás cómo! Consignas, pan y agua; pan, agua y consignas, siempre alternando para no aburrirte. No lo olvides; y ahora lárgate á tu cama á limpiar de nuevo tu ropa: ¡marchen!

Al dar la voz de mando, reforzó la orden poniendo tendido el brazo y señalando con el índice las ventanas de su dormitorio.

—Pero yo...

—¡Silencio!

—Yo no...

—Silencio le digo, cuando hable con uno de sus superiores, ó si no el calabozo está allí, ¿lo ve?

Y se alejó gruñendo:—¡Oh, qué gente! ¡Qué gente! ¡Pobre ejército! ¡pobre Italia!

—¡Señor cabo!...—exclama tímidamente el recluta.

Se vuelve el cabo señalándole otra vez la prision y poniendo unos ojos furiosos.

—Quisiera suplicarle una cosa.

Era tal la mansedumbre y humildad de su acento que no era posible prohibirle que hablase.

—¿Qué quiere?

—Quisiera preguntarle si sabe V. que en este regimiento haya un oficial de mi pueblo, debe estar en éste sin duda, pero yo no sé si está...

—¿De vuestro pueblo? Si en vuestro pueblo son todos de esa estampa, bien se puede asegurar que no habrá más que tú en el regimiento.

Y subiendo la espalda se largó.

—¡Qué manera!—murmuró tristemente el quinto mirándole fijamente mientras se alejaba.

—Y sin embargo, me han dicho que aquí está...

—añadió luego volviéndose á sentar.—¡Pero por qué hacen esto! ¡Por qué nos tratan tan mal! ¿Qué tienen contra nosotros? ¿Quiénes somos nosotros? ¿Somos unos perros?... ¿Y es preciso hacer cinco años esta vida? ¡Oh!... ¡es demasiado, es demasiado! Y se cubrió la cara con las manos pensando en su lejana familia.—¡Si me vieran en este estado!—decía para su corazón,— ¡pobre gente!

Una sonora risotada que salió del fondo del patio, le conmovió; levanta los ojos y ve tres soldados de guardia que le miran, charlando entre sí y riéndose de él.

—Oh, ¿qué mirlo?—empiezan á decir los tres.  
—Está enamorado.—Piensa en su novia.—¿Dónde la dejaste, dí?—A estas fechas ya habrá encontrado manera de consolarse.—¡Mira, mira, que par de ojos nos pone! Y luego los tres á una voz y con el tono con que el cura canta misa:  
¡Oh, qué mirlo!

El pobre muchacho se puso pálido, le habían herido en lo más vivo, no pudiéndose contener se levantó...

—¿Quién será este enamorado? Dijo para sí el oficial de guardia, asomándose á la ventana con el periódico en la mano; al verle los soldados de guardia escaparon; el quinto levantó su cara descompuesta hácia la ventana y le miró. El oficial se fijó á su vez en el soldado, y viendo que no le quitaba los ojos de encima, que daba muestras de sorpresa y luego de alegría, sin separar la vista de él.

—¿Quién será este original?—pensó, y bajando al patio, se le plantó delante.

—¿Qué tiene que decir?—le pregunta con tono severo.

El soldado, aunque un poco avergonzado, continuaba sonriéndose.

—¿Sabes que eres un tonto de nuevo cuño?... Le pregunto que por qué se ríe.

—Verá V... respondió el quinto, bajando los ojos y urgando con ambas manos una falda del

capote: yo sabía que V. estaba en este regimiento, y á él me han mandado á mí tambien... Usted ya no se acordará, pero yo sí; tres años hace que V. se fué, y yo le conocía y conozco tambien á toda su familia; pero ustedes no nos conocían, y éramos vecinos, y todas las mañanas le véa pasar que iba V. de caza y... que somos del mismo pueblo.

—¡Ah! ahora caigo—respondió el oficial, mirándole atentamente y recapacitando quién fuese.

—Yo sabía que V. se había ido á ser oficial, que había entrado en el colegio, y luégo no ha vuelto más, y entretanto han rehecho la fachada de la iglesia, y en la plaza han abierto un café muy grande... (y mirando alrededor), casi tan grande como la mitad de este patio, y siempre está lleno de gente...

—Espera, espera, ahora me acuerdo; Lorenzo te llamas, no es verdad.

—¡Justo!

—Vivás en aquella casita que hay fuera del lugar, al lado de la iglesia, me parece.

—¡Santo Dios!... Allí, seguramente, en la casita que hay fuera del pueblo.

No cabía en sí el pobre muchacho de contento.

—Lo recuerdo perfectamente.

—Y dime, ¿estás contento siendo soldado?

Repentinamente cambió el semblante del quinto, bajó los ojos y calló.

—¿Por qué no has ido á paseo con los demás?

Sin decir palabra, se miraba las uñas como pensando lo que había de responder; bien se leía en sus ojos lo que pasaba por su corazón.

Comprendiéndolo el oficial, con voz afable que le llegó y le conmovió hasta lo más profundo de su alma, le preguntó:

—¿Qué te pasa?

Se le desató el nudo que tenía en la lengua, y animándose poco á poco comenzó con la voz conmovida:

—Tengo... pues... oiga, señor oficial, me pasa que... ni sé siquiera lo que tengo; ¡pero nos tratan de un modo tan desagradable! Se pregunta algo y no responden, diciéndonos si acaso palabras que ofenden, y es preciso aguantarse, porque sino, allí está el calabozo (imitaba al decir esto la voz del cabo). Bien sé yo que no sabemos siquiera vestirnos todavía, y que no somos capaces de ser buenos soldados; pero si hace sólo dos días que estamos en el cuartel, ¿qué culpa tenemos nosotros? ¿Podemos hacer algo más? Ya se sabe, hemos venido precisamente para aprender, y sería preciso que tuvieran un poco más de paciencia, me parece. Y luégo se burlan de nosotros delante de la gente, y aún se atreven á ponernos la mano encima, á darnos empujones, y nosotros debemos soportarlo todo, y ellos se rien, y yo sin poder comprender por qué nos maltratan de esta suerte.

Yo venía de buen grado á ser soldado, diciendo para mí: cumpliré bien, y los superiores me querrán bien; pero ahora que veo ya... Quién sabe, quizá luego una vez acostumbrados, no hará uno caso; pero lo que es en estos primeros momentos, hace mucho daño verse maltratado de este modo. Estábamos tan hechos en nuestra casa con la familia, donde todos le quieren á uno bien, y aquí al contrario... se burlan aún de nuestras... paciencia... ¡sí, pero da pena, da tanta pena!

Estas últimas palabras fueron dichas con un acento de verdadero desconsuelo; calló, bajó los ojos, y siguió para sus adentros murmurando.

El oficial dejó pasar en silencio algunos momentos, encendió un cigarro, y luego con abandono y sin dar á entender que había oído ni querido oír sus palabras, le dijo:

—Bájate un poco esa corbata (ayudándole él mismo), así, ahora sí que está bien. Vuélvete.

El soldado se volvió, el oficial le cogió y se puso á estirarle las faldas del capote:

—Nunca debe hacer arrugas el capote, sino estar liso como la cara. Vuélvete.

Se volvió, y el oficial le arregló la gorrilla; así, un poco torcida, como con aire de travieso.

El quinto sonreía.

—Y ponte siempre derecho, con la cabeza levantada, y cuando andes, camina suelto, franco,

esbelto, como cuando jugabas á los bolos en el patio de nuestra casa, ¿te acuerdas?

Reía, indicando que sí.

—Está bien—continuó el oficial, apoyando la espalda en la pared, y poniendo una pierna sobre la otra—y mira siempre á todos á la cara, porque no hay que temer á nadie, ni avergonzarse delante de ninguno; ¿has entendido? Aun cuando pase el Rey, levanta la frente y planta tus ojos en los suyos como para decirle—¡soy yo!—que nosotros los soldados debemos mostrar el respeto de este modo; tenlo bien presente.

El soldado indicó que sí, y empezaba ya á serenarse.

—Y acuérdate tambien de que, una vez en el cuartel, es preciso hablar de otro modo, pocas palabras pero francas, sonoras y bien timbradas con cualquiera con quien hables; sí ó no, no ó sí, y sino tienes más que decir, mejor. Y cuando estés en filas, como si estuvieras en la iglesia, chiton; una vez deshechas las filas, estás como en tu casa, si los demás alborotan, alborota tú más, y no te quedés mirándoles, porque sino viene la melancolía; métete en seguida entre ellos. Quiere bien á tus camaradas, que estoy seguro que encontrarás amigos de oro; hallarás muchachos que te querrán tanto como á un hermano, tú lo verás, encontrarás carencia... de todo, pero de corazon, de seguro que no...—¿Tienes pipa?

—No señor.

—Porque podías fumar. Y cuando un superior regaña... si tiene razon, óyete y atiéndele; si no la tiene, óyete tambien, y no lo tomes á pecho, porque en este mundo todos tienen defectos, y todos pueden hacer algun despropósito. El que regaña se equivoca alguna vez; el que desobedece se equivoca siempre. Y luégo que no creas que todos los que te regañan tienen mal corazon, y se incomodan contigo y te desean algun mal. No hay nada más falso. Estos gruñones tienen mejor corazon que los demás, os quieren bien, y estoy seguro que si os quitasen de en medio, morirían de melancolía á los quince dias. Gritan, manotean; es su costumbre, cuestion de pulmones, y nada más, créelo. Acabarás por quererles más que á los otros. Les verás llorar cuando se marchen. ¡He visto ya tantos! Los he visto en Custozá...

—...Mal salió aquella batalla...

—Aquella; he visto un capitan que era el espanto de la compañía, y á quien nadie podía ver, con injusticia por supuesto; pues no caía un herido que él no corriese á socorrerle, á mirarle la herida, á darle valor; siempre en movimiento, de aquí para allá, cuando no podía resistir el cansancio...

...—¡Ay capitan! ¡capitan!—¡No me abandone, capitan!—gritaban los heridos cogiéndole por los brazos y por la ropa...

...—No, hijo mio—respondía—aquí estaré contigo, siempre contigo hasta que te cures; ánimo, hijo, ánimo, que tu capitan no te abandona. ¿Comprendes, qué hombre? Y como él hay tantos, que es preciso no juzgar por las apariencias, y luégo compadecerse de los malos y querer con toda el alma á los buenos, y respetar á todos, porque todos son soldados, y de hoy á mañana podemos verlos morir como unos valientes. Y que cuando se quiere bien á uno, se soporta con buen ánimo toda clase de vida, tenlo por seguro. Busca, pregunta, que te digan todos tus compañeros, y verás cómo los soldados más valientes querían de corazon á todos sus superiores. Mira, el soldado... ¿cómo se llamaba? El soldado Perrier, sí, el año cuarenta y ocho se arrojó entre su oficial y los enemigos, y cayó atravesado su pecho por tres balas, y gritaba:—Acordáos de mí, mi buen oficial, muero contento por haberos salvado la vida.—Y lo mismo aquel otro granadero, de cuyo nombre no me acuerdo, que ántes que abandonar á su capitan herido, se dejó matar á bayonetazos, gritando á sus enemigos:—Si no me matais, jamás os lo dejaré.—Y aquellos otros ocho ó diez, que bajo una lluvia de balas, en la batalla de Rivoli, fueron á arrancar de manos de los alemanes el cadáver de su oficial, que querían enterrar con sus propias manos, y rendirle los últimos honores en su mismo campo; y tantos otros

cuyos nombres y cuyos hechos viven en las páginas de los libros, y todos los recuerdan y les aman como si aún vivieran...—¿Tienes una cerilla?

El quinto que hasta entónces había estado con la boca abierta y los ojos descajados, como inmóvil, sacó de prisa una cerilla y se la alargó.

—Cuando se piensa en estas cosas y se tiene un poco de corazon, estos pequeños disgustos y ciertas mezquindades de la vida del soldado, se olvidan; y es preciso pensar en estas cosas, te las enseñarán, y tú que eres un buen muchacho las tendrás siempre presentes; ¿no es verdad?

El recluta hacía signos afirmativos, porque en aquel momento no disponía de su voz.

—Seguramente—continuó el oficial.—Para ser soldado de buena gana y bien, es preciso mirar un poco más alto que este cuartel y algo más allá también de la plaza de armas. Y luégo, que se acostumbra uno á todo. La mochila al principio, ¡oh qué peso, santo Dios, qué tormento! dicen todos, y luégo poco á poco, ¡psché! como si no se llevara nada. ¡Y la comida! Claro es que no se come como un príncipe, ya se sabe; al contrario, que alguna vez, francamente, se come mal; pero es preciso tener paciencia, paciencia y siempre paciencia, que es la gran virtud del soldado; y no estar siempre lamentándose y lloriqueando como hacen algunos, con razon ó sin ella, de todo y de todos,

sino comer lo que haya y contentarse con poco. El apetito cuando se trabaja, y se rinde uno y se cumple bien y se tiene el ánimo contento, jamás falta, y no hay mejor cocinero. Sólo los perezosos y poltrones son los que siempre tienen que decir de todo y jamás están contentos. Y lo que yo veo es que los jóvenes animosos hacen siempre buenos soldados, porque los superiores los miran de buen grado, los compañeros los quieren, los de su mismo pueblo los respetan, y llega á haberlos que durante los cinco años de servicio ni un día siquiera han tenido consigna, y que han dejado su número diez y ocho, blanco y pálido como un pañuelo salido de la colada; tú serás uno de estos, ¿no es verdad?

El soldado indicó con viveza que sí.

—Muy bien. Y no creas que no hay más que espinas en nuestro oficio, hay también flores para el que las sabe buscar, y los buenos soldados las encuentran. Aprende á hacer tu oficio bien, sé siempre arreglado, respetuoso y con buena voluntad, y desde el capitán hasta el último oficial oírás ciertos ¡bravos! que te sonarán en el fondo del corazon, aumentándote el apetito y la alegría. De este modo se te pasarán los días pronto. Y, en cinco años no se puede presumir lo que ocurrirá, quizá puedan hacernos cambiar diez veces de guarnicion, y entónces vuelan los meses que parecen días. Verás nuevos pueblos; ciudades, gen-

tes, campos, montes y mares; todo un nuevo mundo, variado, maravilloso, todo nuestro bellísimo país, la Italia, á quien sólo conoces de nombre; á cada paso encontrarás maravillas; estatuas, iglesias, palacios, jardines; en las horas de libertad irás á verlo todo para poder luégo contar á tu familia y á los amigos, cuando vuelvas á tu casa. En el verano iremos á los campamentos de instrucción, ocho, diez, veinte regimientos; caballería, artillería; verás qué vista tan hermosa presenta un campamento; qué ruido, qué alegría, qué vida habrá todo el día, y aquellas magníficas maniobras de fuego, y las fiestas que se celebrarán ántes de levantar el campo, músicas, bailes, rifas, corridas, ya todos los oficiales y los generales meten ruido mezclándose á los soldados, con toda la gente venida de los pueblos inmediatos á gozar del espectáculo y aplaudir con sus manos. Para entónces conocerás de seguro á todos los soldados del cuerpo; tendrás infinitos buenos amigos, el regimiento te parecerá una gran familia, y todos los honores hechos al regimiento te parecerán hechos á ti; querrás mucho á tu coronel, como si fuera un segundo padre, y al aparecer la bandera delante de los escuadrones alineados, tocando la música la marcha Real, presentando todos sus armas, sentirás tanta alegría en tu corazón y tanto orgullo, hasta ponerte trémulo de emoción... Poco á poco tomarás cariño

á las cosas; á tus armas, á tu divisa, á tu número, á este patio, á estas escaleras y á estas paredes; y cuando estés para marcharte, habiendo saludado ya á tu capitán, á los oficiales, á tus sargentos, todos los demás soldados te rodearán á alegrarse contigo, y—adios, y—buen viaje, y—acuérdate de nosotros; entónces se te oprimirá el corazón, ¡sabes! se te apretará lo mismo que cuando saliste de tu casa; y una vez en la calle te volverás á mirar por última vez las ventanas del cuartel, te detendrás, y si te llega la voz, dirás aún otra vez:—Adios ¡oh! mi segunda casa paterna, donde he querido á tantos amigos, donde tan hermosos días han transcurrido con la conciencia tranquila, donde tantas veces he pensado y suspirado por los míos; adios mi pobre lecho, adios mi buen sargento de guardia; mi capitán, adios...—¿Qué tienes?

El quinto estaba inmóvil, atónito, con el semblante convulso, la respiración afanosa y los ojos cargados de lágrimas que despedían resplandores de inefable alegría.

—¿Qué tienes?

Hizo un esfuerzo para recoger toda su voz bajando la cabeza y alargando el cuello como si tratase de tragar un gran bocado de algo. No pudo recogerla toda y apenas le bastó para decir de repente y á media voz:

—Nada.

El oficial sonreía.

—¿Sabes escribir?

—...Un poco,—respondió el recluta con la respiración afanosa todavía.

—Entonces, ven conmigo.

Se dirigió hacia su cuarto y el quinto le siguió. Una vez dentro, el oficial hizo sentar á su buen paisano á la mesa, le puso la pluma en la mano; un pliego de papel delante y le dijo:— escribe á tu padre.

El quinto le miraba con la boca abierta.

—...¿Y qué voy á escribirle?

—Lo que has visto, lo que piensas, lo que sientes: lo que quieras.

—Pero...

—Silencio; hasta que no hayas concluido no te permito decir una palabra.

Y se volvió á leer su periódico al lado de la ventana. El quinto seguía mirándole lleno de estupor, luego bajó su cabeza, pensó durante algunos minutos y empezó á escribir muy despacio.

Pasado un cuarto de hora, le pregunta el oficial:—¿Estamos ya para concluir?

—Concluido,—respondió el soldado lleno de contento.

—Lee.

—¿Leer?

—Sí.

Se avergonzaba.

—Lee te digo.

Se dispuso á leer.

—Pero ántes, dime: ¿has escrito la verdad? ¿Has sido sincero? ¿Has dicho precisamente lo que piensas y lo que sientes?

El soldado respondió,—poniéndose la mano al pecho y alzando los ojos al cielo:

—Lee, pues.

Comenzó á leer:

«Querido padre:

«He llegado al regimiento y en seguida me han hecho cortar el pelo y luego nos vistieron. Aquel señor oficial de nuestro pueblo que tú sabes cómo se llama, le he visto hoy en el pátio y hemos hablado juntos más de una hora. No se come como un señor, ya se sabe; para dar de comer á tantos es difícil hacerlo bien y luego que jamás falta el apetito, basta cumplir con su deber. Los superiores regañan, pero no son todos malos, hasta el punto de que ha habido soldados que se han dejado matar por salvarles, y ni aún querían dejarlos muertos en manos de los enemigos. También hay soldados á quienes jamás han castigado, que es lo que espero de mí. Y el tiempo pasa pronto porque nos harán viajar, y hay estatuas, jardines é iglesias que ver, y luego las maniobras y los campamentos; y, los generales que se divierten juntos con los soldados y se hacen rifas. Luego que es un gusto ver la bandera y oír la música:

se encuentran amigos, y el viejo coronel se puede decir que es nuestro segundo padre y nosotros todos, sus hijos. Entre tanto te saludo y que estés bueno, etc. Tu amantísimo hijo.»

—¡Bravo!

El soldado se echó á reír, bajó la cabeza como hacen los niños cuando se les dice que son guapos.

—Ahora, para darme gusto, irás allá abajo á beber un vaso de vino á la salud de todos los quintos. Toma.

Y le alargó una moneda.

—¡Señor oficial!—dijo el soldado avergonzándose y haciendo ademán de rechazarlo.

—¡Eh!—gritó el oficial en tono de amenaza.

Cogió la moneda el recluta, y dirigiéndose á la salida, balbuceó algunas palabras de agradecimiento:—Señor oficial... yo... no sé verdaderamente... siento que...

—¡Silencio!

Salió presuroso, bajó las escaleras de tres en tres á la vez, dió tres ó cuatro saltos en el patio frotándose las manos, riendo y murmurando para sí; entró en la cantina; la cantinera le echa un vaso de vino con mucho garbo y tal sonrisa, que le hizo olvidar la escena de poco ántes; bebió, y salió...

Apénas había salido, encontró al tal cabo que se le acercó con cara ménos agría y maneras más corteses.

—Dime: ¿es pariente tuyo el oficial que ha hablado contigo desde hace una hora?

—No.

—¿Pero le conocías?

—Mucho.

—¿Es aquel oficial de tu pueblo por quien preguntabas?

—Aquel mismo.

—Yo no había entendido, hombre, cuando me lo preguntaste...

—Ah, no importa.

—Si lo hubiese entendido, te habría contestado.

—Gracias.

El cabo se alejó; el quinto se quedó solo, diciéndose para sí: ¡al fin, no es un mal muchacho, este cabo!

Entre tanto los soldados comenzaban á entrar en grupos en el cuartel, charlando fuerte y cantando. Entre otros, venía delante un peloton de quintos, un poco alegres, que armaban una algazara divertidísima.

—Cuando los demás armen ruido, métete por medio y haz más que todos.—El quinto se acordó de estas palabras.—Es preciso armar ruido, pensó; ¿y qué voy á gritar? ¡Ah!.. ¡Viva el soldado Perrier!—gritó con cuanta voz cabía por su garganta.

Y los demás, quizá sin comprender, respondieron en alta voz:—¡Viva!

Nuestro buen soldado, se arrojó entre ellos y cantando y gritando subieron en tropel á los dormitorios.

El oficial que le había estado mirando desde la ventana, dijo para sí:—Este muchacho será un buen soldado.

Y como ya había oscurecido, y el cielo aparecía lleno de estrellas, se sentía en el patio aquel alegre rumor, y en la calle tocaba la corneta la retreta; todo esto le produjo una emoción tan repentina que casi sin apercibirse él mismo, sin saber por qué, levantó los ojos, exclamando suavemente:— ¡Perrier!

Y luego segunda vez: ¡Oh, buen Perrier! ¿Dónde estás? ¿Oyes tu nombre?

¡Cuándo se mira de noche un cielo hermoso, vienen espontáneamente á los labios los nombres más venerados y queridos!



## UNA MARCHA NOCTURNA.



¿Qué noche! Ni luna, ni estrellas, una oscuridad infernal; jamás se habían visto tan densas tinieblas. Aun cuando estábamos en los primeros días de Octubre se dejaba sentir un cierzo de otoño anticipado, que golpeando en la cara sordo y sutil, se escurría por entre la ropa y hacía contraer las carnes. Serían próximamente las nueve; el regimiento había deshecho las tiendas y estaba á pie firme en fila al través del campamento, con las armas al pie, esperando no más la orden de partir.

Los soldados, apenas despiertos después de corto y desasosegado sueño, encorvados, yertos y encogidos, con aire descontento y agrio, con las manos en los bolsillos y los fusiles aban-

Nuestro buen soldado, se arrojó entre ellos y cantando y gritando subieron en tropel á los dormitorios.

El oficial que le había estado mirando desde la ventana, dijo para sí:—Este muchacho será un buen soldado.

Y como ya había oscurecido, y el cielo aparecía lleno de estrellas, se sentía en el patio aquel alegre rumor, y en la calle tocaba la corneta la retreta; todo esto le produjo una emoción tan repentina que casi sin apercibirse él mismo, sin saber por qué, levantó los ojos, exclamando suavemente:— ¡Perrier!

Y luego segunda vez: ¡Oh, buen Perrier! ¿Dónde estás? ¿Oyes tu nombre?

¡Cuándo se mira de noche un cielo hermoso, vienen espontáneamente á los labios los nombres más venerados y queridos!



## UNA MARCHA NOCTURNA.



¿Qué noche! Ni luna, ni estrellas, una oscuridad infernal; jamás se habían visto tan densas tinieblas. Aun cuando estábamos en los primeros días de Octubre se dejaba sentir un cierzo de otoño anticipado, que golpeando en la cara sordo y sutil, se escurría por entre la ropa y hacía contraer las carnes. Serían próximamente las nueve; el regimiento había deshecho las tiendas y estaba á pie firme en fila al través del campamento, con las armas al pie, esperando no más la orden de partir.

Los soldados, apenas despiertos después de corto y desasosegado sueño, encorvados, yertos y encogidos, con aire descontento y agrio, con las manos en los bolsillos y los fusiles aban-

donados sobre el brazo; en lugar del cuchicheo acostumbrado, tan vivaracho y tan alegre, no se dejaba oír más que algunas raras palabras, bajas y dichas de mala gana. Tan negra era la oscuridad mirando al campo desde el camino, que no se veía sino la larga fila de lucecitas puestas en la punta de los fusiles, cada una de las cuales no bastaba á iluminar más que cuatro ó cinco caras llenas de sueño. Allá abajo, en un ángulo del campamento, más allá del ala extrema del regimiento, se veía moverse en un pequeño espacio muchas lucecitas, que iluminaban débilmente el continuo afanarse de personas que alrededor de los carros y de las cajas del bagajero se movían. Aquí y allá en el campamento, alumbraba todavía alguna llamarada, últimos restos de las fogatas que los soldados habían encendido con la paja de las tiendas para quitar de encima la humedad que habían cogido durmiendo en el suelo. Todo lo demás, completamente oscuro.

De repente resuena gran rumor de tambores: luego silencio. Las compañías se vuelven una despues de otra de flanco, se mueven las primeras filas y el regimiento comienza la marcha. Pasa por encima de un puentecillo estrecho, el foso que separa el camino del campamento, y en aquel punto las filas se echan encima las unas de las otras, viéndose una multitud de lucecillas que avanzan ó retroceden segun las ondulaciones de

la multitud, parten luego dos á dos y se extienden por ambos lados del camino en doble fila y poco á poco, desde lejos, se confunden todas formando una cinta luminosa ondulanté y serpeando como dos cuerdas de fuego que se agitaran desde la cola de la columna.

Y así se camina; oyéndose por poco tiempo una charla en voz baja que poco á poco se apaga hasta morir, luego silencio profundo interrumpido no más por la ronca voz de algun oficial que gruñe:—En orden,—siempre que, con la mirada soñolienta descubre entre los soldados inmediatos á la linterna, algun número que se separa ó que se aprieta contra sus compañeros. Todos los demás callan. No se oye más ruido que el ruido especial de las pisadas y el monótono sonsonete de las cajas de lata, que van marcando la cadencia del paso.

Al difundirse el silencio comienza á difundirse el sueño, el tormentoso y terrible compañero de las marchas nocturnas. Pobre del que lo atrapa. No basta el descanso anterior, ni la conversacion del amigo, ni el licor fuerte, ni el mayor esfuerzo de voluntad para vencerlo; hay que ceder y sufrirlo.—Mirad aquel oficial que va por medio del camino, lucha hace más de una hora con el sueño, los párpados ahora ya se le cierran irresistiblemente, trémulos, pesados; y las rodillas se le doblan; la cabeza levantada con mil esfuerzos se

le dobla también pesada sobre el pecho; y los brazos le cuelgan inertes y sin vida. Poco á poco se le apaga la inteligencia, se le enturbian las imágenes, se le borran, trasformándose caprichosamente unas en otras. En su mirada, velada por el sueño, se confunden los soldados que caminan delante y á los flancos, los árboles y las casas de uno y otro lado del camino, cuyos contornos apenas se distinguen, se le presentan con aspectos deformes, maravillosos y extraños. A veces sigue con la vista las paredes de una casa que pasó hace rato, ó le parece distinguir un caserío ó un mazo de árboles donde no existe. Otra vez se le presenta de improviso, precisamente en medio del camino, allí delante, un gran obstáculo, una gran masa negra, sin saber lo que será, pero que está allí, precisamente delante y contra la cual va á darse un testerazo: se detiene, alarga el brazo, lo agita... y nada, no había tal cosa; adelante. Treinta, cincuenta, cien pasos, y vuelta á dormir. Y esta vez sueña, le parece que camina solo, sin dirección, creyendo que se halla en otro sitio, lejos de allí, quizá en su casa, en medio de otras gentes, de día... y de repente, hiriéndole el tímpano el ruido de las pisadas, advierte de improviso el sonsonete de las cantimploras: se despierta, mira en derredor, se da cuenta de todo, bosteza, coge de nuevo el paso, y; —poco después— vuelta á empezar. La

barba como clavada en el pecho, una mano en el bolsillo, la otra sobre el puño de la espada, avanza, abandonado á su propio peso, con desiguales pasos, á saltos, tambaleándose, haciendo eses, dando tres pasos aquí, cuatro allá, cinco, seis, pun, un gran empujon en la mochila de un soldado. Se sobrecoge, se despierta, ve lo que pasa, y se avergüenza moviendo la cabeza en ademán de compadecerse á sí mismo y vuelve á tomar el paso firme y expedito para volver á empezar á los cien pasos. Da un gran empujon al que camina delante, se despierta, mira: —¡Oh! perdóne V., mi capitán.

—No hay de qué, son cosas que á todos suceden.

Se acerca un compañero, y al poco tiempo de caminar el uno al lado del otro, se oye:

—¿Estás aquí?

Respuesta: un gruñido.

—¿Tienes sueño?

—Un poco.

—Dame tu brazo.

Y os cogéis del brazo.

Espalda contra espalda, y flanco contra flanco, se camina como Dios quiere, á zancadas, y trompicando, ocho, diez, veinte pasos, le coge á uno el sueño, y las cabezas pesadas se doblan ambas á dos y se golpean una contra otra. —¡Ay! —Os separais.

Por todas partes, quieto todo el mundo, y siempre la negra oscuridad, siempre las dos filas de lucecitas ondulando á los lados del camino, y siempre el sonsonete monótono de las cantimploras.

De pronto se oye de en medio de las filas una voz rabiosa:—¡Arriba aquella luz! Y el soldado que lleva la linterna y que, dormido había abandonado el brazo, dejando caer el fusil sobre la cabeza del que venía detrás, se despierta, rehace su brazo y levanta la luz.

Pocos pasos más allá, se levanta una estridente voz que intenta cantar. Un infierno de gritos de protesta y de desaprobación se levanta de las filas.—Guárdala para mejor ocasión.—Duerme en paz. Y el mal inspirado cantor vuelve á su garganta el resto de la canción y se calla.

Veinte pasos más allá, se oye un grito agudo seguido de rabiosas maldiciones.—¿Qué pasa?—¿Qué pasa? Es un soldado que dormido se ha dado un violento golpe contra un paracarros.—Y todos los demás que dicen:—¡Mira por donde vas!—¿Qué ha de suceder, si camina con los ojos cerrados. Tú te lo quieres.

Después de otro rato estalla una gran risotada á la cola de la compañía, y un ¡uh! prolongado en tono de burla.—¿Qué ha pasado? ¿Qué ha sucedido? ¿Quién es? Es un pobre diablo que iba por la orilla del camino soñoliento y dando traspiés,

y acabó por rodar hasta lo hondo del foso.—¿Es profundo?—¿Y quién puede verlo? Veamos.—Animo, ánimo (un oficial) ¿qué haceis ahí? Adelante, se levanta por sí. Y tú, ¿quieres tener alta esa luz?

Siempre el silencio, y siempre adelante y siempre la misma oscuridad, y el helado cierzo, nordeste, igual, que hierde mortalmente la cara y que da tales escalofríos que parece de invierno.

—¡Oh qué sueño! ¿Qué hora será ya? Las diez, quizá más tarde. ¡Qué noche! No se ve nada. ¿Eh? dí, amigo, ¿cuánto tiempo llevamos de camino?... Di, hombre; ¿cuánto tiempo? Duerme, no oye; se rompe el cuello por momentos... También yo tengo sueño. ¡Ah! ¡y no poder dormir! Y ya hace tiempo que se marcha. Que aburrimiento no ver nada. Si se pudiera dormir en pié... ¡Voy á probar! ¡Qué sueño, Dios mío, qué sueño!... la noche está oscura... negra... y el viento... dormir...

Un momento más y rodará al foso. Suená la trompeta.—Alto.—De buena se ha escapado. Todos al suelo como cuerpos muertos; se echa uno donde le pillá, sobre las piedras, entre los espinos, en el fondo, lo mismo es, todo es cómodo, todo limpio y blando, todo está delicioso. Allí, sobre un monton de piedras, á un lado del camino, se echa toda una escuadra, el uno sobre el otro, éste atravesado sobre aquél; el cañon del

fusil debajo de aquél, la bota de un compañero sobre la cabeza, un pié del cabo de escuadra contra la cara de este número; la mochila de otro compañero contra el costado; la mano entre la hierba, tal vez, metida en algo húmedo y blando... ¿pero qué importa? La voluntad del sueño es tan agradable, tan dulce, tan poderosa, que no se puede reparar más que en gozarla por entero y abandonarse á ella en cuerpo y alma. ¡Oh, qué dulzura cuando uno puede apagar una necesidad que nos atormenta por largo tiempo! Por todos los miembros se insinúa y se esparce un lánguido placer, un suave desfallecimiento... ¡oh, qué delicia! durmamos.

Si un rayo de luna fuese á iluminar aquel punto del camino, ¡qué cuadro tan raro se ofrecería á la vista! Parecería un monton de cadáveres arrojados allí de cualquier modo: estos cara arriba, otros boca abajo; aquellos estirados y estos encogidos, y por aquí y acullá brazos, piernas y piés y fusiles que asoman sus puntas por entre las piernas y los brazos de otros; una mezclanza tal que para asignar á cada cual sus miembros se vería uno en grande apuro. En el primer momento, en aquel monton de cuerpos se nota un poco de movimiento y desasosiego, cada quisque busca, arrellanándose, la posicion más cómoda; de aquí cuestiones como ésta:—Hazte más allá...—Por vida de... —Fuera aquel pié.—Esta pierna échala más allá,

¿no estás viendo que me la pones en la cara?— Todo ello es asunto de un momento, y luégo todo el mundo chiton. Sueño completo y profundo se apodera de todos. Primero se oye, una respiracion fuerte y frecuente; luégo como un suspiro débil é interrumpido; más tarde un gemido sordo y ronco, y por fin un roncar general en todos los tonos, bajos, barítonos y tiples, consonantes y disonantes, estridentes y sonoros: una música infernal.

Toque de trompeta; es el *atencion*.

De todo el tropel nadie lo oye, ninguno se mueve; todos quietos, inmóviles como cuerpos muertos. Otro toque, y nada; inmóviles como al principio.—¡Yo os haré levantar ahora! Truena sobre los que duermen una voz amenazadora. A esta voz, una pierna que se estira, un brazo que se extiende, más allá se ve moverse una cabeza, aquí cerca se retuerce la cintura de este, lo mismo que se nota en un grupo de culebras que comienzan á desenvolverse á los primeros rayos salientes del sol.—Vamos á ver, nos levantamos si ó no—repite la voz con más ira. Uno de los que duermen se sienta, otro se restrega los ojos con el revés de la mano, otro palpa alrededor buscando su ros, un cuarto se ha puesto al fin en pié y un quinto y un sexto... Todos derechos; ¡Acabáramos! Pero, qué pena, Dios mío, ¡qué tormento despertarle á uno tan bruscamente y

tenerse que levantar precisamente cuando se empieza á tomar el gusto al sueño! ¿Dónde está mi ros?—Y mi fusil?—Dí tú, mi morral, dí.—Este es el mío.—Quiá, no, el tuyo es este otro.—¿De quién es este fusil?—Mío, traele acá.—Ahora vé á buscar la cartuchera.

Y busca que te busca, mete que te mete la mano por aquí y allá, entre las piedras del camino, en el foso, entre las hierbas, entre el césped, ansioso, pegando bufidos y maldiciendo... Suena la trompeta otra vez y todo el regimiento vuelve á ponerse en camino.

Y siempre la oscuridad y el mismo cierzo frio que hiela la sangre y encrespa la piel. Dios, ¡qué frio estando quietos! tiembla uno. Las linternas están todas apagadas; oscuridad completa.—¡Quién sabe como irán estos bribones! Gracias á que no se ve como van.

Despues de más de media hora de caminar silenciosos, alguno que otro comienza á descubrir allá, á lo léjos, una lucecita temblorosa, que tan pronto se eclipsa como reaparece de nuevo, como si fuera una luciérnaga.—¿Qué será?—Adelante; —todavía un poco más aún. La lucecita ya no se eclipsa... aparece más grande y con más brillo.—¿La ves?—¡Si es la linterna que va á la cabeza del regimiento!—No, no; si es un pueblo.—¿Qué pueblo! Adelante, adelante y adelante...—¿Eh?...—Tienes razon, es un pueblo.—La voz se propaga;

los soñolientos se sacuden; se despiertan los dormidos; y se produce ligero murmullo...—¡Oh, bendito sea el cielo! hé ahí las casas, aquí el camino del pueblo, ya estamos dentro.

Es una hora muy avanzada; las calles casi desiertas; el pisar del regimiento repercute distintamente en aquella soledad, y el murmullo se extiende á derecha é izquierda por las tortuosas y oscuras calles, casuchas por aquí, y casuchas por allá, y todo cerrado á piedra y lodo como si fuera un pueblo abandonado. Pero á medida que se avanza, á derecha é izquierda del camino, en el piso bajo, se entreabre alguna puertecilla que deja ver las llamaradas del hogar, asómase sacando tímidamente la cabeza alguna mujercilla casi medio desnuda, se ven los chiquillos que acuden presurosos delante de la puerta; y por los pisos superiores ábrese algun cuarteron, que deja ver la luz de dentro, y una figura negra que se dibuja detrás de los cristales y que mira hácia abajo que produce aquel extraño ruido... ¡Ah, aquella figura negra, quizá se haya echado fuera de la cama en aquel instante, en que dormía y dentro de otro volverá á dormir sabrosamente su sueño tranquilo y suave! ¡Oh, aquella cama! Parece que la está uno viendo, aquel embozo hecho y extendido por encima de la almohada, meter la mano y sentir la fragante frescura de la ropa que acaba de salir de manos de

la lavandera. ¡Qué afortunado el que duerme allí dentro! ¡Cuándo querrá Dios que yo tenga mi cama! Felices todos los que tienen un lecho.

El camino primero torcido y angosto, poco á poco se hace derecho y se ensancha,—se ensancha, hasta desembocar en una plaza.—Ya estamos. ¡Qué plaza tan hermosa! Dos filas á derecha y dos á izquierda, y todos mirando alrededor. Aquí y allá grupos de curiosos, alguna tienda abierta, allí una iglesia, más allá la casa del alcalde, una fuente, unos portales, y debajo... ¡Oh! mira, mira, ¡un café!

Extraña, y sin embargo, verdadera emocion. Atravesad de noche, despues de larga y penosa marcha un pueblo; pasad cansados, sedientos, cubiertos de polvo y de fango, desacostumbrados de mucho tiempo á todo hábito culto y á todos los placeres de la vida urbana, pasad delante de un café, y sentireis conmovirse el corazon con cierta ternura, con cierto desconuelo melancólico, casi hasta con triste piedad por vosotros mismos, y vuestros ojos lanzarán una mirada á aquel café, llena de avidez, de envidia, como hacen los niños; y guardareis por mucho tiempo en vuestra mente aquella imagen del lugar, de los objetos y de las personas.

Aquel era un café grande, iluminado, con relucientes espejos, lleno de oficiales de estado mayor y de ayudantes de campo, cubiertos de oro,

de plata, de cordones, de penachos, de medallas y de cruces; unos dentro, los otros en el umbral y los demás fuera, en la plaza, produciendo todos un continuo meneo de brazos y de piernas y un ruidoso arrastrar de espadas. Todo lo envolvía oscura y densa nube de humo, se veía y se oía el continuo destapar de botellas de cerveza, un ir y venir de mozos rojos, sudando, confusos por la frecuencia é insólita esplendidez de los concurrentes; un entrar y salir de la plaza adentro, y de dentro á la plaza, llamándose, apretándose los unos contra los otros que ni siquiera sabían donde tenían la cabeza; y delante de la puerta una multitud del pueblo con los ojos y la boca abierta, contemplando los galones más anchos y los pechos más cubiertos de medallas. En lo más hondo del café, en un ángulo, detrás de una mesa, rodeada de los oficiales más jóvenes, sobre una silla elevada en una especie de nicho, de templete, una bonita cara de muchacha, en la cual combatían amablemente el pudor y la coquetería, entre tantos requiebros no acostumbrados, y tantas finuras á modo de señoritos, y tantas protestas entrañables y tantas súplicas audaces y tanto retorcerse y moldearse las cinturas sutiles y las piernas metidas en pantalones ajustados.

Todos los ojos se fijan en aquel punto, en aquella gentil figura, en aquella cara bonita, y allí se están apretados hasta que al fin desaparece. Ni

son pensamientos, ni imágenes, ni deseos voluptuosos los que se despiertan en aquel momento; no, más bien se apodera del corazón un deseo de paz y de cariño, una vaga melancolía, que hace sentirnos solos, abandonados y sin ánimos. La mujer reclama vivamente en nuestra memoria, las dulzuras tranquilas y suaves de la vida doméstica, la cual comparada con la dura del soldado, precisamente en tal punto, en los momentos en que no se experimenta de ella más que las amarguras y desazones, no los consuelos y las puras alegrías, nos hace parecer infelices. La cara de una mujer, aviva en nuestra mente la imagen de nuestra madre y de nuestra hermana y de alguna otra criatura más ardientemente querida, y cuando esa imagen huye de nuestra vista, inclinamos la cabeza, pensando hasta llegar á ponernos tristes; y aquellas tinieblas, ¡ah! sí, pesan sobre el pecho y nos quitan la respiración; miramos y volvemos á mirar por si el cielo comienza á clarear, y en este vagar melancólico de la fantasía, parece que así nos dormiríamos de buena gana para siempre, viendo que todavía una vez aparecen nuestra madre y el sol...

Ya está el regimiento fuera del pueblo. Siempre la misma oscuridad y el mismo cierzo. No hay que preguntar por luces, desde hace tiempo están todas apagadas. ¿Y qué hacer? ¿Debemos seguir con esta oscuridad y este frío con el regi-

miento paso á paso, asistiendo á una repetición continua de las escenas hasta aquí vistas?

A quien le acomode, que lo siga; yo, dejo que prosiga su camino, le deseo buen tiempo, que coma un sabroso rancho, y duerma un largo y tranquilo sueño, porque á decir verdad, estos pobres soldados lo necesitan, y bien merecido lo tienen.





### EL RAMILLETE DE FLORES.

**N**i siquiera me ha quedado señal; curado, curado; mira. Así me decía el año pasado, á fines de Febrero próximamente, y despues de una quincena de dias que no nos habíamos visto, un oficial muy jóven que yo solía encontrar en casa de cierta señora amiga nuestra; y al decirme esto me alargaba la mano para que se la mirase. La miré, ni rastro siquiera de nada.

—¿Y el otro?—le pregunté.

—Está mejor.

—¿Quién, quién está mejor? ¿Quién es el que se ha puesto malo?—interrumpió la señora de la casa acercándose.

Mi amigo y yo cambiamos una sonrisa.

—¿Tendré que decirlo?—me preguntó.

Yo le respondí que en su lugar lo diría.

—Oiga, pues,—comenzó mi amigo volviéndose á la señora. Tres días antes de que el carnaval concluyera, una tarde, hacía las cinco, estaba yo delante de un café viendo la carrera de los coches, solo, relegado, entrecogido por la multitud, enteramente blanco de harina, maldiciendo el momento en que se me ocurrió salir de casa para meterme en medio de aquella balumba. De cuando en cuando pasaba un oficial de caballería con la espada desnuda, haciendo señal á la gente que se retirase para no estorbar la carrera, añadiendo siempre á la indicación alguna palabra respetuosa y cortés...

...Delante de mí había cuatro ó cinco granujas, que, apenas pasaba el soldado, se echaban al centro de la calle entre los coches, disputándose á puñetazos los confites y las flores esparcidas por el suelo con mucho peligro de quedar aplastados por los caballos, y con mucho enojo de los cocheros que si querían avanzar tenían que desgañitarse para que anduvieran con cuidado y dejasen el paso libre. Uno de los soldados que recorrían la calle, después de haberles amonestado y reñido cinco ó seis veces, viendo que no hacían caso, perdió la paciencia, espoléó el caballo hacía ellos y enarboló la espada para darles un golpe de plano, que en ningún caso seguramente, habría dado. Un caballero cercano á mí, viendo

aquella actitud, exclamó:—¡Eh!—y cuando el soldado puso de nuevo la espada apoyada contra el brazo, añadió:—Hubiera yo querido ver.—Y volviéndose luego hacía uno que estaba á su lado:—Frutos de la educación: prepotencia y brutalidad.—Se me encendió la sangre; levanté una mano, la contuve y nuevamente la metí en el bolsillo; armándome de toda la calma de que era capaz y con el tono más cortés, dije al oído de aquel caballero:—¿Qué educación?—Se volvió sorprendido y pálido; pero pronto se rehizo y respondió con insolente franqueza:—La educación militar.—Ya no ví más, ni á él, ni á la multitud, ni la carrera, y ni siquiera me acuerdo lo que le dije, ni lo que él me respondió; no sé más que á la mañana siguiente volví á casa con una mano herida, y que mis amigos me dijeron que aquel caballero tenía la mejilla izquierda partida en dos. Hé ahí todo. Precisamente ahora lo que estaba diciendo, es que mi mano no tiene señal del pinchazo y que aquel otro señor está mejor.

La señora que hasta entonces había estado oyendo con mucha seriedad, levantando de vez en cuando los ojos al cielo, y exclamando:—¡Dios mío! se felicitó con frases atentas del éxito afortunado del duelo, y luego de improviso salió con una pregunta... de mujer:—Pero V. por qué le provocó. ¿No era mejor fingir no haberle oído?

—Mi amigo me miró; yo le miré, y ambos nos echamos á reir.

—¿Por qué se rien?

—Oiga V., señora—respondió aquél. Admitido, que no lo debe ser, que yo debiese fingir no haberlo oído, como hubiera podido hacerlo, ...si la ira me encendió la sangre y me apagó totalmente la razón ¿sabía yo lo que me hacía en aquel momento?

—Es cierto que...

—Y luégo toda la gente que nos rodeaba lo había oído, la ofensa además era á todo el ejército, aquellas palabras eran una mentira y precisamente en aquel momento aquella mentira era una calumnia, y más en el tono de voz en que fué proferida que sonaba como á una provocación; además, aquel caballero como luégo supe, y no podía ser de otra suerte, porque hay palabras que revelan toda el alma de un hombre, aquel caballero era un...

—¡Silencio! ¡Silencio! no importa que no lo sepa.

—Había sobre esto otra razón para que aquellas palabras me resultasen tan amargas y ultrajantes, y se la he de decir á V. Oiga. Hace catorce años...

—¿Nada menos?

—Escuche: estando en Turin con mi familia ...tenía siete años. El penúltimo día de carnaval, mi madre me puso un bonito vestido de máscara,

de seda con tiras blancas y celestes, con una banda roja, una peluca con rubios rizos y una gorreta de terciopelo negro, y así me llevó á la carrera en carruaje. Con nosotros iba mi padre y un comandante de artillería, amigo suyo. Teníamos muchos ramos de flores y un gran canastillo de confites. Las calles estaban plagadas de gentes, y de infinidad de carruajes; máscaras á centenares, elegantes y variadísimas; gran movimiento, gran ruido, en fin, una carrera estupenda. Mi madre, segun su costumbre, no participaba en nada de la alegría de la fiesta y casi no hablaba nada. De vez en cuando, al pasar el carruaje de algun amigo, me ponía un ramo de flores en la mano y me lo hacía tirar, cogiéndome por la banda para que en el momento de lanzarlo no cayese de cabeza al suelo. Los niños, mis amigos, me echaban tambien flores y ramitos y me saludaban gritando y riendo de mi singular vestido, y yo me reía del suyo, y así nos divertíamos de corazón y con el mejor humor del mundo; mucho más que ahora, entre paréntesis; porque entónces una mascarita graciosa, reclinada muellemente en su coche, un zapatito chiquitín, estrecho y bien ceñido que colgase astutamente fuera de la portezuela, una calceta blanca bien estirada y una camisola de batelero que cuelga por un lado, no excitaban ni nuestros pensamientos, ni nuestras miradas, ni nuestros deseos.

—Esto no tiene nada que ver.

—Nos divertíamos. Llegó un momento, sin embargo, en que cansado de gritar y de bracear, me senté para tomar un poco de aliento. Al desembocar de la calle del Po, en la plaza del Castillo, había una fila de soldados de caballería y carabineros, inmóviles y serios como si asistiesen á un funeral. Paseaban la vista, ora por los coches, ora por la gente, sin decir palabra ni cambiar una sonrisa, y sin dar señales de curiosidad ni de distracción, de pesar ni de enojo; parecían verdaderos autómatas. La multitud les apretaba por todas partes, ondulando y entremezclándose y levantando grandísimo vocerío; desde las ventanas de las casas próximas, que estaban todas llenas de señoras y de máscaras, venía una tempestad de yeso, y de los carruajes otra tempestad contra las ventanas, y desde la calle contra los carruajes también; una furiosa batalla, con inmensas nubes de harina que cubrían casi totalmente las cosas; y un poco más allá, la banda que tocaba, cubierta casi por el estruendo de tamborcillos y trompetas que rasgaba las orejas. —Pobre gente—dijo mi madre al comandante, señalando á los soldados.—Jamás faltan, en todas partes se encuentran. No basta que nos defiendan contra los enemigos, apaguen los incendios, aquieten los tumultos y protejan nuestras vidas y haciendas; tienen que proteger también nues-

tras fiestas, asegurar nuestros goces, y ellos carecen de placeres, de fiestas, y sufren tanto y hacen tantos sacrificios sin recoger jamás el fruto y sin obtener jamás recompensas; ¡qué recompensa! ni siquiera un consuelo, una palabra de agradecimiento, la gente ni se digna mirarlos; nosotros somos todo lo que somos por ellos y ellos por nosotros nada.

El comandante, serio también como un magistrado, sin mirar á los soldados, respondió gravemente:

—¡Es verdad!

—¡Si es verdad!—añadió con viveza mi madre.

—Mire, mire bien; fíjese V. en aquel soldado, el primero comenzando por esta parte, qué aire tan melancólico tiene. ¡Quién sabe si no sufre algún disgusto! ¡Quizá esté malo!

—¿Quién lo puede saber?—respondió el interpelado sonriendo ligeramente.

—¡Quién va á saber lo que tiene!—repitió mi madre mirándolo pensativa.—¡De tal pasta es aquella santa mujer, que aún en medio del bullicio y de la alegría de una fiesta, la cosa más pequeña separa su mente de lo que la circunda, y la lleva de pensamiento en pensamiento hasta la melancolía!—¡Vea V., señora, si importa tener buen corazón!

—¡Vamos!

—No es nada. El carruaje siguió adelante y

mi madre continuó hablando de aquel soldado; luego se volvió á quedar pensando y de repente dice:—¿Y si fuera que alguno de su casa estuviese enfermo? ¡Podría ser esto! ¿No les consienten irse á su casa cuándo tengan alguno enfermo? ¡Quién sabe si no será esto! ¿No les dejan ir á su casa cuándo alguno de su familia se pone malo, no es así?

—Es difícil—respondió aquél.

—¡Vea V.!—apostaríá á que está triste por eso.—¡Qué lógica tiene el corazón!—... Entre tanto está condenado á estarse allí en medio de la gente que se divierte, que canta, que grita... No puedo quitármelo de mi cabeza.

El comandante sonreía.

—¿Qué quiere V.?—volvió á decir mi madre, es mi temple así.

Concluida la vuelta, el carruaje iba á pasar de nuevo delante de los soldados.

Mi madre, aprovechando el momento en que ni el mayor ni mi padre miraban, me dió un ramo de flores, me indicó con un gesto veloz su soldado, y me dijo al oído:—Échase.

—Me puse en pié, y, retenido como siempre por la banda, me dispuse á lanzar el ramo.—Es aquél, ¿no es verdad?—le pregunté.

—Sí, sí; anda pronto.

Aún faltaban siete ú ocho pasos; el carruaje se detuvo, comienza á andar de nuevo, ya estamos...

—¡Animo!—dijo mi madre.—Allá está—le respondí. El ramo había descrito en el aire una bonita curva, yendo á caer precisamente en el pecho del soldado, entre la hebilla del cinturón y la mano con que sostenía las riendas. El soldado se conmovió como si despertase de un sueño, cogió casi involuntariamente el ramo, levantó los ojos en actitud de viva sorpresa, me vió, le saludé con las dos manos, sonrió, y me siguió con la mirada fija hasta que el carruaje se perdió de vista.

Mi corazón latía fuertemente, mi madre se había serenado ya; y ni el comandante ni mi padre habían visto nada. Antes de que se concluyera una nueva carrera salimos de la fila y nos fuimos á casa.

Diez ó doce días despues, volví á ver al soldado en el jardín público. Estaba con otros muchos compañeros suyos, hablando fuerte y riéndose mucho.—¡Mira, ves allí el soldado del ramo!—le dije á mi madre tirándola del vestido.—¡Silencio!—me respondió—no mires.—No comprendí porque me recomendaba esto; lo miré, él me miró con mucha fijeza, me reconoció, hizo ademán de sorprenderse mucho y dijo:—¡Oh!—Mi madre me cogió por el brazo y seguimos adelante. Despues de esto no volví á verle en todo el año. Al siguiente, una de las últimas noches de carnaval, estando ya en casa de vuelta del teatro y ántes de

irme á la cama, me acerqué á la ventana y estuve mirando un poco á la calle á través de los cristales. La calle estaba oscura y nevaba. De vez en cuando, salían máscaras de la casa de enfrente, donde había un café ó una taberna, se extendían, se seguían unas á otras y desaparecían, cuando llegaban otras nuevas, que al encontrarse y reconocerse se arremolinaban haciendo un estrépito con gritos de falsete, y cambiándose mutuamente saludos é invitaciones. En este momento apareció allí una patrulla de caballería. Las máscaras se pusieron á bailar en derredor, voceando y golpeando las manos. Los soldados, envueltos en sus grandes capotes, pasaban sin dar señales de haberlos visto; pero uno de ellos se volvió hácia nuestra casa y parecía que miraba á mi ventana.—¡Será él!—pensé y abrí. En el mismo instante el soldado sacó una mano de debajo del capote é hizo un saludo, y siguió adelante. Al día siguiente, la portera me enteró que hacía algunos días, un soldado de caballería había entrado en el portal, había mirado un rato la escalera, como si dudase en subir ó no, y al fin se había ido. Pocos meses despues, oí decir que un regimiento de caballería se había marchado de Turin, y no volví á ver más á mi soldado, y ya no volví á pensar más en él. Pasaron años y años, vino el 1859; me infatué con el regimiento y manifesté á mi padre que quería abrazar la car-

raera militar. Mi padre dudaba.—Concluye tus estudios—me dijo—y veremos. En Agosto de aquel año los terminé. Y desde entónces acá grandes discusiones con mi padre sobre el asunto de la carrera. Segun se iba hácia adelante, parecía que él tenía ménos propósito de secundar mis deseos. Pero un caso imprevisto cortó el nudo de la cuestion. Estábamos en los primeros días de Enero de 1860. Una mañana estando yo en casa sentado en mi mesa escribiendo, llaman á la puerta y viene un criado á decirme que me buscan.—¿Quién puede ser?—me pregunta mi madre. Me levanto, me sigue ella, y llegamos al recibimiento. En la puerta había un hombre vestido de obrero, con una gran capa, un gorro de pieles en la cabeza; pálido, grueso, con aire doloroso y abatido.—Ni áun siquiera se quita el gorro—murmuró el criado cuando entramos. El desconocido me miró sonriendo y me preguntó: ¿Es V.?...—Diciendo mi nombre y mi apellido.

—Sí, yo soy,—respondí.—Soy un pobre hombre sin trabajo; he sido soldado; si de alguna manera pudiera ayudarme...

Mi madre y yo nos consultamos con la vista.

—...Démme cualquier cosa,—añadió el hombre con suplicante voz.

Cogí un par de pesetas y se las alargué de mala gana.

—Métamelas en el bolsillo.

—¡En el bolsillo!—exclamé entre aturdido y ofendido. Pero su mirada producía extraño efecto sobre mí; le miré un momento más, y luego le metí el dinero en el bolsillo del capote.

—¡Gracias!—dijo con voz conmovida.

—Y ahora... como tengo que marcharme de vuelta á mi pueblo... quisiera suplicarle... que aceptase un recuerdo mio.

Mi madre y yo nos volvimos á mirar maravillados.

—¿Quiere V. aceptarlo, caballero?—preguntó él tímidamente y con afectuoso acento.

—...Veamos lo que es,—respondí.

—Hé aquí,—dijo, y abriendo el capote con los codos, descubrió, señalándole con la vista, un ramo de flores que llevaba en un ojal de la casa.

—¡Ah, es el soldado!—gritó mi madre.

—¡Él!—exclamé arrebatado, lanzándome á abrazarlo; se le cayó el capote, y mi madre dió un grito de terror:—¡Dios mio!

—¿Qué pasa?—dije volviéndome.

En aquel momento me apercibí que aquel pobre muchacho había perdido ambas manos.

¡En San Martino las había perdido! Sin saber como ni por qué, desde aquel día mi deseo de ser soldado se cambió en firme resolucion; vestir el uniforme militar me pareció como un homenaje hácia aquel pobre muchacho.

Y héme aquí soldado. Y hé aquí por qué siempre que veo un soldado de caballería en la carrera siento latir el corazón como si se tratase de un antiguo amigo, y quisiera ser niño para arrojarle un ramo de flores.

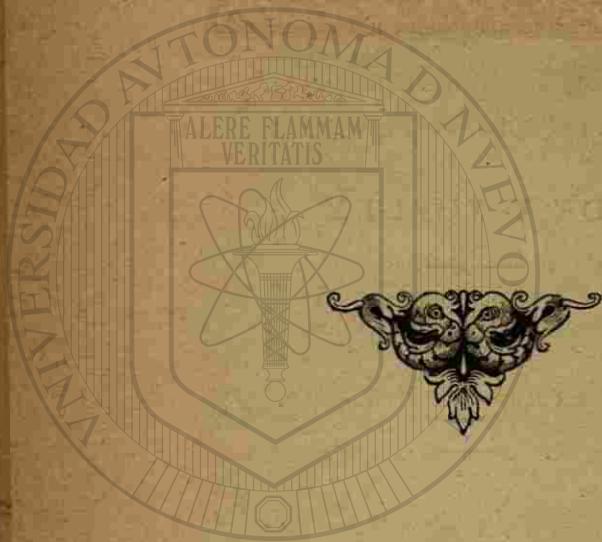
—¿Y aquél soldado?...—preguntó con viveza la señora.

—Ha muerto.

—¿Dónde?

—...¡Dónde había de ser! En nuestra propia casa, entre mis brazos, presente mi madre y siempre con un ramo de flores en su almohada.





## IDA Y VUELTA.

RECUERDOS DE 1866.



ALBERTO, amigo mio, copió algunas páginas del libro de tus recuerdos; no lo tomes á mal. Si estas páginas no te han de procurar grande honor como literato, seguramente no dejarán de concedértelo como buen soldado y buen chico.

Consiente, pues, y conténtate con mi discrecion en la seguridad de que si quisiera abusar de nuestra confianza, podría publicar algo más hondo de nuestros íntimos secretos.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE ESTUDIOS

EN CASA.

I.

Perdidas las ilusiones y las alegrías de la juventud, cuando no me quede sino el recuerdo para confortar mi ánimo, pensaré mejor que en otros días cualesquiera de mi existencia, en los últimos de Abril y primeros de Mayo de 1866.

Yo no había visto nunca tan alegre ni tan bello á Turin.

La inminencia de la guerra nacional esperada é invocada tantos años, despertó de improvise la índole generosa y guerrera de la ciudad. Bastaba pasar de noche por las calles principales para advertir el murmullo y movimiento, y el insólito agitarse de la gente; grupos de obreros, de estudiantes y de chiquillos iban y venían, pudiéndose notar que algo bullía en el ánimo de aquel pueblo, que algun gran hecho se había realizado ó estaba para realizarse: parecían todas las noches, noches de fiesta.

Eran aquellos días en los cuales al encontrarse á un soldado, se le mira afectuosamente; se charla

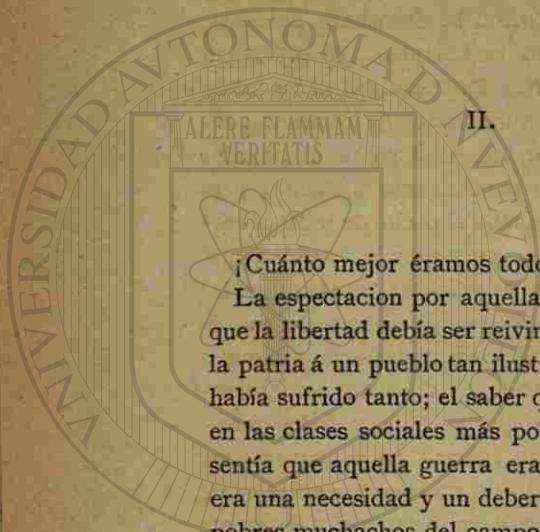
acerca del jinete que atravesó la calle con un pliego entre los botones de la levita; en que la gente se detiene para ver pasar los convoyes y los trenes del ejército; á los muchachos en las escuelas es imposible tenerlos quietos; los oficiales viejos pensionados hablan en voz alta en los grupos del café pegando puñetazos sobre la mesa; en el que las madres se ponen pensativas y los jovencuelos se vuelven locos; y á las mujeres no se las mira tanto como de costumbre, y cesan de entremeterse un poco, como hacen siempre, en todos los pensamientos, en todos los deseos y proyectos: que aun ésta, es una fiera tiranía.

Turin resucitaba aquellos días. Turin es la ciudad propia para días semejantes.

Por la mañana, las calles que conducían á la plaza de armas, estaban llenas de gente; las familias, padres, amigos de los soldados de la segunda reserva, hacía pocos días llamados á las armas se encontraban por todas partes; y todavía usaban los reclutas sus propios vestidos: sombreros de copa y papalinas encarnadas, elegantes pantalones claros y grandes polainas al modo de los pastores alpinos, gabanes negros, y chaquetas remendadas, todo junto: ¡qué bonito cuadro! Alrededor de los cuarteles un ir y venir continuo de madres con lios debajo del brazo, oficiales de la division y de la plaza en constante movimiento, y multitud de curiosos delante de la puerta;

dentro, un ruido ensordecedor. Por la noche, al tocar los tambores y las cornetas, gran multitud marchaba á compás, en grupos de diez ó doce, del brazo; cánticos, silbidos, gritos, resonaban en todas las calles. En el momento que la música y los soldados entraban en el cuartel estallaban los aplausos, los vivas, y se cambiaba todo el mundo apretones de manos y saludos: ¡hasta mañana, hasta mañana! — Todos parecían soldados.

¡Allí palpitabas tú, Piamonte!



## II.

¡Cuánto mejor éramos todos en aquellos días! La espectación por aquella guerra solemne en que la libertad debía ser reivindicada, y restituida la patria á un pueblo tan ilustre, tan querido, que había sufrido tanto; el saber que hasta el pueblo, en las clases sociales más pobres, comprendía y sentía que aquella guerra era santa y justa, que era una necesidad y un deber hacerla; el ver que pobres muchachos del campo, rudos, careciendo de todo, venían á hacerse soldados con tan buena intencion, con un corazon tan hermoso para participar tan pronto si no del entusiasmo, de la alegría general; el oír que por todas partes se agolpaban á inscribirse como voluntarios, centenares de jóvenes de todas condiciones, y que los padres y las madres mismas los acompañaban, y el pueblo les saludaba y los bendecía; que en aquella maravillosa unanimidad de esperanzas y de votos se componían las discordias políticas, sin oirse más que un solo grito: todo esto daba á los espí-

ritus una serenidad, una alegría tan viva y tan completa, que parecía la felicidad suprema. Cualquiera mala pasión se desechaba del alma, las antiguas ofensas se borraban, se olvidaban los antiguos rencores; los enemigos se buscaban ó se encontraban por mediacion de los amigos comunes, poniéndose una losa sobre el pasado. Siempre el mismo pensamiento presente, y el mutuo afecto que llenaba el pecho de todos, acrecía vigorosamente la energía y la vitalidad que luego se revelaba en las palabras, en las miradas, en los ademanes y aún en la manera de andar. ¡Qué jovialidad! ¡Qué afectuosa armonía entre los amigos! ¡De qué modo nuestros pensamientos se elevaban, se purificaban, y todos nuestros afectos cobraban fuerza! La primavera, no sólo sonreía en las flores, no sólo se respiraba en el ambiente y se sentía en la sangre: sonreía en las almas, se sentía en los corazones. Era como el soplo de una vida virginal, que á todos nos había penetrado.

¡Qué días! ¡Oh, patria! ¡Si siempre pudiéramos sentirte de igual modo!...

## III.

Desde los primeros días en que se habló de la proximidad de la guerra, comenzó á formáseme algo de confusión en la cabeza; confusión que fué creciendo poco á poco á medida que la probabilidad se convertía en certeza. Digo confusión, porque no se me ocurre otra cosa; pensaba, hablaba y obraba como por efecto de una bebida embriagadora. Primero agitación, luego inquietud, por fin la fiebre; oleadas de sangre ardiente subían á la cabeza, gran prurito de manotear, manía de moverme, de aire, de luz, de música y de versos, é imposibilidad absoluta de fijar la inteligencia en un pensamiento exclusivo, ni áun el de la guerra; porque sólo el representarme con la imaginación los sucesos por maravillosos y terribles que fuesen, era quitar ya á aquella idea, algo de indeterminado y aventurero, que me infundía tanta alegría y plenitud de vida.

Vuelto á casa, me era imposible estar quieto. Sacaba de los estantes una docena de libros, en

cada uno ojeaba una página, bufando y retorciéndome en la silla; los piés en continuo movimiento, hasta que concluía por echarlos todos al aire. —¡No bastan—gritaba: no bastan los libros! ¡Los libros no dicen nada de lo que me bulle aquí dentro!—Abría el periódico; los de aquellos días eran puro fuego:—echaba una mirada al acostumbrado articulazo entusiástico, y deshacía el periódico en cien pedazos.—¡Esto es muy flojo gran Dios, esto es frío!—Y sobrecogido de repente estro, me sentaba á la mesa y me ponía á escribir con furia.—¡Escribiré un artículo!—decía, y á poco tiraba papel, pluma y tintero, exclamando!—¡Todo es pálido! ¡Qué desesperación! Pero tú madre, dí, en nombre del cielo, ¿es posible que en toda la literatura italiana no haya versos que expresen toda esta fiebre que me devora?—¡Berchet!—me indicaba ella con timidez. —No, no; Berchet—le contestaba yo con acento dramáticamente suave:—Berchet es airado, Berchet odia, Berchet maldice, y yo amo en este momento, amo inmensamente, amo á todos, me siento hermano de todos, echaría los brazos al cuello á cuantos me tropiezo en la calle. Amo hasta á los austriacos ¡si señora, sí! Intentaré enfriarme lo que pueda, pero los amo, porque gracias á ellos, ¡Italia se conmueve y levanta la cabeza, y se revela tan poderosa, tan hermosa y tan querida, difundiendo en sus hijos este inefan-

ble sentimiento de orgullo y de placer! ¡Muerte á los austriacos, pero vivan tambien ellos! ¡Jamás me he sentido tan moderadamente cristiano!

Despues de todo esto, me lanzaba á la ventana y me encolerizaba del silencio de la calle.—¡Mira qué tranquilidad tan vergonzosa! ¿Pero es posible? ¿Qué gente es esta?... ¡Oh! domemos esta fiebre.—Encerrado ya en mi cuarto cogía la espada y me figuraba tener delante á un oficial austriaco, largo, flaco, con un par de bigotes puntiagudos y de ojos lunáticos; me ponía en guardia, y cuchillada va, vengan pasadas, molinetes, saltos y gritos, hasta que caía rendido en el sofá. ¡Ea, estoy loco!

No hay para qué decir si la vecindad advertía mi existencia. Aparte de que mis declamaciones poéticas se oían desde la calle, solía pasar toda la tarde sobre la terraza del patio, y todo el mundo sabe cómo son los patios de las casas nuevas de Turin (vivíamos en uno de los tres grandes palacios de la calle de Niza, enfrente á la estacion del camino de hierro); son como grandes palomares, donde hay más gente que piedras, y donde todos, despues de comer asoman la cabeza á las ventanas, enterándose los de arriba de lo que pasa en la casa de los de abajo, y éstos á su vez ven las piernas á las gentes de arriba; en las boardillas se hace el amor y en las terrazas juegan los chiquillos produciendo un estrépito infernal, mién-

tras los empleados leen su periódico; y desde el piso entresuelo hasta la buhardilla, como desde la buhardilla al piso bajo, todos murmuran los unos de los otros y se saludan con la sonrisa en los labios como buenos amigos. Nosotros vivíamos en el segundo piso. Al lado teníamos una gentil, culta y aguda señora napolitana, muy amiga nuestra; una mujer á lo Cairolí; llena de energía y de arranque, con imaginacion y facundia; la cual un día que su hijo debía batirse en duelo, había sorprendido á mi madre, diciendo tranquilamente:—¡Él cumplirá como bueno!

Al otro lado, vivía un viejo ingeniero, pintor, ochenton, ciego, veterano de Napoleon I, rodeado de una media docena de nietezuelos pequeñitos y lindísimos que eran mi delirio; un viejo delicioso con corazon de santo; me quería mucho, me llamaba su hijo, y cuando me alejaba y tardaba dos días en contestarle, iba á preguntar á mi madre tímidamente si quizá en su última carta había yo hallado algo que pudiese ofenderme. En el mismo piso y enfrente, habitaba una viuda como de cuarenta años, elegante, lánguida, enjuta, más bien fea, que devoraba novelas con verdadera furia; acostumbraba á asomarse á la ventana siempre que yo estaba, y me miraba con largas y cansadas miradas, apretando los labios é inclinando con melancolía la cabeza, fingidamente rizada, hácia un lado. En una ven-

tana pegando con la suya se asomaba ordinariamente su cocinera, herida de incipiente pasión hacia mi asistente (guapa muchacha); cara redonda, purpurina, gorda como si estuviese soplando siempre; dos grandes labios, dos ojos de gran tamaño, lo mismo que sus espaldas, y alguna que otra curva aquí y allá que ni á la más lejana distancia habrían pasado inadvertidas.

En el tercer piso sobre la ninfa lánguida, vivía un estudiante de la Universidad, muy joven, buen hijo, maniático por la guerra, inscrito ya en la lista de voluntarios, una cabeza feliz, de los más curiosos y dignos de cariño. A cualquier hora del día, dando yo una palmada, saltaba sobre la terraza con los brazos y la cara al aire á manera de poeta espontáneo, preguntándome y respondiéndome siempre en verso, improvisando discursos de alta política, de alta estrategia, de elevada filosofía y de alta literatura (vivía en el tercer piso); declamando, gesticulando y tarareando que era una diversion oírle. Apenas percibía su voz, toda la vecindad salía á las ventanas.

El popular himno de aquellos días:

O surgir la veremos bien pronto  
al concierto del mundo sentada,  
ó más sierva, más vil, más burlada  
bajo el hórrido cetro estará.

lo cantábamos á cada minuto en el patio.

—«O surgir la veremos bien pronto», gritaba extendiendo una mano hacia mí, y marcando con la otra la cadencia sobre la barandilla del terrado. —Y yo á él:—«Al concierto del mundo sentada»;—y él:—«ó más sierva (aquí la criada lo miraba creyéndose aludida), más vil, más burlada»,—yo:—«bajo el hórrido cetro estará».—Él:—«bajo el hórrido...»—yo:—«rido cetro»,—los dos:—«estará, estará, estará».

Grande risotada en todos los pisos:—Así me gusta la juventud,—murmuraba el buen viejo. Y la cocinera se escondía detrás de las maderas muerta de risa; y su ama ponía una boquita risueña que significaba:—¡qué locos tan adorables!—y la señora napolitana lanzaba una mirada heroica, y mi hermana echaba á correr, y mi madre me tiraba de los faldones y mi hermano exclamaba:—¡Es demasiado! y mi primo el coronel, soldado rígido, austero, que me quería mucho, pero que me daba buenos jabones, por lo cual le había puesto el nombre de *el grave benéfico*, me decía ásperamente:—Sé serio.—Delante de él, no lo niego, estaba siempre un poco mortificado; pero de repente mi amigo salía con otra estrofa, y entonces, ... ¡adios seriedad! me ponía más loco que ántes.

Esta era la comedia pública, luego venía la privada. El nietezuelo mayor del viejo soldado de Napoleon, venía á buscarme:—ánimo, en fila!—cogía por el brazo á mi madre, á mi hermana, al

niño, y que quieras que no los ponía á todos en fila y así los hacía estar; y si mi madre soltaba el trapo le pegaba con la mano en la espalda, diciéndole:—¡Firme, querida señora, derecha y sería; porque sino, cerraremos las puertas y os declamaré cincuenta octavas reales con toda la fuerza de mis pulmones, y bien sabéis que los habeis hecho robustos!—¡No! ¡no! ¡por piedad! respondía ella.—¡Pues silencio!—¡Es preciso estarse así! murmuraba riéndose de nuevo y volviéndose hacia mi hermana, con aquella sonrisa tan querida y tan graciosa!—¡Atentos! ¡*March!* El grito era tan atronador que mis soldaditos se descomponían y marchaban uno por aquí, el otro por allá, tapándose los oídos, y yo siguiéndolos iba poniéndolos uno por uno en sus puestos, y sólo les dejaba libres cuando se habían comprometido á gritar todos á una: ¡Viva la guerra! Pero mi madre me decía:—Yo no grito.—Tú gritarás.—Yo no.—Entonces, tómate este beso.

De día en día se iba poniendo más pensativa. Varios regimientos habían salido ya, y de un momento á otro se esperaba la orden de salida para el mio; ella lo sabía. Muchas veces, cuando armaba tanto ruido, la sorprendía mirándome con aire melancólico.—¿Qué piensas? le decía—¡Hijo mío, pienso, que pocos días nos quedan de estar juntos... Gozo, viéndote tan alegre, y al mismo tiempo... esta alegría tuya, me hace daño, porque...

pienso que luego sentiré más dolorosamente el vacío y el silencio... que reinará en esta casa... dentro de poco!

Así es, contestaba yo para mi coletito. ¡Pobres mujeres! ¡Valor! ¡valor! les decimos los que vamos á la guerra llenos de entusiasmo, de ambiciones y de sueños de gloria; alegres, sin cuidados, rodeados de amigos: ellas se quedan solas, sin consuelo, sin distracciones, siempre con un mismo pensamiento, con un dolor fijo, inmóvil...

—En estos días...—añadía mi madre,—comprendo yo y siento que en estos días nada soy para ti... No, no, deja que te lo diga; no me lamento de ello, no... ¡Pobre hijo mío, y es natural!... pero...

—Óyeme, le decía para consolarla;—tú, que tienes un corazón tan noble, tan selecto, puedes en ti misma encontrar consuelo, mucho mejor que otras mujeres. No seamos egoístas. ¿Crees tú que esta guerra se debe hacer? ¿Que es justa? ¿Que es sagrado deber para todo el país?—¡Oh, sin duda!—respondió enjugándose las lágrimas.

—Pues, si nuestra generación adulta no la hiciese, tendrían que hacerla nuestros hijos. Y si ahora no hubiera quinientas mil madres que llorasen, dentro de veinte ó treinta años tendría que haberlas. Nosotros nos sacrificamos por nuestros hijos, por los quinientos mil niños y quinientas mil niñas que ahora están en mantillas; estas tie-

nen en aquellos sus amantes y sus esposos predestinados. ¿No debemos nosotros asegurarles, en cuanto de nosotros mismos dependa, su porvenir, sin dolores y sin desventuras, y hacer de modo que un día puedan ellos enamorarse, casarse y vivir en paz? Mi madre sonreía, pero inmediatamente volvía á ponerse triste.—¡Todo esto es verdad...—decía suspirando;—pero no basta, hijo mío, no basta para consolar á una madre!—Y apoyados los codos sobre la mesa, con la frente abandonada entre las manos, lloraba en silencio. Intentaba consolarla.—No, hijo mío; vete fuera, á buscar á tus amigos, no quiero que te entristezcas aquí, déjame llorar sola; vete.

Era de noche, se quedaba allá, en un rincón del cuarto, sola, muda y meditando, meditando, meditando siempre.

Nunca como en aquellos días he experimentado el maravilloso poder de la imaginación sobre el sentimiento. Alguna vez comenzaba, como por entretenimiento, á fantasear respecto á los casos posibles de guerra, y poco á poco me recogía y me internaba tan profundamente mediante la imaginación en las batallas, en las entradas triun-

fales, en el regreso, hasta el punto de que las creía realidad, como si las tuviera delante de mis ojos, y se me revolvía la sangre, y me apretaba la cabeza entre las manos, porque parecíame que me iba á estallar: tal era el tumulto de ideas que bullían dentro; mi pecho se fatigaba y se apoderaban de mí ímpetus de ternura verdaderamente infantil.

Cierta noche, estando de guardia en el Palacio Madama, solo en mi habitación, sentado á mi mesa, con la luz enfrente y fantaseando más locamente que de costumbre, suponía haberme elevado á tan gran altura, que podía abrazar con la vista el país entero: montes, valles, ríos, bosques; por entre las calles de las ciudades sentía y veía hormiguar al pueblo, y las plazas públicas relampagueantes de bayonetas; y de las fortalezas, arsenales y fuertes levantábase confuso sonido de armas y cantos, estrépito misterioso de un trabajo agitado, febril; y por las líneas férreas, convoyes de guerra sin fin, pesados, lentos, que recorrían el país en todas direcciones, encontrándose, cruzándose y siguiéndose unos á otros, saludados siempre con alegría por los pueblos comarcanos; que aquí y allá se detenían para dejar cañones, carros, caballos, gente armada; y de repente, estallaba en todas partes formidable ruido de tambores y cornetas; las columnas de los regimientos asomaban y se extendían luego por los campos, con-

vergiendo y juntándose dos á dos ó tres á tres para avanzar lentamente hácia los confines del horizonte, coronando las alturas y serpeando al lado de los ríos, inundando los valles y desplegándose en inmensas líneas de batalla en las llanuras; y sobre las montañas del Tirol y desde el Lago de Garda arriba hasta perderse la vista, en mil puntos se veían las manchas rojas de las bandadas de voluntarios, trepar á los picos, precipitarse al fondo por las pendientes, desaparecer en los barrancos y reaparecer en las cimas escarpadas; entre tanto toda la vasta llanura lombarda poblábase de tiendas y de parques, resonaban las músicas y la gritería; y luégo segun bajaban las sombras, aquietarse todo; y finalmente, á los primeros albores de un hermoso dia de primavera, densa nube de gente á caballo, desprenderse del cuartel general con la rapidez del rayo, desparramarse en todos sentidos y propagar de campamento en campamento un grito, á cuya señal todo el ejército se removía violentamente, se reordenaba y avanzaba...

En este punto no pudiendo ya la imaginacion abrazar todo el cuadro de la inmensa batalla, se me presentaba un velo de espesa niebla, rota aquí y allá, á grandes trechos, por donde se veían nuestros jóvenes regimientos lanzarse al asalto de las colinas, retroceder, volver á la carga obstinados; los escuadrones acometer con la lanza

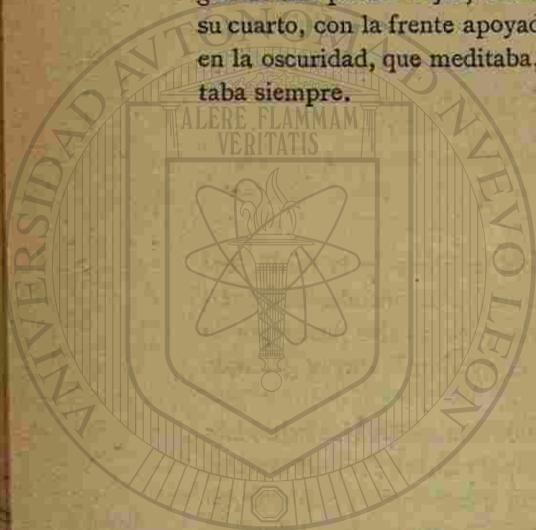
baja á los cuadros de infantería; las baterías que alcanzaban á otras baterías, y de la cúspide de las alturas fulminar y destrozár los flancos de las columnas que huyen; y las patrullas infatigables de tiradores, separarse y volverse á juntar, perseguir, ceder, ocultarse y volver á extenderse en largas cadenas; y asalto tras asalto en todas partes, líneas enfrente de líneas, y retumbar el cielo con el horrendo fragor de la batalla.

De repente se echa encima el silencio, la niebla se disipa, desaparece el polvo; sobre las crestas de todos los montes ondean las banderas de nuestros batallones, hienden el aire nuestras trompetas, y de una punta á otra de Italia agudo grito de júbilo largamente preparado y largamente comprimido, estalla, y... Elévate inmenso, ¡oh grito! y que tus vibraciones resuenen en toda la bóveda de los cielos; pero no cubras, no, aquel hilo de trémula voz que prorumpo del seno... ¡Oh gran Dios, mi cabeza, mi cabeza!

Me lancé fuera de mi cuarto, salí del palacio; la plaza del Castillo estaba desierta y tranquila como el patio de inmenso convento; la colina Superga se dibujaba distintamente sobre el cielo limpio y estrellado, y la fachada de la Gran Madre de Dios, iluminada por los rayos de la luna, parecía que se hallaba á dos pasos.

—¡Qué noche tan hermosa!—exclamé.—¡Oh, soy verdaderamente feliz!

Sólo una imágen turbaba mi felicidad: la imágen de una pobre mujer, sentada en un rincón de su cuarto, con la frente apoyada entre las manos, en la oscuridad, que meditaba, meditaba y meditaba siempre.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN  
DIRECCIÓN GENERAL DE

## EN MARCHA.

### I.

El 6 de Mayo, hácia las cinco de la tarde, estando sentados una docena de oficiales á la puerta del cuartel, se oyen precipitados pasos por la escalera y aparece el ayudante mayor gritando desaforadamente:

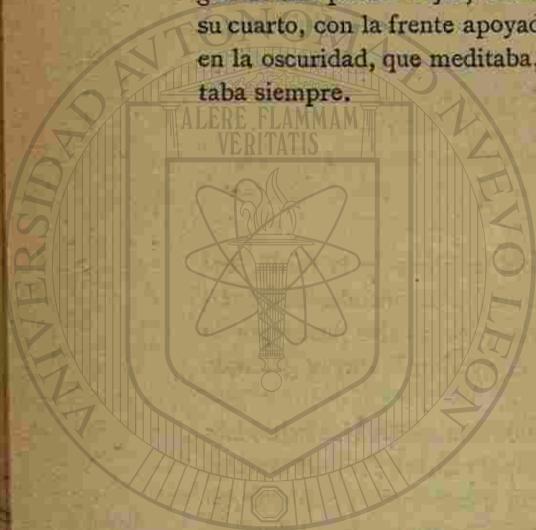
—¡Señores! Salimos esta noche á las ocho. Los equipajes, á las siete en el cuartel. Trajed de marcha.

Resonó un grito de gozo; y sin preguntar siquiera dónde íbamos, todo el mundo echó á correr al café vecino para avisar á los amigos, al cuartel para llamar al ordenanza, á casa para prevenir á la familia. De allí á un momento estalla en el cuartel infernal estrépito; suenan los tambores; se esparce la noticia en las cercanías; la gente acude, y en pocos minutos, de casa en casa, de calle en calle, corre la voz por media ciudad y se propaga la alarma entre las madres.

Corro yo á casa, subo la escalera de tres en tres, llamo, me abren: era mi madre.

—¡Dios mío! ¿Qué tienes? ¿qué ocurre?

Sólo una imágen turbaba mi felicidad: la imágen de una pobre mujer, sentada en un rincón de su cuarto, con la frente apoyada entre las manos, en la oscuridad, que meditaba, meditaba y meditaba siempre.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN  
DIRECCIÓN GENERAL DE

## EN MARCHA.

### I.

El 6 de Mayo, hácia las cinco de la tarde, estando sentados una docena de oficiales á la puerta del cuartel, se oyen precipitados pasos por la escalera y aparece el ayudante mayor gritando desaforadamente:

—¡Señores! Salimos esta noche á las ocho. Los equipajes, á las siete en el cuartel. Trajed de marcha.

Resonó un grito de gozo; y sin preguntar siquiera dónde íbamos, todo el mundo echó á correr al café vecino para avisar á los amigos, al cuartel para llamar al ordenanza, á casa para prevenir á la familia. De allí á un momento estalla en el cuartel infernal estrépito; suenan los tambores; se esparce la noticia en las cercanías; la gente acude, y en pocos minutos, de casa en casa, de calle en calle, corre la voz por media ciudad y se propaga la alarma entre las madres.

Corro yo á casa, subo la escalera de tres en tres, llamo, me abren: era mi madre.

—¡Dios mío! ¿Qué tienes? ¿qué ocurre?

Iba jadeante como un caballo.

—Es necesario partir.

—¡Oh!

—Sí... y no hay tiempo que perder.

—¿Cuándo?

—A las ocho.

—¡A las ocho!—repitió con el mismo acento mi madre, como un eco, y se quedó extática, sin hacer movimiento ni gesto alguno, mirándome con aire de estupor.

—Pronto, pronto; es preciso hacer el baul; á las siete debo estar en el cuartel; en seguida vendrá el asistente, y entretanto es forzoso comenzar; ánimo...

Pasado un instante, y viendo que mi madre no se movía,

—¿Vamos?—exclamé.

—¡Ah!—dijo ella como si volviese de un atolondramiento.—Ya estoy lista ¡Herminia!

Mi hermana apareció de repente.

—¡Se marcha!—le dijo precipitadamente mi madre;—es menester arreglarle la ropa, y á escape, ¿no es verdad? Bien. Ahora... espera. ¿Dónde está el baul? Pero no; es mejor ántes... mira... ó más bien..

Y miraba aquí y allá como si hubiera perdido la memoria. En estas ocasiones aquella pobre mujer perdía la cabeza.

—¿Por consiguiente?...—preguntó luégo á mi

hermana, que estaba allí tambien inmóvil y sonámbula, y como para salvar la dificultad.

—¡Ah!—respondió estremeciéndose; pronto, sí, es preciso despachar.

Y corrieron las dos á otra habitacion.

Un campanillazo; abro: el asistente.

—Ya estoy aquí—exclamó anhelante.

—¡María!—grita mi madre volviendo de prisa.

La muchacha viene.

—Ve á llamar á escape á mi hija. Al pasar dí al portero que venga á llevar el baul. Haz que llamen á Héctor, que está en el café próximo. Que vengan todos á escape, pronto.

El asistente traslada el baul á la terraza; el ruido llama á la ventana á la ninfa lánguida; la ninfa lánguida llama á la cocinera purpúrea; el impetuoso movimiento con que la cocinera abre la ventana hace acudir á los demás vecinos á los corredores.

Entre tanto, mi madre iba y venía sin hacer nada.

—¡Amigo!—grité yo dando palmadas.

—¡Italia!—responde él al mismo tiempo apareciendo sobre la terraza en mangas de camisa y con ademán inspirado.

—Me marchó á las ocho.

Desaparece, vuelve vestido, levanta la cortina de mi cuarto y exclama:

—Espero en la estacion—y se precipita por la escalera gritando:

—¡Viva la guerra!—pasando el baston por los hierros de la balaustrada, promoviendo un estrépito de todos los demonios.

El asistente pone en el baul la casaca y los pantalones. La ninfa se sorprende lánguidamente. La cocinera abre unos ojos desmesurados...

—¡Alberto!—exclama mi madre deteniéndose en su afanoso ir y venir.

—Aquí estoy.

Me llama aparte.

—Dime... ¿dónde vais? ¿lo sabes?

—A Plasencia.

—¡A Plasencia! Y... dime: es una ciudad fortificada Plasencia, ¿no es verdad?

—Sí, fortificada.

—¿Permaneceréis allí?

—No lo creo.

—Pero... ¿no defienden las ciudades fortificadas?

—Esta no, porque nosotros seguiremos adelante y ella se quedará á la espalda.

—¡Ya!...—dijo como la que pierde una esperanza.

Otro campanillazo; abro; mi hermana mayor. Me aprieta fuertemente la mano y entra.

Tercer campanillazo. Es mi hermano Héctor: apretón de manos y adentro.

Echo una mirada á la ninfa: ¡gran Dios! ¡qué aniquilamiento! Mi asistente observa con el rabo del ojo si las mejillas purpúreas dan señales de palidecer; no. Me figuro tener un parche en el cuello: trato de inclinar la cabeza en actitud melancólica: en vano; la patria es más fuerte.

Entre tanto, vuelve mi madre con los brazos cargados de ropa blanca, seria, impasible, que me trastorna; detrás de ella todos los demás, silenciosos, con la cabeza baja.

Mi madre se inclina sobre el cofre: el ordenanza hace ademán respetuoso de cogerle la ropa; ella se resiste y responde:

—Déjemelo hacer á mí.

Mis hermanas tienden los brazos para hacer lo mismo.

—Dejádmelo hacer á mí—responde otra vez mi madre;—y se inclina para ponerse de rodillas.

—¡Madre!—le digo entónces con acento de afectuoso reproche, deteniéndola por el brazo.

Ella me mira.

—No quiero—añado yo.

Y me replica con acento aún más afectuoso que el mío:

—¡Te lo suplico por favor!

Se arrodilla y pone en su sitio la ropa. El soldado me mira entre enternecido y lleno de sorpresa, como diciéndome:—¡Qué afortunado es V., mi teniente!

Yo le miro como para responderle: —Lo sé; siento que no esté aquí la tuya.

Mi madre se levanta y se marcha. Oigo una respiración agitada; me vuelvo; es mi hermana menor que llora.

Mi madre vuelve con no sé qué entre las manos; lo coloca en el baul y se marcha de nuevo; miro: es su retrato.

Vuelve con tres libros y los pone encima del retrato.

—¿Qué libros son, madre?

—Son *Los novios*, de Manzoni.

—¡Oh gracias!—Y le besé la mano. Ella las retiró de pronto; siempre impasible; todos la mirábamos estupefactos; nos inquietaba su estado.

—Quítate la faja.

—¿Por qué?—pregunté.

Ella, sin contestar nada, me la quita y la pone en el baul.

—Madre... si debo llevarla puesta.—Sin responder, va á otra habitación, otra vez la respiración afanosa; llora mi hermana mayor. En esto volvía ya mi madre con una magnífica faja de seda, me la pone á la cintura diciéndome:

—La he hecho durante las horas en que estabas de servicio.

—¡Madre!—y junté las manos en actitud de súplica como para decir:—¡Es demasiado!

—Ella volvió la cabeza hácia otra parte.

El asistente mira á mi madre con los ojos brillantes.

—Ya está todo:—dice ella mirando alrededor. Breve pausa siguió á estas palabras.

—Se puede cerrar.

Baja la tapadera, aprieta con la mano y no puede cerrar; aprieta con la rodilla rechazando con los codos á quien la quiere ayudar; se le resbala un pié, vacila...

—¡Pero madre! ¡pero qué haces!...—exclamamos todos sosteniéndola.

Llaman: es el portero que viene por el cofre.

—¿Ya estás aquí?—exclama mi madre volviéndose desagradablemente sorprendida:—Llévale.

El portero se echa el baul á la espalda.

—Al cuartel de Puerta Susa—le dije.

—Ya sé donde es,—respondió echando á andar.

—¡Espera!—exclama de pronto mi madre,—cuida de no dejarlo caer.

—No lo piense siquiera.

Sale; mi madre lo acompaña hasta la puerta; lo mira bajar las escaleras;—ya ha desaparecido;—aprieta los labios, cierra los párpados, ha vencido; el golpe de llanto ha caído en el fondo del corazón; y queda impasible como ántes; empiezo á turbarme... ¡Cómo acabará!

—Buenas noches.—Ninguno responde; ya ha comprendido todo; me mira, alzo la cabeza.—

Vamos, no está del todo mal,—parece que dice. Y pasamos todos al cuarto inmediato.

Última mirada á la ventana. Languidez mortal. Nuevo alargar del cuello, inútil; vence la patria: ¡adiós para siempre!

Estamos todos sentados en círculo en otra habitación; ninguno habla; se oye el crugir de un vestido; se abre la puerta; hé aquí *la señora fuerte*; todos se levantan.

—Mi querida amiga—dice alargando las dos manos á mi madre con aquella gracia que le es peculiar, con aquel garbo sereno y animado al propio tiempo.—Hasta ahora no he sabido que su hijo debía partir. Son momentos dolorosos, cierto; pero es preciso que todos sufran y sobreleven la parte que les corresponde, por el país. ¡Grandes y solemnes son estos días para Italia! ¡Grande y solemne es la guerra! Creedlo: es imposible que el enemigo resista esta ola de fuego que va á inundarlo por todos lados. El ejército deja á su espalda un pueblo entero dispuesto á bajar al campo. ¡Son estos días, días señalados, y así se forman las naciones!

Mi madre la miraba atónita.

—¡Quién pudiera ver de léjos, un instante tan sólo, la gran batalla! ¡Verla en el punto más bello, cuando nuestros regimientos hayan desalojado al enemigo de todas sus posiciones en los montes, á lo largo de la línea de batalla y en el ins-

tante en que descendan por allá abajo de las opuestas laderas de las colinas, precipitándose carros, caballos, soldados, cañones... ¡Ánimo señora, esta es una verdadera cruzada; hasta las mujeres y los niños irían á combatir; si este ejército se disolviese derrotado, en quince días surgiría otro. ¡No lo dudeis!

—Sí, sí—prorumpió mi madre con una decisión que quería parecer entusiasmo maternal encubierto con amor á la patria.—¡Sí! ¡Es una cruzada! Debemos ir todos á la guerra, todos, en ejércitos de millones y millones para infundir miedo al enemigo, é infundir por todos lados la idea de resistir y abrir la puerta de la fortaleza...

—¿Dónde está mi hijo?—preguntó una voz trémula desde la habitación vecina; se abrió en el mismo punto la puerta y apareció el viejo abuelo ciego, con los brazos extendidos y en actitud de llamarme á sí. Yo lo abracé; él me tocó la espada, la faja, y preguntó con voz conmovida:—¿Ya estás pronto?—Después me puso la mano en el hombro, apoyó su mejilla sobre mi pecho y quedóse inmóvil. Silencio general. El amigo, brusco, de pié en el fondo de la sala, contempla el cuadro con el entrecejo fruncido y los brazos cruzados sobre el pecho. Mi madre me miró fijamente.

Trascurrieron algunos minutos, y yo, mirando rápidamente el reloj, dije con grande esfuerzo:

—¡Ya es hora!

Todos adelantaron un pié y dieron un paso hácia mí. El *grave benéfico* se me acercó y murmuró á mi oído:

—Sé hombre.—Pausa.

—Con que...—murmuré yo poniéndome el ros.

—Con que—dijo resueltamente la señora, estrechándome y apretando mis manos á cada palabra—¡valor! á honrarnos, acuérdesse de nosotros y escriba.—Dicho esto se retiró.

—¡Adios, Alberto!—exclamó mi hermano arrojándome los brazos al cuello y besándome.

Mis hermanas me abrazaron sollozando y huieron.

—¡Ah!—prorumpió el viejo abriendo los brazos—¡qué muchacho!—Y estrechando mi cabeza sobre su hombro, murmuró con trémula voz:—Si esta fuese la última vez que te abrazo... quiera el cielo... que sea por culpa mía.

El amigo áspero, me apretó la mano, me miró fijamente y se retiró.

Mi madre y yo nos contemplamos un instante; ella me estrechó entre sus brazos, se abalanzó á mi cuello con fuerza viril, me cubrió de besos desesperados; despues, cogiéndome con una mano el brazo y colocando la otra sobre mi hombro, cogida á mi lado, se hizo arrastrar, mejor que conducir hasta la puerta. Allí me dejó á la fuerza y me miró bajar por la escalera. En el

mismo instante, como si me hubiera visto caer en hondo precipicio, lanzó agudo grito:

—¡Alberto! ¡Alberto!

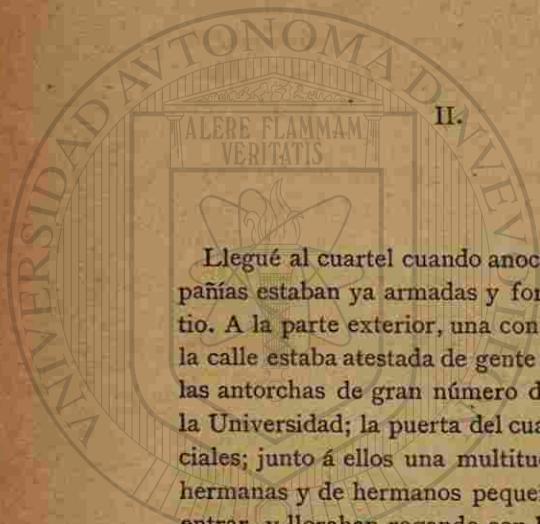
Sentí, continuando la bajada, que habían acudido todos los demás, percibí confuso rumor de voces; mi soldado, entre los otros, decía.—¡Valor señora! Yo estaré siempre junto á él. ¡Se lo prometo!—y sollozos desesperados de mi madre; un último y sofocado grito de:—¡Alberto!—y despues... nada.

Atravesando apresuradamente el patio, encontré á los cuatro sobrinillos del viejo que volvían del colegio; los detuve, los cubrí de besos;—¡Oh! ¡Me los ahoga!—gritó espantada la niñera.

—¡Señor teniente, si vieses!...—exclamó el asistente enjugándose los ojos con el pañuelo.

—¡Cállate!

Y eché á andar á grandes pasos.



Llegué al cuartel cuando anochecía. Las compañías estaban ya armadas y formadas en el patio. A la parte exterior, una confusión indecible; la calle estaba atestada de gente y alumbrada por las antorchas de gran número de estudiantes de la Universidad; la puerta del cuartel llena de oficiales; junto á ellos una multitud de madres, de hermanas y de hermanos pequeños, que querían entrar, y lloraban rogando con las manos juntas: —¡Que nos lo dejen ver una vez todavía, un momento sólo, siquiera una palabra!—Y el oficial de guardia les rechazaba hácia atrás, y gritaba y rogaba también él:—¡Háganme este favor, échense allá, dejen el paso libre; no puedo dejarles entrar; está prohibido; nosotros cumplimos nuestro deber; los verán cuando salgan!—Un correr de mujeres de oficiales con muchachos de la mano, otros recién venidos á dar el último consejo y á dirigir la última plegaria; más allá un vaiven de mujeres y de muchachos, que no son ni madres,

ni esposas, ni hermanas, llorando, fingiendo llorar, para despertar alguna útil simpatía en los que quedaban; otras en desesperación melancólicamente colocadas; grupos de obreros que pasan cantando y ondeando banderas; gritos, aplausos y el murmullo confuso como de un mar agitado...

Suena el primer redoble de tambor; los oficiales desaparecen; en la muchedumbre se produce improvisado silencio. De allí á un minuto están fuera los gastadores del regimiento, á despejar la calle.

Me asalta un pensamiento:—Si va á la estación... ¡Dios mío! ¡Es preciso pasar bajo sus ventanas!...

Suena la música; el regimiento está fuera, flanqueado por dos largas filas de antorchas; las familias dan el asalto á las filas; los oficiales y sargentos las rechazan; empujados por aquí, vuelta por allá; la gente se asoma á las ventanas ondeando banderas; llueven cigarros, flores y frutas; una multitud precede al regimiento, cantando; otra multitud lo sigue.

—¡Viva la brigada Piamonte! ¡Viva el viejo regimiento del 637!—gritó un señor desde una ventana.

Y otro:

—¡Vivan los valientes de Calmasino!

Pasamos por la calle de Santa Teresa; llega-

mos á la plaza de San Carlos; ya estamos en la plaza Carlos Felipe; á medida que adelantamos, el corazón se me oprime con más fuerza, me tiemblan las piernas. — ¡Oirá la música, oirá esta gritería aquella pobre mujer!

Levanto los ojos; hé aquí la casa, hé allí la ventana iluminada; hay una persona; no es ella; ¿quién será? No puede distinguirse; saluda con la mano; mira hácia abajo. ¡Dios mío! ¿quién será?

De repente aparece luz en la ventana de abajo.

— ¡Ah, lo he visto, es el ciego! ¡Dios te bendiga, padre mío!

Hé aquí mi amigo: me abraza, me besa, me grita:

— ¡Buena fortuna, hermano! ¡Viva la guerra! Y desaparece.

Estamos en el tren; asomo fuera la cabeza; siempre la ventana iluminada, siempre el ciego solo que agita la mano en señal de despedida.

— ¡Y esta música que no calla nunca! ¡Oh, pobre madre!

Se oye el silbido; el tren se mueve; el corazón me da un salto terrible; ¿quién otro ha acudido á la ventana? Veo dos brazos que se extienden hácia mí... ¡Dios mío! ¡He oído un grito!

La casa ha desaparecido.

— ¡Adios, mi ángel bueno, madre santa y adorada! ¡El cielo me permita volver á verte, ó mo-

rir tan noblemente, que el orgullo de ser mi madre compense en tu corazón el dolor de haberme perdido!

— Ahora á nosotros — dije volviéndome vivamente á mi vecino y dándole una palmada en la rodilla.

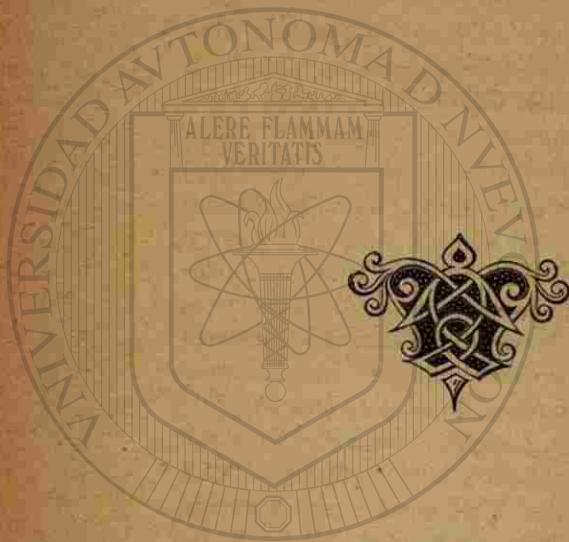
El vecino, sumergido hasta entónces en la melancolía de un abandono amoroso, se sacudió de repente y gritó con fuerza:

— ¡Viva la guerra!

Y todos los demás:

— ¡Fuego á los cigarros!

En un instante el departamento estuvo lleno de humo, de estrépito y de alegría.



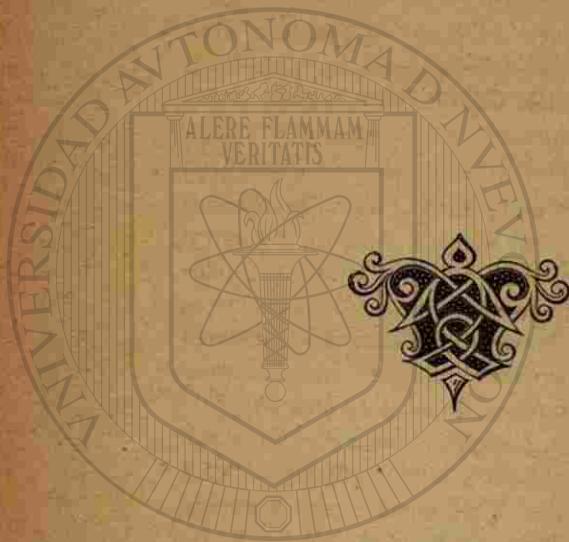
## EN CAMPANA.

Encuentro en este punto del libro de memorias una larga serie de cartas de Alberto, y junto á cada una la respuesta de la madre unida al pliego. Del exámen de los caracteres de la madre se podría deducir la historia de la guerra: el temblor de su mano era ciertamente el más seguro indicio de los sucesos. Sobre poco más ó menos, sus cartas dicen siempre lo mismo, es natural; pero en las del hijo hay aquí y allá alguna cosa digna de notarse. Y yo anotaré esta cualquier cosa, que resultará como crónica desligada, incompleta, pero franca y viva, de las varias vicisitudes, ó mejor, de las varias impresiones, que algunos de los sucesos de la guerra dejaron en el ánimo de mi amigo.

Doy mi palabra al lector de que copio literalmente. ®

«Plasencia, 8 Mayo.

«... Plasencia parece un cuartel; hay más soldados que ciudadanos, y más cruces que soldados:



## EN CAMPANA.

Encuentro en este punto del libro de memorias una larga serie de cartas de Alberto, y junto á cada una la respuesta de la madre unida al pliego. Del exámen de los caracteres de la madre se podría deducir la historia de la guerra: el temblor de su mano era ciertamente el más seguro indicio de los sucesos. Sobre poco más ó menos, sus cartas dicen siempre lo mismo, es natural; pero en las del hijo hay aquí y allá alguna cosa digna de notarse. Y yo anotaré esta cualquier cosa, que resultará como crónica desligada, incompleta, pero franca y viva, de las varias vicisitudes, ó mejor, de las varias impresiones, que algunos de los sucesos de la guerra dejaron en el ánimo de mi amigo.

Doy mi palabra al lector de que copio literalmente. ®

«Plasencia, 8 Mayo.

«... Plasencia parece un cuartel; hay más soldados que ciudadanos, y más cruces que soldados:

á cada paso encuentro alguno que lleva el pecho cubierto; á cada vuelta veo un general; los coroneles no me parecen nada. ¡Cómo siento mi pequeñez en medio de todos estos galones! Las grandes reuniones militares tienen esto de malo, que á nosotros, pobres tenientuchos, nadie nos mira siquiera; desaparecemos completamente. Esto es pura broma. Yo te tengo á ti, tengo mis soldados, tengo á mis amigos, tengo la sangre llena de fuego, el corazón lleno de Italia, el alma llena de porvenir; estoy contento, no deseo nada, no envidio á nadie.

»Estamos alojados en un convento y dormimos sobre la paja.

»Es una desesperación con estos quintos, que no saben ni vestirse, ni caminar, ni correr. Se han hecho las cosas demasiado de prisa. Si mañana se inaugura la guerra, te digo que nos encontraríamos lucidos; medio regimiento no sabe todavía cargar el arma; hay gran necesidad de soldados provinciales; se esperan.

»En todo el cuartel no se ha podido encontrar un cuarto para el oficial de guardia. La otra noche me he recogido en la oficina de la comandancia, y he dormido sobre los papeles...»

En la respuesta de la madre encuentro estas palabras:

«Procura no deteriorar los papeles; pudieran ser importantes. ¿Has cuidado al menos de poner-

te alguna cosa debajo de la cabeza? Herminia se ha puesto mala del dolor de tu partida. El otro día, limpiando tu ropa lloraba; la ví, se lo dije, negó; pero lloraba. Tú no sabes todavía lo bueno que es su corazón.»

La carta acababa:

«¿Dónde están los austriacos?»

En otra carta suya se lee esta pregunta:

«Dime, Alberto: me han asegurado que los batallones de los austriacos tienen más fuerzas que los vuestros. ¿Cómo es esto? ¿Cómo lo arreglaréis?»

El hijo respondía:

«Mandaremos dos de los nuestros contra uno de los suyos.»

Y la madre de nuevo:

«Entonces, está bien.»

Todas estas cartas y las que siguen después, están llenas de saludos afectuosos del viejo seco y de la señora napolitana, que esperaba «grandes descripciones de cosas grandes.» Y de vez en cuando una postdata de la madre que preguntaba:

«¿Qué hace el ordenanza?»

Deduzco del libro, que el coronel, el grave benéfico, estaba en el cuartel general del ejército, y que de «aquella magnífica altura» velaba amorosamente por el oscuro primo por medio de cartas y de informes indirectos; pero el primo no sabía nada. El «grave» ocultaba al protector para no cubrir al coronel; y lo alabo.

El regimiento de Alberto había acampado hacía cuatro días cerca de San Giorgio, á pocas millas de Plasencia, y él no había escrito á su madre sino el día de la partida, para anunciarle «que iba á dormir bajo la tienda.»

—¡Cuatro días que no escribiste! ¡Pobre Alberto! Duerme en el suelo, sufrirá, se habrá puesto enfermo; ¡quién sabe lo que habrá sucedido! ¡Oh, Dios mío! ¡Un telegrama al coronel, pronto!

Y mandó el telegrama siguiente:

« Dame noticias de Alberto. Te lo suplico. No recibo cartas. Tiemblo por su salud. »

Y el coronel le respondió en seguida:

« Está bueno. ¡Pero es tan delicado! »

Mi madre comprendió la ironía, se enfadó un poquito, tomó la pluma y comenzó:

« Queridísimo amigo: no digo que Alberto sea delicado; pero creo poder... » Borró.

La division Cugia ha partido para Cremona; de Cremona se dirigió hácia Goito. Una carta de la madre decía así:

« ...Dirás que soy una tonta, que hablo de cosas que no comprendo; pero sin embargo, esa gran necesidad de pasar cuanto ántes el Mincio, no la veo. Si fuese el general La Mármora, me parece que esperaría todavía. No se sabe nunca lo que puede suceder. De todos modos, hareis ir delante á los soldados del general Cialdini, que tienen la escuadra próxima, y en todo caso... »

« ¿Se podrían refugiar en ella? »—preguntaba Alberto recogiendo la frase en su respuesta.

Y la madre contestaba:

« No son momentos para burlarse. »

La division Cugia se halla sobre el Mincio. La carta de la madre está escrita precipitadamente, toda llena de puntitos suspensivos y exclamacio-

nes y palabras que suben unas sobre otras, y líneas que se confunden y serpentean por la anchura de un dedo.

«...Por caridad, hijo mío, cumple tu deber; soy yo la primera en decírtelo; pero no hagas más... Los ejércitos tienen necesidad de los oficiales, y si los oficiales se exponen más de lo necesario, ¿qué sucederá? Sucederá que los soldados quedarán sin guía y sin disciplina, y entonces... ¿qué sucederá del ejército? Por caridad, piensa un poco en los soldados... (¡oh, amor materno, qué sutilmente argumentas!) y piensa también en mí; cumple tu deber, sí, pero piensa...» —Aquí hay algunas palabras que no se comprenden. Y después: —«Tu vida es la mía. ¡Oh, hijo mío! ¡Qué días! ¡Qué tremendo momento! No te digo lo que sucede en tu casa por no contristarte; yo ruego por ti...» —El resto no se comprende. Hay una postdata empezada: —«¡Oh, Alberto!» —y después no hay nada. Veo ciertas curvas trazadas por el hijo, que á primera vista pudieran tomarse por islas; pero creo que las había dibujado pasando la pluma alrededor de las huellas de las lágrimas de su madre, y así aparecieron aquellas figuras.

Aquí encuentro una página titulada:—Lo que sucedió el 28 de Junio.—Y dice:

«Mi madre estaba sentada á la mesa del comedor y tenía delante un jovencillo, el hijo de nuestra amiga la napolitana, y á su lado á mi viejo padre. En medio de la mesa había extendido un mapa.

—Persuádase V, querida señora;—decía el joven;—la division Cugia, no puede haber tomado parte en la batalla; es evidente.

—¡Oh, sí... evidente!—exclamaba mi madre moviendo la cabeza y pasándose las manos por los ojos, húmedos por el llanto.

—Sí, créame; y después de todo... ¿qué sirve que yo lo diga? Lo dice el mapa: mire, oiga. O la division Cugia, ha pasado por aq... (y apretaba y separaba uno después de otro, los dedos de la mano izquierda, entre el índice y el pulgar de la derecha), y entonces es imposible que se haya encontrado allí en el momento en que... O ha pasado por este otro camino, y en este caso no es admisible que pueda haber llegado á tiempo... O finalmente, y ésta es la última, ha pasa-

do detrás de la division que estaba á su izquierda, y si esto es verdad, y aún fuera de toda duda, es claro, es indiscutible que aquella ha quedado de repente fuera del campo de batalla. ¿No le parece, señor ingeniero?

El viejo, sin haber visto ni comprendido nada, respondió:—Seguro.

Mi madre continuaba mirando atentamente el mapa, registrándolo por todos lados, recorriendo con los dedos todos los caminos, levantando los ojos como para recoger los pensamientos, y después, de repente, prorumpía con voz de llanto: —¡Oh, sí, sí, no ha llegado á tiempo! ¿Quién lo dice? ¿Quién puede saberlo? ¿El mapa? ¿Qué prueba el mapa? No basta el mapa. En tanto, han pasado tres días y no me ha escrito todavía, y si no hubiese sucedido nada, yo sabría alguna cosa, y esto quiere decir que la division ha llegado á tiempo, y que él ha estado allí, y que... ¡Oh hijo mio! ¡Oh, Alberto mio! ¡Mi pobre Alberto!

Y golpeándose con las manos la frente, rompía en deshecho llanto.

—¡Señora, señora!—exclamaban á una voz los otros dos.—¡Cálmese V. por caridad, cálmese, no puede haber pasado nada!... Créalo: su amor maternal...

—¡Dios mio!—gritaba mi madre con acento de angustia casi desesperada;—¡Dios mio! ¡Mi amor maternal! ¡Pero si no ha escrito! ¡Pero si dos

amigos míos que tienen un hijo oficial, han recibido noticias! ¡Y yo no! ¡Yo nada! ¡Oh, Herminia!—Mi hermana acudía:—¿Qué es?

—Señora...

—¡Alberto, Alberto!

—¡Dios mio! ¿qué ha sucedido?

—¡Una desgracia! ¡La presiento! ¡Yo me moriré! Pronto, un telegrama al coronel, que pregunte, que busque, que sepa decir alguna cosa, que calme esta desesperacion de mi alma, que...

Suena la campanilla.—Silencio.—Es la criada.

—Señora, una carta.

Mi madre se abalanza sobre la mujer, le coge la carta, la mira, lanza un grito, la vuelve á mirar, se la lleva al corazón con un gesto convulso, respira, sonríe, levanta al cielo los ojos y exclama:—¡Gracias! ¡Gracias!—y besa y vuelve á besar el pliego, y estrecha contra su seno la cabeza de la hija, y murmura con débil voz:—¡Alberto! —y se abandona sobre la silla. Los dos amigos sostuvieron su cabeza é intentaron quitarle la carta de entre las manos; inútilmente: eran unas tenazas.»

Hé aquí algunos retazos de la carta.

Cerlungo, 25 de Junio.

... Te he dicho todo aquello que he visto, que es poco; no puedo, sin embargo, darme cuenta de ciertas lagunas que quedan en mi memoria; las cuales, si no recordase otras muchas cosas, me harían dudar de haber perdido la retentiva: tan extrañas son é increíbles. He olvidado de repente, dónde y cuando se ha detenido mi batallón por primera vez, y me acuerdo perfectamente de un soldado de otro regimiento que yo de-tuve mientras corría y le dije:—¿De dónde vienes?—Y él me señaló una casita sobre la cima del monte, exclamando:—¡Hemos hecho una ensalada!—para decir que en aquella casa se había hecho un estrago de austriacos, y era verdad. Me acuerdo de otro que recibió una bala en los dedos, en el acto de bajarse para tocar un muerto; lanzó un grito y miró alrededor estupefacto, separando la mano de la arena y murmurando lamentablemente:—¡Me hace daño!—Recuerdo la arena hecha por mi comandante al batallón, pe-

cos minutos ántes de que se moviese; la cual arena fué de una sencillez y de un laconismo verdaderamente singular.—¡Soldados!—dijo friamente sin volver siquiera el caballo hácia nosotros; temo que hoy no tendremos nada que hacer; acaso nunca... quiero creer que... ¡Seamos italianos, diablo!—Y aquí terminó: palabras contadas. Poco ántes, llevando su carmañola llena de rom á un pequeño círculo de oficiales, que no le parecían alegres, había dicho sonriendo:—Tomad, y que refresquen los espíritus enfermos.

«Estoy profundamente convencido de que el verdadero valor deriva del corazón y del cultivo del espíritu; y el verdadero valor no consiste menos en no tener miedo, que en el conducirse y en el obrar, teniéndole, como si en realidad no se tuviese; lo cual es efecto del razonamiento, ó mejor, de una infinidad de razones, de recuerdos, de imágenes, de ejemplos, que á cada momento te pasan con fulminante rapidez por la mente y te dicen:—¡Firme!—Y pasan también estrofas enteras de poesías patrióticas; y me pasó y volvió á pasar tu imagen con el brazo trémulo, pero extendido, y el índice señalando hácia el enemigo y los ojos lagrimosos fijos en los míos, y los labios contraídos por los sollozos pero que decían con voz clara y vibrante:—Cumple tu deber.—¡Oh madre! ¡Cuán cerca estaba de ti en aquellos momentos!

«...No lo creería; los muertos no causan aquella horrenda impresion, que suele decirse, al menos mientras dura el peligro. Mi batallon estaba en orden de columna é iba adelante, y los pelotones se detenían sobre la orilla de un foso á mirar el cadáver de un soldado, al cual la metralla había deformado la cabeza; yo hice extender por encima una tienda y nadie miró. Es penoso ver aquellos soldados heridos que, á fuerza de revolcarse por tierra y de tocarse aquí y allá, reducen la camisa y los calzoncillos al extremo de no verse un palmo blanco, todos sucios de sangre; y la mayor parte de las veces no tienen sino una ligera herida. Al principio se está tan profundamente absorto en el espectáculo del campo, que no se piensa siquiera que podemos ser heridos. Y es casi una sorpresa verles despues venir abajo en grupos, con las cabezas vendadas, con los brazos al cuello de sus camaradas, llevados á cuatro manos, pálidos como difuntos, quién llevándose una mano al lado, quién al pecho, quién lanzando agudos gritos, quién gimiendo en voz baja; y los médicos correr afanados de aquí para allá, sin saber por donde ni por quien comenzar; y despues examinar, lavar, cortar, vendar á la ligera, uno despues de otro; luégo dirigirse todos á la ambulancia, y despues otros grupos, otros gritos, otros lamentos; ¡Dios, que escena! He visto un grupo de soldados alrededor de un médico que curaba

á un herido y oido gritar: ¡ay! ¡ay! Me he acercado; el herido estaba ya de pié.—Anda á la ambulancia, anda—le ha dicho el doctor. Aquel se alejó á paso trémulo y lento.—¿Está ya curado?—pregunté.—¡Curado! Vivirá todavía algunas horas,—me ha contestado el doctor.—Quedé maravillado.—Bromas de las balas —añadió él.

«He visto dos hermosos actos de firmeza y de valor. Un cazador vino á hacerse sacar una bala de la pierna y volvió otra vez á reunirse á su batallon en el campo. Un soldado de infantería, gravemente herido, llevado en brazos de dos compañeros, palidísimo, con los ojos medio cerrados; tenía todavía entre los dientes una punta de cigarro y avanzaba el labio superior en actitud desdenosa y de desprecio. Pasó junto á mi batallon; muchos corrieron á mirarlo; él volvió lentamente la vista alrededor, y viéndose observado, para hacer resaltar todavía mejor su frescura, hizo un movimiento con la boca, como para asegurar mejor el cigarro que iba á caerse.

«... Ha muerto uno de mis más buenos y queridos amigos, de quien te he hablado muchas veces; un subteniente de granaderos, lombardo, un bellissimo jóven, Eduardo B. Estaba en mi misma compañía en el colegio: tú tienes una fotografia en la que estamos todos; búscaló; es el primero de la derecha, sentado en tierra, con el cigarro en la boca; me acuerdo. Mira cómo ha muerto:

su regimiento se había detenido en frente de los cañones del enemigo; él estaba sentado sobre un tambor, con la cabeza baja, y con la punta del sable iba deshaciendo por pasatiempo los arriates que tenía entre los pies. De repente cae de espaldas, lanzando un grito; un pedazo de metralla le había herido en el pecho y matado el caballo del ayudante mayor, que estaba á su lado. Murió despues de cinco horas de dolores atroces. ¡Pobre amigo! ¡Quién te lo hubiera dicho cuando estudiábamos, para nuestro último exámen, en aquel cuartito del quinto piso, á la luz de aquel cabo de vela, con aquellos cuadernos y aquel tintero con tinta hecha de agua y betun; ahora que tenías tantas esperanzas y eras tan feliz!...

La contestación á esta carta es del hermano; la madre había caído en cama con calentura.

— «De vez en cuando—escribe el hermano—padece delirios y te llama.»

El ejército retrocede hácia Oglio.

Piadena, 5 de Julio.

«... Es una tristeza, es un dolor este continuo atravesar pueblos y ciudades en medio de dos alas

de gente inmóvil, muda, fria, que nos mira con ojos admirados, como si fuésemos un ejército desconocido. ¿Quién tiene valor para levantar los ojos á la cara de esta gente? Me parece leer en todos los semblantes:— ¡Bien! ¡Bravo! ¡Bah! ¡Quién podía pensar que despues de tanto ruido íbais á presentaros con esas fachas! — Los regimientos desfilan con la cabeza baja, silenciosos; parecen una procesion de cofradía. Este espectáculo me hace daño: mi pensamiento recurre á ti, madre'; tengo una infinita necesidad de ti. Perdóname: si al ménos tuviese el consuelo de volver á casa sin un brazo, podría decir:— Por mi parte, vuelvo con un brazo de ménos.— Pero volveré á casa intacto, sano y gordo y colorado, capaz de meter envidia á un bajá, y verdaderamente avergonzado é insufrible. ¡Cuánta rabia me da este espejito, que, á pesar de mis fatigas, de mis sudores y de lo que me va por dentro, se obstina en reflejarme bajo la barba, otra barba que se burla!... ¡odio este botarate insolente, que ríe sobre las desventuras de la patria! Es broma, pero es una broma que llega á lo hondo. Marchamos bajo el sol de medio día; á derecha é izquierda del camino, huertas, campos floridos y pueblos; á través de las rejas de los jardines vemos en lontananza, en el fondo de los paseos, señores en mangas de camisa echados á la sombra de las parras, y señoritas vestidas de blanco pa-

seando por las colinitas, en medio de los pinos y de los mirtos. ¡Oh, son felices! No porque estén á la sombra y descansan, sino porque no llevan sobre el alma este terrible peso de decaimiento y de tedio.»

Respuesta:

—«Comprendo, comprendo todo; las madres lo comprenden todo; ¡valor, muchacho!»

La division Cugia está en Parma; parte para Ferrara.

Parma, 10 de Julio.

«... ¡Benditos soldados! Me parece amarles más despues de nuestra desventura; son siempre los mismos, siempre resignados, buenos. En marcha, cuando empiezan á encorvarse y á tropezar, les miro, les miro, y me cuesta trabajo reñirles. En determinadas ocasiones, cuando me hacen alguna cosa, me argumento á mí mismo con un razonamiento largo y sutil, para probarme que aquel era verdaderamente el caso de montar en cólera, y despues levanto la voz;— ¡Vamos, es tiempo de acabar! Así no se marcha, adelante. ¡Haríais perder la paciencia á un santo! ¡Vaya!.. —Impostor—me dice una voz de dentro,—tú no

estás encolerizado.— ¡Es verdad!—respondo sonriendo, y los dejo. Pero despues formo el propósito de no amarles más, ó al ménos de no darme por entendido, porque si no, ¡adios disciplina!— Veremos—digo—veremos si consiguen enternecer más este corazon de piedra.—Y camino fuerte, con mirada fosca, capaz de meter miedo, seguro de la victoria.—Y viene de pronto uno:— Mi teniente, ¿le llevo el capote?—Y yo brusca- mente:—No.—¿Se lo dejo?—No.— ¡Sí!—¿Cómo? ¡Vamos á ver si lo he de dejar cuando tú quieras! ¡A su puesto!—Viene otro con una bota:—Mi teniente, esta está fresca.—No quiero.—Pruébela.—No la pruebo.—Una gota y verá.—Ni siquiera una gota.—Y me mete la bota bajo la barba.—Verá qué fresquita; beba de ésta.—Tomo la bota, me humedezco la boca y se la devuelvo.—Mi teniente.—¿Qué?—No ha bebido.—Sí he bebido.— ¡Pero si todavía está llena!—y agita la bota.— ¡Oh, por fin! ¿Quereis comprender que ya estoy cansado y que no puedo más? Márchate á tu sitio, pronto, corriendo, si no, te hago poner de guardia en el campo quince días... ¿Qué maneras son estas?—Impostor—me repite la voz acostumbrada.—Es verdad—respondo yo otra vez, y callo.—Hoy el señor teniente está de mal humor—dicen los soldados.—No, no—respondo entre mí,—no, raza de bribones.»

Contestacion:

— «Yo se lo digo á menudo á tu hermana Herminia: Alberto ha conservado todo, tal como era, el corazon que tenía de muchacho. No digo que sea mérito mío; pero sin embargo...»

La division ha salido de Ferrara, de vuelta de Pádua.

Monselice... Julio.

Triste cosa marchar con la lluvia. Era ya de noche, estábamos aún cuatro millas alejados de Rovigo y empezó á llover á cántaros. En pocos minutos me encontré calado, como si me hubiera metido vestido en un baño; el agua me corría á chorros por la espalda y el pecho; el capote se había empapado de tal modo, que pesaba hasta no poderlo sostener en los hombros; en el camino, un palmo de barro; así es que ya te puedes figurar. Al pasar, veíamos por las ventanas de las casas de campesinos «lucir las nocturnas lámparas» y alguna sombra aparecer un instante y desaparecer luégo. Y yo pensaba en ti, que cuando era pequeño, por la noche, acercabas mi camita hácia la ventana, porque me gustaba oír el azotar de la lluvia sobre los cristales y el silbido prolongado y lamentable del viento, y adormecerme

pensando en temerosas aventuras de peregrinos extraviados en el bosque, y misteriosas luces resplandeciendo á lo léjos, y fatales castillos hospitalarios.—¡Oh, pobre muchacho! ¡En qué estado vienes!—exclamabas juntando las manos cuando volvía de la escuela un poco sucio; ¡pobre madre! ¡si tú me vieras ahora!

»Era el día de la desgracia. Llegamos junto á Rovigo, establecimos el campamento en un pantano, y despues, andando, al pueblo. Un amigo y yo encontramos un tabuco donde recogernos y reposar en casa de una buena familia; nos metimos en cama y dormimos; nos levantamos á las nueve de la mañana para marchar al campo y partir... ¡Dios eterno! No me entran las polainas; las he dejado junto al fuego, y se han estrechado y endurecido, de modo que no entra ni la pierna de un niño.—¡Ayúdame, amigo, ayúdame por piedad!—¡A nosotros!—grita él;—se remanga la levita, y los dos, tira y tira y tira, y descansa para respirar, y vuelve con nuevas fuerzas, y tira otra vez, é intenta de nuevo con todas las fuerzas de la desesperacion... ¡Ah, es en vano! La pierna atormentada se relaja, los brazos fatigados caen pesadamente, y la cabeza se vuelve atrás con los ojos fuera de las órbitas y la frente bañada en sudor.—¡Un extremo remedio!—grita el amigo;—descoser las botas.—¡Descosámoslas!—Mano á las tijeras y al cortaplumas, y á la obra.

Pero los puntos no se ven, y cuanto más nos afanamos, ménos se encuentran, y los dedos temblando se ingenian, y las tijeras se escurren de la mano; mi amigo se ha herido y yo tambien, y el tiempo pasa... ¡Ah! ¡El tambor! ¡Estamos perdidos! El regimiento parte sin nosotros; nos unimos á él, á la ventura, una hora despues de haber acampado.—¿Cómo ha sido eso?—preguntaron los compañeros.—Yo contesté enseñando los piés; los había ocultado en el primer par de barcos, puestos por manos del primer zapatero de Rovigo que mandé llamar: eran dignos de ser examinados. Un minuto despues, una órden de arresto á mí y á mi compañero. Apénas entré en la tienda, arrojé al suelo las botas gritando:—¡Ahí, verdugo!—Pero, y el que no tenía el impedimento del calzado,—preguntó despues el coronel á mi compañero,—¿por qué no ha venido?—¡Mi coronel! ¡Abandonar los amigos en la desgracia!...»

Respuesta:

« ¡Cuántas veces no te he predicado, desde que eras pequeño, contra esa maldita manía de llevar las botas estrechas! ¿Qué habrá dicho de ti el coronel? ¿Pero no había al ménos una mujer que tuviese la cabeza sentada en esa casa de Rovigo, que buscase de pronto, mandase á ver, proveyese ú os ayudara de cualquier modo? Parece imposible: ¡todas sin juicio! »

Inmediaciones de Mestre, 20 de Julio.

«...He visto de léjos á Venecia. No creia que se pudiese amar tanto á una ciudad, que se experimentara viéndola el mismo efecto que produce la mujer á quien se ama. Al verla por primera vez tan magnífica y graciosa, que parece flotando sobre el mar, no acude á mis labios ni un *viva* ni un *hermosa*; acude una palabra más afectuosa y más dulce, y exclamo:—¡Querida!—Dice un amigo mío que Venecia, vista así de léjos y por la tarde, le hace el efecto de una muchacha pálida y melancólica apoyada sobre el balcon, con la cabeza reclinada á un lado sobre la palma de la mano y la mirada fija sobre el horizonte del mar, como quien piensa y espera. Y apénas la vió gritó:—¡Te amo!—Sí, tal es el sentimiento que inspira de léjos Venecia; por dentro será grandiosa y magnífica é impondrá; vista de aquí enternece y enamora. ¡Madre mía, tienes una rival formidable!...»

«...Buena gente son estos campesinos venecianos. Estaba de guardia junto á una casucha; tenía sueño y llamé para pedir alojamiento; (advierito

que eran las dos de la madrugada). Me abrió una mujer, me hizo entrar en la primera habitación, me trajo un jergon, un colchon, un cobertor, una almohada, me dió las buenas noches y se marchó. Me acosté y dormí como un príncipe. Por la mañana, apenas despierto, me asomé á la otra habitación para dar gracias á mi patrona, y la ví que dormía tendida en el suelo sobre un poco de paja, con dos niños, uno en brazos y el otro á un lado, sin sábanas, sin mantas, sin un pedazo de cubierta: ¡me había dado á mí todo lo que tenía! Tuve remordimiento, ira, vergüenza; me llamé desnaturalizado, perezoso, villano, egoísta... No recordaré jamás sin dolor aquella noche.»

Respuesta (¡oh piadosísima despiadada!):

«No tuviste razon ciertamente, pero... al fin y al cabo, tú estabas fatigado y debías levantarte temprano, mientras aquella mujer había dormido hasta entónces y podía dormir despues. En otra ocasion ten más cuidado.»

...Inmediaciones de Mestre... Agosto.

«...Oye esta, que es nueva. Anteayer estaba de avanzada por la parte de Malguera. Alejéme un centenar de pasos del cuerpo de guardia, y ví

venir hácia mí tres señoras, una de edad, las otras dos muy jóvenes (eran sus hijas), hermosas, vivarachas, y todas tres se detuvieron delante de mí, me hicieron un saludo, me pidieron noticias de mi salud, me dijeron que habían escapado de Venecia, que se dirigían á Mestre, que querían llegar á Padua con sus parientes, y que en tanto se sentían felicísimas de ver á un oficial italiano—no habían visto todavía á ninguno, yo era el primero;—y me agasajaron, me abrumaron con sus gracias, riendo, girando á mi alrededor, juntando las manos en actitud de admiracion y de sorpresa, y todo esto con una ingenuidad y una gracia verdaderamente encantadoras. Despues que les hube dado las gracias á todas tres con gran efusion, la mamá se volvió á las muchachas y les dijo:—Enseñadle lo que llevais bajo el vestido.—¡Oh, qué diablo!—pensé yo. Las muchachas dudaban.—¡Animo, levantad!—¡Levantad!—pensé de nuevo.—¡Animo, arriba! ¿Por qué avergonzarse?—Yo caí de las nubes. Las muchachas se hicieron todavía un poco de rogar, riéndose y cubriéndose la cara con las manos; despues las dos á un tiempo, haciendo una graciosa inclinacion, tiraron delicadamente del vestido con las dos manos y me enseñaron una bellísima falda hecha de tres telas, una verde, otra blanca y otra encarnada, con una gran cruz blanca en el medio... ¡La bandera italiana!»

Respuesta:

«¿Qué viene á hacer esa señora con sus hijas en medio de vosotros? Ten juicio. Te lo digo, aunque sé que no es necesario; ¡pero hay unas cabezas!...»

Padua, 5 de Setiembre.

«...Me ha asaltado la fiebre, he venido á Padua, he entrado en el hospital de *Hermanos benéficos*, me han cuidado, estoy bien y mañana vuelvo al regimiento: esto es todo. Te he querido escribir á hecho consumado, como suele decirse, para impedirte venir acá, porque de seguro hubieras venido. Y ahora encolerízate, grita, escribe, protesta; todo es lo mismo; esto ha acabado; es preciso resignarse. Así, haz como yo, querida madre; da gracias al cielo de que no haya sido más que calentura: piensa en estos pobres jóvenes que tengo á mi alrededor, quién herido de bala, quién de bayoneta, condenados al lecho Dios sabe para cuántos meses, y ¡afortunado todavía aquel que se levante!

«Tengo delante de mí á un teniente de granaderos, lombardo, que recibió un bayonetazo en el pecho, en Custoza, de un sargento croata, y he-

rido como estaba no se ha querido alejar del campo. Me ha hecho ver su levita; está aún manchada de sangre. Está casi curado, se levanta, camina; pero cuando se despierta, en el acto de sentarse sobre el lecho experimenta todavía dolores atroces.

«Me contó el hecho.—Me acuerdo de poco—me dijo;—me acuerdo como de un sueño de haber visto cuatro ó cinco caras desfiguradas correr hácia nosotros lanzando prolongados aullidos, y uno de ellos me miraba. Tengo siempre presentes aquellos dos ojos desmesuradamente abiertos y la punta de aquella bayoneta; era un hombre alto, negro, con grandes bigotes. De qué modo llegó á herirme, no lo recuerdo. Recuerdo que me pasó por delante, arrastrando la espada, un oficial austriaco sin barba, cara afeminada, muy jovencito, que gritaba desesperadamente:—*¡Jesús, María! ¡Jesús, María!*—Pasó y desapareció. A ese le veo siempre, le reconocería.

«—Algunos días despues, estando en el hospital con la calentura y el delirio, sentía todavía sonar en mis oídos aquellos aullidos y los disparos de la fusilería, y veía léjos, léjos, una afilada punta que avanzaba hácia mi corazón lentamente, lentamente, como si me mirase para reconocerme; y me la siento todavía entrar despues de repente en mi carne, dura, fría, y permanecer allí mucho tiempo y ahondar cada vez más. Te parecerá ex-

traño; pero por muchos días, á cada rumor imprevisto que sentía, al cerrarse una puerta, al caer una silla, corría un escalofrío por todo mi cuerpo...

« Este pobre jóven, herido como está, la otra noche salió del lecho en camisa y vino á preguntarme si necesitaba algo, porque le había parecido que yo me lamentaba. Me avergoncé. ¡Un cobarde y vulgar calenturiento ser causa de que un noble herido de bayoneta se incomode por él! Desde aquella noche, á cada rumor que hace salto de la cama...

« El cuartel general está en Padua. ¿Lo sabías? Ayer, mientras estaba adormecido, ví moverse sobre mis ojos un pecho cubierto de cruces y de medallas; miro, es él, es el *brusco benéfico*. Allí estuvo una hora. Entró á hablar de la guerra; me dejó caer su discurso; no sonrió una sola vez; estaba muy triste. Se fué estrechándome diferentes veces la mano y diciéndome con mucha seriedad: — Sé fuerte. »

La respuesta es una protesta violenta, que desde la primera á la última palabra va sin embargo, perdiendo gradualmente la fuerza; tanto, que empieza: « Eres casi indigno del inmenso cariño que te profeso... El cielo es bien cruel conmigo... » y acaba: « Doy gracias al cielo, veo que te protege; y á ti te bendigo, mi buen Alberto... »

Martellago, 15 de Setiembre.

« ... ¡Finalmente! Estamos por primera vez acuartelados en Martellago, poco apartados de Mestre; tengo una habitacion, una cama, una mesa, un espejo. ¡Oh felicidad sobrehumana! Tú no comprendes, querida, lo que quiere decir para nosotros poseer un poco de casa, despues de tantos meses de dormir en el suelo y lavarse la cara en los arroyos. — ¡Es mía! — exclamo midiendo á lo largo y á lo ancho la habitacion, á pasos lentos y graves y pasando la mirada por las paredes. — ¡Es mía; me la pago y me la paseo y me la gozo, y tengo la llave en mi poder! — La primera noche, en el acto de subir al lecho, he encontrado cierta vergüenza, cierto obstáculo; parecíame ser un labriego penetrando secretamente en un salon de señores, y que de un momento á otro debiese caer sobre mis espaldas una tempestad de bastonazos. Despues, cuando puse la rodilla sobre la cama y la he sentido hundirse, creía caerme; me bajaba, sonreía y volvía á subirme, con una sorpresa, con un placer, que me recordó el que experimentaba de muchacho abriendo la cajita de la

que saltaba el mago Sabino con aquella gran barba. ¡Qué delicioso sueño! ¡Qué alegre despertar!... ¡Una habitación! ¡Pero yo soy un rey! quiero pasearla, quiero hacer el joven señor, quiero gozar la vida. Ya he empezado. Me he hecho traer el café á la cama; me he levantado y vestido poco á poco, silbando voluptuosamente y preguntando á cada momento por el tiempo y la hora; he tenido la impertinencia de mandar llamar á un barbero del pueblo y recibirlo sentado en la poltrona, y de encender un cigarro y abrir un libro... ¡Qué bella cosa es nadar en la comodidad y en la esplendidez! Querida, ¿creerás que quiero tanto á mi cuartito que cuido de la disposición simétrica de las sillas? Tú te reirás; sin embargo... ahora empiezo á darme cuenta del por qué y del cómo vosotras las mujeres amais tanto la casa: no me burlaré más de aquel tu cuidado religioso de que todo esté en su puesto, limpio y reluciente. ¡Cuánta cosa enseña la tienda de campaña!»

Respuesta:

«Para comprender ciertas cosas no hay necesidad de la tienda: me parece. Duerme con la ventana cerrada; no hace días de pillar el viento á primeros de Setiembre; si no tienes bastante abrigo en la cama, pide más á la patrona de la casa. A propósito: ¿es joven esa patrona? ¿es casada? ¿tiene hijos? ¿qué clase de mujer es? Estas

patronas de casa me dan siempre que pensar, porque, por lo regular, quieren mezclarse un poco demasiado, en las cosas que no les importa. Y tú, despues de todo, eres un bendito muchacho... y...»

\*  
\*  
\*

Martellago, 16 de Setiembre.

«... Es extraño; es decir, es naturalísimo, pero á primera vista parece extraño que entre nosotros, despues de una campaña, aún aquellos que parecían más despreocupados, más frios, más cínicos, sientan una poderosa necesidad de afecto, y hablan á cada momento y con todos de sus familias (muchos habían olvidado que la tenían), y escriben aquí y allá, y guardan religiosamente las cartas, y suplican á los amigos lejanos que les manden sus retratos, y buscan por mar y tierra cualquier amorío, aunque sea sentimental. Estos cambios siguen más generalmente y de una manera más pronta y más viva despues de una guerra desgraciada: se comprende. Algunos han ido á desenterrar no sé qué primas lejanas, de las cuales hasta ahora no sabían ni siquiera el nombre, y han entablado con ellas una disparatada correspondencia literaria. Las primas, sorprendidas y

enterneadas de la súbita y apasionada expansion de aquellos corazones, responden con fuego; los hierros, como suele decirse, se enrojecen; preveo muchos matrimonios. ¡La guerra roba muchos hijos á la patria, pero tambien le prepara muchos! Si tú los vieses, como yo los veo, á ciertos *Don Juanes* de diez y ocho abriles, ciertos calaveras que hace algunos meses ponían la botella, el cigarro y la rubia ó la morena por encima de todos los afectos y de todas las felicidades humanas; si tú los vieses por la noche, apoyados en las ventanas, mirar á la luna con ojos melancólicos y lamentarse conmigo: — ¡Hace dos días que no me escribe! — Es inútil ya: la mujer es siempre nuestra respetada señora y patrona; la ambicion, la gloria, cualquier otra felicidad deseada ó esperada; olvidarse, creerse que se puede hacer alguna cosa fuera de ellas, esconderlas, por decirlo así, á los ojos de nuestra mente y á los deseos de nuestro corazon; pero sin embargo... ella no se detiene, como dice Manzoni en el magnífico viaje:

« Nos señala, vigila y espera  
» y nos coge... »

« ¡ Oh, nos coge siempre! »

Respuesta:

« ¿ Y tú á quien has desenterrado? Por caridad;  
¡juicio! ¡juicio! ¡juicio! »

17 de Setiembre.

« ... Otro fenómeno digno de notarse despues de una guerra, es el ardor de la lectura, que renace vivísimo en todos, áun en los más ajenos, ó por la índole del genio ó por insuficiencia de su cultura, á esta forma de ocupacion y de diversion. Todos leen, todos buscan libros; el párroco del pueblo se ha visto obligado á poner en movimiento todos los volúmenes de su biblioteca. A mí, que voy hasta la exageracion, como tú dices, en todo, me ha asaltado una verdadera manía; no es ya deseo de libros lo que yo siento, es hambre, hambre rabiosa. Pero soy siempre fiel á mi amor antiguo. Todas las horas libres del día y de la noche las paso leyendo y releendo y pensando y profundizando esta querida, esta bendita, esta santa novela *Los novios*, mi eterno compañero y amigo, fuente para mí de tanta dulzura, de tanto consuelo y de esta igual y suave tranquilidad de ánimo y de corazon, en que todos mis afectos se purifican y refuerzan, todos mis pensamientos se levantan, y las cosas y los hombres y el mundo y la vida, todo se presenta á mi inteligencia bajo

su aspecto mejor, todo rodeado de amor y de esperanza. No sé cómo; pero mi patria, mi regimiento, tú, los amigos, todo, siento amarlo más y más noblemente meditando sobre este evangelio de la literatura. Y no hay una página á la cual no vaya ligado un recuerdo de nuestra primera lectura; cuando tú tenías el libro sobre las rodillas y yo leía y tú escuchabas y mis lágrimas caían sobre tus manos, y á cierto punto se cerraba el libro y nos abrazábamos; ó si yo leía en mi cuarto, salía y venía á buscarte para llorar entre tus brazos. Tengo delante de mí este libro, lo tengo entre las manos, lo estrecho contra mi corazón y le digo:—Por todas las lágrimas que nos has hecho derramar á mi madre y á mí; por todos los santos afectos que has despertado en mí y mantenido vivos en mi alma; por todo el amor que me inspiraste á los hombres y á la vida y á las cosas nobles y grandes, yo te juro que así como fuiste mi primera lectura, serás la última, y que hasta que mi mano te pueda sostener y leerte mis ojos, te buscaré á ti, siempre á ti, libro-paraiso.»

Después de esta carta viene el anuncio de la partida de Martellago, y después, día por día, una señal de la partida y de la llegada sucesiva de Padua á Rovigo, de Rovigo á Pontelagoscuro, de Pontelagoscuro á Ferrara, de Ferrara á Módena, de Módena á Parma.

Parma, 16 de Octubre.

«Oye qué broma me ha jugado este bribon del ordenanza. Hace dos semanas, andando yo por ahí el día de su santo, tomé una botella de Barbera del cantinero, le até al cuello un pedazo de carton con un letrero que decía: *San Remigio*, y aprovechando un momento en que no estaba, fuí á dejársela en su tienda. No supe más. No me dió las gracias. No dió el menor signo de nada. Creí que se la habrían robado. Ayer tarde, volviendo de mi paseo al campo, entré en la tienda y ví en mi puesto un gran monton de paja fresca, bien distribuida y compacta, que parecía quitada en el mismo momento de un pajar; y á la parte donde pongo la cabeza, una estampa de santo pegada al sosten de la tienda, con hojas y flores alrededor y una vela encendida delante; al lado, sobre la tapa del baul, un estuche de madera, hecho con el cuchillo, que podría pasar por una cigarrera; sobre el estuche un mazo de cigarros atados con una cinta encarnada. Miro la imágen; tiene escrito debajo: *Santa Teresa*; miro el estuche: *Santa Teresa*; miro la cinta de los cigarros: *Santa Tere-*

sa. Me separé conmovido. ¡No creía que el corazón de este jóven, sobre ser tan bueno, fuese también tan delicado para honrar y festejar el nombre de mi madre en vez del mío!»

La respuesta de la madre es una verdadera bofetada al reglamento de disciplina. Si el ordenanza de Alberto hubiera sido ascendido de repente á general, no se le hubiera podido escribir de otra manera. Y parece que, además, el Sr. Remigio no fué mal recompensado por su delicadeza, por que un día se presentó al oficial con una carta de su casa en las manos, y con lágrimas en los ojos dió con trémula voz las gracias con largos circunloquios...

—Comprendo—dijo entre sí Alberto cuando hubo acabado aquél;— ¡las dos madres son amigas!

De Parma á Plasencia, de Plasencia á Pavía, de Pavía á Bérgamo, otros quince días de marcha, de los cuales la mitad con lluvia.

«Pienso en las llagas de tus pobres piés—dice una carta de la madre,— ¡y no puedo hacer otra cosa más que suspirar de dolor!»

«Envíame calcetines de hilo en vez de suspiros»—responde el hijo.

Bérgamo es la última estación, de la cual empieza de nuevo el relato de Alberto.

## REGRESO.

Eran los últimos días de Diciembre; yo seguía en Bérgamo con mi regimiento, recreándome con la libertad del servicio de guarnicion, que siempre, pero en especial despues de una guerra, es de una monotonía y de un enfado... ¡Silencio!

No pensaba en volver á casa, porque el período de las largas licencias todavía no se había abierto, y á menudo oía decir que el coronel no quería darlas porque la pedirían todos.

Mi madre continuaba escribiéndome que «absolutamente y á cualquier precio me quería ver, y que la cosa no podía durar así más tiempo.»

Y yo le respondía: «Ten paciencia; espera otro poco.»

Y ella replicaba: «Es imposible.»

Y yo otra vez la aquietaba; y en tanto pasaban los días y las semanas y los meses.

Una mañana oí llamar á la puerta de mi cuarto; abro. ¿Qué veo? ¡Mi coronel! (Era *el brusco benéfico.*)

Me saludó con mucha gravedad; no quiso sen-

sa. Me separé conmovido. ¡No creía que el corazón de este jóven, sobre ser tan bueno, fuese también tan delicado para honrar y festejar el nombre de mi madre en vez del mío!»

La respuesta de la madre es una verdadera bofetada al reglamento de disciplina. Si el ordenanza de Alberto hubiera sido ascendido de repente á general, no se le hubiera podido escribir de otra manera. Y parece que, además, el Sr. Remigio no fué mal recompensado por su delicadeza, por que un día se presentó al oficial con una carta de su casa en las manos, y con lágrimas en los ojos dió con trémula voz las gracias con largos circunloquios...

—Comprendo—dijo entre sí Alberto cuando hubo acabado aquél;— ¡las dos madres son amigas!

De Parma á Plasencia, de Plasencia á Pavía, de Pavía á Bérgamo, otros quince días de marcha, de los cuales la mitad con lluvia.

«Pienso en las llagas de tus pobres piés—dice una carta de la madre,— ¡y no puedo hacer otra cosa más que suspirar de dolor!»

«Envíame calcetines de hilo en vez de suspiros»—responde el hijo.

Bérgamo es la última estación, de la cual empieza de nuevo el relato de Alberto.

## REGRESO.

Eran los últimos días de Diciembre; yo seguía en Bérgamo con mi regimiento, recreándome con la libertad del servicio de guarnicion, que siempre, pero en especial despues de una guerra, es de una monotonía y de un enfado... ¡Silencio!

No pensaba en volver á casa, porque el período de las largas licencias todavía no se había abierto, y á menudo oía decir que el coronel no quería darlas porque la pedirían todos.

Mi madre continuaba escribiéndome que «absolutamente y á cualquier precio me quería ver, y que la cosa no podía durar así más tiempo.»

Y yo le respondía: «Ten paciencia; espera otro poco.»

Y ella replicaba: «Es imposible.»

Y yo otra vez la aquietaba; y en tanto pasaban los días y las semanas y los meses.

Una mañana oí llamar á la puerta de mi cuarto; abro. ¿Qué veo? ¡Mi coronel! (Era *el brusco benéfico.*)

Me saludó con mucha gravedad; no quiso sen-

tarse; me dijo que venía de Venecia, que se dirigía á Milan, que tenía buenas noticias de mi familia... En este punto me miró á la cara y dijo con cierto aire de piedad y de reproche:

—Yo ya comprendo que te ha cogido la manía de volver á casa.

—¡Psché!... Despues de una campaña...—respondí humildemente.

—¡Campaña! ¡campaña!—repitió en tono de desden.—No la llames así; han sido cuatro marchas mal hechas y cuatro tiros mal disparados.

Yo callé. Él continuó muy sério:

—Acostúmbrate á tener al regimiento por tu verdadera familia.

Yo continué callado. Y él:

—Tú, para endurecer un poco ese corazoncito de cera, para habituarte algo siquiera á la vida de soldado, que todavía ignoras qué cosa sea, déjate decir, tendrías necesidad de hacer una campaña en la India, por lo ménos, por lo ménos de cinco años.

Y yo callado. Y él todavía:

—Toda esta impaciencia, toda esta gran necesidad de coserse al delantal de la madre, es muy antimilitar.

Yo siempre mudo. Siguió una breve pausa, y él añadió, emitiendo apénas perceptiblemente la voz:

—He hablado con tu coronel; te ha concedido

una licencia de cinco días; puedes marcharte en seguida.

Café de las nubes; quise darle gracias, manifestarle todo mi reconocimiento, decirle que le era deudor de una gran felicidad, que me acordaría siempre... Me cortó la palabra en la boca diciéndome que partía en seguida; se marchó, y ya en la puerta se volvió otra vez para decirme:

—Sé soldado.

Y desapareció. Dí un salto capaz de hundir el piso y grité:

—¡Remigio!

Vino Remigio.

—Hazme la maleta: ¡pronto!

Cuando supo dónde iba pareció tan contento como yo.

—¡Qué alegría para su señora madre de V.! Me parece verla.

—Mete dentro la imágen de Santa Teresa, las flores secas, el estuche y los cigarros.

Él me miró maravillado.

—¡Ah! ¿Tú no sabes dónde están? Hélos aquí. Y abriendo una arquita que tenía siempre cerrada, saqué los objetos y se los dí.

—¡Lo ha conservado todo!—exclamó el buen soldado, juntando las manos en actitud de sorpresa, y estuvo un poco de tiempo mirando, ora á mí, ora á los objetos, sonriendo y exclamando por último afectuosamente:—¡Hasta las flores secas!

De todo lo que hice ántes de partir, no recuerdo otra cosa sino haber visitado á mi coronel, dar vueltas como un loco por la ciudad, abrazar á cuantos amigos encontraba, no olvidando nunca de ponderar los bellezas de Bérgamo. — ¡Mira qué cielo! ¡mira qué colina! ¡mira qué magnífica llanura! — y los amigos se miraban detrás de mí. El asistente me acompañó á la estacion; pagué el billete y me olvidé de guardarme la vuelta; envié un despacho telegráfico á mi madre, diciendo no sé qué broma al telegrafista, que tuvo la bondad de reirse; fumé, ó mejor dicho, deshice con los dientes dos ó tres cigarros en pocos minutos; y finalmente...

—Mi teniente—me dijo el ordenanza colocando la maleta, cuando empezó á sonar la campana,—haga el favor de saludar á su señora madre y decirle que no me he olvidado nunca de las bondades que tuvo siempre para conmigo y para con mi familia, y que siempre la he...

—Que siempre la has querido bien; sí, dílo, mi buen Remigio; no me olvidaré de nada; ¡hasta la vista, adios!

—¡Buen viaje, mi teniente!

El tren se había puesto en movimiento; saqué fuera la cabeza y ví todavía á mi buen Remigio de pié tras la reja de la estacion. Apenas me vió, levantó la mano á la gorra, y así la tuvo hasta que yo desaparecí á sus miradas.

Debía llegar á Turin á las diez de la noche.

Junto á la estacion de Milan ví un batallon de infantería que se disponía á subir en el mismo tren; reconocí á un oficial amigo mio, y lo llamé.

—Vamos á Turin—me dijo;—se espera, que pongan otros coches; llevamos con nosotros el coronel y el estado mayor; el comandante del regimiento quedará en Turin; de allá escriben de no sé qué acogida que está preparada en la estacion... ¡Esto nos faltaba! Los aplausos, ahora me hacen peor efecto que los silbidos. ¡Oh esperanza! Pediré la dimision, iré á hacerme concejal en mi pueblecillo, seré capitán de la guardia nacional, me suscribiré á la *Gaceta oficial*, llevaré calzones largos, tomaré rapé y moriré caballero condecorado. Es mi destino. ¡Adios!

Su regimiento, del cual no recuerdo el número, se había conducido bizarramente en la batalla de Custoza.

Aquel viaje de Milan á Turin fué eterno.

—¡Qué tormento—decía—estar encerrado en esta cárcel de coche! No hay aire, no se respira; debería haber sitios arriba, qué diablo. ¡Oh! En tanto, gocemos de nuestra llegada con la fantasía.

Supongamos que hemos entrado ya en la estacion. No, es demasiado pronto; quiero gozar lentamente. Supongamos que estamos todavía fuera del circuito de Turin, muy léjos. El tren marcha, marcha; hé ahí la muralla; ¡oh, cómo respiro!

Hé ahí el primer carruaje de la estacion; ¡oh, Dios mio! Supongamos un impedimento cualquiera; detengámonos; va demasiado aprisa este maldito tren. Adelante: entramos en la estacion; el tren se detiene; ¡no! ¡todavía no! ¡qué importuna prisa! Dejadme gozar á mi placer, así, adelante. ¡Dios mio! Ya hemos llegado. Hé allí fuera la gente que aguarda; hé allí... ¡Oh, qué calor con este pesado capote! ¿Pero cómo haceis vosotros para dormir—decía mirando á los viajeros que tenía alrededor,—cómo haceis para dormir vosotros, con esta calentura que... tengo yo?

¡Ah, ya no es fantasía! Hé ahí la bella colina de Turin; hé ahí el circuito; hé ahí aquellos campos, aquellas casas; hé ahí la primer pared de la estacion. ¡Oh, quieto, corazon! ¡Valor en la mirada! ¡Ahí, ahí están los tres palacios de la calle de Niza! ¡La ventana! ¡Cielos! ¿Quién está en aquella ventana, que levanta y baja los brazos en señal de saludo? ¡Es él, es él, mi padre!... ¡Qué oigo! ¡La música! ¿Antorchas? ¡Todo como aquella tarde! El tren se detiene; me apeo; salgo corriendo; hé aquí la muchedumbre, hé aquí, hé aquí á todos. Me han visto, me abren los brazos... —¡Ah, madre!—Siento todavía alrededor del cuello el vigoroso estrechón de aquellos dos brazos convulsos, oigo todavía aquella música, veo todavía aquella luz.

Estamos ante la puerta de la casa; se abre, me

arrojo en brazos de mi buen padre, que llora y rie sin poder decir palabra; hé aquí á todos los sobrinitos; un beso á uno, fuerte, que deje señal; hé aquí la señora napolitana con su hijo.

—¡Gracias por las cartas topográficas!

Risas generales: llegan otros vecinos; sostengo un asalto impetuoso de saludos, de felicitaciones, de apretones de manos, de preguntas; mi madre se me agarra á la levita, me disputa á todos, me mira, me toca los brazos, las manos, los hombros, á ver si he vuelto todo entero; mis hermanas van de aquí para allá abriéndose sitio y viniendo á abrazarme de nuevo; los niños saltan á mi alrededor: es una fiesta.

Finalmente, poco á poco los vecinos y los amigos se marchan; vuelve á su casa mi hermana mayor; se va á dormir, con las lágrimas en los ojos, también la otra; mi hermano sale, y no quedamos más que mi madre y yo.

Apénas solos, nos sentamos con gran prisa uno frente á otro, acercando las sillas y tomándonos las manos, como hacen los enamorados cuando quedan un momento sin testigos; y mi madre, dando un gran suspiro, en que se sentía toda la historia de la guerra, comenzó á decirme con voz conmovida:

—¡Qué días he pasado, hijo mío; qué ansiedad, qué terribles saltos de corazon! No te lo escribía por no entristecerte; pero me parecía desierta

esta casa despues de tu partida. No oir ya, á la hora acostumbrada, tus pasos precipitados escalera arriba, tu voz alegre, aquel campanillazo que hacía correr á todos para ver quién llegaba primero; no formar la fila con los sobrinitos de tu padre; no estar siempre encima de ti para que no se te olvidase la hora de ir al cuartel... ¡Qué noches más largas, eternas! ¡Y los días? Si brillaba el sol, ¡pobre Alberto, en marcha con este calor! Si llovía, ¡pobre Alberto, si le cae encima esta lluvia!... Por la noche, casi tenía vergüenza de marcharme á la cama, pensando que tú dormías sobre el suelo; y cuando había tormenta, me desvelaba, encendía la luz y decía:—¡Es imposible, es imposible que duerma con este tiempo! ¿Quién sabe dónde estará ahora aquel pobre muchacho? Me he hecho supersticiosa del continuo temblar y atormentarme por ti: iba á buscar una cosa, y decía para mí:—Si la encuentro, no le sucederá ninguna desgracia; si no la encuentro... como las mujercillas, lo mismo. Al mirar tus ropas, tus libros, todas tus cosas, se me oprimía el corazón. Era para mí un tormento ver y sentir en el vecindario gente alegre; hallar jóvenes de tu edad y de tu condicion paseando por la ciudad tranquilos y contentos, ¡oh! me hacía daño; me asomaba á la ventana á mirar los pocos soldados que pasaban, y los miraba hasta que habían desaparecido; me parecía que tenían todos algo tuyo.

Leía y releía tus cartas de años anteriores, y re-hacía en mi mente tu historia, la nuestra, al empezar las noches, en que eras pequeño; y despues cuando ibas á clase y volvías con una leccion de latín en que tenías que sacar muchos significados para la traduccion, y te ayudaba yo para que no te desesperases, y ¡qué dolor cuando tú no acertabas á traducir y te incomodabas! Y despues recordaba los años que estabas en el colegio y el tiempo en que eras feliz, y aquella tarde que oí la música que me laceraba el corazón, y me metía en un ángulo de mi cuarto tapándome los oídos con las manos... ¡El miedo de perderte de un momento á otro me hacía parecer casi un sueño tener este hijo llamado Alberto! ¡Me parecía que habían trascurrido pocos meses del primer día que te había visto! Y por la noche, despues que tu hermana se marchaba á dormir, y yo me quedaba aquí, en este cuarto, sola, caía de rodillas allá, mira, junto á aquella cama, y rogaba á Dios como no le había rogado nunca, y le ofrecía cien veces mi vida por la salvacion de la tuya, y pronunciaba cien veces tu nombre, fuerte, como si tú hubieras estado presente para contestarme, hasta que las fuerzas me faltaban, sentía una opresion aquí, sobre el pecho, que parecía matarme... Pero tú estás aquí, estás salvo, eres mío, puedo mirarte, hablarte, abrazarte, estrechar sobre mi corazón esta cabeza querida... ¡Oh, me pa-

rece un sueño! ¡Me parece imposible! Dime que estás aquí, Alberto; dime que me escuchas, que me ves llorar...

Yo caí ante ella de hinojos.

—Hijo mío, ¿qué haces? Levántate.

—¿Qué pretendes, madre mía? Escúchame: Si he padecido, sólo he padecido por ti, porque te quiero mucho. ¿Estaba cansado? ¿Tenía sed? Se lo imagina—pensaba—aquella pobre mujer y sufrirá. Pero este inmenso afecto que te profeso me daba fuerza y valor. ¿Padezco? decía; ¡oh! mi madre ha padecido mucho más por mí, y ¡con qué ánimo! cuando enferma, disimulaba el dolor y el peligro para no aterrarme. Y pensando en ti, en lo mucho que me quieres, en la estimación en que tienes mi corazón y mi carácter, la idea, sólo la idea de un acto innoble me daba horror, porque me parecía un ultraje á ti, y ántes que ultrajarte, morir. Y también yo, sábelo, rehacía en mi imaginación tu historia en aquellas largas noches pasadas bajo la tienda; y como los muchachos fantasean el paraíso á su modo, á mí me parecía verte niña, y después muchacha, cuando allá en tu jardín de Savona leías el libro que pusiste en mis manos por primera vez; y después esposa y después madre, cuando estaba enfermo, y tú por distraerme hacías gorras de papel ¿recuerdas? y te las ponías en la cabeza, y tocabas el tambor con dos palitos sobre el respaldo de.

una silla, y me traías el café á la cama y yo no lo quería, y tú decías:—Tómalo, que estos son mis consuelos... Y después toda la asistencia que has hecho á mi pobre padre enfermo, aquellas largas noches en vela... ¡querida! ¡santa! Y después cuando he vuelto la primera vez del colegio y tú me besaste la chaqueta. ¿Pero quién es esta mujer?—me preguntaba:—¡mira qué loco! ¿por qué me ama, por qué me adora, que yo para ella soy la vida, el mundo, la felicidad? ¿En gracia de qué, todo esto? ¿Qué méritos tengo yo? ¿Quién soy yo? ¿No hay otras madres que no son, que no hacen lo que ella; y por qué Dios ha querido destinarme á mí este ángel? ¿O por qué, al menos, no le ha dado un hijo más digno? No, no, déjame que lo diga; ¿cómo serte grato hasta donde mereces? ¿cómo compensarte? Aunque pusiera á tus piés la corona del mundo, ¿te devolvería yo ni la milésima parte del bien que me has hecho con esa alma bellísima y ese tu santo corazón?... Escucha: te lo he dicho siempre, y te lo repetiré hasta mi último instante; á vosotras las madres, nadie os conoce, pocos os comprenden; pero si os conocieran y os comprendieran todos; si el mundo se ocupase de las grandes madres como de los grandes ciudadanos, á una madre como tú, ¿qué digo? á un ángel como tú, se le levantaría un monumento...

Mi madre me puso una mano sobre la boca.

—Un monumento de oro—continué,—y todos los que tienen alma y corazón, yo primero que nadie, besarían la planta de tus pies como una imagen sagrada.

—¡Alberto! ¡Alberto! ¡Calla! ¡Es demasiado! ¡Yo no merezco!...

Y los dos, con las manos juntas, trémulos, anhelantes, yo de rodillas, ella inclinada sobre mí, nos miramos, llorando, sonriéndonos, llamándonos por nuestros nombres.

—Y aún ahora te beso la levita—exclamó ella después con ímpetu; y me abrazó y colocó su boca sobre mi pecho.

—¡Madre!—la dije teniéndola cogida la cabeza con las manos y mirándola fijamente:—¡Eres sublime!

Pocos minutos después, los dos con la luz en la mano, ella marchaba hacia la puerta de su cuarto, y yo, por la parte opuesta, hacia la del mío.

Llegados á la escalera, nos volvimos; rióse y se volvió al medio de la habitación.

—¿Qué quieres?—le pregunté cogiéndole la barba entre el pulgar y el índice para levantarle la cabeza.

—Nada; y tú ¿qué quieres?

—Nada, tampoco. Con que anda por tu camino.

—Y tú, anda por el tuyo.

Otra vez los dos en la puerta, y otra vez los dos adentro.

—¡Alberto!... ¿qué eres tú?

—Y tú, ¿qué eres?

—Tú eres una mala personilla.

—Y tú... ¡una santa!

Me miró, movió la cabeza y estuvo un poco tiempo inmóvil en aquella posición, iluminada de arriba abajo por la vela, con los ojos relucientes de lágrimas, con una sonrisa y una serenidad tan tranquila y suave, que parecía una santa propiamente.

Algunas veces, ahora que vivo lejos de ella, al volver á casa á hora avanzada de la noche, solo, aburrido, con el peso de algun remordimiento sobre el corazón, me parece verla allí, sobre la escalera, inmóvil en aquella actitud, en aire de decirme:

—Tú eres una mala personilla.

Es un reproche dulce, pero solemne, que resuena en lo profundo de mi alma y me hace padecer y formar el propósito de ser, de aquí en adelante, más honrado, más bueno, más digno de ella.

Y al adormecerme, ¡tiembla todavía ante mis ojos la imagen de aquel rostro sonriente y luminoso!





## UNA MUERTE EN EL CAMPO.



a artillería, sobre el campo de batalla, presenta un espectáculo que al mismo tiempo maravilla y aterroriza.

Ver aquel largo convoy de caballos, de cañones y de carros moverse á una señal de extremo á extremo, y con tremendo estrépito lanzarse á la carrera, atravesando campos, caminos, viñedos, subiendo, descendiendo, maniobrando con rapidísimo serpentear, y en la carrera impetuosa salvar calzadas, saltar fosos, derribar y hollar setos, plantas y surcos, y envuelta en espeso torbellino de polvo y de piedras, perderse tras los lejanos árboles, y de allí á poco tiempo reaparecer sobre las cimas de los cerros, y en un instante romperse, dividirse, fraccionarse, elevar al cielo inmensa nube de humo, llenando

de espantosos truenos los valles de las inmediaciones; ver á cada disparo aquellas formidables bocas retroceder como aterrorizadas de su propia obra, y á lo léjos arruinarse casas, destrozarse árboles, diseminándose por el campo las compactas filas de enemigos, rotas y destrozadas... ¡oh! es en verdad un espectáculo que maravilla y aterroriza.

Del sentimiento del poder terrible de las propias armas, el soldado de artillería tiene aquel su carácter particular de gravedad y de altivez, que no desaparece jamás de su ánimo ni de su aspecto, aún despues de una batalla perdida, cuando todos los demás están postrados por la tristeza y la desconfianza.

Así, serios, pensativos, mas no descorazonados, no envilecidos, entraban en Chivasso, al caer de la tarde, los artilleros de una batería del ejército piemontés, quince días despues de la batalla de Novara. Faltaban á la batería muchos carros, muchos caballos, un cañon, dos oficiales y varios soldados. La acompañaban un capitán y un teniente. El pueblo asistía callado y triste á su entrada, como al desfile de fúnebre comitiva.

Se detuvieron en la primera plaza. El capitán ordenó á su oficial detener la batería, y bajando del caballo, se puso á mirar alrededor, como si buscase á alguien en medio de la gente aglomerada.

De allí á un instante se le acercaron dos jóvenes (el uno podía tener veinticinco años, el otro diez y ocho), se quitaron el sombrero y le preguntaron tímidamente:

—¿Es V. el señor capitán?...

El capitán no les dejó acabar. Estrechó la mano á los dos, llamándoles por su nombre amistosamente, y les dijo:

—Me he tomado la libertad de escribir á ustedes sin tener el honor de conocerles, porque en esta ciudad no sabía á quién dirigirme; hubiera escrito ántes si ántes supiera algo de la familia de ustedes. Pero ni aún sus amigos—añadió con acento triste—han podido decirme nada... ¡Y tenía muchos y muy queridos aquel pobre joven!

Y dió de nuevo la mano á sus dos interlocutores, que se la estrecharon fuertemente.

—¿Han dicho algo á su padre de mi carta?

Respondieron que no le dijeron otra cosa sino que el capitán de la batería á que pertenecía su pobre hermano vendría á hacerle una visita; no le habían podido decir más, porque estaba ligeramente enfermo y temían producirle una conmoción demasiado viva; sin embargo, algunos par-

ticulares de la muerte de su hijo le eran conocidos dos días despues de la batalla: ¡estaba todavía inconsolable!

En esto se acercó al grupo el teniente.

—Hé aquí el oficial del cual hablaba en mi carta—dijo en voz baja el capitán; y presentó el teniente á los dos hermanos, que le estrecharon con trasporte la mano, haciéndole mil protestas de afecto y gratitud, á las que él respondió con verdadera efusion. Dichas algunas palabras más, volvió á la batería.

El capitán convino con los dos jóvenes que iría á ver á su padre la mañana siguiente, á las siete, porque á las ocho debía partir para Turin; se hizo decir la calle, el número y el piso de la casa, llamó al teniente y murmuró á su oído:

—Mañana, si á las ocho no estoy aquí, salga con la batería; pero tenga cuidado de no pasar por la calle de... Y se la nombró.

El teniente no comprendió el por qué, pero repuso que obedecería; el capitán se alejó con los dos hermanos.

Al día siguiente, á las siete de la mañana, el capitán, seguido de un ordenanza que llevaba un lío debajo del brazo, llamaba á la puerta de la casa de sus dos nuevos amigos. Debió esperar un minuto, que le pareció una hora. ¿Era impaciente deseo ó temor lo que sentía en aquel punto? Ni siquiera él lo hubiera sabido decir; pero experi-

mentaba penosísima ansiedad. Abrióse finalmente la puerta y aparecieron los dos hermanos. No le dieron tiempo para hablar; pusieron el dedo sobre los labios como para indicar silencio, le hicieron seña para que tuviese en alto y no arrasrase la espada, y saludándole tácitamente, le introdujeron y le hicieron sentar. El ordenanza puso el envoltorio sobre una silla y se marchó.

—Duerme—dijo el hermano mayor;—pero está mejor.

—Lo celebros—repuso el capitán sentándose.

Los dos hermanos se sentaron también, acercando sus sillas de manera que pudieran conversar en voz baja.

—¿Creo que se podrá hablar sin peligro?

—¡Oh! Ahora sí—respondieron á una voz los dos hermanos,—ahora no hay peligro.

—Me alegro. Pero si creyeren lo contrario, les ruego que me lo digan francamente; no quisiera, esperando traer un poco de consuelo, ser en cambio causa de mayor mal. Además, de aquí á Turin hay poco; dentro de tres ó cuatro días podré hacer una escapatoria de algunas horas.

—¡Oh! mucho mejor—exclamaron los dos jóvenes estrechándole la mano;—gracias de todo corazón; pero en realidad, no es menester que se incomode V. otra vez por nosotros. Nuestro padre está verdaderamente mejor. Y despues de todo, si fuese otro hombre del que es, áun vién-

dole mejor se podría dudar... Pero créalo, señor capitán; él tiene un corazón tan capaz de sentir un consuelo de la naturaleza del que V. le trae, que no deja duda sobre el efecto que le producirán las palabras de V. Tiene un buen corazón de padre, pero también un óptimo corazón de ciudadano...

—¡Oh! lo creo.

En aquel momento se abrió una puerta y apareció un bello muchacho rubio, que podía tener diez años. Al ver al capitán movióse como para volver atrás.

—Ven acá—dijo uno de los hermanos.

El muchacho adelantó.

—Este es nuestro hermanito.

—¡Cuánto se parece á aquel pobre joven!—exclamó el capitán.

—Es verdad.

Después de otros cinco minutos de conversación en voz baja, el capitán abrió el lio y habló con los tres hermanos sobre dar una sorpresa al padre, hasta que el segundo de los mismos se levantó y pasó á la estancia contigua para examinar al enfermo.

El oficial y el hermano mayor se estrecharon la mano, diciéndose: —¡Valor!

El joven llegó de puntillas al lecho de su padre. El buen viejo dormía ligero sueño, con un brazo extendido fuera de la colcha y la cara

vuelta á la parte del hijo. Este permaneció contemplando aquella frente despejada y venerable, que, á pesar de la tranquilidad del reposo, ofrecía la huella de profundos dolores, y pensó:

—Ahora te despierto, pobre padre... te despierto para reclamarte al dolor, te quito estos cortos momentos de paz... Pero es necesario. —¡Padre!

Abrió lentamente los ojos, y con la mano que tenía fuera estrechó la del hijo. Este, poniéndole la derecha sobre la frente, se inclinó y le preguntó cómo estaba.

—Mucho mejor.

—¡Oh! Bien... Y... oye, padre: hay ahí una persona que desea verte.

—Hazla entrar.

El hijo no se movió.

—¿Quién es?

—¿Quién es? Es un oficial.

El viejo miró fijamente al joven sin hablar.

—Es un capitán.

—¿Un capitán?—y abrió los ojos.

Siguieron unos instantes de silencio. El muchacho, con gran valor, añadió precipitadamente:

—Es un capitán de artillería.

—¿Eh?—exclamó con mucho ímpetu el padre, é hizo un súbito esfuerzo para levantarse y sentarse. El hijo se lo impidió.

—No, padre—dijo después con mucha dulzura—

ra,—no te muevas; te podía sentar mal; ya sabes que el médico te ha prohibido tomar el aire; estate tranquilo, estate quieto.

Y le hizo poner bajo la cubierta el brazo. Los ojos del viejo relampagueaban y su respiración era afanosa. De allí á poco, sin mirar á la cara del hijo, con voz mal contenida murmuró:

—¿Y ese capitán?...

—Era su capitán.

La respuesta estaba prevista.

—Ha venido al pueblo de propósito para verte.

El padre quedó un instante pensativo, después movió la cabeza, se mordió los labios y se cubrió los ojos con una mano.

—¡Padre—dijo afectuosamente el joven besándole la frente,—valor! El capitán ha venido á traerte un consuelo. No hagas eso, vamos (y le hizo quitar la mano de los ojos); ¡ánimo, padre!

—Lámalo.

—¿Ahora?

—Sí, ahora.

—¿Voy?

—Sí, vé.

—Voy allá; pero ten valor, padre; el capitán te dará un consuelo: verás.

Y á pasos rápidos salió de la habitación. El padre lo acompañó con la mirada y fijó los ojos en la puerta. Un breve murmullo, un rumor de espada... Hé aquí el capitán. Apenas lo vió el

viejo tendió los brazos hácia él, murmurando dolorosamente:

—¡Ah, capitán, capitán!

Este corrió, lo abrazó y le dijo afectuosamente:

—¡Valor, querido señor!

El hijo mayor y el pequeño se pusieron á un lado del lecho, y el segundo al otro. El padre había abandonado la frente sobre el brazo del capitán y lloraba. Por un largo espacio de tiempo nadie habló.

De repente, el enfermo se separó de aquel abrazo, levantó la cabeza, y enjugándose los ojos dijo con acento resuelto:

—Capitán... V. estaba allí aquel día; V. le ha visto... Dígame, cuénteme... quiero saberlo todo. Seré fuerte... me siento fuerte... le oiré sin conmoverme... sin interrumpir. Pero quiero que no se me calle nada... quiero saberlo... yo... tengo necesidad... de saber de qué modo... (y aquí el llanto cortó sus palabras) de qué modo ha muerto... mi pobre hijo.

Y nuevamente abandonó la cabeza sobre el brazo del capitán; y sacudiéndola en actitud desesperada, exclamó:

—¡Era tan joven!

—Pero ahora ¡es tan grande!

A esta palabra, el pobre viejo se conmovió, levantó la cabeza y miró fijamente al capitán. Y á medida que lo miraba, su rostro lloroso recobra-

ba una expresion gradualmente más viva de serenidad y altivez, y se animaban sus ojos, é iba retirando poco á poco el brazo de sobre la espalda del oficial, como si el nuevo pensamiento de que parecía ocupado bastase á sostenerle sin necesidad de ayuda alguna. Este pensamiento, que hasta entónces estaba confundido y como adormecido por el dolor, surgió de repente en su imaginacion y le comunicó un súbito é inesperado sentimiento de orgulloso consuelo, é infundió en su ánimo una fuerza de que nunca se hubiera creído capaz.

—¡Tan grande!—repitió en voz baja; y luégo añadió con voz franca y vibrante:

—Decídmelo todo, capitán.

El capitán sentóse lo más cerca que pudo del lecho, y acariciando la franja de la dragona, buscó una manera de empezar. No la encontró pronto, ni el encontrarla le hubiera sido fácil; pero el hermano mayor vino en su auxilio.

—¿Tuvo mucho que hacer, señor capitán, su batería?

—¿En la batalla de Novara? No mucho. Esto es, en cuanto á hacer, verdaderamente se hizo poco, pero nos fatigamos como si hubiéramos hecho muchísimo: se corrió tres ó cuatro horas, sin un minuto de descanso, adelante, atrás, adelante, atrás, casi siempre por el mismo camino. —¡Capitán!—se me grita—vaya á ocupar aquella

altura.—Y yo hacía allá al galope. Pero apénas había llegado arriba, contra-órden, y abajo de prisa, al sitio de ántes. Y así tres ó cuatro veces, sin detenernos un momento. ¡Pobres caballos, también cumplieron y pagaron su parte aquella mañana! Merecían mejor suerte.

—¿Fueron muertos?

—La mayor parte, sí.

—¡Qué lástima!... ¿Y dónde se detuvieron al fin?

—En el punto preciso no lo sabré decir, es decir, no lo sabré nombrar; pero recuerdo exactamente la figura del paraje. Estábamos á la mitad de la subida de un monte; entre aquel punto y la cima, el terreno se hundía tan profundamente que hubiera podido ocultar muy bien dos batallones á los ojos de quien viniese del lado del enemigo. Cuando llegué allí, se veían en lontananza, abajo en la llanura, tres largas columnas de austriacos que avanzaban lentamente, ora replegándose á derecha, ora á izquierda, pero siempre manteniéndose en nuestra direccion; estaban muy lejanas; apénas, apénas se veían blanquear los uniformes y brillar las bayonetas. Uno de mis oficiales fué mandado de prisa con dos cañones sobre el flanco derecho de la colina. Sobre el puesto permanecimos mi primer teniente y yo con cuatro cañones. En el cañon de la derecha (aquí el capitán se volvió al mayor de los hijos)... estaba vuestro hermano.

El viejo no dijo palabra. Hallábase profundamente conmovido, pero impasible. El capitán prosiguió:

—Estaba en el cañon de la derecha. Empezó de pronto el fuego. Apenas cargado su cañon, vuestro hermano, como sargento, debía apuntarlo.

—¡A la columna del centro!—le grité.

—Sí señor—repuso inclinándose para obedecerme.—¡Hagamos honor á la batería!—añadió sonriendo:

Tomó la mira, hizo dos pasos atrás, mandó ¡fuego! y casi en el mismo punto se vió saltar por el aire el tronco de un árbol que estaba en medio de la columna del centro; esta ondeó confusamente, se alargó, se desordenó; los oficiales, á caballo, corrían á galope aquí y allá; despues poco á poco la línea se estrechó, se recompuso y continuó el camino.

—¡Bravo!—grité.—¡Otro!

Tomó de nuevo la mira y otra vez dió en el blanco.

El viejo batió la palma de la mano sobre el lecho.

—Dió perfectamente en el blanco; la columna se descompuso más que ántes; de nuevo los oficiales corrieron de arriba abajo, y de nuevo se rehizo, pero se detuvo. En el mismo punto se vieron aparecer á lo léjos cuatro cañones, llegar

al trote hasta la línea de la columna dos de ellos; colocáronse entre la del centro y la de la izquierda, los otros dos entre la de la derecha y la del centro, y empezaron á disparar contra nosotros.

—¡Valor!—grité volviéndome á mis soldados.—Esta es buena ocasion para hacer ver quiénes somos.

Comenzamos á tirar contra los cuatro cañones del enemigo. La columna retrocedió buen trecho. La del medio se acercó á una casita y entraron muchos soldados.

—¡Sargento!—dije á su hijo;—póngame una bala en aquella casa.

—Sí señor—contestó siempre con aquel su acento firme y resuelto.

En aquel instante pasó á galope cerca de nosotros un coronel de Estado Mayor, oyó mis palabras, se detuvo, y volviéndose hácia el cañon de la derecha dijo fuerte:

—Veamos.

—¡Fuego!—mandó el bravo jóven; y del techo de la casa vimos levantarse en los aires y caer en medio de la columna multitud de tejas y ladrillos, y buena parte de soldados precipitarse fuera y desperdigarse en varias direcciones.

El padre arrugaba con las dos manos la cubierta de la cama, como si fuese presa de un acceso de fiebre.

—¡Bravísimo!—exclamó el coronel, alejándose á galope.

Pero los cañones austriacos tiraban á maravilla. Las balas venían á caer á ocho ó diez pasos alrededor nuestro y se hundían profundamente en el suelo, levantando nubes de tierra y piedras que envolvían á los cañones y á los artilleros y los ocultaban enteramente á mis ojos. Desvanecida la nube, se veía siempre á vuestro bravo hijo limpiarse la tierra entre el cuello y el corbatín, sonriendo, tranquilo, impasible, como si para él no hubiese ningún peligro... Pero fuimos desgraciados. Una bala cae en medio de la compañía de infantería que teníamos de escolta á la espalda y mató tres soldados. Después de un momento, uno de nuestros caballos fué muerto y otros dos cayeron gravemente heridos. Este, sin embargo, fué el menor mal... No habían trascurrido dos minutos, cuando se oyó un estampido terrible y un agudísimo grito; una bala había roto la rueda de un cañón y tendido en tierra, deformados, dos artilleros... No era el cañón de vuestro hijo.

El viejo respiró como si le quedase esperanza de que su hijo viviera.

—A aquella vista, me acuerdo que vuestro hijo se dió una gran palmada en la frente y dió un grito de dolor. No estábamos, sin embargo, reducidos á condicion desesperada; hubiéramos podido todavía estar firmes en nuestro puesto buen

trecho; mas dos nuevos cañones enemigos se vinieron á reunir con los cuatro primeros; las columnas austriacas empezaron á avanzar; nosotros no podíamos permanecer largo rato en aquel sitio. De improviso sentimos detrás de nosotros confuso rumor de pasos, de voces y de armas, y vimos á dos batallones desplegarse apresuradamente sobre la cresta de la colina en actitud de tomar la ofensiva.

Entre la cresta y nosotros, como dije, el terreno se bajaba; por esto á la infantería no convenía avanzar hasta nuestra línea; á nosotros tocó retroceder. La columna del centro venía hácia adelante muy rápida. Esperé que llegara á tiro y mandé: ¡Metralla! A la voz de ¡fuego! se oyó como rumor de truenos acompañados de silbidos horribles, levantóse espesa nube de polvoreda, que nos ocultó la columna, y después un súbito descomponerse, y vimos en las filas del enemigo una rota, una confusión infernal. Pero era tarde. Los enemigos, así como estaban desordenados y confundidos, continuaron subiendo audazmente: no había tiempo que perder, era preciso salvar los cañones. Los caballos no bastaban.

—¡A brazo!—grité.—¡Atrás!

Treinta vigorosos brazos cogieron las ruedas, las cajas y los arzones, y empezaron á echar atrás los cañones.

En el cañón de la derecha faltaba un artillero.

Vuestro hijo hizo sus veces; él mismo cogió la rueda de la izquierda.

—¡Valor!—gritaba—¡fuerza! ¡fuerza!

Pero el pedazo de terreno que debía recorrer su pieza estaba húmedo; las ruedas se hundían; el esfuerzo que se debía hacer para moverlas era tremendo; aquellos cinco bravos soldados hacían la fuerza de veinte; se veían los músculos de aquellas manos y de aquellos cuellos hincharse que parecían querer romper la piel; estaban negros, bañados en sudor, desfigurados.

—¡Valor!—decían los soldados y los oficiales que estaban sobre la cima de la colina.

Y los artilleros redoblaban sus esfuerzos. Ya se sentían á la espalda los pasos precipitados de la columna enemiga, y las voces excitantes de los oficiales; una cadena de cazadores destacada de la columna enemiga de la izquierda, nos enviaba continuada tempestad de balas; estábamos casi sobre la cresta... ¡En aquel punto fué herido!

—¿Dónde? ¿Dónde fué herido?—preguntó ansiosamente el pobre viejo, como si oyese por primera vez aquella noticia.

—...En la pierna.

—¡Oh! ¿Y en qué sitio?

—...Aquí,—respondió el capitán señalando la pantorrilla derecha.—Apénas herido, se inclinó un instante á mirar la pierna y gritó:

—¡Nada! ¡Nada! ¡Ánimo, fuerza!—y siguió empujando la rueda.

—¡Bravo!—interrumpió con voz firme y sonora el enfermo.

—¡Oh, sí! Bravo, de veras; y en efecto, los soldados que estaban junto á él, le gritaron: ¡Bravo! Los cinco valientes hicieron un último esfuerzo, empujaron el cañon hasta la cima y lanzaron un agudo grito:—¡Está salvado!—y cayeron desfallecidos al suelo.—Sin embargo, se levantaron pronto...

—¡Pero no se levantaron todos!—exclamó el viejo cubriéndose el rostro con las manos.—¡Oh, lo sabía!

—...Había sido herido en un costado.

Siguió un momento de silencio.

—Apénas los cañones hubieron traspasado la cima, los dos batallones de infantería rompieron un vivísimo fuego de fila sobre la columna asaltadora. El cañon de la derecha fué llevado adelante unos treinta pasos. Miéntras lo arrastraban (en este punto el capitán se puso de pié), vuestro valiente hijo, tendido en tierra, apretando con una mano la herida, gritó todavía dos ó tres veces: ¡Fuerza! ¡Fuerza! Después le faltó la voz, hizo todavía una seña con la mano:

—¡Oh, capitán!—gritó el viejo con voz llorosa.

—Oid... Apénas nuestros cañones se detuvie-

rón, llegaron los caballos de algunas otras piezas caídas en poder del enemigo; ordené que los engancharan corriendo. El teniente, bajando del caballo, se disponía á hacer cumplir mis órdenes, de pié ante la pieza de la derecha, con la espalda vuelta hácia la parte del enemigo; los caballos estaban ya enganchados; estaba á punto de volverse á mí para decirme: ¡Estamos prontos! Cuando de repente sintió que le cogían una rodilla por detrás; se volvió y vió...

El viejo se sentó sobre la cama y estrechó la derecha del capitán preguntándole con un grito:

—¿A quién?

—A vuestro hijo.

—¡Dios mío!

—Vuestro hijo, que extenuado, moribundo, se había incorporado para dar el último adiós á su cañón, á sus compañeros...

—¡Capitán!...

—Todos los artilleros le rodearon; dos de ellos le levantaron por debajo de los brazos y le pusieron de rodillas. Agitaba los dos brazos y abría y cerraba la boca mirando al teniente como si quisiera decirle algo.

—¿Qué quieres, bravo sargento?—le preguntó el teniente con voz llena de afecto y compasión.

—¿Qué quieres?

Entonces él, levantó los brazos y juntó las manos, como en actitud de abrazar. El teniente

tuvo una buena idea puso la mano sobre la boca del cañón y le preguntó:

—¿Esto?

—¡Sí, sí, sí!—parece que quería decir él, moviendo la cabeza y dando señas de vivísima alegría.

Los dos soldados lo llevaron hasta el cañón, él lo rodeó con sus brazos, lo estrechó contra su pecho y... ¡murió!

El padre, que hasta entonces le había estado escuchando con emoción siempre creciente, estrechándole convulsivamente, bien la mano, bien la espada, bien el faldón de la levita, y palpándole los hombros y los brazos, como hubiera hecho un ciego para reconocerlo, á aquellas últimas palabras, rompió en un violento sollozo que tenía al mismo tiempo algo de la risa y del llanto; y sus ojos se inflamaron y todo su rostro se iluminó por profunda alegría.

—...La vista de aquella muerte de héroe—prosiguió con apasionado acento el capitán,—nos llenó de entusiasmo. El teniente cogió con las manos la cabeza de vuestro hijo y fijando en sus ojos la mirada, como si todavía hubiera estado vivo, gritó dos veces casi fuera de sí: ¡Querido! ¡Querido!—¡Viva!—prorumpieron á una voz todos los soldados, y yo les dije:—Saludarlo.—Todos llevaron la mano á la gorra y lo saludaron, y repitieron á una:—¡Viva!

El viejo rompió á llorar.

—Sí, sí,—continuó el capitán cada vez más animado,—verted esas dulces lágrimas; eso os hará bien; vertedlas; él es el orgullo de nuestra batería; no será olvidado jamás; dentro de veinte años, nuestros soldados pronunciando su nombre sentirán latir su corazón como nosotros mismos, pocos días después de haber muerto, y dirán todos que ha sido un valiente, y lo amarán y lo bendecirán como á un hermano lejano... Sí, sí, podeis llorar ahora; ahora podeis doleros; así, llorad que quiero que bañeis con vuestro llanto esta divisa; aquí, aquí...

Y esto diciendo, rodeó con sus brazos y estrechó contra su pecho la blanca cabeza del anciano y la tuvo así un instante. Los hijos lloraban.

El enfermo, repuesto de la larga y profunda emoción, apenas separado del abrazo, abandonó la cabeza sobre la almohada y dijo con voz ca-  
lenturienta é interrumpida:

—Gracias capitán; gracias de lo más profundo de mi corazón. Vuestras palabras me han hecho mucho bien. Me parece que habeis quitado un gran peso de mi corazón. Casi no sufro ya. Me habeis proporcionado inmenso consuelo, mi buen capitán... Os doy las gracias.

Y cerró los ojos y reposó algún tiempo como si durmiese. En tanto, los tres hermanos habían ido uno tras otro á la habitación vecina y habían vuelto sucesivamente, trayendo cada cual oculta

una mano tras de la espalda. Por fin, también el capitán había tomado aquella posición. El enfermo no había advertido nada.

—¡Capitán!—dijo por fin volviéndose.

—¡Señor!...

—Él era vuestro sargento.

—Sí.

—¡Entonces!... por fuerza... tendrá V. algún escrito suyo, algún documento... ó algún...—y no encontraba la palabra.

—¿Recuerdo, quereis decir?

—Exacto, ¿lo tiene V. capitán?

—Tengo; tengo muchos; apenas llegue á Turin se los mandaré en seguida. ¡Oh! Ya había yo pensado en esto. Si V. no me hubiera hablado de ello ahora, le hubiera hablado yo.

—¡Oh capitán—exclamó el viejo—¡qué bueno es V.! ¡Cuánto le debo!... Yo conservaré religiosamente todo aquello que haya escrito mi pobre hijo, lo leeré diez veces al día, lo tendré siempre ante los ojos... ¡Oh! Me da un gran consuelo enviándome...

—Pero no será ese el único consuelo.

—¿Qué otro pues?—interrogó vivamente el buen padre, y se sentó de nuevo.

—Esto, por ejemplo,—repuso el capitán y le dió una gorra de sargento de artillería que tenía escondida detrás de la espalda.

El viejo lanzó un leve grito, cogió con las dos

manos la gorra y la besó dos ó tres veces ardentísimamente.

—Padre—dijo entónces el hijo mayor,—tambien tengo yo un consuelo que darté... hélo aquí,—y le dió un par de caponas de sargento.

Y el padre cogió afanosamente y besó tambien las caponas.

—Tambien tengo yo...—dijo de pronto el segundo hermano y dió al padre los cordones amarillos de gala.

Él los tomó y los besó con el mismo afán.

—Y yo...—dijo finalmente el pequeño.

—¡Oh, hijo mío!—exclamó afectuosamente el padre juntando las manos.

—Yo tambien tengo que darté una cosa en... (y pensó un instante) en anticipo, como me ha dicho que se dice el señor capitán. Héla aquí.

Y dió al padre una medalla al valor militar con cinta.

No bien el padre la había entrevisto, cuando ya la tenía entre las manos, cuando estrechaba sobre su pecho en un mismo abrazo, la cabeza del niño, los cordones, las caponas, y la gorra, diciendo:—¡Oh! ¡Aquí está mi hijo! ¡Este es mi hijo! ¡Lo noto!

Dejó finalmente libre al muchacho y cayó otra vez sobre la almohada, siempre teniendo estrechados sobre el pecho con los brazos cruzados, aquellos objetos, para él preciosos. Y de vez en

cuando, con los ojos cerrados, repetía dulcemente:—¡Oh! Este es mi hijo... lo siento, lo reconozco.—Y apretaba más y más los brazos.

Callaron todos, hasta que el capitán dijo en voz baja á los hijos que era ya hora de marchar. Eran las ocho: no podían rogarle que se detuviera más.

—¡Padre!—apuntó el hijo mayor. El anciano abrió los ojos.

—El capitán debe marchar...

—¿Marcharse? ¿Marcharse ya? ¡Oh, buen Dios! ¿y por qué? ¿No puede todavía quedarse algunas horas con nosotros, señor capitán?

—No puedo, señor, y lo siento; es preciso que parta en seguida.

—¡Capitán!

—¡Mi querido señor! Estrechadme la mano. (El padre se la estrechó vigorosamente.) Volveré; quiero verlo otra vez; le escribiré, no lo dude.—Es imposible que me olvide nunca de V., ni de este día. Yo lo quería ya ántes de conocerlo, por ser padre de un valiente soldado; pero ¡ahora! ahora que he conocido de cerca, su generoso corazón y su noble alma, ahora lo admiro, lo amo mil veces más que ántes. Ánimo; acuérdesé algunas veces de mí, y piense que como he sufrido con su dolor, así estaré siempre orgulloso de su orgullo, y que con la misma íntima alegría con que V. puede decir:—Aquel héroe era un hijo

mfo.—Yo diré siempre:—Aquel héroe era un soldado mfo. Y ¡adios!

—¡Adios!... ¡Oh! Yo no puedo deciros aún adios, querido capitan. No... es demasiado pronto... no puedo...

El capitan abrió la boca para hablar; pero el viejo le hizo una seña resuelta con la mano como para imponerle silencio, bajó la cabeza y permaneció inmóvil en actitud del que presta atención á un rumor lejano.

—¿Qué?—preguntó uno de los hermanos.

—¡Silencio!—repuso el padre.

Todos enmudecieron. El capitan prestó atención, hizo un movimiento de sorpresa y de mal humor y dijo para sí:—¡Que se hayan olvidado! ¡Que no me hayan comprendido!—Se sentía en efecto un rumor lejano, sordo, indistinto que crecía poco á poco.

—Padre, ¿qué escuchas?

El padre, sin mover la cabeza ni los ojos, extendió la mano hácia el capitan, lo cogió por el brazo, lo acercó á sí y le preguntó en voz baja:

—¿Oís, capitan?

—¿Yo? Nada.

En aquel punto se oyó una voz lejana que parecía voz de mando militar; el rumor se había hecho más distinto.

—¡Capitan!—dijo con voz impetuosa el anciano; sentándose en la cama.—¡Esos son cañones!

El capitan tembló.

—¡Esa es vuestra batería!

—¡Qué! No puede ser. Os engañais, os lo aseguro...

—¡Es vuestra batería, os lo repito! ¡La oigo! ¡La veo! ¡Decidme la verdad, señor capitan!—Su voz y su cara tenían algo de terrible.

—Pero no—repuso el capitan alzando la voz para cubrir el ruido, y todos los demás hicieron lo mismo;—no es posible, os lo repito; yo he venido aquí solo; mi batería está en Turin hace ya unos días; eso que oís son los carros de la administracion militar; creedlo, os lo aseguro; ¿qué razon había para engañaros? Yo no...

—¡Oh, callad todos!—gritó imperiosamente el anciano separando á sus hijos que lo tenían abrazado.—¡Quiero que calleis todos!

Era imposible desobedecer; todos callaron y se oyó distintamente el rumor de los carros, el pisar de los caballos y las varias voces de mando.

—¡Ah! ¡Ya os lo decía!—gritó con acento de triunfo el pobre viejo, casi fuera de sí de alegría;—¡ya os lo decía yo! ¡Si presentía mi corazón que eran cañones! ¡Si lo estaba viendo! ¡Ea! pronto, mi ropa, quiero levantarme, quiero bajar...

—No, padre, ¡no, no!—respondieron á una voz los hijos.—Tú no puedes bajar: estás enfermo; esto podría ponerte peor.—É intentaban detenerlo en la cama. Pero él, abriendo vigorosa-

mente los brazos y rechazando á todos, léjos de sí:

—¡Dejadme—gritó—en nombre del cielo! Quiero dejarme morir. Venga mi ropa, pronto; lo quiero.—É hizo movimiento de arrojarle fuera del lecho. Se lo impidieron; pero ya no era posible tranquilizarlo; tuvieron que obedecer; le llevaron su ropa y le ayudaron á vestirse precipitadamente, sin que por esto dejaran de suplicarle que desistiera.—¡No, no, no!—iba él repitiendo con voz sofocada y afanosa—quiero bajar... quiero ver...

Vestido ya y sostenido por sus hijos, se dirigió á pasos desiguales fuera de la habitacion. Pero entre tanto, el capitán, asomándose á una ventana, llamaba al teniente que pasaba en el mismo instante y le había ordenado que pusiera la batería al trote. La órden fué cumplida. El viejo llegó á la calle, vió que la batería se alejaba corriendo, lanzó un grito desesperado é intentó arrojarle á los piés del capitán, suplicándole con las manos cruzadas:

—¡Oh! ¡Por piedad, capitán, por piedad!...

El capitán no pudo resistir.—¡Cabo!—gritó al primer cabo que pasó por delante:—Decid al teniente que detenga en seguida la columna!

La columna se detuvo. El anciano siempre sostenido por los hijos, y precedido por el capitán se dirigió hácia la batería que había recorrido buen trecho.

Llegaron hasta el último cañon; el anciano se volvió hácia el capitán, y no pudiendo articular palabra, le hizo una seña.

—No, no es éste,—repuso el capitán.—¡Adelante!

Entonces comprendió el teniente. Llegaron al segundo cañon.

—Tampoco es éste; todavía adelante.

—Llegaron al tercero. El capitán no tuvo necesidad de hablar. El anciano se abalanzó, con inexplicable transporte de ternura sobre el cañon y le rodeó con sus brazos hácia el centro: el hijo moribundo lo había abrazado á la boca.

—¡Aquí, aquí!—gritó el capitán golpeando la boca con la mano.

El padre extendió los brazos á la boca, la estrechó contra el pecho, y sobre ella dejó caer su rostro con afectuosísimo abandono, sollozando:—¡Oh, hijo, hijo mío!

En tanto, á una seña del capitán, el teniente había descendido del caballo, habían bajado también de sus arcones los dos artilleros que sostuvieron al sargento moribundo, y se habían puesto los tres, detrás del anciano: el oficial en medio, los dos soldados á los lados.

—¡Señor!—exclamó el teniente.—El padre, sin separar los brazos del cañon, volvió la cara, vió al grupo de los tres, acudió á su mente la escena narrada por el capitán, se puso de pié, ex-

tendió un brazo á derecha y otro á izquierda alrededor del cuello de los dos artilleros, é inclinó la frente sobre el pecho del teniente. Éste, conmovido, rápido, cogió entre las manos la cabeza del anciano y depositó sobre su frente el beso que había dado á su hijo sobre el campo de batalla.

—¡Todos, mis hijos!—gritó el pobre padre.

El capitán hizo una seña. Todos los soldados se pusieron en pié y saludaron militarmente.

El buen anciano sintió que le flaqueaban las piernas y cayó entre los brazos de sus hijos.

Algunos minutos despues el último cañón de la batería, iba á desaparecer por el fondo de la calle, y el padre apoyado en brazos de sus hijos, delante de la puerta de casa, lo saludaba con la mano, como si verdaderamente partiese con él, su hijo muerto.

—¡Oh, padre!—le dijo uno de los jóvenes.—

¡Nuestro hermano no ha muerto!

El, levantando altivamente la cabeza, respondió:

—¡Y no morirá jamás!



## ÍNDICE

(BOCETOS.—2.<sup>a</sup> SÉRIE.)

	Páginas
DEDICATORIA DEL TRADUCTOR.....	V
DEDICATORIA DEL AUTOR.....	VI
ADVERTENCIAS.....	VII
El centinela.....	1
El campamento.....	17
El mutilado.....	45
El ejército italiano durante el cólera de 1867.	81
El recluta.....	179
Una marcha nocturna.....	201
El ramillete de flores.....	217
Ida y vuelta.—Recuerdos de 1866.....	231
— En casa.....	233
— En marcha.....	251
— En campaña.....	267
— Regreso.....	301
Una muerte en el campo.....	315



tendió un brazo á derecha y otro á izquierda alrededor del cuello de los dos artilleros, é inclinó la frente sobre el pecho del teniente. Éste, conmovido, rápido, cogió entre las manos la cabeza del anciano y depositó sobre su frente el beso que había dado á su hijo sobre el campo de batalla.

—¡Todos, mis hijos!—gritó el pobre padre.

El capitán hizo una seña. Todos los soldados se pusieron en pié y saludaron militarmente.

El buen anciano sintió que le flaqueaban las piernas y cayó entre los brazos de sus hijos.

Algunos minutos despues el último cañón de la batería, iba á desaparecer por el fondo de la calle, y el padre apoyado en brazos de sus hijos, delante de la puerta de casa, lo saludaba con la mano, como si verdaderamente partiese con él, su hijo muerto.

—¡Oh, padre!—le dijo uno de los jóvenes.—

¡Nuestro hermano no ha muerto!

El, levantando altivamente la cabeza, respondió:

—¡Y no morirá jamás!

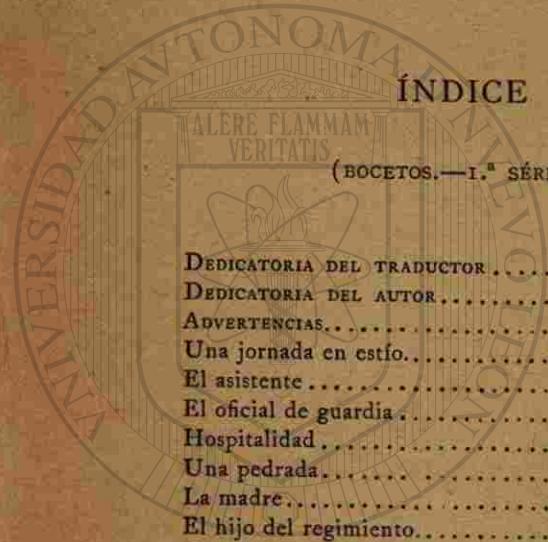


## ÍNDICE

(BOCETOS.—2.<sup>a</sup> SÉRIE.)

	Páginas
DEDICATORIA DEL TRADUCTOR.....	V
DEDICATORIA DEL AUTOR.....	VI
ADVERTENCIAS.....	VII
El centinela.....	1
El campamento.....	17
El mutilado.....	45
El ejército italiano durante el cólera de 1867.	81
El recluta.....	179
Una marcha nocturna.....	201
El ramillete de flores.....	217
Ida y vuelta.—Recuerdos de 1866.....	231
— En casa.....	233
— En marcha.....	251
— En campaña.....	267
— Regreso.....	301
Una muerte en el campo.....	315




 ÍNDICE
(BOCETOS.—I.<sup>a</sup> SÉRIE.)

	Páginas
DEDICATORIA DEL TRADUCTOR.....	v
DEDICATORIA DEL AUTOR.....	vii
ADVERTENCIAS.....	ix
Una jornada en estío.....	1
El asistente.....	13
El oficial de guardia.....	29
Hospitalidad.....	41
Una pedrada.....	63
La madre.....	83
El hijo del regimiento.....	107
Los amigos de colegio.....	193
Carmela.....	239
Día memorable.....	299
Una medalla.....	317

 DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS
 

